EDMUNDO DÍAZ CONDE

El VENENO de NAPOLEÓN



PREMIO DE NOVELA HISTÓRICA ALFONSO X EL SABIO

Finalista 2008

mr

Cuando el 15 de octubre de 1840 se exhumaron los restos de Napoleón Bonaparte, el hecho de que su cuerpo se hallara intacto causó una honda conmoción. El perfecto estado de conservación se debía, según algunos, a los efectos del arsénico ingerido. Según otros, Bonaparte falleció a causa de un cáncer. En cualquier caso, su muerte continúa siendo un enigma...

En los albores de la Revolución francesa, durante una fría noche de diciembre, un recién nacido es abandonado en uno de los prostíbulos más afamados de París. Años después, el «niño sin nombre» partirá hacia Nueva Orleans, donde se convertirá en el más legendario y temido envenenador de la época gracias a las enseñanzas de Grand Perle, una experta en el arte del vudú y los venenos. Pero un día, el joven recibirá el encargo más peligroso y arriesgado de todos: envenenar a Napoleón.

... Esta novela esconde secretos, intrigas, venganzas y una pasión amorosa más allá de la muerte, y narra los últimos días de un Napoleón que jamás figurará en los libros oficiales.

EDMUNDO DÍAZ CONDE

El VENENO *de* NAPOLEÓN

Basado en una historia de
Camino de Prada Díaz.

Esta obra resultó finalista del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio 2008, convocado por Caja Castilla La Mancha y mr ediciones, Grupo Planeta, y fallado por un jurado compuesto por Ana María Matute, Martín Molina, Felipe Pedraza Jiménez, Soledad Puértolas, Almudena de Arteaga, Jesús Sánchez Adalid, Juan Sisinio Pérez Garzón y Carmen Fernández de Blas como secretaria.

NOTA DEL AUTOR

El 15 de octubre de 1840, cuando exhumaron los restos de Napoleón Bonaparte, el hecho de que el cuerpo se hallara intacto causó conmoción. Hasta mediados del siglo XX el gobierno francés no derogó la ley que prohibía a los Bonaparte residir en Francia.

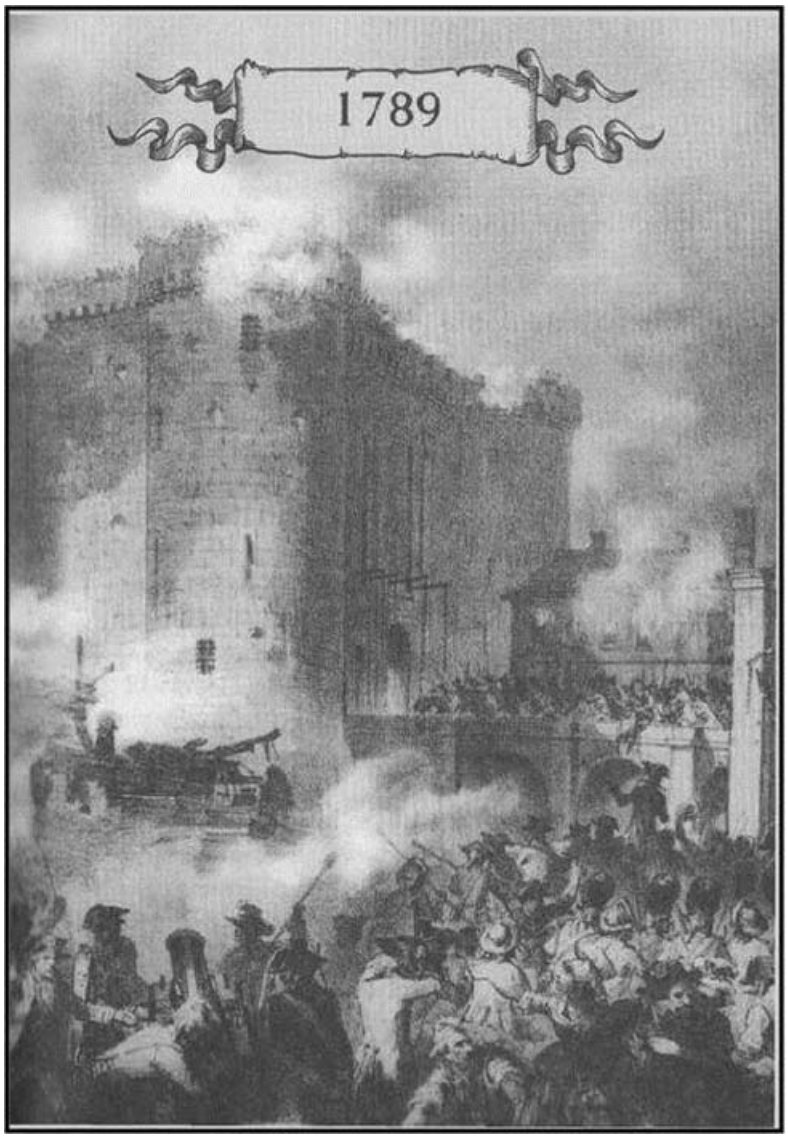
Ya en 1996, el profesor Guériot, presidente de la Academia Francesa de Medicina, reconoció que el perfecto estado de conservación del cuerpo se debía a los efectos del arsénico.

Posteriormente, el FBI no puso objeción a analizar algunos de los cabellos del Gran Corso. Los laboratorios toxicológicos del FBI confirmaron que la cantidad presente en los cabellos analizados era significativa de envenenamiento por arsénico, y los resultados se presentaron oficialmente en el Senado de París, el 4 de mayo de 2000, ante la indignación de un sector de la intelectualidad francesa.

El 2 de junio de 2005, Pascal Kintz, presidente de la Asociación Internacional de Toxicólogos de Medicina Legal, ante representantes del Ministerio francés de Justicia, de la Policía y de la Gendarmería, determinó que la presencia de arsénico en el corazón del cabello del Emperador acusaba un paso por la vía sanguínea, y, en consecuencia, por el circuito digestivo; en otras palabras, demostraba que había sido ingerido. Se trataba de arsénico mineral, y era la forma más tóxica, conocida popularmente como «matarratas».

Y, sin embargo, todavía hoy, para algunos, Napoleón Bonaparte falleció de un cáncer de estómago; mientras, para otros, su muerte continúa siendo un enigma.

Ésta es la historia que jamás figurará en los manuales oficiales.


1789

PRÓLOGO

El 13 de diciembre de 1789, a la hora en que se arriaban y encendían los primeros faroles en París, una diligencia con un tiro de cuatro caballos de posta salió discretamente de la ciudad de Seurre con destino a la capital.

Dentro del coche, una figura encapuchada aseguró la portezuela, echó la cortinilla y se acomodó con una expresión atormentada en el rostro. Acto seguido, cogió del asiento un pequeño cesto de mimbre y lo depositó en su regazo. El cochero hizo restallar el látigo, los caballos se aventuraron a cruzar un puente cuyo piso crujió bajo los cascos, y el carruaje se perdió en la lejanía levantando nubes de polvo.

Durante las primeras cien leguas los caminos estaban secos, la luna favorecía la visibilidad y los tiros respondían al látigo con tal ímpetu que en cada casa de postas los mozos tenían que enfriar las ruedas con cubos de agua. Sin embargo, conforme la noche se volvía cada vez más tenebrosa, una lluvia fina hizo su aparición, los caminos pronto se convirtieron en barrizales y el cochero, a su pesar, se obligó a refrenar el ímpetu de las bestias. Al salir de una pronunciada curva, en medio del camino embarrado, un grupo de sans-culottes dio el alto al carruaje con ademanes autoritarios.

Llevaban pantalones largos y chalecos cortos, carmañolas, bicornios y escarapelas. Iban provistos de trabucos y mosquetes amartillados que protegían del agua bajo las capas y prendas de cuero, así como de horcas, picas y barras de hierro que goteaban bajo la lluvia. Inspeccionaron el interior del vehículo con candiles y, de malos modos, conminaron al viajero a descubrirse. Era un olor a sacrilegio, a miseria, que se le metía al viajero en el alma, le ensuciaba y le daba una ocasión inigualable de despreciar aún más el espíritu revolucionario. Le pidieron la documentación. Olían a cuero, a sudor, a vino, a ropas húmedas. Pero, cuando el viajero mostró al bebé que llevaba en los brazos, compadeciéndose de la criatura, le permitieron continuar el viaje.

En cada pueblo por el que pasaba se repetía la secuencia: los campesinos detenían el carruaje, le pedían la documentación y comenzaban a interrogarle; pero, en el instante en que dejaba ver al crío, los sans-culottes cerraban la portezuela, y el viaje insufrible, interminable, se reanudaba.

Durante la etapa final dejó de llover, y el cochero azotó a los caballos más de lo que la prudencia aconsejaba. A las puertas de París, el viajero encapuchado descorrió la cortinilla.

Las primeras horas de la mañana le traían imágenes de tiempos idos, menos convulsos. No eran más que recuerdos. El presente era agitación, turbas hambrientas y alboroto. Por las calles sin pavimentar, los restos de las saturnales nocturnas, las inmundicias y el vulgo en pie de guerra lo ensuciaban todo. Alrededor de los guardacantones de piedra, en las esquinas de las casas, según había oído, se reunían los agitadores para pronunciar discursos. Vio clavadas en picas cabezas transfiguradas. Los periódicos, libres de la antigua censura, cubrían las paredes. ¿Dónde estaban los tiempos en que cada cosa tenía su sitio, cada uno conocía su lugar en el mundo y Dios, en su infinita misericordia, velaba porque ese conocimiento perdurase en los corazones?

—Con suerte, a estas horas no nos detendrá ninguna partida de milicianos —dijo el cochero

girándose en el pescante—. Cada uno de los sesenta distritos de París ha creado su propio ejército revolucionario. Durante el día, eso dificulta mucho el tránsito.

El viajero encapuchado se santiguó varias veces.

Mientras, los faroles ondeaban suspendidos de sus cuerdas y el coche avanzaba al paso. Después de la lluvia, las calles se enlodazaban, y por los rincones y por todas partes se acumulaban desperdicios en los que hurgaban niños desharrapados, mendigos profesionales y perros famélicos. Un hedor mezcla de mil olores corrompía el aire hasta hacerlo irrespirable. De tanto en tanto, llegaban a oídos del viajero encapuchado alaridos de borracho, carcajadas de buscona y canciones entonadas a coro por la canalla.

—Ésta es la rue Saint-Denis —anunció el cochero.

—Más adelante, más adelante —replicó el otro antes de que la diligencia se detuviera frente a una puerta blanca con un aldabón dorado—. Aguarde aquí —dijo poco después—. No voy a tardar.

La mano pálida, de venas abultadas y nudillos salientes, agarró el aldabón y golpeó con impaciente insistencia. El otro brazo permanecía oculto bajo la capa.

—¿Sí? —dijo una mujer regordeta tocada con una cofia de volantes.

—Déjame ver a tu ama.

—Demasiado temprano, caballero. Madame está acostada. Me mataría, a estas horas...

El viajero encapuchado, haciendo caso omiso, se abalanzó sobre la puerta, apartó a la mujer con el hombro, cruzó a grandes zancadas un vestíbulo iluminado en tono frambuesa por grandes globos de luz, y, como podría haberlo hecho si hubiera conocido el camino de memoria, se precipitó escaleras arriba. Subió hasta la primera planta, luego a la planta siguiente, giró a la izquierda y enfiló un pasillo en penumbra. Se detuvo frente a la última puerta del pasillo.

Golpeó la puerta una, dos, tres veces. Su perseguidora, al oír los golpes, se paró sin saber qué hacer. El viajero echó mano al pomo. Alguien giró la llave por dentro. La puerta se abrió con un chirrido.

Una mujer pelirroja, cuyas formas incluso bajo el camisón de puntillas se adivinaban demasiado exuberantes, se quedó mirándolo con una palmatoria en la mano. Una melena de bucles le caía por ambos lados de un rostro empolvado con harina de arroz, y tenía las cejas depiladas y pintadas con carboncillo. El cabo de vela proyectaba sombras sobre su rostro. Era una belleza arrasada, reducida a ruinas por el olvido. El viajero se descubrió y entró resueltamente en la alcoba.

—Tienes que ayudarme —susurró el viajero con voz desfalleciente.

En el pasillo, la cocinera optó por descalzarse. Del interior de los zuecos se desprendieron unas briznas de paja. Se arrimó furtivamente a la puerta, entre admirada y horrorizada de su propia audacia. Allí, a través de la ranura de la puerta entreabierta, se veía una estrecha franja de alcoba iluminada por una luz parpadeante. Se inclinó para mirar por la abertura. El aposento estaba lleno de humo. Distinguió el reflejo del anciano y de Madame en el espejo del tocador. ¿Quién era ese hombre? No tenía aspecto de ser un viejo lascivo. Ni siquiera lo conocía de vista. Pensó en el bebé, y, mientras se pasaba una mano por el vientre, experimentó un pellizco en el corazón.

Madame encendió otra vela de sebo. El viejo tenía la expresión de un condenado a muerte que aún no se hubiera resignado.

—¿Cómo osa presentarse así? —preguntó Madame con voz estrangulada.

—Los hijos del pecado se abandonan sin bautizar. Son hijos del diablo —repuso el viejo.

Entonces, aquel viejo altísimo, de pelo blanco, tez demacrada y aspecto casi cadavérico,

depositó el cesto en la cama con baldaquino, se acercó a Madame y, cogiéndola con firmeza por el codo, la enfrentó con el espejo. En la penumbra del pasillo, la cocinera, aterrorizada, se tapó la boca con la mano.

—Mírate bien —dijo el anciano, y, alzando la voz, le apartó la melena pelirroja de un lado de la cara. Al descubierto quedó una cicatriz que nacía en la oreja y, perfilando el mentón, acababa en la barbilla. El viejo se acercó aún más—: ¿Has olvidado ya la dureza de las calles? Sin mí, ninguna de las dos hubierais sobrevivido.

—Ya no le tengo miedo —replicó Madame zafándose del viejo—. Hace mucho que dejé de quererle.

Del otro lado de la puerta, la cocinera se puso a temblar. Se retiró unas pulgadas, agachó la cabeza, comenzó a rezar un padre nuestro. Al oír el sollozo del bebé, volvió a mirar por la abertura.

—Cuídalo mientras no pueda valerse por sí mismo —dijo el viejo, que dejó una abultada faltriquera en el tocador—. Dinero no te va a faltar.

—¿Y su madre? —inquirió Madame con una mezcla de animosidad y resentimiento.

—Mi hija debe entregarse a los asuntos de Dios.

—¿Su hija? —dijo ella despectivamente.

Aunque la conversación no languidecía, de nuevo habían bajado la voz. La cocinera estaba aterrada por el sollozo del niño. No pudo ya concentrarse ni escuchar lo que siguió, a excepción de una réplica del viejo.

—¡Se la quería llevar! —exclamó sacando de un bolsillo lo que parecía una carta, y blandiéndola como si fuese la prueba de su salvación eterna—. Se la quería llevar lejos de mí. Para siempre. De traslado en traslado, el miserable. —Y, así diciendo, arrojó el papel al suelo con una furia insospechada.

¿Cuánto tiempo había transcurrido hasta que el viejo abrió la puerta y casi tropezó con ella? Se hizo a un lado. Se encogió sobre sí misma. El viejo, sin tan siquiera rozarla, se cubrió con la capucha y desapareció como una sombra en el recodo del pasillo.

—Has estado espiando, Annette, ¿verdad? —dijo Madame con la vista fija en los zuecos—. Cálzate y pasa. Y no olvides echar la llave.

Madame se agachó, cogió el papel, documento o carta que había tirado el viejo y, sin tan siquiera mirarlo, lo guardó en un bolsillo. A continuación tomó su pipa, la aplicó sobre la llama y, entornando los ojos, succionó con devoción. Un olor inconfundible lo impregnó todo. Annette no desviaba la vista del cesto de mimbre.

—Llévate eso de aquí —ordenó Madame señalando al niño con la pipa—. ¿No perdiste uno? Pues encárgate de este otro. Y cuando pueda ganarse el pan, échalo de esta casa.

—No diga eso, Madame —replicó Annette horrorizada—. Se puede pecar de palabra.

—Mi torpe Annette —dijo Madame recostándose con gestos ralentizados en un diván de felpa grana mientras aspiraba el humo profundamente—, el pecado es como el opio. Hay que creer en él para que despliegue todas sus virtudes. —Le brillaban los ojos a la luz de las velas como si hubiera regresado de una orilla prohibida.

Annette se acercó al cesto de mimbre, cogió al bebé y lo arrulló en los brazos. Madame se levantó del diván envuelta en humo; una vez en pie, titubeó y se deslizó, casi flotando, hasta el espejo. Se apartó con dulzura el pelo, los bucles rojos, hacia un lado y se inspeccionó la cicatriz.

—Madame, ¿cómo se llama?

—¿Importa el nombre de un bastardo? No está bautizado —contestó sin darse la vuelta.

—Tenga piedad de él. No es más que una criatura. Permita que le bauticen.

—Es un niño sin nombre. Y así continuará mientras esté bajo mi techo —replicó Madame, y se dio la vuelta aspirando otra bocanada—. Y que no moleste. No pienso permitir ni una sola distracción en el negocio.

Por las calles enfangadas de París, el carruaje del viajero encapuchado iniciaba su viaje de vuelta.

El viajero se ajustó el cilicio un poco más y cerró los ojos concentrándose en el tormento, meciéndose en el dolor, sumiéndose en la debilidad de la carne. Procuraba no pensar. Notaba la sangre viscosa y tibia en la cintura, en la piel, en la ropa. De vez en cuando, a pesar de los esfuerzos que dedicaba a ahuyentarlas, acudían imágenes de su hija a revolotear a su alrededor como en torno a la llama de una vela y, después de aletear un rato, se posaban en el centro de sus remordimientos, y le quemaban, y el dolor se recrudecía.

El cochero se arrebujó en el capote y manejó el látigo con destreza. Los caminos se habían secado, pero ahora el frío era más intenso.

El viaje discurrió sin incidentes. El sol ya se había puesto cuando el cochero vislumbró las montañas que dominaban Seurre, y, cada vez más próximo, el puente de madera. Unos metros por debajo, el río bajaba muy crecido después de las últimas lluvias.

El cochero tensó las riendas y detuvo los caballos. Aunque los notó especialmente inquietos, levantó el látigo y lo hizo caer sobre ellos. Eso ocurrió una décima de segundo antes de que uno de los que iban en cabeza resoplase y, encabritándose, se arrancara en un galope que tiró de los otros. El caballo se volvió loco y embistió lateralmente el pretil. El coche perdió el equilibrio y caballerías y diligencia se despeñaron puente abajo.

El cochero salió despedido y, cuando pudo sacar la cabeza del agua y tomar una bocanada de aire, vio que estaba muy cerca de los juncos. Se desprendió del capote, braceó animosamente a favor de la corriente y logró aferrarse a una roca de la orilla. No le dio tiempo a prestar socorro al viajero, ni siquiera a ver que yacía inmóvil, con un profundo corte en la sien, tumbado en el suelo de un carruaje que se llevaba la crecida y que, a lo lejos, empezaba a hundirse arrastrando con él a los caballos.

—¡¡Que me devuelvan a mi bebé!! ¡¡Por Dios, que alguien me devuelva a mi bebé!! —chillaba una mujer joven de cabellos desgreñados y ropas harapientas. Uno de los porteros abrió la cancela para franquearle el paso. El otro la sujetaba con fuerza— ¡¡Fue padre quien se lo llevó!! ¡¡Padre fue quien se lo llevó!!

Llegaron dos robustas enfermeras. La sujetaron por los brazos. La forzaron a cruzar la entrada. La mujer dirigía miradas de angustia a su alrededor. Con las dos manos tenía agarrado un medallón de plata que pendía de su cuello por una cadena.

—Aguarden un instante —dijo una monja de edad más que respetable que llevaba unas gafas diminutas en la punta de la nariz. La monja se acercó calmosamente con una cesta de margaritas colgada del brazo. Al llegar a su altura, pasó una mano por la cara de la mujer—. Serénate, hija mía. Nadie tiene intención de quitarte nada.

La mujer crispó el rostro, que quedó semioculto por la melena, y en un acto reflejo ocultó el medallón a la vista de todos. La monja, conmovida hasta las lágrimas, le ofreció un pequeño ramillete de margaritas haciendo cuenco con las manos. La enferma, al ver el gesto, pareció apaciguarse. Alargó un brazo, trató de acariciar las flores. Empezó a gemir nuevamente:

—Mi bebé... Mi bebé... Mi bebé.

—Permítame, hermana Geneviève —dijo la más robusta de las enfermeras, que, al empujar a la mujer, hizo que el ramillete cayera al suelo y fuera pisoteado inmediatamente.

La arrastraron y la obligaron a seguir adelante; justo cuando se perdía en los corredores, entre gritos, la mujer volvió la cabeza hacia la monjita.

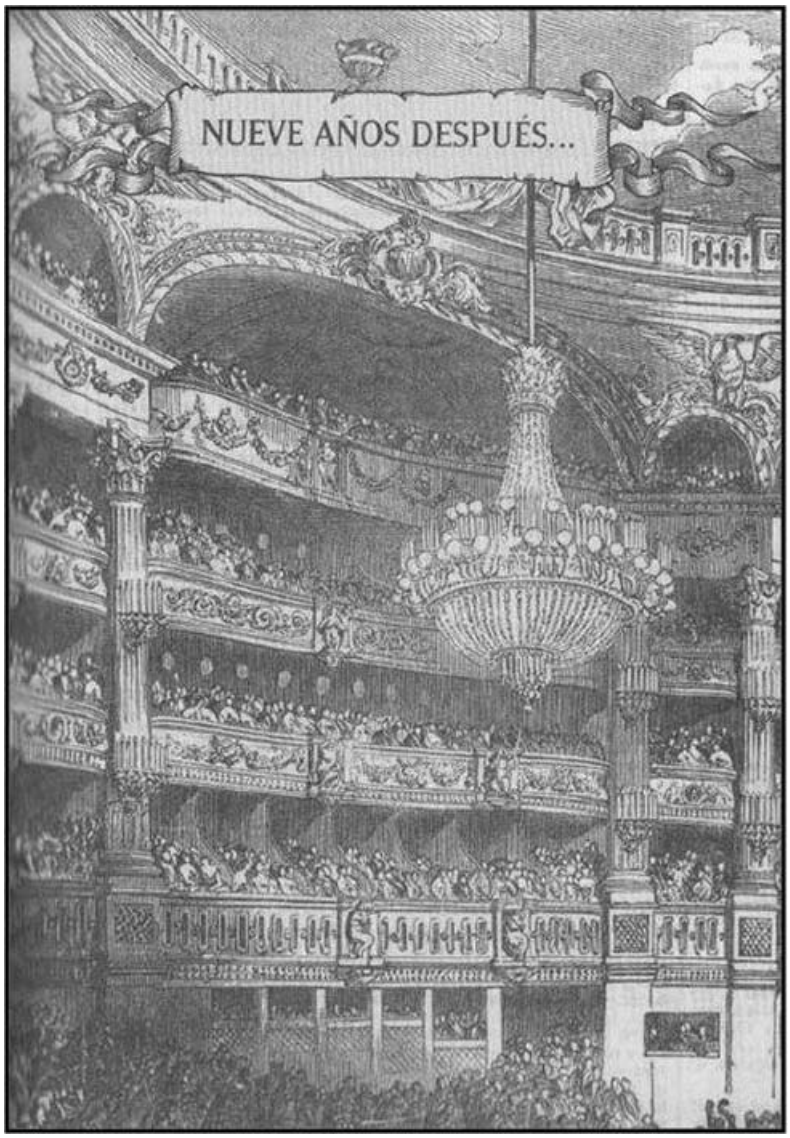
—¿Quién es? —preguntó uno de los porteros al otro.

—Quién sabe. Dicen que ha perdido la memoria.

—¿Dicen? —repitió el primero con un brillo codicioso en la mirada.

—Lo dice la dama del carruaje —repuso el compañero haciendo relumbrar en el aire una moneda de oro.

Afuera, a instancia de una dama que coquetamente se cubría la cicatriz de la cara con los bucles rojos de su melena, arrancaba un coche de caballos. Entonces, como si fuera una señal de inteligencia, la cancela principal del hospital de la Salpêtrière, internado para locas, epilépticas, deformes, prostitutas, alcohólicas, pordioseras e indeseables, se cerró con estrépito.


NUEVE AÑOS DESPUÉS...

1. EL JOVEN DE LOS MUCHOS NOMBRES

El público rompió a aplaudir con entusiasmo. Fue una larga, ruidosa ovación. Desde el paraíso, el griterío del pueblo era tal que nadie se hubiera atrevido a decir si la obra era un éxito o un fiasco. Por si acaso, los actores salieron al proscenio a saludar por tercera vez. También por tercera vez consecutiva, Auguste abrió su caja de ébano y aspiró una pulgaradita de rapé.

—Auguste, es casi seguro que me voy a ruborizar.

—Pero, Madame, si se ha aplicado dos capas de albayalde... No hay rubor que las traspase. Se lo juro.

—Le quitas emoción a todo. Mi pañuelo de esencias, per favore. Estoy inconsolable —articuló madame Bastide detrás de su abanico de nácar y seda.

—¿Inconsolable? —protestó Auguste haciéndole entrega de un pañuelo de batista—. Que la he visto, Madame. Que se ha pasado la obra mirando por la parte ancha de los anteojos a los palcos de enfrente...

—¿Y desde cuándo la sensibilidad es incompatible con la coquetería? Recuerda que mirar por la parte ancha de los anteojos es un guiño italiano —dijo Madame asomándose al antepecho del palco—. ¿No te parece muy oportuno en un *Romeo y Julieta?*

—Conozco la traducción del guiño, Madame: «Venid a verme». Pero nosotros somos franceses —replicó Auguste mientras la ayudaba a levantarse—. Y nos conmovemos con el amor. El amor es un templo en el que resguardarnos. El amor, en fin, es una llama sagrada —concluyó al tiempo que retiraba la cortina.

—¡Ay, querido mío, no dramatices! Si no conociera tus mañas, diría que hablas como un enamorado; conociéndolas, diría que hablas como un usurero. —Auguste abrió la puerta del palco y ofreció su brazo a madame Bastide, que se detuvo, lo miró irónicamente a los ojos y aguardó a que se oyesen las puertas de los palcos contiguos—. Y, sin embargo, qué hombre resultarías si pusieras tu virilidad al servicio de ellas, y no de ellos —le susurró.

—Me temo, Madame, que ellas se las arreglan mejor con mi amabilidad —dijo Auguste.

—Eres despiadado —sentenció Madame, que tomó del brazo a su pareja, sacudió con ceremonia su pañuelo y se lo llevó a los labios mientras salían del palco.

El pasillo se convirtió en centro de afluencia de escotes y pelucas empolvadas, monóculos, levitas y corbatas de seda, talles estrechos, tocados de raso, escarpines y botas de caña. En las escaleras concurrieron con el público de los pisos superiores, parte del cual procedía del paraíso, a juzgar por su atuendo y ademanes, su aroma mezcla de agua de colonia, salchichas y ajo.

Para Auguste, era manifiesto que los hombres que reconocían a Madame la esquivaban, o bien le torcían directamente la cara. Se recreó en la hipótesis de que para él mismo, a sus veintitrés años, ya era demasiado tarde. Y en eso había un regusto trágico que lo elevaba muy por encima del común de los jóvenes.

Auguste, en opinión de madame Bastide, no era hermoso. Pero el cabello ensortijado, la piel cobriza, los labios, de una generosidad palpitante, el buen porte y la altura, lo hacían muy deseable. Tenía, además, ese grado de fortaleza y hasta de brutalidad ocasional que conviene al

hombre amanerado si no quiere dejar de ser codiciado por las mujeres.

—¿Te importa que vayamos andando al café Ture? —preguntó Madame ya en la calle.

—Por el contrario. El bulevar Du Temple no queda lejos —replicó Auguste, y, seguidamente, dijo—: Verá, estaba pensando en lo poco que me gustan los ingleses. ¿Sabe lo que más odio de ellos?

—Deja que lo adivine —dijo ella haciendo un meditado paréntesis—. No será la lengua, que hablas a la perfección. ¿Será su frígido puritanismo, o quizá su puritana frigidez?

—La moda, Madame, es la moda. Odio que Inglaterra ostente el cetro de la moda. Estas casacas, que hay que llevar abiertas —dijo limpiándole a la solapa una mota invisible—, y estos anchísimos cuellos, y esas horribles botas altas, de borde doblado, que llegan hasta poco más abajo de la rodilla. ¡Qué ligereza! ¿Ha visto tiranía semejante? La culpa es de Inglaterra y de su afición al deporte.

—¿Y en cuanto a esas camisas desaliñadas que lleváis los jóvenes? ¿También de eso echas la culpa a Inglaterra, Auguste, o debería decir al deporte?

—Ignoro su procedencia, Madame. Sólo sé que el buen tono nos impone a los jóvenes dormir con la camisa para arrugarla y darle un aspecto moderno.

—Pues tampoco del sombrero de copa es culpable Inglaterra. Aunque caro, aquí está muy de moda desde hace tiempo.

—Por cierto —dijo Auguste rozando con el meñique el ala del suyo—. ¿Sabe usted que el año pasado un sombrerero londinense tuvo el coraje de hacerse un sombrero de copa y originó un alboroto fantástico?

—¿En Londres?

—En Londres.

—Increíble.

—Pues no acaba aquí. Fue llevado ante la justicia y multado con cincuenta libras por aparecer en la vía pública llevando en la cabeza una estructura alta, lustrosa y calculada para alterar a la gente tímida.

—Me tomas el pelo —dijo Madame soltando una carcajada.

—En absoluto, querida, en absoluto.

—Mi joven Auguste, no sólo eres un *incroyable*, sino un *incroyable* encantador. Lo que no se puede decir de todos los jóvenes elegantes.

Era un mes de frimario inusualmente templado. El frío aún no había hecho irrupción, y a pesar de que las tardes eran muy cortas la gente se echaba a los bulevares con la misma y desquiciada euforia de quienes se desvivían por respetar los dos calendarios: el gregoriano y el republicano.

—Tenemos la obligación de divertirnos, Auguste, créeme —dijo en voz baja madame Bastide— La República vacila, y somos supervivientes del Terror. Eso nos confiere un estatus valioso, por no decir único. Nuestro deber histórico es gozar de la vida. ¿Quién puede predecir cuándo nos espera un nuevo Robespierre? —continuó Madame extrayéndose algo de la boca y arrojándolo a un lado—. No te imaginas cómo aborrezco las bolas de corcho. Antes que estos postizos absurdos, prefiero ocultar los dientes detrás del abanico.

—Pero París se muere de hambre, Madame. ¿Fíjese en esta camisa? —preguntó Auguste exhibiendo las mangas abullonadas—. ¡Tres mil libras! Hace tan sólo ocho años me hubiese costado diez.

—En efecto, estamos en la bancarrota. No veo más que mendigos por las calles salpicándolo todo de barro. ¿Te has fijado en la cantidad de calles que aún tenemos sin

pavimentar? ¡Casi en pleno siglo XIX! Qué lástima que en eso no le copiemos a Londres.

—Nuestra corrupción es proverbial, Madame. El aire fétido de París es conocido en toda Europa.

—Muy cierto. Dudo que exista una capital más sucia que ésta. Y, encima, hay espías y agentes monárquicos por todas partes. El oro inglés lo compra todo —dijo Madame haciendo pantalla con la mano en la boca—. Sin embargo, la gente no cambia. Son las mismas caras y los mismos miembros viriles que hacen tu felicidad y mi riqueza. ¿O tal vez debiera decir al contrario?

De pronto, al doblar una callejuela que tenía salida al bulevar Du Temple, sucedió algo imprevisible. Una figura ágil y encorvada se aproximó en dirección opuesta caminando a pasos apresurados, y, cuando estaba a su altura, arrebató a Auguste la chistera de un golpe veloz como un tajo. Pero Auguste, como si lo estuviera esperando, se dio media vuelta y, con el brazo libre, sacudió un bofetón al tipo que le restalló en la oreja lanzándolo por el aire. El ladrón aterrizó aferrado a la chistera.

—Por lo que parece —exclamó Madame con un deje de admiración espontáneo—, no sólo eres diestro con la lengua inglesa.

—*Mon Dieu!* ¿Cree que tendrá arreglo este desastre? —preguntó Auguste mostrando una uña rota a Madame mientras se limpiaba el puño de encaje—. Por lo visto, las buenas chisteras son reconocibles hasta por los ladrones de medio pelo —prosiguió mientras se acercaba a la figura encogida.

Auguste se agachó, levantó un índice admonitorio y se puso a moverlo como un metrónomo reprobando la actitud del desventurado. Fue tal su capacidad de persuasión que el rufián comprendió enseguida, le entregó la chistera y se apresuró a cubrirse el rostro con los brazos.

—El padre de mi padre, Dios lo tenga en su gloria —dijo Auguste, que, sin dejar de alisar el sombrero, regresó al lado de Madame—, contaba que esto ocurría sin cesar con las primeras pelucas. Había bandas de ladrones de pelucas operando en las ciudades. ¿Lo sabía?

—No soy tan vieja como para certificarlo, Auguste. Pero tu abuelo estaba bien informado.

—Lo sufrió en sus propias carnes, Madame —replicó él, y ambos reemprendieron la caminata como si tal cosa.

En el interior del café Ture había, como siempre, una poderosa mezcla de olor a nuez moscada, canela y café recién hecho. En un pebetero empezaban a quemarse hierbas aromáticas. Los cortinones que recubrían las cristaleras, recogidos hacia arriba y formando pliegues, las lámparas de araña, las molduras ornamentadas y las paredes revestidas de tapices de un realismo heroico, prestaban al café un resplandor exótico pero ambiguo, más que un resplandor verdaderamente turco; sin embargo, su céntrica ubicación, en las proximidades del Palais Royal, y su inmenso jardín, que daba a la calle, hacían de él un café muy concurrido.

—Por la Monarquía —masculló Auguste alzando su copa de madeira.

—Estás loco —dijo ella emitiendo una risita gutural mientras alzaba a su vez la suya y se recomponía las plumas del sombrero.

—En lo que a mí respecta, ser monárquico es una emoción puramente estética.

—Excelente, Auguste; pero sé discreto y si-gi-lo-so. ¿Sabías que en los muelles del Sena se venden muñecos de Bonaparte?

—A propósito, y usted ¿ha leído *Les Nouvelles* o *Le Publiciste?*

—No, querido.

—¿Y Le Républicain?

—En París todo el mundo lee la prensa. Cada vez se publican y se leen más periódicos.

También los realistas, si pasan la censura —dijo bajando la voz—. Pero a mí la prensa me provoca repulsión. Incluso el tamaño francés, me refiero al periódico, ese formato diminuto con tamaño de octavilla, me provoca repulsión. En el tamaño deberías alabar el gusto a la prensa inglesa. ¡Ah, no! No me hables de la prensa a mí. La prensa desinforma. Y yo me surto de mis propias fuentes, Auguste.

—Escúcheme un minuto, todos los periódicos dicen que han matado al general Bonaparte en El Cairo. Y que el Directorio conocía su muerte desde hacía semanas.

—No hagas caso de lo que dicen. Lo único cierto es el descalabro naval que nos ha infligido Nelson.

—Y el descalabro moral. Así pues, ¿usted no cree que eso podría propiciar un golpe de Estado realista y la restauración de los Borbones? ¡Oh, qué obra de arte culminaría la Revolución! —dijo él en un tono más que discreto.

—Mi querido, yo sólo creo en lo que veo: impuestos altos, miseria, paro y que las revoluciones terminan todo lo más en reformas. ¡Ah!, y otra cosa. Que el gran asunto y la gran ganancia es especular.

—Prefiero los amores mercenarios —dijo Auguste bebiendo otro sorbo.

—Cómo se nota que tu juventud no ha comenzado a marchitarse. Es sólo cuestión de tiempo que dejes de lado esos escrúpulos que te nublan la visión.

—*Mon Dieu,* Madame, ¿desea darme lecciones sobre cómo especular?

—Haz volar tu imaginación, mi joven amigo. Lo único que necesitamos para hacernos de oro es crear una compañía que abastezca a los ejércitos franceses —replicó Madame ingiriendo un último trago de vino y haciendo un gesto para que les sirvieran otra ronda.

—Oh, Madame, qué vulgaridad. Preferiría ser vidente. Lo oculto se ha puesto de moda. Todo París habla de magos, adivinadores y brujas. Desengáñese, lo que la gente necesita son héroes, no especuladores. ¿Y si nos dedicamos a la cartomancia? Si no me equivoco, nuestros oficios nos conceden una flexibilidad sólo al alcance del Primer Estado... —comentó él mientras afilaba la barbilla entre el dedo índice y el pulgar.

—Deja tu aprendizaje de cínico para mejor oportunidad, querido. Sé que no soy una dama. Pero de ahí a ser una bruja median varias reencarnaciones, ¿no crees? —dijo Madame cuando llegaron las copas de madeira.

—Perfectamente, Madame. Brindo por ello, y por un futuro afortunado. Cualquiera que sea el color de la fortuna —contestó él alzando su copa.

—Salud, Auguste.

Y en esa línea prosiguieron un largo rato y dos rondas más, justo hasta que Madame declaró que los negocios eran los negocios y que, en una época tan inspiradamente igualitaria como ésta, no podía dejar a sus chicas solas tanto tiempo.

—Si me lo permite —dijo Auguste, que estaba alcohólicamente persuadido de ser inmune a los efectos del vino—, en el fondo es usted una genuina representante de la clase emergente.

Madame Bastide esbozó una sonrisa e hizo ademán de levantarse.

Y entonces Auguste, con galante precipitación, se puso en pie velozmente, como un auténtico caballero.

Al día siguiente llegó el frío. Un frío seco que parecía haber estado agazapado, a la espera. Eran poco más de las diez cuando Madame bajó las escaleras y sorteó la mesa con su centro de flores. Vio la puerta de entrada entreabierta, enarcó las cejas, se anudó la bata, cruzó el vestíbulo, pasó por delante de la puerta entreabierta y entró en el salón principal sin perderla ni un solo instante de vista.

Se repantigó en una butaca desde la que se dominaba el vestíbulo, y, con los pies sobre un escabel, cruzó una pierna sobre otra. Al poco, chirrió la puerta de entrada y asomó un niño con una silla de montar al hombro que le colgaba por detrás. El niño entró, giró el pomo, cerró sigilosamente y dio un saltito para colocarse mejor el aparejo.

—¿Ben-ja-min? —silabeó Madame al tiempo que se levantaba. El niño se detuvo, de espaldas a ella, como por efecto de un ensalmo—. ¿Antoine?, ¿Charles?, quizá... ¿Philippe?... ¿Paul?, ¿Michel?, ¿Sebastien? ¿Cuál de ellos, por ejemplo, muchacho? Aunque, no sé por qué, pero tengo la impresión de que nunca conocerás el tuyo. —Madame Bastide se paró a medio camino—. Y un hombre sin nombre es un hombre sin alma, muchacho, una sombra tenebrosa en el reino de los vivos —dijo paladeando las palabras de tal modo que habría podido creerse que las exprimía—. ¿Sabías que los egipcios creían que el nombre, el más fiel de todos los atributos, era el último en abandonar a su dueño, y la sombra la primera? ¿Estás de acuerdo? —preguntó entre sonrisas.

—No sé, Madame —dijo el chico en un hilo de voz, sin darse la vuelta.

—¿No sabes? ¿Tampoco sabes que el mozo de cuadra no entra por la puerta principal, sino por la trasera?

—Eso sí, Madame.

—Entonces fuera de mi vista —dijo ella cruzándose de brazos.

El niño dio otro saltito que amenazó el inestable equilibrio de la silla, y, sin girar la cabeza, a paso ni lento ni rápido salió por la puerta interior que daba al pasillo lateral.

Al llegar al fondo del pasillo, el niño cogió el picaporte con ambas manos mientras apretaba. Descansó la frente contra la puerta como si buscase un punto de apoyo. El hombro empezaba a dolerle de veras. Se apresuró a entrar en la cocina, y cerró la puerta tras él. Había un olor dulce ahí dentro.

Vio a Camille, que se volvió hacia él tan enjuta y enérgica como siempre. A estas horas aún no llevaba el uniforme de sirvienta, pero iba ya con el pelo cano recogido. Vio a su hermana Annette con su delantal y su cofia, su cara redonda y arrebolada, y los antebrazos cubiertos de harina. Annette introdujo la pala de madera en el horno y, a continuación, sacó unos buñuelos. Junto a ella, una de las ayudantes de cocina elaboraba la masa, y la otra no cesaba de majar en el almirez de bronce. Él cruzó una mirada vidriosa con Annette y Camille, y salió al patio de cocheras con el estribo de la silla golpeándole cadenciosamente en la pierna.

Transcurrieron sólo unos pocos minutos, y Annette fue tras él. Salió al patio de cocheras que daba acceso a las cuadras, y al empujar el portón, como era de esperar, lo vio junto al caballo zaino. Estaba subido a una pequeña escalera, limpiando las heridas del animal.

—He ido al talabartero. La silla ya está arreglada —dijo el niño.

—No te acerques tanto. Ése es un caballo malo.

—No es malo. Sólo tiene miedo.

—¿De qué va a tener miedo, hijo?

—De los hombres.

—¿Le duele? —preguntó Annette.

—Se curará —dijo él introduciendo el paño en el cubo de agua por un extremo. Al sacarlo, se quedó mirando la cara interior de la muñeca, se levantó de un salto, dejó caer el paño, que se adhirió al borde del caldero, y se agarró la muñeca como si procediera a tomarse el pulso.

El niño palideció, y Annette, haciendo un esfuerzo por superar sus temores, se acercó vigilando al caballo con el rabillo del ojo. Se agachó lentamente, cogió el trapo, lo lavó en el agua ensangrentada y se lo entregó escurrido en la mano. Antes de decidir el próximo

movimiento, Annette ya había retrocedido.

—¿Aún sueñas con aquello? —preguntó la mujer.

El niño asintió con la cabeza mientras volvía a pasarle el paño al caballo. El caballo sacudió la suya a derecha e izquierda y resopló.

—¿Pesadillas?

El niño asintió de nuevo.

—Me da vergüenza —dijo.

—¿Vergüenza? —repitió Annette—. Pero si debes sentirte orgulloso, pequeño. Nadie sobrevive a la mordedura de una serpiente como aquélla. Fue un milagro. Es natural que no lo recuerdes. Eras tan pequeño... —e hizo una pausa como si quisiera recuperar fuerzas para seguir hablando—. Escucha, cariño, ¿por qué no nos dejas llamarte como entonces, cuando eras un crío y dormías con nosotras?

El caballo bajó la cabeza y lo olfateó. El niño, en lo alto de la escalera, pasó el paño amorosamente por el lomo cubierto de heridas. Con el otro brazo rodeó el pescuezo del animal.

—Ninguno de esos nombres es el mío, Annette. —La cocinera tomó aire. Parecía a punto de dar un salto definitivo hacia algún lado. Entonces él prosiguió—: Yo no tengo nombre, todavía. Pero tengo padres, o los tuve. Todos tienen padres. Cuando los encuentre, tendré que preguntarles cómo me llamo. —Y así diciendo apretó el paño contra el lomo de forma que una mezcla abundante de agua y sangre empezó a escurrir por el flanco—. Hasta entonces no quiero que nadie me llame de ningún modo.

—¿Ni siquiera nosotras? Cariño, nosotras te hemos puesto tantos nombres sin que lo supiera Madame... —dijo persignándose.

El niño no se dio la vuelta, y apretó los dientes antes de decir:

—Sílbame, grítame, pégame si quieres; pero no me pongas un nombre que no me pertenece...

Al salir, a la cocinera le temblaban un poco las manos. Cierto que el día era especialmente frío, y triste. Pero en días así era conveniente recordar que su hijo, el único y verdadero hijo que había concebido de su esposo poco antes de ser ejecutado en los días aciagos del Terror, había muerto antes de nacer. Y eso, por desgracia, era algo irreemplazable, como su hermana mayor, juiciosamente, tenía el mal gusto de recordarle a cada paso. Miró un segundo hacia atrás, y luego prosiguió el camino hacia la cocina con la cabeza gacha, como si fuera demasiado vieja para no claudicar.

Había una sola cosa en el mundo que le fascinaba al niño: acompañar a Pierre, el cochero, al mercado. Eso sucedía casi de madrugada. El viejo Pierre, a quien empezaba a fallarle ostensiblemente la vista, era el único de los sirvientes adultos que no dormía en la mansión, arriba, en las habitaciones de la servidumbre, donde tenían sus aposentos Annette, Camille y las dos ayudantes de cocina, que eran, en realidad, criadas para todo. Por su parte, para el niño era una fiesta cuando, algunas mañanas, Pierre entraba en las cuadras y le despertaba peinándose el bigote con los dedos. Antes de que le preguntase si le apetecía acompañarle, el pequeño se levantaba de un brinco frotándose los ojos, y enganchaba a la carreta el caballo zaino mientras Pierre refunfuñaba.

Por otro lado, a Pierre le encantaba tomarle la lección por el camino. ¿Qué libro estás leyendo? ¿Qué capítulo? Explícame tal o cual cosa, o dame tu opinión sobre tal otra. A escondidas de su ama, Pierre suministraba lecturas al pequeño. Sabe Dios las represalias de Madame si hubiera descubierto que Pierre tomaba en préstamo libros de su biblioteca privada para el niño. Y ni siquiera había tenido que aplicarse demasiado para enseñarle a leer. El

pequeño se las arreglaba solo de maravilla.

—Deberías cambiarte de gafas —decía el niño.

—Tonterías. Veo perfectamente. Veo incluso mejor que hace años. Hablábamos de Rousseau. Gran hombre, gran filósofo, Rousseau. Y gran padre de familia. Padre de varios hijos, ¿eh? Como un servidor —sentenció Pierre.

—Los envió a todos al hospicio.

—¡No me digas! ¿Hablas en serio, muchacho? No querrás darle lecciones al maestro... —Y, con la última palabra, ordenaba al chico que cerrase los ojos, tomaba las riendas y la pipa con una sola mano, hacía aparecer una pequeña damajuana, sacaba el corcho, la cogía por el garguero y bebía un largo trago. Luego, repetía la operación a la inversa, se limpiaba la boca con el dorso de la mano y decía al niño—: Ya puedes abrirlos. Esto es cosa de mayores.

Pierre se calaba el sombrero y dejaba salir un poco de humo por la comisura. A veces el niño, que rebuscaba en la carreta algo con que abrigarse, apenas tenía tiempo de agarrarse antes de salir despedido.

—¡Cheeeeeeeeeee! ¡Vaya caballo tozudo! ¿Por qué diablos te paras ahora? —aullaba Pierre.

El caballo emitía un relincho prolongado, y movía la cabeza a uno y otro lado resoplando.

Justo delante, a tan sólo unos palmos del hocico del caballo, una vieja cubierta con un sayal negro, sombrero de paja y un pañuelo anudado por debajo de la barbilla miraba ese hocico con una expresión de mudo terror. La vieja, que ni siquiera pestañeaba, se había paralizado en el medio de la calle. Su cabeza estaba envuelta en el aliento del caballo, y no había sido atropellada por un pelo. Con razón, era la suya una expresión inenarrable. Solía pasar que el niño le decía algo a Pierre al oído. Pierre guiñaba los ojos, miraba al niño, miraba al caballo, y se aventuraba incluso a mirar a la vieja.

—Bien hecho, caballo. Bien hecho —decía mientras la vieja cruzaba renqueando, y él tensaba la nuca hacia delante.

Después aparcaban la carreta, y a partir de ahí las cosas se sucedían con el respeto debido al ritual.

Por lo demás, el mercado a esas horas ya estaba repleto de mercaderes y compradores. Los puestos, algunos con toldo, se multiplicaban a lo largo y ancho de la plaza. Las carretas diseminadas se ubicaban en los sitios de costumbre. Por doquier había cestas, abultadísimos sacos de esparto rebosantes de legumbres, barriles que exhibían hortalizas en peores o mejores condiciones, y barricas de vino de tamaños diversos. Una muchedumbre vocinglera se hacinaba aullando las excelencias de sus productos. En grandes cajas de mimbre o madera se transportaban pollos o conejos vivos, y un olor a fruta pasada, huevos rotos, aves de corral y sudores rancios impregnaba el aire. Aunque lo verdaderamente inmundo eran los puestos de pescado, que ambos esquivaban limpiamente mientras Madame no hiciese alusión a la nula relevancia que tenía el pescado en la dieta de la casa. Allí, en los puestos más antiguos, durante años y más años las tablas podridas se habían ido empapando de los efluvios del pescado en descomposición. Esos vapores infernales subían hasta el cielo, y por sí mismos eran capaces de estimular los olfatos más apáticos.

Pierre comenzaba a guiñar los ojos y se paraba delante de un puesto. La vendedora y Pierre se saludaban.

—Cinco docenas de tomates.

—¿De cuáles, Pierre? —preguntaba la vendedora.

Pierre exhalaba una bocanada de humo. No muy decidido, señalaba un cesto, y, como dando

por zanjada una duda irrelevante, empezaba a inspeccionar otros productos. Veloz como su sombra, el niño alzaba una ceja, miraba impávido a la vendedora y hacía un ademán con la cabeza señalando otro cesto de tomates mejores.

—¿Las patatas? —decía Pierre husmeando con tal inquietud que parecía haberse equivocado de mercado.

—¿De cuáles, Pierre?

Con la misma indecisión de antes, Pierre señalaba un cesto de nabos. Y, con la misma celeridad, como si padeciera un tic nervioso, el niño movía repetidamente la cabeza y, ayudándose de la mirada, indicaba a la vendedora un cesto de patatas auténtico.

—Cincuenta libras —decía Pierre.

—Kilogramos, Pierre, kilogramos. Desde el 91 —replicaba la vendedora.

—Yo ya soy viejo para estas modernidades —reponía Pierre.

—Al menos, me pagarás en francos, ¿no?

—Qué remedio, ciudadana —decía Pierre dirigiéndose a otro puesto antes de cargar con las patatas—. ¿Has visto esos gallos, muchacho? Annette prepara un gallo en salsa de alcaparras que vuelve locas a las chicas.

Y entonces la cara del niño se ensombrecía, pues se daba la irritante circunstancia de que conocía al tipo que vendía los gallos. No era la primera vez que el canalla se cruzaba con ellos aprovechándose de las limitaciones del viejo Pierre. Un sujeto robusto, con cara de pocos amigos, y un cobarde. Al niño a veces le costaba aguantar, y un día, cuando el vendedor, con la aquiescencia de Pierre, eligió el gallo más canijo, el que peor aspecto tenía de todos, el chiquillo, con la cabeza gacha y la mirada fija en el cobarde, ya había abierto la boca para hablar.

2. EL PALACIO DE LAS MUÑECAS ROTAS

Abandonó una mano en la rodilla del viejo mientras manejaba las riendas con la otra. Como el mercado quedaba demasiado cerca del prostíbulo, a menudo cruzaba la orilla del Sena sólo por dar un paseo con Pierre.

Aunque todavía no era un hombre, los años ya habían propiciado en él ciertos cambios. Su cara llamaba la atención por su tez suave y pálida, y por sus ojos grises, enormes, almendrados. El pelo, muy sedoso y brillante, conservaba el mismo color negro; pero lo más característico era su altura. A los trece, hubiera pasado por un muchacho de dieciséis, lo que tal vez explicaba que nadie siguiera incordiándole con su nombre, a excepción de Madame, naturalmente.

Ahora Pierre apenas conducía. Por el momento, se ocupaba sólo de los caballos y del mantenimiento de los coches. El chico desempeñaba las funciones de cochero. Y eso que Pierre se había cambiado de gafas. Al chico le remordía la conciencia cuando recordaba sus burlas a propósito de ellas. Pero de eso hacía meses. Y ahora no se le hubiera ocurrido gastarle esa clase de bromas.

El chico sacudió con firmeza las riendas. Salió del Pont-Neuf. Siguió por la calle del mismo nombre y, atajando con determinación para llegar al prostíbulo, en la rue Saint-Denis, guió al caballo por un terreno donde una manzana entera estaba a medio edificar.

Sin parar la carreta se giró en el pescante para ver cómo izaban un sillar mediante una eslinga, pero, de inmediato, al volver la vista para seguir conduciendo, algo absorbió su atención. Unos metros por delante del caballo, junto al muro que corría paralelo, fue testigo de una escena, en apariencia intrascendente, pero que iba a cambiar su vida.

Cuatro muchachos de más o menos su edad estaban enzarzados en una pelea. Le bastó un segundo para cerciorarse de que la pelea tenía todo el aspecto de ser otra cosa. Dos de los chicos tenían inmovilizado a un tercero por los brazos, y el último, que no paraba de reírse, le escupía en la pechera. De súbito, éste le asestó un puñetazo en el estómago a su víctima. Los otros dos ni siquiera entonces soltaron la presa. El muchacho se retorció de dolor.

Los chicos, enfrascados de tal modo en sus asuntos que no repararon en él, estaban situados a su izquierda, lo cual iba a simplificar del todo las cosas. Advirtió, además, que los tres agresores vestían ropas parecidas a las suyas. En cuanto al infeliz que soportaba el castigo, tenía una expresión de miedo contagioso e iba ataviado como el hijo de un gentilhombre. Con serenidad, le pidió la fusta a Pierre.

—Voy a parar para ver una de las ruedas —dijo él desviando gradualmente la carreta para que pasara lo más cerca posible de los chicos.

La carreta se detuvo a la altura exacta del granuja que, de espaldas a él, soltaba otra puñada a bocajarro. El chico encajó el golpe con un gemido. La pareja que lo tenía sujeto clavó los ojos en el conductor del carro cuando éste cogió la fusta por los bordes, se la metió entre los dientes al golfo que le daba la espalda, y tiró de ella hacia atrás como si fuera el bocado de una brida.

—Tienes que aprender a frenar a tiempo —susurró al oído del chico—. Y, ahora, ordena a esos dos que se larguen, o te mato. —El chico hizo una seña con la mano, y los otros echaron a

correr.

—¿Qué está pasando, muchacho? ¿Por qué no continuamos?... —preguntó el viejo Pierre mientras el tercer granuja ponía tierra de por medio apresuradamente. El muchacho se enderezó sobre el pescante. Miró al chico que se protegía el estómago con las dos manos. Aunque era más bajo que él, parecía mayor. Tal vez dos o tres años mayor. Sin duda, a consecuencia de la refriega, lo habían dejado reducido a un estado lamentable. Llevaba una casaca abierta y deslucida, calzones cortos y sucios de barro, medias de seda rasgadas y un chaleco negro desabotonado. Tenía la camisa blanca medio rota, y un pelo rubio apagado le caía por ambos lados de la cara hasta cubrir las orejas.

Le concedió al infeliz un saludo fugaz con la barbilla, pero antes de que pudiera coger las riendas, el joven le agarró del antebrazo con ambas manos.

—Mil gracias —dijo en voz baja pero enfebrecida—. Todos estaban contra mí. Todos. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Me llamo Gilles. Usted me ha salvado. Y no lo olvidaré. Me debe el honor de invitarle a mi casa, presentarle a mi padre. Es preciso. Y justo.

—No te debo nada. Y tampoco tú a mí —negó él frunciendo el ceño.

—¡Oh, sí! Insisto. Es preciso —dijo el chico aún más excitado—. Mi padre aprobaría mi proceder. Y desaprobaría cualquier otro. Debe prometerme que vendrá. Mañana mismo. Prométamelo, o no le dejaré ir.

Al reanudar la marcha, puso la fusta en el regazo de Pierre con suavidad.

—¿Le has dado buen uso? —preguntó Pierre, que había vuelto a encender su pipa.

—No sé si bueno —dijo el muchacho sin desviar la vista de la calzada—. Pero me vi obligado.

—¿Un uso honorable? —repitió Pierre sin mover la cabeza.

—Hum —dijo él.

Esa misma noche, como le sucedía a menudo, volvió a soñar con serpientes. En este caso, dentro del sueño se despertaba súbitamente empapado en sudor. Era un aposento de lujo. Y su lecho era inmenso, y tenía un dosel aparatoso, y había armarios, y viejas cómodas y sillones. Una biblioteca recorría toda una pared de la estancia. Sintió el pinchazo del miedo antes de verlas aparecer. En realidad, fue como si el miedo presagiara la aparición de las serpientes. Entonces empezaron a surgir de debajo de la puerta, una por una, reptando con sigilo hacia su cama. Le hubiera gustado levantarse y escapar, pero se descubrió incapaz de moverse.

De modo que esperó y esperó. La primera serpiente estaba ya a los pies de la cama, y luego la segunda, y la tercera... y las siguientes. Se arremolinaban a sus pies. Se quedó quieto, sólo mirándolas, persuadido de que algo esencial dependía de todo esto. Cerró los ojos. Sintió cómo se introducían en su cama, cómo se enroscaban a él, le mordían las muñecas, reptaban por ese cuerpo entregado.

Cuando despertó, las serpientes habían desaparecido. El miedo no.

Al día siguiente por la tarde, después de una mañana agotadora, hizo una escapada a casa del joven Gilles.

Le costaba admitirlo, incluso se le antojaba un poco ruin, pero la mirada huidiza de Gilles y ese rostro lleno de astucia le habían repugnado casi tanto como las quejas y las súplicas del chico. Además, conocer a gente representaba siempre un fastidio; claro que faltar a la cita no era una opción a considerar. Se lo había prometido a Gilles, y cumpliría su promesa por encima de todo.

La rue Saint-Antoine no quedaba lejos de Saint-Denis, también en la orilla derecha del Sena, enfilando una calle de grandes dimensiones en la que se empezaba a edificar, y que le

entusiasmaba por la modernidad de los pisos abuhardillados. Hasta se podía ir andando. Era un paseo agradable, o eso fue lo que pensó hasta el instante en que hizo sonar la campanilla. Un sirviente le franqueó la puerta de entrada, miró sus zuecos y le preguntó a quién tenía el honor de anunciar.

Por fuera, ya había reparado en que era una casa antigua, y modesta en comparación con ciertas fachadas de los alrededores. Conservaba, no obstante, el rastro del blasón de piedra picado como recuerdo de la Revolución. Del vestíbulo captó su interés un enorme piano de color negro, que relumbraba esplendoroso.

Cuando el sirviente se disponía a preguntarle por su nombre, Gilles hizo acto de presencia. Compareció esbozando una sonrisa burlona, y, con un tono displicente, ordenó al criado que desapareciese. Enseguida, y por este orden, le agradeció que hubiera venido, le estrechó la mano y le pidió el bicornio y el chaquetón como si estuviera concediéndole una gracia, y, por último, le dijo que estaba ansioso por presentarle a su padre.

Gilles era unos cuantos dedos más bajo que él, pero por su cara y corpulencia parecía indudablemente mayor. Por un momento pensó si sus prevenciones contra Gilles no tendrían su origen en el físico del chico. Esa media melena lacia, escrupulosamente recortada, que le cubría hasta el lóbulo de la oreja, y ese rostro salpicado de pecas. Tenía una nariz roma cuyos orificios estaban demasiado abiertos. Y los ojos diminutos, de color azul claro, anunciaban una timidez morbosa. Los ojos de Gilles, más que contemplar, acechaban con una mezcla de recelo y animadversión, como si de un momento a otro temieran ser descubiertos.

Durante los siguientes minutos, Gilles se consagró a hablar de sí mismo: que su padre gozaba de una posición envidiable, que él sacaba adelante y con brillantez sus estudios secundarios, que años atrás le habían impuesto la corona de laurel y el gorro frigio de la Libertad como número uno de su promoción... De vez en cuando echaba ojeadas.i la puerta del salón, o bien se levantaba para atizar el luego de la chimenea y alegaba que su padre estaba abajo, en su laboratorio, y que era un científico sumamente atareado.

Hubo un momento en que Gilles se dispuso a interesarse por él.

—¿A qué se dedica?

—Soy mozo de cuadras.

—Ah, y ¿su nombre?

—Lo ignoro.

—Nadie ignora su nombre —replicó Gilles—. Si no le importa, lo presentaré con un nombre cualquiera. Pero no tema, mi padre es un republicano convencido. Ama al pueblo —dijo haciendo un mohín. Y él tuvo la irresistible impresión de que Gilles se estaba riendo de las convicciones de su padre.

—¿Gilles? —se oyó una voz que provenía del recibidor.

—¡Padre! —exclamó Gilles con tono ansioso mientras ambos se levantaban de la mesa—. Padre... estamos en el salón.

En el vano de la puerta afloró un tipo estrafalario de unos cincuenta y tantos años. De mediana estatura, iba un poco encorvado. Una melena otoñal, desaliñada, le caía por delante, pero lo más vistoso era la hojarasca que se le había quedado prendida en la espesura gris, de tal modo que una de dos: o era un artículo decorativo, o ese hombre era un amante apasionado de las plantas. Un delantal lo cubría de arriba abajo con excepción del cuello, las mangas de la camisa, una parte de las medias y los zapatos de hebilla, sucios y deslucidos. Gilles se acercó a su padre con un rictus de asco.

—¡Por Dios, padre!... Límpiate al menos el pelo. Quiero presentarte a un amigo.

El padre de Gilles, sin darle importancia al asunto, se sacudió por encima el cabello, mudó la disposición de las hojas que ya eran visibles y sacó a la superficie otras nuevas. El muchacho lo miró con expresión divertida.

—No es posible. Tú... ¿con un amigo? —dijo el científico aproximándose a la mesa—. ¿Qué tal estamos, caballero? —exclamó extendiéndole la mano—. Soy Victor Moulins. ¡Demonios! No sabes cómo me alegro de conocer a un amigo de Gilles. Hace años que no me presenta a ninguno.

—Su nombre... —empezó Gilles.

—No tengo nombre, señor —intervino él—. Pero lo encontraré algún día.

—¡Vaya! ¿No tienes nombre? Sí que es extraordinario. Entonces... entonces serás innombrable —dijo Victor con franca espontaneidad, y se rió de su propio chiste. Era una risa apagada, pero de una ingenuidad casi cristalina; la risa que podría atribuírsele a una planta de hogar—. Los extremos se tocan, hombre de los muchos nombres. ¿Y cuánto hace que sois amigos? Lamentablemente, Gilles no me había hablado de ti.

—Nos conocemos sólo desde hace unos días, padre.

—Sí —dijo él, asombrado de que el padre de Gilles ignorase la causa de su visita.

—Ah, bueno... Pero unos días, si Dios quiere, es suficiente para simpatizar con alguien —dijo Victor. Tenía una voz apaciguadora. Y hablaba reposadamente—. Mis mejores amigos, amigos que todavía conservo, como Émile —matizó mirando a su hijo—, lo fueron desde los primeros días. Así que ya lo sabéis —dijo, y de repente pareció un poco confuso. Miró alternativamente a uno y a otro, y dirigiéndose al muchacho innombrable, continuó—: En fin, Gilles siempre ha estado muy solo. El trabajo de investigación absorbe tanto que... Por cierto —dijo dándose una palmada en la frente—, acabo de recordar que he dejado algo en el hornillo. Tengo que volver al laboratorio. Mientras tanto, Gilles —dijo yéndose—, ¿por qué no le sirves algo a tu amigo?

Y desapareció por la puerta dejando un rastro de hojas secas.

En ese punto ya estaba resuelto a escabullirse de la casa. Se sentía incómodo. Incluso alguien menos sensible a los detalles que él se hubiera sentido a disgusto allí. Y, no obstante, el padre de Gilles le había gustado más allá de toda expresión; le había encantado. Una simpatía que empezó a tomar forma desde el primer instante, al ver las caras que ponía Gilles cada vez que a Victor se le caía una hoja del pelo.

Durante un lapso de tiempo muy breve, dudó entre los pretextos que podía sacar a relucir para largarse. Fue entonces cuando se produjo la explosión, y, sin intervalo, un crujido de vidrios rotos.

—Viene del laboratorio —dijo Gilles con una calma insufrible—. Por aquí.

No tomó deliberadamente la iniciativa, pero el hecho es que empezó a bajar por unas empinadas escaleras de madera, con Gilles a la zaga. Porque su nuevo amigo no daba muestras de nerviosismo. La verdad es que la detonación no había sido estruendosa, pero no era menos cierto que aquel hombre estaba en el sótano, y que los crujidos de vidrios rotos se sucedían.

Una vez abajo, se llevó la sorpresa más grata de su vida.

El laboratorio era un espacio amplio y sombrío. Una nube de humo blanco flotaba alrededor de Victor, que parecía sumido en un estado de afable resignación, a pesar del olor acre que se expandía por todas partes. La única luz provenía de unas puertas acristaladas que daban a un patio donde Victor cultivaba sus plantas, y de un ventanuco enrejado que se abría al nivel de la calle.

Había varias mesas de tamaños distintos, y un par de sillas. Dos de las mesas, las más

próximas a la puerta, eran de caballete, y estaban ocupadas por plantas sobre las que el ventanuco arrojaba oblicua, rabiosamente un haz de luz. I,as motas de polvo en suspensión sobre las que incidía la luz pronto se vieron eclipsadas por la nube de humo. La última mesa, un escritorio, similar por su tamaño a una mesa de gabinete, estaba junto a una pared revestida de libros de grosor muy respetable. En el escritorio había un tintero con tíos plumas, un cuaderno abierto y una especie de botella gigante en posición invertida sobre un soporte, y de la que partían varios tubos que desembocaban en una urna de cristal. A su lado, un contenedor con un cuello terminaba en una campana colocada en un baño de mercurio, o de un fluido semejante. Debajo de la mesa había una especie de pedal con un dispositivo que lo conectaba a ella, y varios espejos y hornillos por el suelo, apoyados contra la pared.

Dos de las tres paredes restantes estaban recubiertas por tres filas paralelas de anaqueles sujetos a la pared por los extremos con cadenas tirantes. En el de arriba estaba alineada una serie de botes y tarros de porcelana, así como frascos de cristal con forma de pera. El siguiente estaba repleto de frascos en forma de globo de distintos colores, y de vasijas de vidrio de cuerpos irregulares; y, por último, en el tercero había un surtido instrumental que comprendía embudos, fuelles, balanzas, morteros, alambiques, matraces o retortas.

Victor, inmóvil en el medio del sótano, la ropa tiznada de negro y en una mano una caja con cascotes de vidrio, miraba al joven con una expresión de irónica mansedumbre. Dejó la caja sobre una de las mesas de caballete y se limpió con un paño. El innombrable posó la vista sobre las plantas y dio un paso hacia ellas; un cristal crujió bajo su zueco.

—Qué asco, padre —dijo Gilles, que, como si la cosa no fuera con él, y pisando con sumo cuidado, rodeó las mesas de caballete y se quedó mirando hacia el ventanuco.

—Beleño negro, belladona —dijo el muchacho innombrable paseando alrededor de las mesas—. Estramonio y mandràgora —prosiguió señalando con el dedo las dos últimas plantas—. Las otras no las conozco.

Con un gesto de aprobación que le surcó la frente de arrugas, Victor dijo rozando muy suavemente con un dedo cada planta:

—Adormidera, cafeto y cáñamo. Debo suponer, caballero, que te dedicas a arborizar en tus ratos libres. —Le pasó una mano por el hombro.

—No tengo oportunidad, señor. Las conozco sólo por los libros.

Al verles hablar, Gilles se acercó velozmente, se puso a la derecha de su padre y, antes de que nadie pudiera impedirlo, empezó a acariciar los pétalos de una de las flores más exóticas. Pero no sólo acarició, manoseó los pétalos de color malva haciendo alarde de un celo y una delicadeza tan torpes que no parecía digno hijo de su padre.

—Cuidado con... —dijeron a la vez Victor y el muchacho, como si se hubieran puesto de acuerdo. El caso es que cuando alargaron el brazo para impedirlo, ya era tarde, y ambos se quedaron con el brazo paralizado en el aire. Victor se echó a reír a su modo incomparablemente inofensivo mientras decía:

—Vaya, vaya. Ji, ji, ji. Vaya, vaya. Esa mancha de los dedos tardará unos cuantos días en quitarse, ¿verdad? —dijo mirando fugazmente al muchacho innombrable—. Ya puede irse acostumbrando. Ji, ji, ji.

Gilles se ruborizó hasta las orejas.

Afuera, en la calle, el griterío era cada vez más acusado. Órdenes, comentarios marciales y relinchos se mezclaban con los gritos de la muchedumbre.

—Es el ejército —dijo Gilles mirando hacia el tragaluz con la afectación de quien desea a toda costa desviar el interés sobre sí mismo—. Voy a salir —anunció, y echó a correr subiendo

las escaleras de dos en dos.

Victor mudó de semblante, bajó la cabeza y se limpió las manos en el trapo.

—¡Ah, el espíritu militar! —exclamó—. Mata cuanto hay de bueno en la política. Se aprovecha del entusiasmo de los jóvenes. Fíjate en Gilles. Aparecen los uniformes y nos deja plantados. Y el primer cónsul es el único responsable. En cuanto a ti, ¿qué opinión te merece todo esto?

—No entiendo de política, señor —dijo, pero tenía la cabeza en otra cosa. ¿Cómo era posible que un hombre tan inteligente se tomara en serio la preferencia de su hijo por los uniformes? ¿Es que no advertía que Gilles sólo había huido de una situación que le avergonzaba?

—Todo es política, hijo mío.

—Sí, señor —dijo, un poco cohibido por la pasión que demostraba el científico.

—En 1790, cuando se produjo la quema de los títulos de nobleza por la gente llana, la aristocracia no pudo por menos de aceptar que la política lo comprendía todo, incluida la dignidad de un pueblo humillado durante siglos. —Se detuvo pasándose una mano por el pelo, del que se desprendió una hoja— Esta casa la compró mi padre, un burgués con algunos recursos. ¿Has visto la fachada? Yo mismo he destruido el escudo nobiliario. No me gustan los aires de grandeza. —Al decir eso, hizo un gesto brusco con la cabeza, y las hojas que le quedaban en la melena retemblaron todas juntas.

—No, señor —dijo el chico.

—Conozco gente cuya máxima ambición en la vida es ser acaudalado sin trabajar —dijo, y suspiró abatido haciendo una pausa—. Esa gente ni siquiera tiene el coraje de luchar por sus ambiciones.

En la calle, la algarabía era considerable. A lo lejos se oía un redoblar de tambores.

—Creo que debería irme, señor. Se me está haciendo tarde.

—Por favor, espera un minuto. Me gustaría hacerte una pregunta. ¿Sabes qué tal va Gilles en sus estudios? La última vez que le pregunté se enfadó tanto conmigo que estuvo una semana sin hablarme. Está amenazado de expulsión. ¿Lo sabes, verdad?

—Señor, nos conocemos sólo desde hace unos días.

—Ah, sí. Es cierto —dijo propinándose otra palmada en la frente—. Lo había olvidado. Lo había olvidado. —Y, a renglón seguido, como si recordase algo importante, añadió—: ¿Le has oído tocar el piano? Si tuviera un poco más de voluntad llegaría a ser un gran virtuoso. Un gran virtuoso. —El muchacho no sabía exactamente qué decir—. No obstante, espera. Tengo algo para ti. —Se puso a revisar la biblioteca—. Toma —dijo jovialmente mientras ponía en las manos del chico un pequeño volumen de tapas color púrpura y letras doradas—. Espero verte pronto por aquí. Estoy seguro de que serás un buen amigo para Gilles.

En el umbral de la puerta de entrada, Gilles contemplaba los pañuelos agitándose en el aire, las banderas y gallardetes, el desfile de los escuadrones con los uniformes azul y blanco, las bayonetas relucientes y la carga de la caballería, el dormán de los húsares, las charreteras y los alamares amarillos... Una muchedumbre exultante, que se apostaba a ambos lados de la calle, vitoreaba a los húsares y a los granaderos.

Fue una despedida breve. Gilles le arrebató el libro que llevaba en la mano.

—¿Te lo ha dado mi padre o lo has robado? —preguntó Gilles tuteándolo.

—Yo nunca he robado nada.

—*Tratado de plantas* —silabeó Gilles moviendo los labios con una mueca de desdén—. ¿Eso es todo? —dijo—. Bastante elemental.

Y se despidieron con un gesto y un murmullo.

Se envolvió en el viejo chaquetón. Anochecía cuando enfiló la calle nueva que surgía donde antes no había más que edificios medievales, y que, según todos los rumores, llevaría el nombre de rue de Rivoli. La recorrió hasta el Louvre, dejó atrás su columnata y cruzó el Sena por el Pont des Arts, siguió por la rue de Seine y subió por la rue de Tournon hasta el Louxemburg. Entró en el jardín. Cuando salió ya era noche cerrada.

Pasó por delante de la iglesia de Saint-Eustache, y, bordeándola, siguió por la rue Rambuteau para llegar a Saint-Denis. Paseaba a grandes zancadas, como era su costumbre, pero sin demasiada prisa. Como todos, sabía que las noches de París eran una tentación permanente para los desalmados, pero ¿qué tenía él que perder de verdadera importancia? ¿Qué podría echar de menos si se lo quitasen?

Ahora el frío había cedido mucho, y un cielo lujosamente enjoyado iluminaba la ciudad. Sólo se oía el sonido de sus pasos. Unos pocos números más allá, cerca de la confluencia con Saint-Denis, vio a una niña sentada en un escalón que daba a la calle. La puerta estaba entreabierta, y un farol iluminaba a la niña de soslayo.

No tendría más de nueve o diez años. La niña se estiró la falda y se abrazó las piernas a la altura de los tobillos. El viento se enroscaba en sus cabellos rubios como si fuera a peinarlos. Permanecía ensimismada contemplando algo, un punto fijo muy arriba, hermosa como un ángel, la mirada extraviada más allá del frío, más allá de los tejados, más allá de las luces de la ciudad de los hombres. El se preguntó si la chiquilla estaría por casualidad mirando alguna estrella, se preguntó quién podría ser esa niña, cuál sería su nombre, si ésa era su casa y por qué no la había visto antes de hoy. Sí, pensó en acercarse a ella; claro está que pensó en decirle alguna cosa. Así que se armó de arrojo y siguió caminando. Le temblaban las piernas. En esas condiciones, ya era mucho no quedarse paralizado por el miedo; pero lo peor no fue eso, sino que algo imprevisto dio al traste con sus buenos propósitos. Cuando pasó por su lado, la niña se quedó mirándolo con tal serenidad que él se ruborizó hasta las orejas, se quedó con la mente tan silenciosa como la noche y no tuvo más remedio que seguir su camino con alivio y desesperación.

Cuando la sobrepasó, y a medida que se fue alejando de ella, aún volvió la vista varias veces, se quedó mirándola con el temor y el ansia de que ella le devolviese una mirada fugaz, pero por suerte, o quizá por desgracia, nada de lo que ansiaba o temía sucedió.

No pudo quitársela de la cabeza. Ni siquiera cuando Annette le reprendió por llegar a esas horas, y le advirtió, muy alarmada, que Madame quería hablar con él antes de acostarse. Su último pensamiento fue para ella. Y esa noche durmió sin pesadillas.

Sucedió una noche, al cabo de unos días. Era inevitable, conociéndolo a él y a madame Bastide.

Se enfundó en la camisa de dormir, se lavó la cara en la jofaina y se tumbó en el jergón. Cogió el volumen y se puso a revisarlo a la luz de una vela. Aunque se lo sabía de memoria, nunca estaba de más repasar las propiedades y los efectos secundarios. Poco después, incapaz de concentrarse, cerró el *Tratado de las plantas,* cogió la palmatoria y dejó el cuarto. Cruzó las cuadras, salió al patio de cocheras, entró furtivamente por la puerta trasera de la cocina, siguió por el pasillo lateral de la casa y, con todas las precauciones posibles, abrió la puerta que se comunicaba con el vestíbulo. Oyó las estentóreas carcajadas de las chicas. Echó un vistazo a la escalera principal que llevaba a los aposentos, cruzó el vestíbulo y se arrimó a la puerta del salón por si escuchaba alguna voz alarmante. Cuando se cercioró de que sólo estaban las chicas, entró con la palmatoria en la mano.

Estaban jugando al póquer, sentadas en los sofás de un salón sobrecargado de tapices chillones y espejos, y donde sólo una chimenea de mármol encendida brindaba un descanso a los

ojos.

—Pero, cariño, ¿qué haces tú aquí a estas horas? —preguntó una mujer de unos cuarenta años coronada con una guirnalda de flores, que llevaba un peinado a lo Caracalia, corto y rizado. Sentada en un sillón, lucía un vestido de gasa, guantes negros hasta el codo y un chal rojo sobre los hombros. Tenía las mejillas especialmente arreboladas, profundas ojeras, y el lápiz de ojos corrido.

—Lo siento, Mimi —contestó él—. No podía dormir.

—Anda, ven a mi lado. Siempre has sido mi amuleto en las partidas —concedió Mimi, la triste, y, cogiendo una botella de la mesita, se desprendió del chal. El muchacho, con delicada destreza, le subió el tirante que se había escurrido.

—Mimi, si Madame se entera de que está aquí, nos la cargamos —intervino Desirée, una rubia de tirabuzones que estaba sentada en el brazo de otro sillón, ataviada con un vestido de velo que le transparentaba los ligueros.

—Dejad en paz al chico —terció Agathe, cuyas piernas inmensurables hacían las delicias de los clientes, y que esta noche lucía un corpiño y una rutilante diadema de cristales—. Además, la jefa ya no vuelve. Una vez que se prepara la infusión y se la lleva a la alcoba, puedes vivir tranquila. Se acuesta con el opio, la hija de perra.

—A mí tanta infusión me da sed —dijo Carol, que, ante el regocijo general, bebió un largo trago de un vaso. La muchacha, de melena lisa hasta los hombros y vestida sólo con ropa interior, era la más joven y también una de las más recientes adquisiciones de Madame.

—Como iba diciendo —prosiguió Mimi, la triste, con una voz sollozante que delataba su estado anímico habitual—, mi abuelo sí que me quería.

—Pero qué dices, pobre infeliz, si ni siquiera conociste a tu padre —interrumpió Carol, provocando la carcajada del resto.

—Me refiero al padre de mi padre, que era artista, como yo —aclaró Mimi, que levantó la botella y se golpeó repetidamente el pecho con ella—. Un hombre como no había muchos. Un ser excepcional. Y un filántropo. Todo lo que ganaba se lo gastaba rápido para dar de comer a otros. Era mendigo de profesión. El más elegante y pulcro de los mendigos —dijo con orgullo, acariciando la sedosa melena del chico y como esperando la aprobación de todos.

—Mimi, deja esa llantina, que me estás poniendo nerviosa —advirtió Agathe.

—Siempre decía: «Mimi, la lección más importante que te puedo dar en la vida es ésta: no te levantes, o volverás a caerte». Era su lema. Por eso se hizo mendigo. Era un hombre consecuente —sentenció Mimi hipando, luego suspiró y volvió a lloriquear antes de darle otro trago a la botella—. Le agradezco a mi padre que me dejase a su cargo.

—Querrás decir que te abandonó... —intervino Desirée.

—Bueno, lo que sea. El caso es que fue él quien se encargó de mi formación. Y fui feliz todos los días de aquel tiempo. Un tiempo lejano, pero que recuerdo como la única vida familiar que llegué a conocer. Lo único que lamento es una cosa: ¡los vestidos!

—¡No, Mimi, no! ¡Los vestidos, no! —intervino otra chica—. Ahora empezará con la cantinela de los vestidos elegantes.

—¡Sí, sí! ¡Los vestidos! —continuó Mimi—. ¡Vestidos de señora! ¡Cómo me hubiese gustado ponerme vestidos elefantes, vestidos de señora! ¡Hubiese dado una semana entera de pan negro por meterme en uno! Pero éramos unos muertos de hambre. Felices, sí, pero muertos de hambre. Yo pensaba que en el futuro podría comprarme vestidos elegantes. Y resulta que el futuro era esto, compañeras. Somos muñecas rotas.

—¿Tan mala te parece nuestra vida, Mimi? —preguntó Agathe muy seria.

—Esto de ahora no es vivir, es matarse mientras esperamos la muerte. Un palacio para muñecas rotas. Sí, de eso se trata todo esto —sentenció Mimi dando un gran trago—. De cualquier modo, soy un ser humano, ¿no? Tengo la obligación de estar triste.

Con las últimas palabras, asomó por la puerta Camille. Tenía los rasgos más afilados que nunca y las venas del cuello abultadas. Aún no se había desprendido del uniforme de faena.

—Os parecerá muy bonito —dijo con los brazos en jarras—. No basta con la reprimenda que le echó Madame el otro día, que ahora le enseñáis a jugar al póquer. —Camille sacudió la cabeza con tanto vigor que se le descolocó la cofia.

—¡Huy! Querrás decir que aprendemos de él. No es la primera vez que nos barre de la mesa —dijo alguna.

—¡Qué vergüenza! Y tú, fuera de aquí, señor pícaro —exhortó Camille.

—No seas tan dura con él —intervino otra.

—Chico —dijo Mimi, la triste, que, sin soltar la botella, le dio una palmadita en el hombro reprimiendo en vano las lágrimas—, tiene razón Camille. No somos buena compañía.

Y, dejándose coger por la camisa de dormir, el muchacho desapareció de la estancia seguido de Camille.

A la mañana siguiente, a una hora intempestiva por lo demás, en un negocio de las características del que regentaba Madame, se oyeron alaridos que procedían de la segunda planta y que estremecieron a todos los residentes, excepto a uno.

—¡Deprisa! ¡Que llame alguien a un médico! ¡Malditas hijas de perra! ¡Quién es la puta hija de perra culpable! ¡Me las pagará! ¡Mal rayo me parta si no la saco a patadas de este miserable burdel! ¡Se morirá de hambre en el arroyo más sucio de esta inmunda ciudad! ¡De quién va a ser obra esto, sino de una mala puta! ¡A mí no me las dais vosotras, con vuestras caritas de ángel! ¡Que venga un médico! A ver, ¡Annette! ¡Camille! ¡Me arde la sangre entera! ¡Y estoy llenita de ampollas! ¡Rápido, un médico, deprisa!

En la puerta principal de la casa, el muchacho esbozó una sonrisa traviesa, se recogió la melena por detrás en un lazo de terciopelo, cerró la puerta y, con la esperanza de que Victor ya estuviera trabajando, bajó corriendo, a toda velocidad, en dirección a la rue Saint-Antoine.

3. UN SECRETO TENEBROSO

Unos meses después llegó el verano. Era el mes de termidor. Aunque, para algunos, los más tradicionales, termidor seguía siendo ni más ni menos que el mes de agosto.

Una tarde especialmente sofocante regresaba el muchacho de visitar a Victor. Estaba a la altura de la rue Rambuteau, la calle de la niña a la que había visto una noche, muchos meses antes, mirando las estrellas. No había vuelto a ver a la niña desde entonces, y, aunque por cualquier motivo pensaba en ella, siempre evitaba pasar por allí. Hasta ese día, en que decidió no dar el consabido rodeo.

Conforme se fue internando en la calle, buscó a la niña con ojos erráticos. Su corazón palpitaba acelerado. Pronto estuvo casi a la altura del portal. Ralentizó la marcha. Se quedó mirándolo sin pararse y, cuando ya se resignaba a lo peor, descubrió de repente a la niña saliendo de la penumbra con un abultado saco entre los brazos. Antes de que pensara en ayudarla, ella había depositado el saco en un poyete de piedra, junto al portal. Jadeaba la chiquilla. Él se acercó y se paró tan próximo al poyete que sus ojos se encontraron con los ojos de ella.

La niña le devolvió una mirada limpia en la que no cabía una chispa de temor o recelo. Con los dedos se recogió algunos mechones rubios por detrás de la oreja. Pasó así un lapso indeciblemente breve. El silencio lo llenaba todo cuando él se aproximó algo más, se puso muy despacio junto a ella, como temeroso de romper algún hechizo, y muy dulce pero decididamente preguntó:

—¿Vendrás conmigo algún día?

Sin mediar palabra, la niña cogió su mano con una sencillez desarmante y entonces él, sin decidirlo ni vacilar ni atreverse tampoco, echó a andar tranquilamente a su lado. Como si fuese algo que hubieran hecho juntos desde el principio.

¿Qué trecho habían recorrido hasta que alguien chilló a sus espaldas? Algunos viandantes optaron por darse la vuelta para mirar. ¿Fueron veinte metros? ¿Veinticinco, quizá?

—¡¡Niña!! ¡¡Eh, niña!! ¡Vuelve aquí ahora mismo te digo!

Siguieron andando tomados de la mano. El final de la calle o el comienzo estaba a la vuelta de la esquina, demasiado cerca, en todo caso, como para desandar el camino. ¿Oyó la voz alguno de ellos? Él se concentró sólo en esa mano diminuta dentro de la suya. En cuanto a la niña, seguramente nunca había sido tan feliz como entonces. Pero, de pronto, alguien detuvo a la chiquilla por la fuerza. Era una mujer hermosa, de belleza un poco ajada. Brutalmente, interrumpió el viaje hacia ningún lugar. Tenía el poder absoluto de hacerlo, y ambos lo sabían. El poder de quebrar algo muy delicado, el silencio, las promesas hechas sin palabras, todo eso.

No satisfecha aún, la mujer soltó por la fuerza las manos entrelazadas y se puso a zarandear a la pequeña. Le pegó una sonora bofetada. Después, lanzó al muchacho una mirada reprobatoria.

—Te he dicho mil veces que a una madre no se la desobedece nunca.

Se la fue llevando a tirones calle arriba. La madre tenía en la otra mano algo parecido a un chal. Se detuvieron. Se lo puso por los hombros, con delicadeza, para abrigarla, y reanudaron el paso. Y cada vez que la niña volvía la cabeza para mirar cómo él se perdía a lo lejos, la madre

daba mi pequeño tirón. Hasta que desaparecieron en el portal, v el se quedó en el mismo sitio, con el rostro inmutable, los brazos caídos y el maravilloso olor a vainilla que desprendía la pequeña.

Al día siguiente, poco después de mediodía, sonó la aldaba en la mansión de Victor.

—Por el amor de una madre, Émile, ¿qué te ha pasado? —preguntó Victor cuando vio a su amigo con un pañuelo ensangrentado que sujetaba en la alto de la calva con una mano.

—Vengo de la universidad —dijo Émile introduciéndose con urgencia en la casa como un hombre perseguido—. De la conferencia de nuestros insignes doctores en Medicina.

—¿Quién te ha hecho eso? —dijo Victor, que lo cogió del brazo libre mientras lo acompañaba al laboratorio.

—Lo he intentado, Victor. Pero no es posible. Sus cerebros están tan cerrados como sus bolsillos.

—Émile, Émile, Émile. ¿No les habrás hablado de nuestras investigaciones? Mira que te lo advertí... Baja con cuidado las escaleras.

—Qué va —dijo Émile, que le precedía, con el tono de quien sabe que ha hablado demasiado—. ¡Pero si no les dije apenas nada! Fue como hablar del sol cuando es de día.

—¿Qué les dijiste exactamente? —preguntó Victor haciéndole tomar asiento—. ¡Muchacho! Agua limpia, y paños.

Del fondo del sótano, sentado a la mesa en la que se colaba la luz del ventanuco, estaba el muchacho sin nombre. Apartó con cuidado el mortero, y se levantó raudo.

—Les expliqué que lo similar se trata con lo similar —dijo Émile impartiendo unas lecciones que Victor conocía de memoria—. Les hablé de las dosis infinitesimales, y de cómo éstas, administradas al paciente de modo adecuado, son susceptibles de provocar los deseados efectos curativos. Ya lo dijo Paracelso: «Nada es veneno, todo es veneno; la diferencia está en la dosis».

—¡Válgame el cielo, Émile! ¿Ves como tenía razón al no creerte? Aparatosa, pero muy superficial —exclamó Victor examinando la herida mientras cogía un paño húmedo de manos del chico—. ¿Quién ha sido el canalla?

—¿Y cómo voy a saberlo? Yo sólo vi un bastón de madera. —Y, de improviso, como si recordara algo—: ¡La dosis! ¡La cuestión está en la dosis! Ha de ser muy pequeña —dijo, uniendo los dedos pulgar e índice a la altura de los ojos—, totalmente atóxica. ¡Cu-ra-ti-va! La ley de la similitud, ya conocida por los griegos: *Similia similibus curantur*, los semejantes se curan con los semejantes. Les expliqué que la medicina tradicional basa sus tratamientos en la curación por contrarios: *Contraria contrariis curantur*, los contrarios se curan con los contrarios, y que utiliza medicamentos a dosis ponderables. ¡Ay!, eso duele, Victor, pero que mucho...

—Aguanta —replicó Victor intercambiando el paño húmedo por otro que le pasó el chico, mientras éste, agachado, enjuagaba el paño ensangrentado en un barreño de agua.

Émile, de pura excitación, se puso a gesticular como quien muestra a una cuadrilla de ciegos un elefante situado justo delante.

—¡El café! ¡Les puse el ejemplo del café! Oh, vamos, Victor. El café provoca excitación, incluso insomnio. ¡Ah!, pero —y aquí se levantó cual resorte. Era como si la cuadrilla de ciegos hubiera recuperado la vista en el último momento— la misma sustancia en dosis muy pequeñas, preparada de un modo particular, haría desaparecer los padecimientos de un enfermo de insomnio sin provocar efectos indeseables. O sea, ¡justo lo contrario! Les dije que tú habías experimentado en tu propio cuerpo con dosis diluidas en grado infinitesimal.

—¿Te referiste a mí? —tronó Victor.

Émile volvió a sentarse e hizo un ademán con el brazo como restándole importancia.

—Por el bien de la ciencia, Victor, fue por el bien de la ciencia. Y ¿cuáles fueron los efectos que verificó Victor?, pregunté al auditorio. ¡¡Justo los contrarios!!

—¿Te faltó por decir algo?

—Por Dios, mi buen amigo, pero si todo el mundo en su sano juicio debe... —dijo Émile irguiéndose.

—Siéntate inmediatamente.

Émile se derrumbó en el asiento, apoyó el codo en la mesa y dejó descansar el carrillo en el puño como un crío al que hubiesen regañado. Pues bien, en ese preciso instante, aconteció algo sorprendente.

El muchacho sin nombre cogió el barreño, cambió el agua sucia por agua limpia y regresó con él, pero, en esta ocasión, depositó el barreño sobre la mesa. Cogió uno de los paños, lo enjuagó aplicadamente, lo escurrió y retorció entre las manos girando las muñecas justo a la altura de los ojos de Émile. Y entonces, Émile se transformó.

Sujetó con tal fuerza el antebrazo del chico que le hizo soltar el paño. Se acercó el antebrazo a la cara y examinó la muñeca con un rictus de pánico y estupor. Luego lo miró a los ojos con la misma expresión inefable y, sin soltarlo, dijo:

—No puede ser. Es imposible. No puedes estar vivo.

—Émile... en fin, me culpo de no haberos presentado antes, pero...

—¿Quién eres? ¿Dónde vives?

—Soy mozo de cuadras en el burdel de madame Bastide —replicó asustado el chico.

Émile se irguió en toda su longitud.

—¡Dios Todopoderoso!... Pero es imposible. Tú deberías estar muerto... —exclamó Émile dirigiéndose alternativamente a uno y a otro.

—Cálmate, amigo mío —dijo Victor cogiéndolo del brazo—. Subiremos y te recostarás en mi cama. Quiero que reposes. Has recibido un fuerte golpe en la cabeza.

—No lo entiendes, Victor. Hace años, cuando ejercía, me llamaron para salvar a un niño. Le había mordido una serpiente venenosa. Era imposible salvarlo. Estaba condenado —explicó Émile como si hubiera consumido sus últimas reservas.

—Está bien, te creo. Y ahora vamos arriba, Émile. Te llevaré a mi cuarto —dijo Victor ayudándole a subir las escaleras—. Y tú, muchacho, una tisana cuando puedas.

—Es imposible. Imposible —repetía Émile por las escaleras.

El chico hurgó en un tarro de porcelana, cogió un puñado de hierbas y se puso a calentar el agua en el hornillo. Aún le temblaban las manos. Prefirió no darle vueltas a lo que había dicho el doctor Émile. Annette y Camille se lo habían contado tantas veces que se lo sabía de memoria. Poco después, salió con la tisana del laboratorio y Victor se topó con él en el vestíbulo.

—Gracias, hijo. Yo me encargo de subirla.

—¿Qué ha pasado?

—Émile se ha ido de la lengua. Pero la comunidad científica no está preparada. —Victor se quedó observándolo sin decir nada. No había en ello una intención escrutadora. Era como si esperase que el chico le revelara algo, sólo eso—. Son sustancias peligrosas. Y aunque resulten benéficas en dosis adecuadamente ínfimas, por encima de lo prescrito son mortíferas de necesidad. No corren buenos tiempos para las revoluciones.

—¿Y Émile?

—Émile, por ética profesional, tuvo que abandonar el ejercicio de la medicina hace tiempo. ¿Cómo crees que lo miran ahora esos malditos burócratas? Hace mucho que se gana la vida

como traductor. Espérame aquí —dijo mientras subía las escaleras—. Quiero que veas los últimos preparados.

El chico, tras echarle un vistazo al reloj de pie, regresó por donde había venido y desapareció por la escalera del laboratorio.

Los días transcurrían e, infaliblemente, llegaban las vacaciones escolares. Y, con ellas, el reencuentro con Gilles. Cuando Gilles estaba en el internado, y el muchacho sin nombre hacía escapadas para reunirse con Victor, el futuro inmediato era una fuente de dicha: asimilar las lecciones del maestro, asistirle en sus experimentos, poner en práctica sus propias e incipientes intuiciones o desempeñar las labores de secretario. Entre Victor y él ni siquiera hacían falta las palabras. A veces bastaba un gesto, una mirada era bastante. El único inconveniente era que al final el curso siempre tocaba a su fin y, en consecuencia, Gilles reaparecía. Y no es que le afligiese o preocupase demasiado que la relación con el hijo de Victor fuese tan difícil. Tan sólo le irritaba. Por no hablar de la actitud de Gilles hacia él. A veces llegaba y los veía trabajar, a su padre y al chico sin nombre, codo con codo, y se reía por lo bajo con una mueca desdeñosa. Esa mueca le crispaba los nervios al muchacho, pero se obligaba a contenerse, por Victor.

Uno de los últimos días de vacaciones, Gilles aprovechó que su padre acababa de salir para bajar las escaleras del laboratorio y llamar al muchacho a su habitación. Luego, se volvió sobre sus pasos. El muchacho apretó los puños, pero, al cabo de unos minutos, estaba llamando a la puerta de Gilles, quien hasta ese día nunca le había invitado a subir a su aposento.

—¡Pasa! —se oyó del otro lado de la puerta.

El chico acertó a vislumbrar un cuarto revuelto, prendas por el suelo, y a Gilles tumbado en la cama cuan largo era. Había una luz mortecina y se oía un leve pero muy regular golpeteo.

—Descorre las cortinas. Hay demasiada oscuridad aquí para vernos —ordenó Gilles. El chico hizo lo que le decía. Gilles estaba en el lecho, con un brazo cruzado bajo la cabeza y una pierna sobre otra mientras golpeaba regularme con su fusta unas botas que parecían recién embetunadas—. Conmigo no tienes por qué disimular. Dime, estás satisfecho con las clases de mi padre, ¿no es cierto?

—Sí, lo estoy —contestó sosteniendo su mirada.

—Entonces agradécemelo —replicó Gilles incorporándose de un salto. Se dirigió a una cómoda, abrió el cajón superior y extrajo una carta doblada por la mitad. La desdobló ante los ojos del muchacho y se la tendió—. Lee —dijo—. Quiero que la metas en la firma. —El muchacho levantó la vista tras haberla leído y clavó en Gilles una mirada de extrañeza—. Si no me equivoco, él firma sin mirar todo cuanto le pasas, ¿no? Mi padre confía en ti como en un hijo.

—No puedo hacerlo, Gilles —declaró el chico desconcertado—. No estaría bien. Sería una bajeza.

—Pobre ser. Demasiado nombre para un acto tan insignificante. ¡Se la pasarás antes de irme!

—No debo —dijo alargándole el papel. Un sentimiento de indignación y de repugnancia lo invadió.

Gilles le dio la espalda y se puso a pasear de un lado a otro del cuarto golpeando las botas con la fusta antes de encararse nuevamente con él:

—Mide bien cada uno de tus pasos. Ésta es mi casa, y tú no eres aquí más que un extraño. Yo podría hacer que perdieses su favor en menos de lo que te imaginas —dijo plantándose con las manos cruzadas por la espalda—. Podría hacer que no recibieras ni una sola lección gratuita más, que no volvieras a pisar ese asqueroso laboratorio. Haz que la firme, o me encargaré de que no entres por la puerta de esta casa durante el resto de tu vida.

En el horizonte su cabeza registró varias réplicas posibles. Pero la palabra era una tierra yerma. Sentía la sangre rebullir con violencia incontenible. La sangre fortalecía su orgullo y su corazón, pero disipaba cualquier propósito de explicarse. Supo entonces qué fácil es dejarse arrastrar por ella, y cuán difícil contenerse. Cogió la carta, la dobló por la mitad y, sin despegar los labios temblorosos, se dio media vuelta y salió de la estancia.

Al día siguiente, en la residencia de Victor, el silencio era casi doloroso.

El muchacho innombrable se había acercado un par de horas después del almuerzo y se había marchado con urgencia. Tan sólo Victor y Gilles permanecían en la mansión.

El reloj de pie comenzó a dar la hora, y afuera empezó a llover suavemente. Se oyó el traqueteo de un landó que circulaba a velocidad endiablada. Y de nuevo el silenció. El reloj terminó de dar las siete cuando se oyó un débil rumor de pasos escaleras arriba.

—Adelante —dijo Gilles, que, ante su inminente regreso al internado, ya ultimaba los preparativos—. Querido padre. Bienvenido. Me pregunto qué apremiante necesidad puede hacer que llames a esta puerta. Tan poco has entrado en mi habitación que en verdad esto es milagroso —concluyó mientras se sentaba muy ufano a los pies de su cama, junto a un baúl en el que se apilaban varios montones de ropas.

—Éste es el motivo, Gilles —dijo Victor exhibiendo una carta a modo de gallardete.

—¡Ah! —exclamó Gilles con abandono—, no es para tanto. Un permiso para una fiesta cerca del internado, nada fuera de lo común. —Se levantó de su asiento y reanudó la tarea a medio concluir.

—No es el contenido de la carta lo que me enfurece; ni siquiera que la fiesta dure una semana, que justifiques la ausencia con una enfermedad, sino el modo que eliges para lograr tu objetivo. Tu estilo: la cobardía y el engaño —declaró Victor rompiendo la carta una y otra vez y esparciendo al aire los trozos—. Cómo has podido cambiar tanto, Gilles. De niño...

—Cobardía y engaño —repitió Gilles rectificando el tono altivo hasta hacer de él un susurro —. A eso sí que estoy acostumbrado, padre.

Victor, pálido como la cera, se aproximó a Gilles decididamente.

—¿Con qué patraña lo amenazaste? —preguntó Victor.1 Izando la voz mientras pensaba que él nunca, jamás, habría golpeado a su hijo. Que fuese un tipo de trato difícil, con un temperamento extravagante, podía aceptarlo, pero ¿violento? Eso no, al menos no lo bastante violento como para darle una paliza a un hijo que se la merecía. Por el contrario, él siempre había sido indulgente con Gilles; y, aunque le atormentase pensarlo, a esa indulgencia y a la desdicha de haber crecido sin una madre desde pequeño atribuía la elástica conciencia moral de su hijo. Pero siempre habría otros motivos. Los principales motivos, los motivos secretos nunca salían fácilmente a la luz.

—¿Qué te ha dicho ese perro sin dueño a quien das más credibilidad que a tu propio hijo? —La voz de Gilles sonaba de nuevo desafiante.

—El chico no me dijo nada.

Un segundo después, Gilles le sujetó la barbilla con una mano como si pretendiera que su padre no desviase la vista de él.

—¿Por qué le quieres tú?, dime. ¿Qué diablos admiras de ese hijo de la calle? ¿Por qué le defiendes siempre frente a mí, aun sin saber lo que ha ocurrido? ¿Por qué le regalas tu respeto, tu confianza? —Lo miró con ojos húmedos, y le apretó aún con más fuerza la barbilla. De repente la soltó y, recuperando la compostura, se acercó a la ventana para abrirla de par en par—. Cualquiera es mejor que nosotros, ¿no es cierto? —dijo dándole la espalda.

—¿Vosotros?

—Mi madre y yo... la bella Sophie. —Pronunció su nombre con fruición, casi voluptuosamente, volviéndose para mirar al padre.

Victor pensó entonces que los motivos secretos, los más dolorosos, no se guardan o se ocultan por capricho. Como mucho, por voluntad de supervivencia, se finge que no existen.

—¿Qué quieres decir, hijo mío?

—Recuerdo el día de su muerte como si hubiera ocurrido ayer mismo. —Comenzó a pasearse cabizbajo por la estancia. A su vez, Victor tomó asiento al pie de la cama, junto al baúl, con la resignación o la angustia de quien ve llegada una hora largamente postergada, inevitable —. Mi abuelo y tú entrasteis en el despacho. Yo estaba escondido bajo el escritorio. No soportaba ver el cadáver de mi madre expuesto a las miradas de todos. Ellos me la estaban robando, padre. ¡Y tú!... ¡Tú lo permitías! Por eso me escondí. Aún hoy... aunque quisiera, no podría perdonártelo. Aquellos espectadores abatidos, aquellos afligidos testigos... ¡Ah, gentuza! Qué sabía del verdadero dolor aquella chusma a la que permitiste contemplar por última vez su belleza. Qué sabían ellos cuánto significaba su muerte para mí, su único hijo. —Gilles medía la estancia con sus pasos—. Uno tras otro se acercaban al féretro, según ellos, para decirle adiós. Ella era el único ser en el mundo con el que sentía complicidad y amor. Y siempre, padre, supongo que lo sabes, seguirá siendo así. Ella y yo éramos dos puñados de la misma tierra. —Al decir esto, el joven llenó imaginariamente sus manos y las cerró con violencia hasta hacerse daño. A continuación llevó los puños a la altura del rostro y los besó a modo de juramento—. Sí, era muy niño entonces, pero comprendí que el abuelo te había ofendido gravemente, y me puse de tu parte hasta que las palabras brotaron de tu boca como cuchillos. No fue el sentido, sino el tono lo que me puso en tu contra. ¿Traidor? ¿Quién es el traidor aquí, padre? Recuerdo tus palabras. Que no la quisiste. Que su hija había sido una mujer sin escrúpulos. Que te creyó rico. Que te sedujo para obligarte al matrimonio con el embarazo. Que cuando, para su inconmensurable sorpresa, comprobó tu patrimonio, el estado de tus finanzas y tu obsesión enfermiza por la química, se convirtió en tu peor enemiga... Aunque era un niño entonces, y no comprendía bien el significado de lo que decías, no me permití olvidar. Yo tengo memoria, padre.

—Tú no tenías que haber escuchado aquella conversación. Lo siento tanto, hijo. Lamento que perdieras a tu madre, que escucharas aquello, y posiblemente lamentaré más tarde lo que voy a decirte ahora. —Victor apoyó ambas manos en los muslos y se puso en pie con dificultad—. Todo lo que le dije a tu abuelo era cierto.

—Qué poco me conoces, padre. ¿Crees que alguna vez lo lie dudado? —replicó Gilles— Por eso nos castigaste con una vida que ha rozado la indigencia. Aquí, en esta miserable casa, sin el bienestar, sin las comodidades que todo padre debe a su familia. Le robaste su vida, padre. Por eso tampoco me quieres a mí, su vástago, el hijo de la hermosa Sophie. —Gilles se fue aproximando lentamente a Victor— Pero yo no soy más que esto —afirmó deteniéndose de repente—: La viva imagen de la mujer que odiaste.

—Cálmate, Gilles —dijo Victor procurando dominar su excitación—. Aquí nunca te ha faltado nada. Esta casa es una buena casa. Tu educación se confió a los mejores colegios y maestros. Lo hemos hablado otras veces antes. El lujo no es sinónimo de bienestar, hijo, y mucho menos de buena educación. Al contrario, conoces mi parecer; si este carácter tuyo se ha forjado en una situación desahogada, de haber nacido en la abundancia serías un monstruo. Créeme, hijo mío, por eso yo... ya con tu madre... yo...

—Escúchame tú, padre —interrumpió Gilles amenazándole con el dedo índice—, esos pecados que como un inquisidor atribuyes a mi madre son cualidades que yo he heredado de ella.

Yo mimo esos pecados con orgullo —dijo esbozando una ligera sonrisa—. Y me recuerdan que de algún modo sigue viva, que jamás renunciaré a mi sangre.

—Yo te quiero, Gilles... a mi manera... ¡Eres mi hijo!

—¿Tu hijo? ¿Me quieres? Entonces, dime una cosa, padre. Dímelo, ahora que ha llegado el momento. ¿Me estimarías si no fuera de tu propia sangre?

Victor sintió la boca pastosa y una ligera punzada en el pecho. Ahí estaban las razones secretas; ahí, revoloteando, los motivos camuflados que habían escapado a su encierro, liberadas las palabras que salían por la puerta de la jaula. Y ahora era imposible atraparlas, pues jamás volverían a dejarse apresar. Y, aunque fuera posible, siempre quedaría una atmósfera viciada durante un tiempo, un no sé qué flotaría en el aire que haría más irrespirable la vida.

—No —respondió sin poder reprimir esa maldita propensión a decir la verdad—. No admiro ni una sola de esas cualidades. Creo que son un abanico de principios morales a cada cual más detestable. Pero eres mi hijo.

Abatido, como si una amargura más inolvidable que esas palabras se filtrase en su corazón, tomó asiento dejándose caer en la cama.

—No basta el lazo de la sangre. No aprieta lo suficiente, padre. Yo necesitaba tu admiración. La merecía. Pero también tú estabas en mi contra. ¿Qué me ofreces a cambio? ¿Tu compasión? A estas alturas me deja frío tu compasión, padre. Que me quieras o que me odies ni siquiera despierta ya mi curiosidad.

El sudor perlaba la frente de Gilles.

Su padre, sentado a los pies de la cama, apoyaba los antebrazos en las rodillas. Cabizbajo, rendido a una especie de muda reflexión, ni tan siquiera lo miraba ya. Las pruebas, todo había sido visto en el proceso que acababa de concluir. Todo sopesado, analizado con franqueza descarnada y cruel. Y la sentencia había sido dictada.

Había dejado de llover, pero el cielo no había perdido ese tono plúmbeo que arrastraba desde primeras horas. Los ruidos se reanudaron en la calle. Parecía que hasta ese preciso instante la vida hubiera estado en suspenso.

4. LA CORONACIÓN

En 1804 París era un olímpico teatro al aire libre, un coliseo de resonancias clásicas hacia el que Europa entera volvía los ojos con temor y temblor. Desde hacía un puñado de años allí se representaba un drama tras otro, e incluso, en ocasiones, eran varios los dramas que se representaban simultáneamente. Pues bien, uno de los más interesantes había desarrollado su primer acto en una oscura noche de agosto de 1803.

Por entonces, el conspirador y jefe monárquico Georges Cadoudal, que, no por accidente, residía en Inglaterra, desembarcó en secreto en el litoral de la Mancha. Fue izado mediante un cable hasta la cima de un acantilado de setenta y cinco metros de altura en las proximidades de Dieppe. Desde allí se dirigió a París, provisto de dinero inglés, con el objetivo de asesinar a Bonaparte, a la sazón primer cónsul de la República, facilitando así la restauración de los Borbones.

Napoleón (también conocido como «el Amo») había prescindido pocos meses antes de los servicios de su ministro de la Policía, José Fouché. Y ello a despecho de su inapreciable eficacia, y de que entre los éxitos que respaldaban su gestión figuraba, nada menos, haber demostrado que los atentados de que había sido víctima Bonaparte habían sido urdidos por los monárquicos y financiados por los ingleses. Fouché, ese perpetuo seguidor de la mayoría y modelo de intrigantes, ese «Hijo del Terror» (antes de llegar a ministro), ese revolucionario jacobino en los años de Revolución (antes de convertirse en el hombre de orden más temido de la Francia imperial), era el mismo Fouché de ahora, reconvertido en guardián del orden público.

Por si fuera poco, un segundo drama dio comienzo. Hasta la policía se filtró cierta información relativa a que uno de los príncipes de la casa de Borbón se había puesto al frente de los conspiradores. Desde las más altas instancias gubernamentales se hicieron conjeturas sobre el nombre, y se llegó a la conclusión de que éste no podía ser otro que el duque de Enghien, cuya residencia, en Ettenheim, ducado de Badén, a escasa distancia de la frontera francesa, resultaba poco menos que inquietante.

Al duque de Enghien se le apresó, según el calendario gregoriano, el 15 de marzo de 1804, y el 21 de marzo al amanecer, tras un juicio sumarísimo, fue fusilado en los fosos de Vincennes. Por su parte, Georges Cadoudal fue arrestado el 9 de marzo, y ejecutado el 28 de junio. Exactamente doce días después Fouché sería rehabilitado como ministro de la Policía.

Fue entonces cuando Fouché puso los cimientos de esa temible estructura que llegó a ser la policía general del Imperio, con su inextricable telaraña de espías y contraespías, de secretismo y de delación, de infiltrados y de traiciones, de intrigas remuneradas y de miserias encubiertas. No en vano, el ministro concebía esta maquinaria para detectar cualquier intriga contra un régimen más que provechoso para sus ambiciones e intereses personales. Y, en el fondo, esta concepción era de suma utilidad para el Amo, más aún cuando el 2 de diciembre de 1804 tendría lugar en Notre Dame la coronación de Napoleón y Josefina Bonaparte como emperador y emperatriz de todos los franceses.

Ese día amaneció con frío, y sólo a partir de las nueve de la mañana el sol hizo su aparición. De madrugada había nevado lo justo para que las calles se convirtieran en barrizales. Además, el

trayecto por el que iba a circular el cortejo se había enarenado, lo que, en opinión de muchos, resultaba inaceptable. Así y todo, París ardía enfervorecido, y el trasiego de gente era constante.

Desde las Tullerías hasta Notre Dame, los buhoneros hacían el itinerario ofreciendo salchichas y panecillos a una multitud que desde primeras horas procuraba entrar en calor. Las banderas y los estandartes pendían húmedos de las balaustradas. Según algunos, se habían llegado a pagar sumas próximas a los trescientos francos por una ventana con vistas al desfile. Cierto o no, en las ventanas que daban a las calles privilegiadas no cabía ni una horquilla, y esa muchedumbre había afluido desde todas partes de Europa. Expectante, seducido por el Amo de una Francia europea, mejor sería decir de una Francia universal, el pueblo aguardaba ansioso un evento de trascendencia histórica esa fría mañana de invierno de 1804.

Aunque, como siempre, la rumorología era osada. Se decía que el papa Pío VII, recién instalado en el pabellón de Flora, no ocultaba su desagrado a coronar a Bonaparte, el levantisco, el ambicioso, el asesino del Borbón duque de Enghien, pero que sus reticencias fueron vencidas merced a ciertas promesas de privilegios para la Iglesia. Por doquier se insistía en que un ejército de obreros y obreras llevaba semanas dedicado a cortar, coser y bordar los trajes de gala de los dignatarios. Circulaba el rumor de que, para evitar errores protocolarios, se habían hecho docenas de ensayos con un centenar de figurillas de cera que representaban a los principales actores de la coronación. Y, en cuanto a las cifras que se manejaban, hacían las delicias de los más enterados. Que el séquito del futuro emperador y de la futura emperatriz ascendía a treinta carruajes y ciento cuarenta caballos; que cuatrocientos músicos de tres orquestas llevaban días ensayando; que las páginas de las partituras para los cuatrocientos integrantes del coro no bajaban de diecisiete mil; o que los soldados que formaban el triple cordón de seguridad a lo largo del recorrido alcanzaban la cifra de ocho mil.

Mucho antes de que el cortejo se pusiera en marcha, alrededor de las nueve de la mañana, y como si de un jugoso anticipo se tratase, el Papa salió de las Tullerías con destino a Notre Dame. Para regocijo de muchos, un camarista que precedía al coche de Su Santidad iba montado en una muía y portaba una majestuosa cruz. Tras varias horas de espera a la intemperie, reírse del Papa era un modo tan válido como cualquiera de tonificar los músculos agarrotados por el frío.

Desde ahí fueron casi dos horas de espera para todos, a pie firme para muchos, incluido Gilles. ¿Gilles? Tras el cordón de seguridad, resguardado de la lluvia bajo un gran paraguas, resultaba casi indistinguible de una masa amorfa y vocinglera. Vestía con elegancia un redingote de cuello de terciopelo, sombrero alto de alas anchas, varios chalecos superpuestos y un fular de muselina a rayas montado encima de un cuello fijo; no obstante, algo de estoico en su mirada y en la expresión de su boca infundían al rostro de Gilles una feroz discrepancia, y un mudo desprecio por los otros.

Y es que, en realidad, Gilles sufría no sólo a causa del suplicio que para él representaba fundirse con la masa. Le atormentaba la sensación inexpresable de que, por espíritu, por talento, por sensibilidad, él hubiera debido formar parte del cortejo que todos aguardaban, pero del que, por cuestiones ajenas a sus méritos, no era sino un vulgar espectador. Más aún, experimentaba esa injusticia, ese despotismo, ese atropello del destino como algo físico, como un arañazo en el corazón, y la sola idea de que todo se debía al infortunio de no haber nacido en otra cuna le hurgaba cruelmente en la herida.

Había salido de casa con tiempo para situarse en la rue Saint-Honoré, en el tramo que va desde la rue Royal hasta la rue du Louvre, una zona plagada de palacios que siempre le había parecido cautivadora. Se quedó cerca de la place Vendôme, pero con el ácido regusto de que todo París había tenido su misma preferencia.

Sin embargo, es cierto que a menudo los sucesos que orientan la vida de los hombres irrumpen de modo casual. A lo lejos se dejó oír una nueva salva de cañones mientras las campanas empezaban a repicar, y ya se oían las trompetas y los timbales cuando Gilles, para oxigenarse y descansar un poco la vista de las carrozas atestadas de cortesanos y princesas, volvió por casualidad la cabeza, sin interrupción levantó los ojos y de inmediato reparó en él.

La fachada del palacete merecía la atención de cualquier espíritu refinado que hubiese nacido para degustar la belleza y el lujo. El tejado estaba erizado de mansardas, y no desentonaba con el frontón triangular, cubierto con bajorrelieves y sostenido por columnas. Bajo el espacio que en tiempos había ocupado el escudo de armas (y que, como muchos otros, habría sido destruido por la oleada revolucionaria) se abría un gran balcón de hierro forjado que soportaban cuatro ménsulas con proliferación de volutas. Esa terraza, en el primer piso, abarcaba tres ventanales. El resto de las ventanas del primer y segundo piso, ya de menor tamaño, se alternaban con pilastras adosadas con capiteles corintios. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Gilles no fue la fachada del palacete.

De todas, la ventana central del balcón era la única que estaba abierta. Los visillos flameaban al viento de modo que permitían vislumbrar el perfil de un joven al piano. El joven estaba sentado en un taburete, y, curiosamente, igual que Gilles, tenía patillas de boca de hacha, a la usanza inglesa. Pero lo más Místerioso era que el muchacho acusaba el suficiente abandono, desinterés o desprecio por los acontecimientos como para no salir al balcón y perseverar en su música.

Gilles volvió la vista a la calle. El fragor era una mezcla de timbales, cañonazos, trompetas y aclamaciones del público; sin embargo, por imposible que lo juzgase (y así lo juzgaba), su alma se había quedado ahí arriba, en el balcón del palacete, sobrevolándolo todo.

Cinco regimientos de mamelucos, y, sobre todo, la guardia imperial a caballo, «los más valientes de entre los valientes», escoltaban la carroza. Las nubes empezaban a dispersarse, y, cuando el carruaje imperial estaba a punto de pasar por delante, le venció una duda de última hora. ¿Qué actitud habría adoptado el joven? ¿Seguiría sentado al piano? ¿Habría, como ordenaba alguna suerte de lógica, salido a la terraza? ¿Seguiría las evoluciones del cortejo?

Volvió una vez más la cabeza. El ventanal continuaba abierto. Ondeaban los visillos. Y el joven, impertérrito o ausente, permanecía sentado al piano, sin salir a la terraza. Tal vez fuera el producto de una imaginación fértil, pero Gilles creyó ver en el perfil de ese joven algo conocido, semejante, casi familiar.

Por fortuna, para deleite del pueblo, el vehículo circulaba con parsimonia.

Incluso el cochero, ataviado con un chaquetón verde con galones dorados y un sombrero de plumas verdiblancas, parecía extraído de una carroza de ensueño. Ocho caballos grises ricamente enjaezados, y con penachos cuya altura rozaba el primer piso de las casas, tiraban de un lujoso carruaje. El carruaje, revestido de oro, espejos y hojas de laurel, lucía las abejas del sello imperial y estaba coronado de águilas que, a su vez, portaban una corona. José y Luis iban en los asientos de delante. Josefina y Bonaparte, detrás. Ella sonreía al público; ellos parecían enfrascados en plena conversación.

En algún momento Gilles volvió de nuevo la vista hacia el ventanal del palacete. Pero alguien lo había cerrado y había corrido los visillos.

Pasaron algunos meses, y sucedió una mañana, de camino de la barbería.

Porque el muchacho sin nombre había llegado a un acuerdo con Madame para trabajar por las mañanas en una barbería de la calle Rambuteau, muy próxima a la casa de la niña. Pues bien, esa mañana una neblina vaporosa se infiltraba en el aire, y el sol brillaba como si hubiera

recobrado fuerzas por la noche.

—Muchacho, dame otras tijeras del arca —dijo Marcel padre. Marcel, el dueño de la barbería, un tipo de una habilidad tan expansiva como su grasa corporal, vestía siempre de blanco inmaculado; pero lo más representativo de Marcel era un bigote cuyas guías afilaba regularmente entre el índice y el pulgar.

El chico sin nombre era el primero en llegar. Abría la barbería, barría, fregaba, limpiaba el polvo y revisaba las arcas y las arquillas donde se guardaban las herramientas y los *lienzos del oficio.* También ayudaba suministrando a Marcel padre y Marcel hijo (que en todo salvo en el carácter era clavado a su padre) los artículos que urgiesen en cada momento: los paños de afeitar, los paños de manos, los trapos de enjugar y limpiar, los peinadores, las bacías, los peines, las tijeras; e incluso afilaba las navajas en las piedras de afilar.

Esa mañana de lunes transcurría sin sobresaltos. Hasta entonces, la concurrencia de clientes no había sido abundante. Era mediodía cuando Marcel dio por terminado el corte de pelo de su cliente y se oyó el estrépito de un coche cuyos caballos parecían haberse desbocado.

Por casualidad, el muchacho fue el primero en apoyar la frente contra el cristal de la ventana; inmediatamente, el joven Marcel hizo lo propio a su lado, luego Marcel padre fue quien se colocó a la altura de su hijo, y, sin que nadie lo hubiera convocado, el cliente se sumó al semicírculo de cabezas. Afuera, un pequeño corro se había formado a la puerta del coche.

—Es la lavandera —dijo Marcel padre.

El coche se había detenido justo delante del portal en el que por vez primera, una noche que ya nunca olvidaría, había visto a la chiquilla que miraba las estrellas, sentada en el escalón que daba a la calle. Hacía tanto de aquello que parecía una eternidad.

Del coche salió, en efecto, la madre de la niña con el gesto desencajado y las manos entrelazadas en ademán de oración. Seguidamente, dos hombres, uno de los cuales salió por la otra portezuela, extrajeron con sumo cuidado un cuerpecito que parecía inmóvil. En cuestión de segundos, el lugar se fue llenando de curiosos mientras el cochero seguía con atención las evoluciones.

—Debe de ser la hija —anunció el joven Marcel.

Antes de que Marcel continuase, el chico salió disparado de la barbería. Afuera, la gente no hacía más que obstruir el paso y crear dificultades. Cuando logró acercarse, después de sortear el coche, que arrancó peligrosamente, los dos hombres que transportaban el cuerpo empezaron a subir las escaleras seguidos de la madre y de una pequeña comitiva.

Entró en el portal y subió tras ellos. El corazón se obstinaba en salírsele del pecho. Lo notaba palpitar en las sienes, y todo a su alrededor estaba oscuro. Continuó subiendo. Última planta. Una vez arriba, dos mujeres cuchicheaban obstaculizando la puerta.

—Una desgracia. Estaba en los muelles del Sena, con su madre, viendo la carga de los barcos. Se le cayó encima una bala de algodón. ¡Pobre infeliz! ¡Sólo tiene doce años!

Las apartó de su camino, traspuso decididamente el umbral, y en un par de zancadas cruzó el angosto pasillo y entró en un cuarto sin ninguna ventilación. El cuarto estaba iluminado por una bujía.

Luego, todo transcurrió muy rápido. Tanto que nunca lograría recordarlo muy bien. La cara de la chiquilla era un óvalo de luz, y sus ojos, en contra de lo que pudiera pensarse, sugerían una receptividad extraordinaria. La madre, en la cabecera, de pie, con los dedos entrelazados, gemía calladamente como temiendo despertarla, y, sin duda, no había reparado en él. Había otra mujer y cuatro hombres alrededor del camastro. Uno de ellos llevaba anteojos y perilla, y estaba tomándole el pulso a la niña. El doctor dejó la mano con delicadeza en la sábana, miró a la madre

y negó lenta y casi imperceptiblemente con un gesto.

—Que alguien llame a un sacerdote —oyó que decía un hombre.

—A este angelito no hace falta que nadie le abra las puertas del cielo —dijo la mujer que estaba a los pies de la cama.

Él se adelantó un paso. En silencio, apartó a alguien, luego a otro, con una firmeza, una determinación que suscitó miradas de reproche. Por imposible que le resultase explicarlo, él notaba, presentía que habría matado a quien hubiese tenido la ocurrencia de interponerse. Se quedó detrás del doctor. Mirarla, esto era lo único importante, estar junto a ella, a su lado. La niña ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia.

De improviso, ella relajó el gesto y lo miró fijamente; tan notorio fue que el médico se volvió apartándose para que él se acercase. La madre estaba en el otro lado, a la cabecera del camastro, sin dejar de llorar, con un pañuelo cogido entre las manos. Lo vio. A través de las lágrimas, la madre clavó una mirada dura en él, una mirada de odio y de miedo que venía de recorrer un largo viaje angustioso; luego se fijó en su hija, y, de inmediato, bajó la cabeza como resignándose, o como distanciándose de todo.

El sudor bañaba el rostro de la chiquilla. El chico sin nombre se agachó sobre ella y con la mano le rozó muy dulcemente el nacimiento del pelo. Entonces, la niña, con visible dificultad, entrecerrando los ojos, se llevó las manitas a los labios y, con un beso, y la misma dulzura con que él la había acariciado, se las puso al chico sobre los ojos. Las tuvo así un tiempo que él no hubiera sabido decir. Tal vez sólo fueron décimas de segundo. O puede que mucho más.

Alguien le tocó el hombro y le ayudó a levantarse. Cuando él regresó de alguna parte, la niña tenía los brazos cruzados sobre el cobertor, los ojos entrecerrados, y aún respiraba. Encima del cabezal, colgado de la pared, había un humilde trozo de madera primorosamente lijada y barnizada. En la madera se leía una inscripción en tintura negra, un nombre de mujer: «Sarah».

El médico se precipitó sobre la niña, y él permaneció a su lado mirándola todo el tiempo mientras el médico hacía sus comprobaciones. La madre rompió a llorar, y él sintió que éste era el lugar en el que deseaba quedarse, y que ese camastro y esa mesilla y también los suelos de madera vieja y carcomida eran el camastro y la mesilla y los suelos que habían trabado verdadero conocimiento con la niña, y que la conocían mejor que él. No pensó en ello, se dejó vencer por un sentimiento más fuerte que el dolor y que el tiempo y que todo lo demás, y supo entonces lo que ya sabía desde el principio, que la pequeña, esa niña con la que soñaba y cuyos sueños habían reemplazado a las pesadillas protagonizadas por serpientes, esa niña con la que había culminado una fuga de veinticinco metros y que miraba las estrellas como si le confiaran algo para el resto del mundo incomprensible, era la misma que yacía al final del camino, en un cuarto diminuto, malherida, y comprendió que algo suyo iba a quedarse ahí, con ella, para siempre.

Alguien le preguntó si la conocía. Él no respondió, se quedó mirando muy fijo a esa persona como si estuviera unido a ella por lazos más duraderos que la sangre, y luego pestañeó, miró de nuevo a la niña, que respiraba acompasadamente, y, mucho más tarde, pensó que ahí se hubiese quedado, inmóvil, al lado de la niña querida, si ese alguien u otro no le hubiese cogido muy suave por el brazo.

5. EN EL HOSPITAL DE LA SALPETRIÈRE

Al salir del portal, vio que el cielo estaba encapotado.

Bajó la vista. Se encaminó hacia el burdel. No pensó en nada. Para qué. Sencillamente se iba. La opresión del pecho no se pasaba. Abrió la boca para poder respirar. Reparó en el delantal que llevaba puesto desde que abriese la barbería a primera hora. Tiró de él con todas sus fuerzas. Al oír el desgarrón, arrojó el delantal lejos y, sin mirar hacia atrás, prosiguió calle adelante.

Rodeó la casa y entró por la puerta trasera con su llave. Cerró por dentro el portón, cruzó el patio de cocheras y, cuando ya se dirigía a su cuarto, en las cuadras, oyó gritos que procedían de la cocina. Conocía esa voz y esos gritos. Llevaba toda la vida sufriéndolos, tratando con ellos, tolerándolos. De forma imperceptible, corrigió el rumbo de sus pasos y se dirigió a la puerta trasera de la cocina.

No era su manera de conducirse escuchar detrás de las puertas; sin embargo, esa voz áspera que habría identificado hasta en el rincón más recóndito del infierno le atacaba los nervios de tal modo que no podía escapar a ella. Además, qué estupidez, se dijo, si Dios no respetaba reglas y dejaba morir a un corazón puro, si mataba a un ángel de doce años que no le había hecho daño a nadie, ¿qué regla estaba obligado a respetar él?

—Pero, Madame —oyó decir a Pierre—, ¿adónde voy a ir a mi edad? ¿Quién me contratará?

—¡Y a mí qué me importa! ¡Eres tú quien tiene el problema, no yo!

—Pero yo veo bastante bien, debe creerme, lo juro. Mis gafas, Madame, mis gafas nuevas...

—No voy a consentir que todo siga como hasta ahora. Y en cuanto al trabajo que desempeñas actualmente, yo diría que el chico se vale por sí mismo.

—Madame, el chico vale su peso en oro, pero, si me permite... —Era la voz de Camille.

—¡Permitir! ¡Permitir! ¡Permitir! ¡Estoy harta de ser permisiva! ¡Y estoy harta de vosotros! —dijo alzando la voz—. ¿Quién eres tú para hablarme en ese tono?

—Pero, Madame, después de tantos años de servicio, esta mansión es como mi casa. ¿Qué haré si me despide? ¿Cómo sacaré a los míos adelante? Además, yo aún veo perfectamente. Quizá no perfectamente, Madame —rectificó repentinamente esperanzado—, pero sigo siendo útil.

Deme una última oportunidad. Se lo ruego. Una sola oportunidad, y no volveré a suplicarle.

El chico cogió el picaporte. Lo apretó con fuerza hasta que la mano palideció.

—Allá tú... —dijo Madame con el tono de quien elude toda responsabilidad sobre el futuro inmediato—. Camille, Annette, acercadme las marmitas y las tinajas. Acabemos rápido con esto. —Sin pausa, el muchacho escuchó los ruidos. Por un instante de suprema lucidez que se le antojó eterno, vio a un Pierre aterrorizado, de pie en una esquina, y se estremeció ante la sangre fría de esa alimaña que respondía al apelativo de Madame—. Ve hasta la otra puerta sin rozar ninguna, Pierre —dijo ella.

Y siguió un silencio denso, amenazante.

Al principio no sucedió nada. Por más que aguzó el oído ni siquiera acertó a distinguir los

pasos de Pierre, pero casi podía ver a su amigo, intuir su voluntad, guiarlo desde el otro lado de la puerta. Recordó que el trayecto entre las dos puertas de la cocina era considerable, y comprometido para el pobre Pierre, obligado, sin duda, a esquivar los obstáculos.

Contuvo la respiración. El picaporte estaba resbaladizo, o tal vez fuera su mano la que estaba resbaladiza. Apretó aún más fuerte, como si de la presión que ejerciera sobre el picaporte dependiese parte del éxito de Pierre, ay, tan improbable. Se sintió mezquino. ¿Era acaso un cobarde cruel, como ella, esa alimaña? ¿Acaso no era capaz de hacerlo que era debido, abrir la puerta, interponerse, detener un acto de crueldad gratuita? Y ahí dentro, ¿es que nadie tenía coraje bastante? Hubiese deseado rezar alguna plegaria a cualquier dios, pero, en lugar de eso, apretó aún más el pomo y, en ese instante, las cosas se aceleraron.

Oyó un golpe sordo, y, de forma casi simultánea, gritos sofocados y el estrépito de algo que se hacía añicos contra el suelo. Abrió de un portazo, pero le faltó tiempo para impedir que un Pierre vacilante se derrumbase sobre otra tinaja que le daba por la cintura. El suelo estaba sembrado de cascotes. Se abalanzó con una especie de contracción en la boca del estómago. El viejo yacía boca abajo y sus manos sangraban profusamente.

—Mala puta —se oyó decir entre dientes, como si sólo importase llamar a cada cosa por su nombre—. ¡Mala puta! ¡Mala puta! ¡Mala puta!

Lo cogió por debajo de los brazos con toda la delicadeza que le permitía su falta de práctica. Lo ayudó a ponerse en pie, sobrecogedora, lentamente. Lo sentaron en un taburete de madera. Camille limpió sus heridas. Annette se aplicó a vendarle las manos.

Al cabo de un rato, Madame giró sobre sus talones y, justo antes de salir, dijo:

—Y tú, chico. Te quiero en cinco minutos en mi alcoba. —Cerró la puerta tras ella.

—¿Qué has hecho, infeliz? ¿Por qué has tenido que aparecer? ¿Y por qué demonios dices esas cosas horribles?

—¿Estás loco? —preguntó Annette, que, sin parar de temblar, le puso las lentes rotas a Pierre.

—No ha dicho más que la verdad —intervino Pierre—. Es una puta mala.

—Vaya descubrimiento. Tiene razón Annette. ¿Habéis perdido el juicio? —dijo Camille.

Pierre le cogió una mano entre sus manos vendadas y, leyendo en los ojos del chico, profirió calmosamente:

—Dejad en paz al muchacho. Él no permanecerá aquí por mucho tiempo. Le espera toda una vida por delante. ¿Qué esperabais que hiciese, entonces? ¿Quedarse? Él no malgastará así su vida, como nosotros. Él es distinto. Dios mío, ¿tan poco le conocíais? —Y se detuvo para tomar aliento—. Debes salir ahí afuera. ¿Lo sabes, verdad? Mete tus dedos en la vida, muchacho, devórala a dentelladas si puedes. Hazme caso, o el viejo Pierre se removerá en su tumba, y te juro por el árbol del ahorcado que su fantasma te perseguirá hasta el fin del mundo si es preciso, y te dará una zurra que no podrás olvidar en toda tu vida —dijo tragando saliva—. Y una cosa más, muchacho. Actúa con honor. También ahora, ahí arriba, con ella. Debes actuar con honor.

—Lo haré —dijo el chico.

—Un hombre de honor es valeroso. Siempre lo he creído. Mírame a mí. Nunca he sido un hombre valeroso yo. Jamás.

—Eso no es cierto —replicó él.

—Sé lo que me digo, muchacho. Mira que ponerse tristes ahora... —suspiró pasándole una mano por la cara. El chico vio su rostro lleno de surcos, el cristal astillado, el bigote y el cabello encanecidos. Pensó que todo su mundo se deshacía, que nada podía hacerse por evitarlo.

—Voy a subir —dijo el muchacho, con una leve sonrisa en los ojos, y se dio media vuelta

como dejando todo tras él.

—Por Dios, hijo, ten cuidado —dijo la voz sollozante de Annette, en un susurro.

—Tú no eres mi madre, Annette —masculló él cabizbajo y sin volverse—. Tú nunca serás mi madre.

Subió lentamente. No estaba nervioso, ni preocupado, ni feliz. Sólo un vacío inconmensurable ocupaba el nombre de Sarah, el de Pierre, el de Annette, el de Camille. No se sentía liberado porque nunca se había sentido esclavo. Era libre como aquello que nadie puede imaginar de otro modo. Ni siquiera como el aire, aunque el aire no fuese ni amo ni siervo tampoco. Quizá como su amigo, el caballo zaino galopando en sueños por las verdes llanuras de sus antepasados. Se sentía libre por necesidad. Libre como un hombre sin memoria que echa mano del valor para seguir adelante.

Pero a ella, a Madame, la detestaba. Cogió la cinta negra de terciopelo y se ciñó el cabello por detrás.

Llamó a la puerta, y la voz inconfundible y bronca dijo:

—Pasa.

Cuando entró, vio las cortinas púrpura, los postigos echados cerrando el paso a la luz diurna, el biombo de flores, el espejo del tocador con molduras de madera, la alfombra persa, la cama con el dosel de cuatro palos y el arcón, el candelabro encendido, y, sobre todo, a Madame, tumbada en el diván de felpa con su larga pipa de madera con incrustaciones de marfil. Cuando se embriagó de ese olor prodigioso y repulsivo, ese olor que le fascinaba tanto como le repugnaba, ya sabía, aunque nunca hubiera creído posible hasta qué extremo, que la conversación diferiría de las otras.

—Mi nombre es Bastide, Céleste Bastide. Igual que mi madre —dijo sosegadamente mientras succionaba una nueva chupada de la pipa. Llevaba un chal de seda escarlata anudado a modo de bufanda. Se oyó un trueno lejano—. Y he levantado este negocio de la nada. Sin ayuda de ningún hombre. Salvo en lo estrictamente profesional, yo no necesito del hombre, querido, ese género menor. —Exhaló una bocanada de humo—. Soy una puta vocacional. A diferencia, según mi código, de una mala puta. Y, por si alguien lo dudase, corre por mis venas la sangre espesa de todas las putas de Babilonia. —Incorporándose en el diván, continuó—: En cuanto a ti, veamos, ¿cuál es tu nombre? ¿Qué sangre llevas en tus venas?

—¿A qué preguntarme lo que ya sabe? —dijo mirándola de modo desafiante.

—El pequeño bastardo conserva la misma arrogancia —replicó ella con una sonrisa desdeñosa—. Aún sigues desconociendo la humildad, y la gratitud. ¿No has aprendido aún que hay que agachar la cabeza para sobrevivir? —preguntó incorporándose y sin soltar la pipa—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciséis.

—Más que suficientes, corazón. Ve pensando en largarte de esta casa.

—Usted no tiene necesidad de echarme, Madame. Me voy yo. Sin embargo, le ruego que reconsidere su actitud con Pierre. Es viejo y está impedido.

Un prolongado trueno retumbó mucho más cerca. Madame se levantó del diván.

—Tú no estás en condiciones de rogarme, muerto de hambre. Yo te acogí cuando nadie te quería. Te di techo, alimento, un empleo con que ganarte la vida. ¿Cuándo has tenido la bondad de agradecérmelo? —preguntó haciendo un alto y respirando agitadamente con la pipa en la mano. Y, a continuación, dijo sombríamente—: Tú, como muchos otros, tomáis aquello que se os da como si os perteneciera desde siempre; pero nada os pertenece, ¿me oyes? Las cosas hay que robárselas al prójimo. Ganamos algo a costa de lo que pierde otro. Incluso el afecto. Todos

amamos contra alguien. La vida, sé de qué hablo, es más puta que nuestro viejo oficio.

—Sólo pido justicia para Pierre.

—¿Justicia? Esa quimera es competencia de los vivos, yno de los fantasmas como tú. Porque la tuya, querido, no es más que una existencia de espectro, la ilusión de un mago de feria. ¿Es que acaso se acordará alguien de ti cuando mueras? ¡Responde! ¿De qué modo te recordarán tus amigos? ¿Cómo te maldecirán tus enemigos? Y cuando algún día tengas hijos, esos hijos ¿a quién llamarán padre? ¿De quién heredarán su nombre? ¿Y qué nombre heredarán?

El chico apretó los puños hasta hacerse daño.

—Yo sé quién soy. Y sé también quién es usted: una mala puta cobarde. Y me da asco.

—Excelente. ¿Recuerdas ya tu nombre?

—Es preferible no saberlo, ignorar la procedencia de la sangre —y se miró la cicatriz de la muñeca—, pero que al menos quede la esperanza —dijo dando un paso hacia ella— Sin embargo, usted... mírese, ¿de qué le sirven sus certezas? Su nombre da la medida de una sangre degenerada.

Ella, que hasta ahora le había prestado una atención desdeñosa, adoptó de pronto un aire de fingida sorpresa, y, con los ojos muy abiertos, comenzó a reírse convulsivamente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se estremecía de arriba abajo. Calmosamente se acercó al tocador, se miró en el espejo, trató de recomponerse el rostro. Tenía el maquillaje corrido. Dejó la pipa, rompió de nuevo a reír y se cogió la cara con las manos. Ahí, como quien da algo por acabado, se fue hacia él con las palmas vueltas hacia arriba. Entonces, con extrema lentitud, y haciendo un visible esfuerzo por reprimir las carcajadas, dijo:

—Todo tiene un límite, querido sobrino. No seas tan inflexible al juzgar tu propia sangre.

Fue como si, por sorpresa, lo hubieran sumergido en aguas profundas. Trató de hacer pie, y, de algún modo muy inexplicable, muy inexorable, adivinó que eso era el fin y el principio de algo. Y supo, ante todo, que esa voz que tanto detestaba no mentía, que era preciso sacar fuerzas de la nada, salir a la superficie y llevar aire a sus pulmones. Un relámpago iluminó la estancia seguido de un trueno ensordecedor.

—¡¡Miente!!

Ella descorrió los cortinajes, abrió los postigos, manejó la falleba.

—Ventilemos el ambiente —dijo, colocándose los bucles para camuflar la cicatriz del mentón—. Tu abuelo fue un monstruo de egoísmo. Y tú, el bastardo de su hija legítima. Por Júpiter, ¡cuántas mentiras caben en el corazón de los devotos!

»Una noche, hace tantos años como tú tienes, vino aquí con un cesto de mimbre en el que había una criatura —prosiguió mirándolo fijamente—. Tú eras esa criatura. Ni siquiera estabas bautizado. Qué pocas veces vino tu abuelo a verme a esta casa. Me rogó que te diese cobijo, me dejó una bolsa de luises de oro. Yo era más joven entonces. Debí darle con la puerta en la cara. ¡Maldito él y todos los católicos! Crían hijos para el cielo, pero sólo hijos legítimos, se entiende. —La lluvia repiqueteaba furiosamente en el empedrado—. A mi madre y a mí también nos abandonó. Nos pasó algo de dinero, hasta que murió mi madre. —Dejó la pipa sobre la cómoda —. ¡Ah, sí! Antes de desaparecer durante años, el viejo me salvó la vida de casualidad. Las calles de París son siempre peligrosas —dijo mostrando la cicatriz.

—¿Quién es mi abuelo? ¿Quién es mi madre? ¡Deme sus nombres! —dijo él muy alterado.

—El viejo no era más que un pequeño propietario rural. Bueno, no tan pequeño. Tenía algunos bienes raíces, y el aprecio del cura y de los políticos del pueblo. Estaba bien considerado. Hasta que llegó la Revolución, y todo se fue al diablo, supongo.

—¿Y mi madre? ¿Quién es mi madre?

—Se casó mayor, el viejo —continuó madame Bastide sin hacerle caso—. Dicen que su mujer era hermosa. Una de esas paletas lozanas que nacen para procrear. Le dio una hija, tu madre, al poco de casarse; y luego un hijo, y murió. No le quedaban argumentos para seguir resistiendo. El viejo se apoyó en la hija, claro. La necesitaba para todo. Le chupaba la sangre. La tenía raptada. Un amor posesivo, morboso. Hubiera destripado a la hija antes de darla en matrimonio, tanto más si se trataba de alguien que se la hubiese llevado del pueblo. Sólo había un pequeño problema: tu madre se había quedado preñada de ti.

—¿Qué pueblo es ése? ¿Cómo se llama mi madre?

—Por cierto; el viejo murió en un accidente la misma noche en que te dejó a mi cargo. Fue providencial. Su carruaje se despeñó por un puente. En cuanto a tu madre... Según todos los rumores, a los pocos días, un alma piadosa la ingresó en la Salpêtrière. ¿Qué otro motivo que la compasión induciría a la familia de una loca a ingresarla en un manicomio? ¿Verdad?

—¿¡En la Salpêtrière!? —exclamó el muchacho con un timbre de horror—. ¿Y usted cómo lo sabe? ¿Aún sigue allí? ¿Ya qué familia se está refiriendo?

—¿A qué familia me voy a referir, querido sobrino? A la única familia que le quedaba —contestó Madame paladeando cada sílaba—. Aunque no fuese legítima.

—¿¡Usted!?... —y, con la voz entrecortada, demandó—: Su nombre, deme su nombre.

—¿No has oído hablar de la masacre de la Salpêtrière, la noche del 3 de septiembre de 1792? —dijo ella con una lentitud imperiosa—. Tu madre llevaba más de dos años ingresada cuando ocurrió la masacre. ¿Sobrevivió? Quién puede saberlo... En cuanto a su nombre, querido, ella misma lo había olvidado, y tú nunca lo sabrás por mí. Es justo. ¿No te parece? Mi padre jamás me dio su apellido. Ese hombre lavó su conciencia con unas pocas monedas de oro y entregó su amor a su hija legítima, a su heredera. De modo que si ella fue la afortunada, ahora tú, precisamente tú, no pretenderás que desequilibre la balanza... ¡Maldita sea! ¿Sus nombres? ¿Qué nombres? ¿El de tu padre? ¿O el de tu madre, la loca? Los dos quedarán ocultos aquí para siempre —concluyó dándose una puñada en el pecho—. Y ahora aléjate de mi vista. Vete y sigue tu camino.

El semblante del chico se había cubierto de una palidez espectral. Avanzó hacia ella, y la obligó a retroceder muy lentamente sin ni siquiera rozarla.

—Mi camino pasa por encima de usted. ¡Su nombre! ¡Enseguida! Deme ese nombre. Se lo estoy exigiendo —soltó transfigurado por la rabia.

La tormenta arreciaba. Ella encadenó una nueva serie de carcajadas estrepitosas. Sólo que ahora su risa era lenta, y más lánguida, y su mirada parecía hervir en el fuego del opio. Tenía los ojos arrasados. Las lágrimas, en contacto con el maquillaje, prestaban a su rostro un matiz grotesco, irreal, de pesadilla febril. Se detuvo de espaldas a la ventana abierta de par en par. Era una ventana de hojas imponentes cuyo breve alféizar quedaba a la altura de las rodillas. Mientras la lluvia empapaba sus ropas, el chico, a la distancia exacta de un brazo extendido, representaba una amenaza física, sí, pero extrañamente remota.

Entonces ocurrió algo insólito.

Con una rapidez endiablada, el chico la agarró por la garganta con una mano y la empujó hacia atrás ligeramente. Ella, como si lo hubiera intuido, se apoyó con los brazos contra el marco de la ventana para bloquear su acometida.

—Démelo ahora, o la haré caer. Lo juro. ¡Rápido! ¡Su nombre! Deme el nombre de mi madre —dijo él sin soltar presa. Seguía lloviendo de modo tenaz. El diluvio lo volvía todo un poco borroso. Dos o tres vecinos salieron a las ventanas de enfrente.

Madame giró la cabeza y miró hacia la calle. Luego miró al chico, bizqueando a causa de la

lluvia, y fue como regresar de alguna parte inexplorada. Vio el rostro demacrado de su padre bajo una capucha, y a ella, todavía muy niña, jurando a su madre que sobreviviría a cualquier precio en el mundo brutal de los hombres.

Volvió a mirar hacia abajo y, por último, volvió a mirarlo a él.

—Si yo muero, jamás encontrarás tu nombre, bastardo —dijo ella. Era su voz una voz rota que procedía de algún abismo y, con todo, conservaba una profunda serenidad.

Él aflojó un poco la presión, y entonces Madame, cuya resistencia empezaba a ceder ante su empuje, haciendo un último, desesperado gesto, exhaló un gemido ronco y, como si fuera su última palabra, se aferró con las dos manos a las solapas del chaquetón del joven. Madame se sintió lo bastante segura o desesperada para mascullar:

—Hay una carta. ¿Me oyes? ¡Una carta que obra en mi poder! Tu abuelo se deshizo de ti y de la prueba del pecado —dijo con una inquina que parecía abrasarla. Las palabras le salían a borbotones. Gotas de lluvia resbalaban por su cara hasta los labios—. ¡Pero nunca te la daré! ¡Nunca! Debes probar lo que es pasar toda la vida sediento, pues no habrá agua que apague tu sed. Te quemará. Hasta que aprendas a vivir con ella. ¿Aprenderás a vivir con sed? —Y ahora sus risas estallaron hasta confundirse con el repiqueteo de la lluvia.

Fue ahí cuando, de repente, el muchacho la soltó para descargarle con toda su fuerza un golpe brutal en los brazos. Fue justo ahí, el instante en que ambos brazos cedieron como fruta madura y ella perdía pie, cuando él, sin articular ni una palabra, se limitó a propinarle un leve empujón en el pecho que acabó por hacerle perder el equilibrio.

Vio cómo ella caía al vacío con expresión de extrañeza y, casi inmediatamente, cómo se estrellaba contra el empedrado con un ruido sordo, inconfundible. Madame estaba boca arriba, con los ojos abiertos. Una de las piernas dibujaba un forzado zigzag, y a la altura de la cabeza la sangre empezó a teñir un charco.

Se oyeron gritos de mujer desde las ventanas y los balcones de enfrente. En torno al cuerpo algunos empezaban a arremolinarse, y, alzando la vista, uno de ellos prorrumpió en alaridos salvajes:

—¡¡Al asesino!! ¡¡Al asesino!! ¡¡Al asesino!!

Antes de salir disparado, nunca supo por qué, cogió la pipa de Madame, la desmontó, y se metió las piezas en los bolsillos. La agitación de la casa ya era sospechosamente visible. En el rellano coincidió con Mimi, la triste. Le rozó la cara con las yemas de los dedos, y, por un instante, percibió unos ojos líquidos que se derramaron sobre los suyos.

Fue un segundo antes de perderla de vista, dejar atrás el vestíbulo y todo lo demás, y, a continuación, salir por la puerta de la cocina. Los gritos de la calle eran cada vez más lejanos.

No dejó de correr ni un solo instante con un objetivo preciso, con la vista fija en la misma dirección.

Había dejado de llover hacía rato cuando cruzó el Sena y, sin resuello casi, enfiló la última parte del trayecto. Al fondo, ya era visible el complejo hospitalario de la Salpêtrière.

¡¡La Salpêtrière!! Prefería no pensarlo. Era demasiado espantoso, demasiado aterrador. ¿Qué sabía él de la Salpêtrière? Lo que cualquier ciudadano de la gloriosa Francia. Que aquel monstruoso complejo de edificios, en otro tiempo una antigua fábrica de pólvora, había sido habilitado como institución de caridad en el siglo XVII. Que muy pronto se había convertido en territorio de indigentes, enfermas y dementes que residían en condiciones inhumanas, abandonadas a su suerte. Sabía que, a finales del XVII, a sus antiguas funciones se había agregado la de prisión de prostitutas. Y, por si todo ello no fuera suficiente, como Madame había tenido la bajeza de recordarle, sabía que la noche del 3 al 4 de septiembre de 1792, un grupo de

ciudadanos armados de inmejorables intenciones se había resuelto a liberar a aquellas pobres internas, muchas injustamente detenidas y encarceladas, y que, como ocurre de forma frecuente, las mejores intenciones habían acabado en una orgía de sangre y horror. Pero, sobre todo, tenía la convicción absoluta de que la mujer internada allí era forzosamente objeto de odio tanto como de indiferencia.

Sin embargo, estaba sereno. Ya era algo. Se sentía vacío, eso sí, despojado de todo. Como alguien sobre quien pesara una maldición y se hubiera decidido a encararla sin importarle el resultado.

Al aproximarse a la cancela de entrada fue derecho al asunto exponiendo brevemente su petición a los porteros. Miró hacia atrás con disimulo. Nadie le seguía; pero ¿hubiera cambiado en algo que lo siguieran? Ninguna fuerza en este mundo o en cualquier otro lo habría apartado, movido, forzado a salir de allí. Nadie.

—Pregúntale a la hermana Charlotte. Ella te podrá indicar —dijo el portero evasivamente señalándole a una monja que, a lo lejos, caminaba por unos soportales.

Se dirigió hacia ella a pasos veloces y, justo antes de que la monja se esfumase por una puerta acristalada, la llamó por su nombre. Echó a correr, le dio alcance y se detuvo frente a ella jadeando. Miró con aprensión hacia atrás, y de nuevo expuso su solicitud en términos muy breves.

—Estoy buscando a mi madre —dijo. La monja se fijó en los abultados bolsillos del muchacho. Bajo la cofia y la basta túnica marrón, la hermana Charlotte parecía muy joven. Llevaba una cuerda atada a la cintura. Su piel era tersa como un pétalo, y la sonrisa, extremadamente pudorosa, revelaba unos incisivos prominentes.

La monja le preguntó lo más básico: cómo se llamaba su madre, en qué año la habían ingresado y hasta cuándo tenía la certeza de que había estado internada. En respuesta a las réplicas de él se le escapó una sonrisilla azorada. Le explicó que era inútil rastrearla en los archivos con tan pocos datos. Le dijo que, en esas condiciones, lamentaba no poder ayudarlo. Pero él se negaba a creerlo. ¿Inútil? Nada resultaba inútil después de haber llegado hasta allí. Le cogió una mano gélida a la monja y, por toda respuesta y con voz ahogada, dijo:

—Yo la reconocería. Estoy seguro. La hermana Charlotte liberó su mano, bajó la vista y sus carrillos se tiñeron de un leve rubor.

—Soy nueva aquí. Llevo muy poco tiempo. Unos cuantos meses... Acompáñeme —dijo con mucha reticencia, como si se sintiera inclinada a explorar una posibilidad entre un millón—. Quizá la hermana Geneviève... No se haga ilusiones, pero si alguien puede ayudarle es ella. Aquí ha pasado toda su vida. Ha conocido a muchas internas. Muchas sienten un afecto duradero por ella. Y es un ejemplo para nosotras. La hermana Geneviève ha entregado su alma a esta institución. Pero es muy anciana. Nadie sabe la edad que tiene. Y no siempre es posible hablar con ella normalmente. —Se señaló la cofia con un dedo mientras esbozaba una sonrisilla de compasión—. La pobre a veces no rige y se expresa de un modo extraño.

Lo guió por un dédalo de galerías, cruzaron un patio cuadrangular, de nuevo un corredor y, finalmente, una puerta que daba paso a un jardín recoleto.

La hermana Charlotte lo miró tímidamente y le pidió que la siguiera. Al fondo, de espaldas a ellos, camuflada entre las flores, había una diminuta figura agachada hacia la que se encaminaron.

—Hermana Geneviève, soy yo, la hermana Charlotte —dijo inclinándose sobre ella. Una carita apergaminada provista de unas gafas redondas volvió la cabeza con parsimonia, y miró a la hermana Charlotte. Los cristales centellearon. A su lado había una pequeña cestita de mimbre

rebosante de margaritas—. Hermana Geneviève, alguien ha venido a verla.

La hermana Geneviève inspeccionó las margaritas de la cesta.

—Nosotras ya no recibimos a nadie —dijo sin volverse, pero con un tono suave y premioso —. Y nadie viene a vernos a nosotras.

—Pues sí que han venido a verla, hermana Geneviève. Y necesitan de su consejo.

—Hemos visto demasiado. Nada nos importa mucho ya. No nos gustan los consejos. Ya nos hemos ido de aquí.

—Por favor, hermana Geneviève.

—Vámonos —dijo él—. Es imposible.

—¡Imposible! —exclamó la anciana—. Eso hemos oído a cada paso. Imposible Es imposible. ¿A qué llamarán los hombres «imposible»? Y tú, ¿cómo has dicho que te llamas?

—Soy la hermana Charlotte.

—¡Ah, sí! La hermana Charlotte es como una flor. ¿Qué buscas aquí, hermana flor, que parece imposible?

Un poco descorazonada, la monja insistió:

—Un joven quisiera preguntarle por una interna. Es algo de verdadera importancia.

—¿Un joven? Vaya. Hubo un tiempo en que tuvimos fe en la juventud, y la amamos. ¡Oh, sí! Ahora es tarde, sin embargo. Hemos visto demasiadas cosas, dolor, sufrimiento, juventud arruinada, pequeña flor. Nos hemos desprendido de todo.

—Hermana Geneviève —se anticipó él, sin poder reprimir su impaciencia—. Permítame hacerle una pregunta, una sola. Se trata de mi madre.

—Hemos conocido madres también —dijo la anciana sin volverse—. Madres que buscaban a sus hijos. Hijos que buscaban a sus madres. —Con una rodilla en tierra, desplazó su peso a la otra pierna, apoyó las manos en el muslo y se irguió no sin ciertas dificultades. Vestía el mismo atuendo que la hermana Charlotte, con la cuerda atada a la cintura—. Lo hemos vivido ya todo eso. Ya lo hemos sufrido antes. Nos hemos ido de aquí. Nos hemos ido —dijo recogiendo la cesta de margaritas.

—Necesito encontrar a mi madre —dijo él con entereza.

La hermana Geneviève se dio la vuelta. Le llegaba al muchacho por debajo del hombro. Se acercó a él. Lo miró por encima de las gafas diminutas y, ahogando un gritito de sorpresa, se tapó la boca con los dedos de una mano. Como si desconfiase, se ajustó mejor las gafas, lo examinó a través de los cristales y, al cabo, esbozó una sonrisa beatífica. A continuación, le ofreció el contenido de la cestita.

—Toma, coge y alégrate —sugirió ella sin dejar de observarlo—. Hoy es un día jubiloso para quienes creemos en Él.

—No necesito flores, hermana. Sólo necesito respuestas. Necesito saber dónde está mi madre.

—Alégrate —prosiguió la anciana—, porque el Señor obra milagros y recompensa a quienes se entregan a sus designios. Alégrate porque nada es imposible para los hombres de fe.

—Tiene que haber algún otro modo —dijo él mirando a la hermana Charlotte, que, a su vez, estaba tan desconcertada como el muchacho.

—Poco paciente, sí. Muy poco paciente. Así es la juventud —repitió para sí la hermana Geneviève mientras asentía con la cabeza y dejaba la cestita al borde del sendero.

Y entonces, sin urgencias, con una solemnidad conmovedora, la hermana Geneviève tanteó en su cuello y extrajo un pequeño crucifijo de madera. Lo cogió entre las manos y lo besó tiernamente, con unción, dejándolo colgar por delante. Acto seguido, repitió el ritual y, desde la

nuca, introdujo el dedo índice, lo deslizó a todo lo largo de una cadena hasta llegar a la base del cuello, e hizo aparecer un medallón de plata, muy oscuro.

Se desprendió de él y, con la misma sonrisa beatífica de antes, se lo tendió al joven diciendo:

—Nosotras te reconocemos. Te pareces tanto a ella, a Claire-Marie... Eres su vivo retrato. Era inteligente y sensible. Era alta y hermosa como lo es su hijo. Pero su cabeza se negaba a recordar. Tenía miedo. Ahora, con la edad, nosotras la comprendemos. A menudo, cuando hablaba de ti, era como hablar de un hijo que se fue, pero que alguna vez volverá. Siempre confió en eso. Pero quién podía imaginar que... —Y exhaló un hondo suspiro—. El último día, el mismo día en que se la llevaron, nos dijo: «Mi hijo volverá a buscarme, y cuando venga, debe entregarle este medallón. El medallón y su contenido es lo único que tendrá de sus padres». Pero fueron pasando los años. Y ahora su hijo es un hombre hecho y derecho.

La hermana Charlotte, incapaz de sofocar por más tiempo un gemido, se apretó ambas manos contra la boca, mientras él, antes de pronunciar una palabra, de formular una sola pregunta, tomó sobrecogido el medallón que la anciana le tendía.

Cuando la noche empezó a cubrir París como un manto húmedo, cruzó el Sena y se encaminó sin prisa a la mansión de Victor. Porque ¿adónde podía ir si no? Aunque la policía estaría rastreando las huellas del asesino de Céleste Bastide, era difícil que ya hubiese empezado a relacionar a Victor con él.

Durante un buen rato estuvo rondando por las inmediaciones de la casa. De nuevo empezaba a llover. Se apostó en el rincón más oscuro de un portal cercano. Las calles estaban vacías. Poco después cruzó de acera y llamó discretamente a la puerta con los nudillos. Casi enseguida la puerta giró sobre sus goznes.

—Pero, muchacho, ¿qué haces aquí a estas horas? Estás empapado —dijo Victor, cuyos ojos tenían un profundo cerco violáceo—. Pasa y quítate esas ropas. —Cerró la puerta, lo acompañó al salón rodeándole con un brazo por los hombros, arrastró una butaca, lo sentó frente al hogar y echó un par de leños para avivar la lumbre—. Te traeré unas toallas.

Regresó con varias toallas, cogió una silla que arrastró hasta situarla junto a la butaca, frente a la chimenea, y extendió las ropas húmedas del chico sobre el respaldo y los reposabrazos. De repente, se oyó el sonido de la campanilla de entrada. El muchacho se levantó de un brinco. Victor lo cogió por los hombros, lo obligó a sentarse y le dijo al oído que se tranquilizase, que en su casa no tenía de qué preocuparse.

Al poco rato regresó; el muchacho se había vuelto a levantar y estaba de espaldas al fuego.

—Era la policía, ¿verdad? —preguntó cuando Victor entró cerrando la puerta tras él.

—¿La policía? —repitió Victor, y cogiendo una toalla se dispuso a secarle el pelo—. Era sólo un vecino. ¿Qué diablos se le podría perder aquí a la policía, si no es mucho preguntar?

—Buscan un asesino sin nombre —contestó el joven, y enmudeció mientras Victor se quedaba paralizado—. Un asesino de una mala puta. El asesino de madame Bastide.

Victor dio un paso hacia la chimenea y se apoyó con el codo en la repisa mirándolo con los ojos entornados.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Esta mañana.

—¿Por qué no has venido inmediatamente?

Se hizo un silencio viscoso.

—Tenía que ir a ver a mi madre.

—¿Tu madre?

El muchacho se embozó en la toalla y se dejó caer en el asiento. Parecía haber perdido cualquier atisbo de interés por la conversación. Se puso a mirar fijamente las llamas del hogar mientras Victor cogía el atizador de hierro para remover las brasas.

—La internaron en la Salpêtrière... —masculló con voz rota—. Madame lo supo siempre. Pero me lo ocultó todo este tiempo. Me ocultó que eran medio hermanas, y que ella misma se había encargado de internarla. Ni siquiera me quiso dar su nombre. Se lo pedí. Pero no quiso darme el nombre de mi madre —dijo debatiéndose por contener las lágrimas.

—¿La encontraste?

—Fue deportada a Nueva Orleans. Unos días después de la masacre de la Salpêtrière. La deportaron como si se tratase de una criminal.

—Ésa fue una práctica muy común e imperdonable para repoblar las colonias —dijo Victor, que, antes de soltar el atizador y levantarse, reparó en el medallón que el chico llevaba colgado del pecho. Tomó asiento en la silla libre, a su lado, de cara a las llamas, con los codos apoyados en las rodillas—. ¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Irme a Nueva Orleans.

Victor se irguió penosamente y salió del campo visual del muchacho. Éste oyó el ruido de un cajón que se abría y cerraba, y de nuevo los pasos fatigados de su maestro, que desplegó ante sus ojos un pliego de papel muy arrugado.

—Lee —dijo. El muchacho empezó a leer la carta. Miró a Victor, que se había vuelto a apoyar en la repisa de la chimenea y se pasaba la mano por la nuca—. Es el modelo más logrado de despedida y de ajuste de cuentas que conozco —aseveró—. Qué pena que se trate de mi hijo.

El cerco de sus ojos parecía más oscuro. El chico siguió leyendo durante un buen rato, y cuando hubo finalizado dijo:

—No creerá ni una sola de sus acusaciones. Son todo mentiras.

—Eso da igual, querido. Las acusaciones de Gilles dan la medida de mi propia ineptitud como padre. —Se detuvo unos instantes para proseguir diciendo—: Unos días después de que llegase esta carta, un emisario del internado se presentó aquí. No sabían nada de él desde hacía más de dos meses. Nada excepto que se estaba recuperando en casa de una enfermedad. Y eso según las cartas falsificadas de Gilles.

—Volverá. Gilles es su hijo.

—No sabes mentir. Y tampoco eres ningún ingenuo. Tú y yo sabemos que no volverá, pero no tenemos por qué decírselo a nadie —replicó con una sonrisa pesarosa.

—Entonces, venga conmigo. ¿Qué le retiene aquí? —dijo el muchacho. Victor vio el resplandor del fuego reflejado en sus ojos, y, sorprendentemente, repuso:

—En ese caso deberíamos partir cuanto antes. La policía puede estar ya sobre tu pista.

Al cabo de unas pocas horas, un carruaje se detuvo a la puerta de la mansión. Los postillones se hicieron cargo del equipaje y amarraron los baúles a la baca. Por último, los dos pasajeros subieron al coche.

—Así que —dijo el cochero muy vivo— ¿a El Havre, caballeros?

—A El Havre —dijo Victor, y, acto seguido, el cochero arreó a los caballos haciendo chasquear su fusta.

Echaron las cortinillas, y el muchacho encendió el farolillo. A su lado había unos cuantos periódicos. Se trataba del mismo diario, *Le journal du Soir*, del 13 de abril de 1805.

Paseó la vista por la portada sin llegar a cogerlo, y, de súbito, una noticia llamó poderosamente su atención. Enapariencia, se trataba de un crimen pasional. Buscó la información en páginas interiores, y leyó:

El hombre de mundo, Auguste M., muy conocido en ciertos círculos sociales por su discutible reputación y su vida alegre, y, hasta ahora, sin antecedentes penales, ha cometido en la calle de Saint-Martin un doble y pavoroso crimen. En la noche de ayer, Auguste M. asestó diez cuchilladas a un presunto rival amoroso. El caballero que acompañaba a la víctima, y que, en un primer momento, se había escabullido horrorizado, se sobrepuso y volvió tras sus pasos al oír los gritos de socorro. Entonces, Auguste M. lo atacó también a él asestándole cuatro puñaladas en el corazón. El criminal se ha dado a la fuga. Se desconoce su paradero.

—Qué cerca me siento de este hombre —suspiró el chico. —Ten confianza. Todo saldrá bien —dijo Victor apretándole una mano—. Todo saldrá bien.

6. EL ACIAGO DESTINO DEL VIZCONDE

Mientras, en otra zona de París, exactamente en el tramo que va desde la rue Royal hasta la rue du Louvre, en uno de los múltiples aposentos del palacete que ocupaba el 145 de la rue Saint-Honoré, el joven vizconde de Ménéval se hacía vestir por un lacayo frente al espejo.

La cita de esa noche (mejor dicho, de madrugada) con Fouché, el temido ministro de la Policía, en su palacio de Juigné era, hasta el momento, la más trascendente de su vida.

El joven, sin dejar de mirarse en el espejo los puños plisados, hizo una seña al ayuda de cámara para que se detuviese. El criado, un tipo circunspecto como un enterrador, pero que se echaba a temblar cada vez que su amo le ordenaba subir al aposento para vestirle, se congeló con la casaca en alto y tragó saliva. De repente, el joven vizconde alargó el brazo y abrió un opaco cofrecillo de latón.

El cofrecillo emitió un sonido de cuco y, al instante siguiente, la miniatura de una bailarina surgió del fondo y empezó a girar sobre sí misma a los acordes de un vals. El vals, como una presencia etérea, se elevó, ganó altura, aleteó sobre el alma del joven, y éste se abismó en sus recuerdos como si se descolgara por un precipicio.

—Madre, madre, ¿por qué se pinta el rostro? No parece la misma —dijo el pequeño al tiempo que abría un relumbrante cofrecillo de latón que empezó a sonar a ritmo de vals.

—¿Recuerdas la última fiesta de disfraces en casa de monsieur Gautier, cuando te puse alas y un antifaz y nadie te reconocía? —replicó Sophie, que, sentada al tocador, se volvió completamente hacia su hijo.

—¿Es que necesita ocultarse?

—Al contrario, éste es mi verdadero rostro. *Persona* significa *máscara.* La máscara del teatro clásico, querido Gilles —declaró Sophie enfrentada de nuevo a la imagen del espejo mientras colocaba en su sitio el frasco de perfume—. Siéntate a mi lado —le invitó, palmoteando un taburete de piel rojo. Sophie respiró el aroma del perfume y se le ensanchó el pecho de orgullo al contrastar el parecido tan notable entre su hijo y ella—. Las personas desperdician su vida en el absurdo empeño de descubrir quiénes son en realidad, y, como es lógico, el carácter se pervierte ocupado en necias fantasías. En otras palabras, quieren llegar a ser lo que desean ser. ¿Me comprendes? —continuó hablando al circunspecto reflejo de su hijo—. Pero el deseo no se alcanza, pequeño Gilles, por eso es una fantasía. Si se obtuviera dejaría de ser un deseo, y entonces buscarían otro, aún más inalcanzable, más difícil de lograr, para poder seguir así, fantaseando.

»Yo soy una mujer práctica —prosiguió, rescatando la polvera para retocarse el maquillaje —. Yo acepto la verdad. Estamos solos, Gilles. Quiero decir que somos un continente sin contenido —dijo señalando al niño un perfumador vacío—. Y, por mucho que busquemos dentro de nosotros, no hallaremos más que huesos y vísceras. Sin embargo, también somos animales atrapados en un cuerpo extraño, con exigencias particulares que han de ser satisfechas. ¡Qué puedo decirte, hijo mío! —sonrió mostrando una dentadura impecable—. El hombre es un ser

caprichoso. Hemos de llenar ese vacío buscando fuera, escogiendo las medidas y proporciones exactas para hacer de nosotros una obra de arte, un plato delicioso, irresistible a los demás. Así logramos abrir sus apetitos y seducirlos, hacernos con el poder, el poder para conseguir de los otros lo que merecemos, no lo que deseamos. De este modo, pequeño Gilles, no importa quién seas, sino... por quién pasas.

—¿Os halláis indispuesto, monsieur? —preguntó el lacayo con aspecto de enterrador.

El joven vizconde miró al lacayo a través del espejo, parpadeó varias veces, frunció el ceño y cerró de golpe el cofrecillo de música.

—Date prisa. No quisiera hacer esperar al ministro. —Y se hizo poner la casaca.

Tan sólo pocos meses antes, es decir, el día de la coronación del Emperador, el mismo día en que Gilles descubrió por casualidad al joven vizconde de Ménéval tocando el piano en la ventana de su palacete de la rue Saint-Honoré, ¿quién podría habérselo imaginado? Ni siquiera entonces el propio Gilles comprendió el alcance de aquello. Presintió algunas afinidades entre ese joven y él, cómo no: el palacete y el lujo, su soledad al piano, su desdén olímpico por la chusma, incluso un cierto parecido en las facciones; pero que la providencia corriera en su auxilio, que aquel joven fuera a erigirse en su redención y su desquite, eso tardó unas cuantas horas en imaginarlo.

Durante semanas se dedicó a investigar a François de Ménéval y su linaje. Ah, qué prodigio de investigación. Si hubiera tenido una confidente con la sensibilidad de su madre, cómo le hubiese complacido describir la sagacidad, la discreción, la minuciosidad, la sabiduría con que procedió en todo momento. Tantos recursos desplegó en su tarea que parecía haber nacido para eso.

En pocos días (días en que se vio forzado a desplazarse desde el internado y alojarse de incógnito en fondas de mala muerte para no levantar las sospechas de Victor) averiguó que los padres del joven François, los viejos vizcondes de Ménéval, que habían concebido a su primer y único hijo a edades más que respetables, fueron guillotinados por la ola revolucionaria a principios de los noventa. Averiguó que el niño fue sacado del palacio a través de un pasadizo subterráneo por Claude, un lacayo fiel, y que éste lo ocultó en los sótanos de una de las casas de campo de la familia, donde sobrevivió como un refugiado. Supo que el criado se hizo cargo del palacete merced a las disposiciones que los vizcondes habían adoptado en prevención de lo que ya consideraban una sangría sin remedio. Supo que, cuando las aguas revolucionarias se remansaron, después de que cientos de cabezas aristócratas cayeran bajo el filo de la guillotina, el pequeño François, como legítimo heredero, tomó posesión de las propiedades que no habían sido confiscadas.

La gente habla y habla. Gilles callaba y prestaba oído. Revisó los periódicos de la época, hizo indagaciones con la prudencia digna de un espía, acechó al fiel criado para conocer al dedillo las costumbres y horarios de la casa. Durante horas merodeaba discretamente por las inmediaciones y, cuando surgía la ocasión, vigilaba y estudiaba los gestos de su dueño. El resultado fue que en poco tiempo averiguó las fobias y los gustos, los placeres y los miedos, las virtudes y los vicios, las ambiciones (si tenía alguna) y las renuncias, las debilidades y las fuerzas que ocultabaFrançois de Ménéval. Eso fue antes de transformarse en un joven maestro del piano (lo que no le resultó difícil) y aproximarse al vizconde, a quien ya conocía como si hubieran compartido calabozo durante media vida.

Cierto que el hecho de que el joven y enfermizo François apenas saliese del palacete dificultó un poco la labor indagadora de Gilles; pero, a la postre, facilitó su plan, a la vista de que

era un ser poco menos que invisible, alguien que casi no se dejaba ver en público, y en quien nadie hubiese reparado, ni tampoco reconocido por las calles del gran París.

Gilles estaba listo para enfrentarse a un ser miedoso, pero que se aburría, traumatizado de mil modos, pero con terrores bastante previsibles. Un ser que colmaba sus días aporreando un viejo piano, y cuyo físico, si bien no precisamente gallardo, guardaba ciertas semejanzas con el suyo, sobre todo en edad y en estatura. Alguien, y esto era lo importante, con posición y rentas en abundancia, y a quien era preciso seducir apelando a su valor y a su autoestima.

Así pues, cuando se resolvió a dar el paso decisivo y presentarse, lo hizo disfrazado de pies a cabeza, o, por mejor decir, bajo el atuendo que más podía embelesar y halagar al joven François: el de un profesor, un artista, un maestro rendido a la gracia de un pianista aficionado, a quien por sentimiento, por emoción, consideraba su alma gemela.

Adaptó su físico a las circunstancias. Se cortó las patillas y, en contraste con la corta y lacia melena del vizconde, dejó que la suya cobrara un aspecto desaliñado. Se puso bigote y perilla postizos, se agenció ropa adecuada, de segunda mano, oscura, larga, triste, apocalíptica, apropiadamente espiritual. Transformó sus gestos, sus maneras. Se convirtió en otro. No le fue difícil, a la vista de que por dentro estaba vacío. Aprendió a andar con cierto abandono, como un artista, como quien sabe, por inspiración, que sus piernas no le llevarán a sitio alguno interesante bajo la faz de la tierra, y hasta moduló su voz para volverla más aterciopelada. Nunca Gilles se había sentido tan dueño de sus fuerzas como entonces. Él era un instrumento en manos de la justicia, y la justicia, no tiene otro Místerio, se impartía recompensando a cada uno de acuerdo con sus méritos.

Una tarde en la que, como era su costumbre, François tocaba el piano con la ventana entreabierta, Gilles decidió jugarse el todo por el todo.

Paseaba por debajo de la terraza cuando escuchó unos acordes mozartianos que le llegaron al corazón. Oh, sí, eso fue lo que le dijo al bueno del lacayo, el viejo Claude, de mirada acuosa y vivaracha, cuyos recursos dialécticos eran más bien limitados. Gilles, consciente de la influencia que el viejo Claude ejercía sobre el joven vizconde, y sin darle tiempo a reponerse, le pidió con gentileza, pero con autoridad rayana en lo profesoral, que le condujese a presencia del pianista. Le dijo que él era profesor de piano. No importa qué nombre dio.

El criado le hizo pasar al vestíbulo, y, al poco, le acompañó al piso de arriba, donde el vizcondecito le aguardaba con la piel de gallina. El joven tenía el cabello de un rubio parecido al de Gilles, patillas en forma de boca de hacha, y, sobre todo, una estatura y una edad prometedoramente similares a las suyas. Le temblaban un poco los labios.

El maestro se presentó y se apresuró a ponderar cuidadosamente la música de aquel pobre hombre, un tipo que era capaz de arruinar a Mozart con sus manazas. Le dijo que lo había oído desde la calle, y que sus notas desprendían una emoción muy personal. Gilles jamás había mentido tanto y tan persuasivamente. Ansioso como estaba, en el colmo del cinismo, se ofreció a interpretar la pieza. El vizcondecito consintió. Entonces, Gilles se puso al piano e hizo de algo que había sonado irreconocible una melodía que no podía dejar de admirarse. Al acabar, hubo un silencio determinante y, por vez primera, se sintió inseguro con respecto al porvenir. Se preguntó si no habría ido demasiado lejos, tal vez demasiado rápido. Y supo al instante que no le quedaban alternativas, y que era indispensable arriesgarse un poco más.

—La emoción con la que vos tocabais antes, ese candor y esa fuerza, cómo me recuerda quién fui en otro tiempo. Si no hubiera estado tan solo, Dios sabe cómo habría evolucionado mi arte.

—¿Tan solo ha estado? —preguntó el joven vizconde.

—La fatalidad quiso que mis padres fueran ejecutados en el Terror.

Fue la puntilla. Y algo dentro del joven vizconde se rindió a esas prodigiosas casualidades, y depuso toda resistencia.

Enseguida la cosa fue cuesta abajo. El joven noble, que estaba bastante aturdido, volvió a preguntarle por su actual dedicación. Él suspiró, y, reponiéndose, carraspeó, se levantó cortésmente y le contestó que impartía clases a jóvenes aspirantes a virtuosos. Es más, sin darle tiempo para defenderse, siguió hostigándole y le pidió que tocara de nuevo algo para él. El vizcondecito, que se estaba haciendo un lío de dimensiones imposibles, empezó, en efecto, a tocar, hizo lo que pudo con el piano, que no era mucho, y después de cuatro piezas acabó con los nervios deshechos. Gilles, entonces, aprovechó para intervenir. Le hizo algunas correcciones, le mostró ciertos vicios en los que incurría, y le dijo que había mucho que trabajar *si no quería desperdiciar su talento.*

El resto fue previsible, y, desde el primer día, formaron la perfecta pareja de alumno y maestro.

Como el joven vizconde le pagaba generosamente las clases, Gilles dispuso de dinero para alojarse en una fonda digna. Se había convertido en un hombre clandestino, y todos los días recorría paseando, con su capa al viento y su bigote y su perilla bien sujetos, un largo tramo del París monumental. Llegaba al palacete, impartía dos horas de clase diarias a François, y el resto del tiempo se lo pasaban intimando.

El vizconde, con las manos en el teclado de marfil, era una nulidad entera y verdadera, pero el deseo de que alguien tuviera fe en él era tan inexorable que lo acercaba a Gilles como las polillas a la luz. Además, por lo que le tocaba, Gilles se descubría como un maestro juicioso y comprensivo. Y era lógico: tenía al tiempo de su parte, o, al menos, disponía del margen de tiempo suficiente para ejecutar sus planes. Gilles había tenido la precaución de falsificar la letra y la firma de su padre y del doctor Émile en una carta que había hecho llegar al internado. En esa carta ponía en conocimiento del director que padecía una enfermedad infecciosa que, aunque no grave, lo tendría postrado en cama durante varias semanas.

Así las cosas, sólo dos meses después de su irrupción en el palacete se había abierto paso en el corazón mustio de François. Se había convertido en su mejor amigo, en su único confidente, en una especie de padre, un modelo en quien depositar los anhelos de un corazón que se iba esponjando día tras día. Gilles, con su olfato para detectar los puntos débiles de los otros, muy pronto descubrió que los afectos del joven navegaban a la deriva, como los restos de un naufragio después de una galerna. El vizconde anhelaba una mano firme que no sólo le instruyese, sino que le castigase, que le hiciera daño. A decir verdad, el dolor le ayudaba a sentirse vivo. En opinión de Gilles, el dolor era el elemento natural de ese carácter degenerado, François de Ménéval, el último eslabón de una estirpe en decadencia. No fue de otro modo como Gilles cruzó, naturalmente, la línea que separa a un profesor de un tirano.

Al cabo de un tiempo, la casa y la vida de su dueño dejaron de tener secretos para Gilles. El mayor inconveniente provenía de Claude, el perro fiel que había salvado al joven vizconde de una muerte segura. Gilles sabía que desde el primer momento el viejo lo había mirado con recelo. A veces notaba que lo observaba a escondidas, pero, con todo, no se había resuelto a tomar medidas contra él.

Un día, el joven vizconde rompió su reserva sobre uno de los pocos asuntos que no trataba con Gilles, y le mostró el pasadizo secreto del palacete.

Era una construcción lóbrega y húmeda que databa de principios del siglo XVIII y parecía sacada de un cuento fantástico. El vizconde tembló como un azogado durante todo el trayecto,

pues lo recorrieron juntos y del brazo. Y a Gilles eso le pareció una señal inequívoca. Porque él conocía por referencias la existencia del pasadizo gracias al cual François había salvado la vida, pero que el propio vizconde le revelara su existencia y... su ubicación, que lo recorriesen juntos de cabo a rabo y hasta que le ofreciese una réplica de la llave (que, por supuesto, Gilles rehusó), era más de lo que hubiera podido soñar. Fue entonces cuando vio llegado el momento.

Por si fuera poco, al día siguiente hubo niebla intensa en París. A esas alturas, no era muy usual; sin embargo, este año venía especialmente húmedo. De forma que todo pareció confabularse contra el vizconde.

Ese mismo día, por la tarde, Gilles le repitió, pero esta vez de una manera aún más persuasiva, que si quería progresar tenía que comprarse otro piano. Le dijo que conocía a un vendedor que tenía varias joyas dignas de él. Afirmó que debían acercarse y probar los pianos a una hora en que ningún cliente pudiese molestarlos. El vizconde, que hasta el momento había hecho oídos sordos porque no le entusiasmaba la idea de salir a la calle y mirar a la cara a sus semejantes, cedió cautivado por las órdenes de Gilles, su único semejante.

Los peligros acechaban, y Claude, el lacayo, persistió en la idea de acompañar al vizconde. Eso hizo comprender a Gilles que Claude sospechaba más de lo que daba a entender, y que era hora de agilizar los planes. Además lo tenía todo listo desde hacía tiempo; así que, con las últimas sombras de la tarde, cuando ya la niebla empezaba a cubrir las riberas del Sena, ambos picaron espuelas, cruzaron todo París y, muy a las afueras, se detuvieron junto a un pequeño refugio muy cerca del embarcadero.

El maestro le había dicho a su alumno que iban a desviarse y hacer un alto en el camino. Había insistido en que tenía una sorpresa que darle. Y el joven vizconde no sospechó nada raro.

Gilles se apeó de su montura, cogió de las alforjas un candil y una palanca, y tuvo la sangre fría de advertir a François para que se preparase. Fue lo último que salió de su boca. La niebla los envolvía entonces, ahí mismo, a unos pasos del barracón. Gilles, veloz como un profesional, se adelantó, forzó con la palanca la cerradura y, con el candil por delante, hizo entrar al vizconde y atrancó la puerta tras él.

Por dentro, el barracón era tan simple como abigarrado. El suelo era de tierra apelmazada. Del centro geométrico del techo pendía un candil oscilante, y, justo debajo, lo primero que saltaba a la vista era una mesa rústica con una botella semivacía y una típica y abultada faltriquera de tabaco de mascar. A cada lado de la mesa había dos bancos de madera, y, en las cabeceras, una silla con asiento de enea. Las paredes, desprovistas de ventanas, se habían levantado con viejos tablones, y las junturas era tan chapuceras que por allí se filtraban jirones de niebla como volutas de humo denso y blanquecino. En tres de las paredes, y de uno a otro extremo, se alineaban arreos de caballos como sillas de montar, espuelas, bridas, estribos o barbadas. Sobre anaqueles de madera casi sin desbastar se amontonaban anzuelos, sedales, machetes o cuchillos. Sin duda, para calafatear las barcas que cruzaban el río, había martillos, mazos, estopa y brea; también cabos de cuerda y cables de muchos grosores, impermeables y chaquetones colgados de perchas, varios pares de botas de cuero engrasado, tres o cuatro gorras y unos cuantos pares de zuecos. Arrinconado en una esquina, rodeado de trastos de toda clase, yacía un cofre, y, de pie, apoyados contra la pared, varios remos de todos los tamaños.

Algo veloz como una ráfaga fue a esconderse en la penumbra más polvorienta del barracón. François sofocó un quejido. En silencio, contra las paredes se proyectaban dos largas sombras fantásticas. Gilles procedió con rapidez, sin contemplaciones, mientras el joven vizconde, como si presintiese, por fin, que algo no funcionaba, dijo sin parar de observarlo todo:

—¿Qué hacemos aquí, amigo mío?

Pero Gilles ya se había apoderado de uno de los cuchillos y, calmosa pero implacablemente, lo desenvainó, se acercó por detrás al vizconde y, de un solo tajo, mientras apartaba la cara para que no le salpicase la sangre, lo degolló.

El joven vizconde se desplomó de rodillas y, casi en el acto, cayó hacia delante, con la cara vuelta hacia un lado. Todo ocurrió muy de repente. La sangre brotó en abundancia; primero empapó la tierra, y luego empezó a formarse un charquito oscuro. Gilles lo miró a la luz del candil. El cuerpo del aristócrata emitía gruñidos ahogados como un animal. Poco después, el vizcondecito, como hipnotizado, seguía con los ojos abiertos, y se había desangrado casi del todo. Unos segundos más tarde, su corazón dejó de latir.

A partir de ahí, Gilles se aplicó a seguir metódicamente el guión elaborado. Salió del refugio, cogió del caballo un hatillo, regresó con él y atrancó de nuevo la puerta. Se sacó el gabán y la levita, se remangó el blusón hasta el codo, desenvolvió el hatillo en el suelo, a una prudente distancia del charco de sangre, que ya se había filtrado en la tierra, y extendió, ordenó y revisó el contenido del hatillo: una serie de prendas harapientas, incluidas un par de botas medio rotas. Luego sacó una navaja de afeitar y se puso manos a la obra.

En menos tiempo de lo que había calculado, desvistió enteramente el cadáver, le afeitó las patillas, le ensució la piel, por aquí y por allá. Con carbón y sebo, salpicadamente, le tiznó parte del cuello, cerca de la oreja a la que le faltaba medio lóbulo. Se aplicó especialmente con las uñas de los dedos, y, a continuación, procedió a vestirlo con las ropas de indigente que había sacado del hatillo. Por último, recogió las prendas del cadáver, impregnadas de sangre azul de arriba abajo, y, antes de envolverlas en piedras de tamaño considerable y arrojar el hatillo al Sena, se guardó la llave del pasadizo. Estaba pegajosa.

Desde que entraran por la puerta del refugio no había transcurrido más de una hora.

Esa noche fue la primera en que utilizó la llave del pasadizo secreto, y durmió en el palacete como vizconde de Ménéval.

A la mañana siguiente, la servidumbre de la mansión fue testigo de un hecho inesperado. Sobre la mesa principal de la cocina se hallaron tantas cartas como criados y cocineras trabajaban en el hogar del vizconde. Cada una contenía el nombre del criado al que iba dirigida, y todas y cada una invitaban a su destinatario a abandonar la casa en la que había prestado servicio a satisfacción de su amo. Además, incluían magníficas referencias y espléndidas sumas de dinero.

El asunto parecía liquidado, o, al menos, la parte más peliaguda del asunto. Hasta que dieron las diez y media, hora que habría de cambiar el curso de los acontecimientos.

Alrededor de las diez de la mañana, cuando el vizcondecito, en condiciones normales, solía levantarse, Gilles ya se había arreglado la melena al estilo de su víctima. Entonces, empezó a elegir la ropa que se pondría. Contaba con que a lo largo de la mañana todos los criados habrían desalojado el palacio. Habría, si acaso, una excepción. A la diez y veinticinco Gilles había elegido su ropa, y cinco minutos después alguien tomó la iniciativa de llamar a su puerta. Gilles contaba con esa excepción.

Respondió con el mismo y delicado tono del difunto vizconde. Del otro lado de la puerta se oyó la voz de Claude, el fiel lacayo de François. Gilles cogió la ropa y se la llevó detrás de un biombo.

—Pasa —dijo Gilles.

El fiel Claude, con la frente más reluciente y los ojos más acuosos que otras veces, entró cuidadosamente en el dormitorio y dijo tartamudeando:

—Monsieur, vos... ¿ya no estáis contento con mis servicios? —preguntó fijando la vista en el biombo tras el cual se distinguía la silueta de Gilles.

—Ah, eres tú, Claude, mi buen amigo —dijo Gilles haciendo una perfecta imitación del tono mitad gentil mitad melancólico del vizcondecito mientras se agachaba para ajustarse una de las medias—. Te esperaba.

—Perdonadme, monsieur, pero... estoy un poco sorprendido. Tan sólo eso.

—Ay, Claude, has sido como un padre para mí. No creo que pudiera soportar una despedida. Mejor así, entonces. Los tiempos cambian. Necesito mirar al futuro si quiero empezar a gozar de la vida. Claude, el presente se me está escapando, y, para mi desconsuelo, tú eres la representación del pasado, el fiel retrato de un tiempo de dolor. Y ahora sal, vete, vuelve con los tuyos. Llevaré siempre tu recuerdo conmigo.

—Pero, monsieur, ¿os ocurre algo? Vuestra voz suena extraña. ¿Os encontráis enfermo?

—¿Enfermo? —preguntó Gilles, cogido por sorpresa—. ¡No! Enfermo, no —dijo inmóvil tras el biombo.

—Si tenéis algún problema, monsieur —se aventuró a decir el lacayo dando un paso al frente—. Cualquier cosa, lo que sea que os cause alguna dificultad, Claude está para serviros, como siempre ha hecho, monsieur.

—¡Claude! —dijo Gilles tajantemente—. ¡Basta ya! ¡Haz lo que se te ordena! —Y al momento—: No quiero que se me parta el corazón.

—Será como vos decís —dijo Claude con voz quebrada. Y el hecho es que estaba dispuesto a darse la vuelta y salir de allí obedientemente, cuando le echó un último vistazo al biombo. El vizconde se inclinaba para ajustarse la otra media, y Claude, para su consternación, entre dos bastidores que no estaban lo bastante unidos por las charnelas, distinguió algo aterrador: una de las orejas del vizconde, la izquierda. No le cabía ninguna duda, era la izquierda, por la sombra del biombo; y, sin embargo, ¡oh, Dios! ¡La oreja estaba intacta!

Claude contuvo un grito de espanto, se tapó la boca con la mano y huyó atropelladamente de allí.

Esa misma tarde, en una de las comisarías periféricas de París se respiraba un ambiente de inenarrable excitación. Estaba previsto que, alrededor de las siete, Su Excelencia, el señor ministro de la Policía, José Fouché, hiciera el honor a la comisaría de una inspección de trámite. El señor ministro de la Policía de Francia era el hombre de los mil ojos y mil oídos, el temible dueño de todos los secretos de París, la sombra que se cernía sobre todas las intrigas relacionadas con el poder y el delito. Pero, además, tenía por costumbre demostrar a sus subordinados que la delincuencia, para escapar a sus garras, tendría que ser más sagaz que él. Y una cosa más le gustaba dejar claro: que todos los asuntos del Ministerio eran de su incumbencia.

«¡Ay, los políticos!», se repetía una y otra vez el comisario Duroc.

Duroc era un hombre entrado en carnes, de piel como la manteca y mirada siempre sorprendida, que conservaba unos pocos mechones de pelo oscuro que le atravesaban el cráneo por el medio. Había empezado a sudar ya desde primeras horas de la mañana, y, hasta el momento, no había parado de dar órdenes mientras se frotaba las manos.

—Picard, Leroux, Bourget, Poupou, Brissot, revisen los uniformes del resto. ¡¡Leroux!! No sé cómo decirle que compruebe que los expedientes están en orden —dijo Duroc desde un mostrador que hacía las veces de pulpito.

—A sus órdenes, señor comisario. Es la cuarta vez que compruebo los expedientes y los archivos, en lo que va de día. Hasta la última denuncia.

—¿Y los calabozos? —preguntó Duroc señalando con un dedo las pesadas llaves que pendían ordenadamente, cada una de su alcayata.

—Los calabozos, la tercera. La tercera vez, señor comisario.

—¡Ay, estos interinos!...

—¿A quiénes se refiere, señor?

—A los políticos, Leroux, a los políticos.

Leroux era un policía de mediana edad, recién ascendido a inspector. Concienzudo y correoso, con unas ojeras violáceas que revelaban largas noches en vela y cinco bocas en casa que alimentar. Leroux era la mano derecha, y, a menudo, también la izquierda, del comisario Duroc.

—¡¡Leroux!!

—A sus órdenes, señor comisario.

—¡¡Ese botón, Leroux!!

—Está abrochado, señor comisario. Es el uniforme, que me queda un poco holgado de cuello.

—En cualquier caso. ¿Y la comitiva de recepción?

—Aún faltan cuarenta y cinco minutos, señor comisario.

—Los quiero a todos en la puerta. El primero, Chavaniac, que es el más alto, y compone una buena figura. Hay que representar dignamente a la comisaría.

—Chavaniac se jubiló el mes pasado, señor comisario.

—Pues colóquelos por riguroso orden de estatura —sentenció Duroc de mala manera. Y se dirigió bamboleándose hacia su despacho.

La comitiva de recepción llevaba un buen rato con los pies congelados en la puerta de la comisaría. De improviso un carruaje, no por esperado menos temible, hizo su aparición al fondo. El carruaje negro, flanqueado por una escolta de guardias a caballo, que vestía uniformes impolutos en los que relucían los dorados, los azules, los blancos y los púrpuras, se fue acercando hasta que se detuvo enfrente de la comisaría. Las cortinillas de terciopelo dejaron de moverse. Al momento, varios guardias descabalgaron. Uno de ellos se apresuró a abrir la puerta a Su Excelencia, y otros cuatro se apostaron a ambos lados de la portezuela.

El comisario comprobó que tenía abrochado el primer botón de su flamante uniforme, y sacó pecho mientras cruzaba las manos por detrás.

Un individuo de unos cuarenta y cinco años, rostro exangüe, nariz afilada y cabellos grises, con los párpados caídos y los ojos entrecerrados como un gato somnoliento, puso un pie en el estribo y tocó tierra como si se posara. Vestía una gran capa negra con esclavina y una corbata blanca anudada alrededor del cuello. Se hubiera encaminado con ligereza hacia la puerta de no habérsele interpuesto el comisario Duroc.

—Excelencia —dijo Duroc tomándole una mano entre las suyas mientras hacía una inclinación respetuosa—. Excelencia. Cómo expresar lo honrados que nos sentimos.

Fouché hizo resbalar su mano, entornó los párpados, y sus labios, como dos hilos de carne, se tensaron en una sonrisa leve.

—Entremos —dijo abriéndose paso con inflexible delicadeza.

Dentro, los faroles no disimulaban el ambiente lúgubre de la sala principal, que presidía el mostrador con aspecto de púlpito gigante. Duroc presentó a su lugarteniente, el inspector Leroux, y, sucesivamente, a los agentes que componían la plantilla que estaba de servicio en las dependencias. A los agentes, la placa del sombrero de copa alta les brillaba de modo rutilante.

De la sala principal, a instancias de un leve gesto de Su Excelencia, el grupo se precipitó al pasillo donde se ubicaban los calabozos. El pasillo, aún más tenebroso que la sala principal, estaba iluminado por unos cuantos faroles que colgaban de las paredes. A su vez, los faroles iluminaban indirectamente las celdas, cuya ventilación se reducía a un ventanuco con dos

barrotes. Al final del pasillo, en la zona más tenebrosa, había un calabozo subterráneo, con la puerta al nivel del suelo. El agente que, previsoramente, precedía al grupo principal pisó con disimulo las manos que se aferraban a las rejas. Por detrás, el comisario Duroc, seguido muy de cerca por el inspector Leroux, iba mostrándole todo a Su Excelencia.

La inspección iba camino de ser modélica, y el grupo ya estaba de vuelta en la sala principal. Duroc preparaba a Su Excelencia para el último recorrido por las oficinas, cuando dos ayudantes de paisano irrumpieron con una carretilla de madera. Sobre la tabla de la carretilla reposaba un bulto cubierto por una tela basta.

—¡Cadáver! —dijo uno de los dos sujetos despreocupadamente.

—En cualquier caso —dijo Duroc rompiendo a sudar y frotándose las manos—. ¡Descúbranlo! ¿Alguna reclamación, alguna denuncia, algún desaparecido?

—¡No, señor comisario! —bramó un agente mientras Duroc examinaba el cadáver con cara de preocupación.

Al inspector Leroux le flaqueaba una pierna. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla y volvió a cerrarla. La pierna no dejaba de temblarle.

—¡Quémenlo! —ordenó Duroc.

—Alto —dijo a media voz Fouché cogiendo su pañuelo blanco y llevándoselo a la boca. Se inclinó un poco sobre el cadáver y examinó una tez que, pese a la suciedad, contrastaba con las ropas. Se fijó en que a la oreja izquierda le faltaba medio lóbulo. Conminó a uno de los dos ayudantes de paisano a que arremangara las perneras, y prestó atención a dos tenues marcas circulares que probaban la utilización de medias y ligas. Por último, ordenó al ayudante que le mostrara las palmas de las manos. Eran lisas como la piel de un niño (con la salvedad de las yemas de los dedos), pero musculosas, las manos propias de un pianista—. ¿Ha habido en las últimas horas alguna denuncia poco usual, algún informe extraño?

—Nada. Nada —replicó categórico Duroc mirando a Leroux—. Leroux, usted ha revisado los archivos cuatro veces, ¿no es así?

—Cierto, señor comisario; sin embargo, me permito recordar, Excelencia, que hoy por la mañana un ciudadano de nombre Claude Beyle dio cuenta de una desaparición. Quizá... el señor comisario lo recuerde.

—¿¡Yooo!? Se equivoca usted de hombre, Leroux. ¿Dónde está la denuncia?

—Precisamente —trató de decir el inspector, que estaba próximo a desfallecer—, precisamente... a consecuencia del ajetreo de esta mañana... no se estimó oportuno recoger la denuncia por escrito.

—¿¡Cómo!? —dijo Duroc con la calva cubierta de gotas de sudor.

Fouché hizo un vago gesto con la mano.

—Cuénteme lo que dijo ese hombre —exhortó el ministro con suavidad.

El inspector Leroux carraspeó, se pasó la mano por la garganta antes de esconderla en la espalda, y empezó diciendo que el ciudadano Beyle decía ser criado de un tal vizconde de Ménéval, con residencia en Saint-Honoré. Beyle había contado una extraña historia sobre un pianista que se introdujo en la mansión de su amo. Al parecer, el pianista trabó confianza con el vizconde, y, durante meses, se esforzó en recordar el inspector, su amo y él se habían hecho inseparables. Pero el ciudadano Beyle no lo había mirado nunca con buenos ojos, siguió diciendo el inspector. Hasta que hoy mismo, por la mañana, había sucedido algo incomprensible. El señor vizconde había despedido a todos los criados de la casa.

El comisario Duroc, que se había ido poniendo escarlata poco a poco, lanzó una mirada fugaz al ministro, y Leroux prosiguió diciendo:

—El ciudadano Beyle aseguró que a su amo le faltaba medio lóbulo de la oreja izquierda. Dijo que él todavía recordaba cómo lo había perdido jugando con una navaja. Según él, el vizconde era entonces un chiquillo. Pues bien, hoy por la mañana, al entrar en los aposentos de su amo para despedirse, Beyle no pudo ver al vizconde, pues se estaba cambiando detrás de un biombo, pero sí vio su oreja izquierda entera. Aquí mismo juró que la oreja estaba intacta. Y mantuvo que ése no era su amo, sino un impostor.

—Excelencia —intervino Duroc al borde del paroxismo—. Un cuento digno de un loco.

Fouché se quedó mirando el cuerpo sin decir nada.

—Cubran ese cadáver y quémenlo, como ha dicho el comisario —ordenó por último ante la infinita complacencia del comisario Duroc—. Ciertamente, una mente calenturienta, y delictiva, la del ciudadano Beyle. Yo conozco al vizconde de Ménéval —dijo abrochándose la capa—. Y no es este indigente.

Para todos, pero sobre todo para el comisario Duroc, era un alivio suponer que Su Excelencia daba por terminada prematuramente la inspección.

—Buen trabajo, comisario. Es más que suficiente —declaró volviéndose hacia la puerta—. Por cierto —expresó girando sobre sus talones—, ¿dijo ese ciudadano Beyle si volvería?

—¿Leroux? —preguntó el comisario con renovada seguridad.

—En efecto —dijo Leroux, cuyo tembleque se había reanudado con más virulencia que antes—. Dijo... que volvería a formular por escrito la denuncia.

—Ya. Avísenme cuando lo atrapen. Es justo desear que un criminal pague por su crimen —dijo haciendo un gesto para que no lo acompañasen al carruaje. Y, antes de subir, con visible despreocupación, dijo a uno de los guardias que lo escoltaban—: Que los expulsen del cuerpo a los dos.

Casi al instante se cerró la puerta, Fouché corrió la cortinilla negra y el coche volvió a ponerse en marcha.

Unas pocas semanas después, el señor vizconde de Ménéval recibió en su mansión a un correo que llevaba una carta lacrada con el sello del ministro de la Policía.

El correo tenía orden de regresar con la carta, y también con la respuesta.

Esa noche, la noche de la trascendente cita del vizconde con Su Excelencia, el ministro Fouché, después de que su lacayo lo vistiese y de echarle un último vistazo al cofrecillo de música, salió de su mansión y se subió al carruaje. Jamás Gilles había visitado el palacio de Juigné, residencia del ministro de la Policía, en el Quai Voltaire. Y precisamente esa noche no era la más a propósito para gozar del lujo que rodeaba a uno de los personajes más poderosos de Francia.

Presa de una espantosa inquietud, durante todo el trayecto en el coche que le había enviado Su Excelencia, Gilles no hizo más que enfrascarse en su drama. Se le vinieron imágenes sangrientas que creía haber borrado de su cabeza para siempre, y miró y remiró desde todos los ángulos una situación a la que no encontraba salida. Por un momento llegó a pensar en huir del país, pero ¿de qué le hubiese servido tratándose del todopoderoso Fouché? Seguro que el ministro habría colocado agentes vigilando el palacete día y noche. Además, aunque se hubiese fugado por el pasadizo, ¿qué hubiese ganado con ello? Fouché, esto era seguro, jamás le hubiese permitido emigrar de Francia, y esa táctica de invitarle a su palacio, esa táctica tan incomprensible como cruel, le hacía concebir los más funestos presagios. Después de todo, Gilles, con toda una vida por delante, no sabía aún imaginar su propia muerte. Y, por primera vez, sentía que estaba a merced de otro, por completo en sus manos.

De modo que, casi sin saber cómo había sido conducido hasta allí, se encontró paseando de

uno a otro lado de una estancia revestida de libros, incapaz de sentarse.

Al poco de llegar, un criado distinto de aquel que le había acompañado por los corredores del palacio penetró en la biblioteca con una bandeja y dos copas de brandy, hizo un leve y cortés gesto con la cabeza, dejó la bandeja de plata en la mesita que estaba entre los sillones, y le dijo que Su Excelencia le recibiría de inmediato. Luego se dio media vuelta con la misma discreción con que había irrumpido.

Gilles se acercó a la ventana abierta y apartó con cuidado el cortinaje. Era una extraña noche de primavera. La temperatura era magnífica, pero el cielo estaba oscuro al extremo de que no se vislumbraba ni una estrella. Corría una brisa que presagiaba un repentino cambio de tiempo. Un fuego animaba la chimenea, y todo en la estancia del ministro, los cortinas de brocado, los sofás, los muebles de ébano, la alfombra persa, las sillas tapizadas de terciopelo rojo y los cientos de libros ordenadamente dispuestos en anaqueles, a muchos de los cuales sólo se accedía mediante una escalera, sugerían una vida que palpitaba en los brazos del poder, lejos de la canalla. Una vida con todos los atributos necesarios para gozarse plenamente. En eso pensaba cuando José Fouché entró por otra puerta.

Vestía una chaqueta de color gris pardo, henchida encima de la cintura, con faldones muy separados y medias blancas a tono con el fular. Tenía el cuello alargado, los hombros estrechos, los cabellos grises peinados hacia delante, y andaba un poco encorvado; pero lo que más llamó la atención de Gilles no fue la extrema delgadez y el aspecto casi monacal del ministro de la Policía, sino su expresión, impenetrable como una máscara.

—François de Ménéval, supongo —dijo Fouché acercándose mientras le tendía una mano de dedos huesudos, aunque por completo relajada. El ministro lo escrutaba con una mezcla de curiosidad e indiferencia, como si Gilles estuviera allí casualmente.

—Para serviros, Excelencia.

—No perdamos el tiempo. —Y se dirigió hacia la ventana abierta dando la espalda a Gilles —. ¿Pertenecéis al bando de los preocupados, o de los que se ocupan, joven?

—Creo, Excelencia, pertenecer al bando de los segundos, normalmente. Pero hoy, excepcionalmente, engrueso las filas de los primeros.

—¿Y eso?

—Agradecería que fuera Vuestra Excelencia quien me sacara de dudas.

—Y por qué no —dijo ofreciendo asiento a Gilles en un sillón de orejas mientras él tomaba asiento en el otro—. Escuchad, monsieur de Ménéval —subrayó con extraño acento—. Conozco a los hombres y las pasiones vergonzosas que los animan. Es mi trabajo. De modo que no os extrañe mi pregunta: ¿qué queréis?

—No comprendo, Excelencia.

—¿Qué deseáis de la vida?

—Deseo... deseo la posibilidad de no tener que renunciar a nada que merezca.

—¿Y estaríais dispuesto a entregar la vida por aquello que merecéis, monsieur de Ménéval?

—Estaría dispuesto a seguir mi instinto —dijo Gilles, que se sentía acorralado, enterrando un puño dentro del otro.

—¿Y qué os dice ese vuestro instinto, joven?

—Que una vida es algo irreemplazable, Excelencia. Y que no hay nada que merezca ese precio.

—Interesantes palabras para un filósofo. No obstante, debo decir que, por experiencia, algo sé de la distancia que media entre una presa y un cazador. Hay quien nace para ser presa, y quien nace para ser cazador. Estaréis de acuerdo —sugirió, ofreciendo algo invisible en la palma de la

mano.

—Lo estoy, Excelencia —dijo Gilles recogiendo alguna especie de guante—. Creo en las diferencias que vienen dadas desde la cuna. Y que son irrevocables. La naturaleza nunca me ha parecido cruel.

—En el fondo, vos y yo no nos diferenciamos tanto, vizconde —continuó el ministro, saboreando cada sílaba como si no hubiera dado lugar a réplica alguna—. Si exceptuamos vuestro título, naturalmente. Sin embargo, como sin duda habréis oído decir, yo soy un revolucionario teórico, y la herencia y los títulos nobiliarios no me dicen gran cosa... ¡Tonterías, los títulos nobiliarios! A eso antepongo yo el poder de la voluntad. Porque yo compro voluntades, joven. Lo que a mí me interesa es el carácter, y, creedme, sé distinguir una presa de un cazador a primera vista. —Fouché hizo un alto mientras montaba una pierna sobre otra—. Y vos sois un cazador nato.

—¿Debo tomármelo como un halago, Excelencia?

—Depende de lo que entendáis por halago. ¿Mataríais por robar un nombre, vizconde?

—No comprendo, Excelencia —preguntó Gilles con un nudo en la garganta, incapaz de tragar saliva—. ¿Robar? Mi nombre es cuanto poseo, y también cuanto me merezco.

—No os sintáis amenazado —replicó el ministro con una sonrisa—. Es una simple hipótesis de trabajo. Si no fuera así, ¿qué razones abrigaría para manteneros en libertad? Un indigente asesinado es menos útil que un noble al servicio de Su Majestad, el Emperador, y de los principios revolucionarios; mejor dicho, un antiguo noble, pues recordad que desde el 19 de junio de 1790 la nobleza hereditaria se abolió para siempre —concluyó con una sonrisa irónica.

—Os sigo, Excelencia.

—¿No queréis una copa de brandy?

—Si vos me acompañáis —contestó Gilles temblándole las manos.

—Hasta ahora, naturalmente, no he tenido el placer de conocer a ningún Ménéval. Ni al joven François, ni a sus malogrados padres tampoco —siguió diciendo Fouché mientras con un dedo se masajeaba la barbilla—. Y cuanto os digan en sentido contrario no es más que pura rumorología sin fundamento. Pero, creedme, mis fuentes son fidedignas: o la Revolución o la vida han hecho justicia con ellos.

»Son tiempos difíciles, y el Imperio precisa de hombres de carácter a quienes no les tiemble el pulso. Mi labor es buscar siempre al hombre necesario en el lugar que hace falta. Menudean los complots por todas partes. Francia es un polvorín. Lo cual no es un secreto para nadie. Los agentes ingleses trabajan para derrocar a Su Majestad y restaurar una monarquía afín a los intereses del enemigo. ¿Me seguís?

—Palabra por palabra, Excelencia.

—Entre algunas otras actividades —continuó el ministro, sacando un pañuelo blanco para secarse la boca—, yo me ocupo de descubrir a los agentes ingleses; o lo que es lo mismo, de preservar la estabilidad política, proteger al Emperador, velar por la paz del Estado. Como sin duda habréis oído decir, mis propios espías pertenecen a todos los círculos sociales, y se mueven estratégicamente por la capital del Imperio. Pero centremos la cuestión. La única alternativa honorable para alguien como vos es vivir de incógnito, convertiros en un mercenario al servicio del Ministerio, un agente secreto del orden establecido. No os resultaría difícil. De hecho, tendríais una muy prometedora carrera. Y desaprovechar vuestro talento sería un crimen imperdonable. Vuestro destino, por así decirlo, es inevitable... —y aquí se detuvo como rastreando la palabra exacta y ¿natural?— Desde vuestra posición tendríais, pues, que relacionaros, hacer vida social, trabar contactos y, de más está decirlo, cumplir órdenes y

mantenerme puntualmente informado.

—Me hacéis un honor, Excelencia —dijo Gilles, que respiraba aliviado.

—Considerad que hoy se os ha concedido la ocasión de limpiar sangre con sangre, o de sucumbir a vuestro desliz, un desliz que os llevaría directamente a la guillotina. Servidme bien, y serviréis a los intereses del Estado; pero tened esto presente: las cenizas del indigente serán enterradas con vuestro verdadero nombre, mejor dicho, el nombre que vos habéis repudiado. ¿Aceptáis?

—¿Tengo alternativas?

—Ninguna. Pero tenéis mucho que aprender —respondió Fouché, observando atentamente las manos temblorosas del joven.

—Entonces, me siento honrado de aceptar, Excelencia.

—Pensad que si traicionáis mi confianza no me conformaré con una simple ejecución. Haré que os sepulten en vida en el calabozo más oscuro. Os quedaréis más solo y desvalido de lo que estuvo en vida el difunto François de Ménéval, ¿me comprendéis?

—Perfectamente, Excelencia.

—Haced como yo, vizconde, sed un revolucionario teórico y un conservador en política. Hasta hace bien poco vos no erais sino el hijo de un burgués, y ahora sois un notable, un rentista que figura censado como antiguo noble. Curioso, cuando yo era procónsul del Comité de Salvación Pública, en el Terror, cualquiera que utilizara los antiguos tratamientos de respeto se hacía sospechoso de traición y podía ser denunciado. Pensad que las cosas están cambiando, y, me apresuro a decir, más y mejor cambiarán para vos en lo sucesivo.

—Disculpadme, Excelencia. ¿A qué os referís?

La máscara dejó ver un casi imperceptible cambio en sus facciones. Fue una especie de mueca en una especie de rostro.

—Bien, aunque los Ménéval perdieron parte de su fortuna con la abolición del feudalismo y los derechos señoriales, vuestras propiedades no son tan escasas. Si no me falla la memoria, están gravadas con 2.300 francos de contribución territorial. Sin embargo —concluyó el ministro, levantándose del sillón—, no pretenderéis hacerme creer que vuestras ambiciones se colman con eso, ¿eh?

—Decidme, Excelencia, ¿qué me falta para ganarme vuestra confianza?

—Sois joven, monsieur de Ménéval. No se trata de lo que os falta, sino de lo que os sobra. ¿Habéis, acaso, reparado en el lóbulo de vuestra oreja izquierda? —preguntó ante la cara de profundo estupor que se le puso a Gilles.

La expresión no duró más que unas décimas de segundo.

—¡Cómo se me ha podido pasar eso! —murmuró Gilles.

Al cabo de un instante, y como activado por un resorte independiente de su voluntad, Gilles se palpó los bolsillos frenéticamente. Extrajo un pañuelo blanco doblado, y, por último, encontró lo que buscaba.

Era una exquisitez, una pequeña joya más que un arma. La funda y el mango eran de nácar. Lo cogió con firmeza. Pasó una yema del índice por su filo, y, sin pararse a pensar en lo que hacía, amputó la mitad del lóbulo de la oreja.

De inmediato, se aplicó el pañuelo al lóbulo sangrante.

Fouché, con los párpados caídos y un amago de sonrisa en los labios, dijo:

—Os espera un carruaje a la puerta. Está empezando a llover. —Gilles hizo una profunda reverencia—. Por cierto, lo olvidaba. Un lacayo, un tal... Claude Beyle fue hallado muerto en la noche de ayer en un callejón. Había bebido demasiado. Al parecer, tenía alucinaciones, y

pretendía formular descabelladas denuncias. Alegaba que a su amo le faltaba medio lóbulo. Pobre hombre. Una verdadera lástima, ¿verdad? —añadió el ministro, e hizo sonar una campanilla.

7. RUMBO A NUEVA ORLEANS

Diario de Auguste M.

14 de abril de 1805. (Por la mañana. Canal de la Mancha. Frente a las costas francesas.)

Partimos de El Havre a las nueve. Día azul, aunque frío. Una tenue neblina que se fue disipando poco a poco.

¿Qué sientes, Auguste? Alivio. No recordabas un alivio igual desde tu primera juventud, ay, cuando París era una primavera luminosa, y también el colmo del júbilo. En ese entonces tenías la sangre y el corazón alborotados. Eran tiempos en que ni siquiera concebías hacer carrera con tu cuerpo. Y fortuna.

Unos cuantos de esos jóvenes dioses sudorosos se pusieron en el cabrestante a virar el cable del ancla. Luego largaron parte del velamen, izaron el ancla, la amarraron al pescante y largaron las velas altas. Y el navío fue tomando velocidad rumbo a alta mar. Toda una lección práctica.

He quemado mis naves. Viajo sin dinero, sin contactos, sin ocupación alguna a la vista. El único tesoro al que puedo poner precio son los trajes de mi baúl. En poco más de un mes arribaremos al puerto de destino. Se verá entonces si Nueva Orleans es el Nuevo Mundo.

(Por la tarde.) *Excelsior*. Curioso nombre, el del navío, que no compromete a nada. Ni con los franceses ni con los ingleses. Lo cual, en tiempos de guerra, es una especie de garantía. Sin embargo, dudo que alguien arrojara el sombrero al aire si nos cruzásemos con la escuadra de Nelson.

El barco es una antigua fragata de veinte cañones reconvertida en buque mercante. Desplaza unas trescientas toneladas y tiene una arboladura formidable. Yo no diría que es un navío marinero, sino un prodigio de velocidad. ¿Qué gavias lleva este barco para que navegue como lo hace? Pobre del que se proponga perseguirlo. La tripulación se hacina como una torre de babel: franceses, portugueses, españoles, holandeses, hasta un chino. No es descabellado pensar que escondan más de un pabellón para hacerlo ondear en caso de urgencia; pero ¿quién podría haber elegido en mi lugar? Era el primero que partía de El Havre y el que más lejos de Francia me llevaba.

Gracias a una bolsa repleta de napoleones de oro, el capitán, un francés taciturno con acento inglés, físico meridional y maneras más que rudas, se decidió a aceptarme como pasajero. Se me asignó un pequeño camarote en el castillo de proa, y el contramaestre juró que yo era el único pasajero embarcado.

Espléndida ratonera, el camarote: húmedo, sucio, mal iluminado, con poca ventilación, tres literas, una mesita de madera carcomida y una silla. *Mon Dieu!* Una lámpara de aceite cuelga del techo y está en permanente vaivén. Si los marinos no mienten, que alguien se ofrezca a explicarme por qué en el último momento subieron dos pasajeros más.

Día...

Hay que hacerse a la idea. Tengo dos compañeros de camarote: un joven muy alto (más alto incluso que yo, y no soy lo que se dice un duende), de aspecto bastante impresionante, que luce una melena oscura recogida, tez blanca y ojos que arden como tizones, y un viejo que no alcanza a serlo. El viejo pasaría por un sabio chiflado. Tiene un rostro demacrado, y bolsas bajo los ojos. ¿Padre e hijo? El viejo responde al nombre de Victor. El joven andará por los veinte años, qué sé yo. Pero lo más sorprendente es que no tiene nombre. O eso dice. Sublime manera de presentarse.

Parece que somos los únicos viajeros del navío. El mercante transporta en sus bodegas metales y productos textiles, y hará la travesía de vuelta cargado de azúcar, ron, tabaco y café. Todo ello según el sobrecargo, un individuo risueño, de abdomen prominente y con las patillas unidas al bigote, que pasaría por un embustero profesional.

De modo que me he convertido en un criminal. Eso es lo único en lo que no mienten los periódicos. Cada vez que pienso en la manipulación de la noticia del doble crimen... Quedó como un crimen pasional. Hermoso, pero falso. Pero es lógico que lo tergiversaran todo, dado que mi cliente era, precisamente, el dueño del periódico. El mismo que no quiso pagarme y me amenazó. Lo lamento sólo por los dos matones que contrató para matarme. Aquí el único que merecía la muerte era el ricachón, el dueño del diario, el miserable descontento con mi tarifa.

Es dura la vida de un mercenario, sí. Aunque sea un refinado mercenario del amor.

Día...

Dejamos atrás el canal de la Mancha. Haremos la primera escala en las Azores.

Ah, cómo echo en falta los paseos por el Bois de Boulogne, y los cafés y los clubs de la plaza del Palais Royal.

Por no hablar de la manicura de París. No cabe duda de que lo peor de la vida en alta mar es la vida en alta mar.

Por ahora, la marcha es muy plácida. Y el tiempo, inusualmente bueno para estas fechas.

El joven con el que comparto camarote, y que, presumiblemente, es el hijo de Victor, se tiende en el puente envuelto en una capa, boca arriba, frente a un cielo tachonado de estrellas. Definitivamente, el cielo no es para mí, que soy mucho más terrenal y menos contemplativo. Será por mi inclinación a la melancolía. Prefiero el entusiasmo a los ideales, y, sobre todo, los placeres de la carne a los placeres del espíritu.

Estar por completo solo, desamparado, prácticamente sin un franco en medio del mar no es tan indeseable. Es como estar desnudo y rodeado de hombres que llevan una venda sobre los ojos.

Por lo demás, la convivencia con mis compañeros de camarote es un poco siniestra. Apenas conversamos. Se diría que me rehúyen. En lo que a mí concierne, una cómoda compañía. Después de todo, esto no es una travesía de placer, sino una fuga. El viejo, es evidente, parece un hombre letrado. En cuanto al joven, qué mirada. Lo más característico de él es la autoridad que irradian esos ojos.

Y otra cosa. Rara vez he visto un hijo tan preocupado por su padre. Cuida del viejo, vigila que nada le falte y, cuando el padre le llama, acude siempre al instante, dispuesto a satisfacer cualquiera de sus deseos.

Día.

¡Oh, Señor! El rancho es lo más grave de este viaje: galleta de barco, carne de cerdo que

conservan en barriles de salmuera, pescados, guisantes, todo seco; y un vino detestable. Y siempre en vaivén permanente. De vez en cuando, zumo de frutas. Por lo que hace a las verduras, más vale consumirlas pronto. No es que yo tenga la sensibilidad culinaria del célebre Carême, pero siempre me ha llamado el arte de la cocina: practicar, inventar y aprender a confeccionar platos delicados. No en vano he tenido la suerte de frecuentar los mejores restaurantes de París. Restaurantes que pagaban mis clientes, dicho sea de paso.

He soñado con ratas y gorgojos infestando los barriles.

Día...

Ayer sucedió algo notable. Una leve brisa presagió cambio de tiempo. El cielo empezó a cubrirse, aunque no hasta el punto de oscurecerse del todo. Aumentó la marejada. El capitán, que no dejaba de pasearse por la toldilla, mandó recoger las velas. Los hombres se pusieron la ropa de aguas y, al cabo de unos diez o quince minutos, empezó a llover. El capitán me ordenó que bajase al camarote.

No hubo temporal, pero el camarote parecía venirse abajo. Los dioses nos asistan si nos topamos con algo en verdad serio. Por si acaso, empecé a marearme de un modo execrable. Me tumbé en la litera y, al cabo de un rato, en la primera aproximación de mis compañeros de camarote, el viejo Victor me ofreció un brebaje que me libró del mareo como por ensalmo. No tardé mucho en quedarme dormido.

Día...

Anoche, una semana después de partir de Francia, la primera comida digna de su nombre. Perdiz a la cazuela con patatas, regada con un Clos de Vougeot. Según el capitán, la botella tiene veintiocho años contados, y está sólo al alcance de los millonarios y de los capitanes de navío. Me callé discretamente. En París no es indispensable ser millonario (y mucho menos capitán de navío) para degustar un Clos de Vougeot.

Semejante novedad se debió a que Victor, el chico y yo fuimos invitados a cenar por el capitán en la cámara de oficiales. Al fin y al cabo, somos los únicos pasajeros del buque.

La estancia que hace de comedor es una sala central a la que se abren los camarotes de los oficiales. Está iluminada por una lumbrera, y una lámpara de cobre cuelga sobre una mesa de dimensiones decentes. Las paredes están revestidas de armarios y de sillones de felpa adosados.

El capitán es un sujeto fornido de unos cuarenta y cinco años, de vello en pecho, moreno, ojos diminutos y cejas muy pobladas y un poco encanecidas. Tiene la boca al sesgo, como vencida por una mueca o por un vicio facial, y los labios sensuales y húmedos. Ésa fue la primera y única vez en que no le vi con la gorra de lado, caída sobre la ceja. Es inverosímil charlar con él sin que le ponga precio a todo; sin embargo, habla de Francia como de una amante a la que siempre echa de menos. Lo único insoportable del capitán es su segundo, un tipo reluciente y taimado como un reptil.

Mis impresiones sobre mis dos compañeros de camarote son cada vez más favorables. La cena, que transcurrió sin protocolos dignos de mención, no es más que un ejemplo. Inútil añadir que los propósitos del capitán eran, supongo, de lo más cordiales. Pero el caso es que, hacia el final de la cena, el segundo del capitán hizo algún comentario sobre los negros. «Los mal nacidos sólo sirven para que los azoten.» Algo así. Entonces, mi joven compañero de camarote, con una serenidad impropia de su edad, replicó que, por una simple cuestión de proporciones numéricas, entre los negros no había tanto mal nacido como entre los blancos. Se hizo un espeso silencio.

Velozmente intervino el capitán. Le puso una mano en el hombro al chico.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacho. Estoy de acuerdo contigo.

El segundo bajó la cabeza ante la mirada del resto de los oficiales.

Día...

Primera escala en las Azores. Infernal. Una indisposición digestiva me tiene tumbado en la litera durante toda la mañana. Pavorosa comida. Para sobrevivir, debiera ponerme a dieta. Ayunar y ayunar. Partimos en unas horas. Aprovisionamiento, creo, y poco más. Si me recupero, tengo intención de estirar las piernas por cubierta y respirar un aire más civilizado. Llega mi joven compañero. Me dice que no me preocupe. Que me dará algo que me aliviará. ¿Cómo es posible no tener nombre? ¿Con quién comparto camarote? ¿Con dos brujos?

Día...

Navegamos rumbo a la Martinica, donde haremos la segunda y última escala.

Días sin escribir en esta especie de cuaderno de bitácora. ¿Cuándo fue? ¿Anteayer? De lo que voy a contar se desprende que los barcos son un caldo de cultivo idóneo para los dramas.

El grumete, Soho, es un hijo del Nuevo Mundo, un niño negro que parece una propiedad del capitán. El resto de los oficiales y la tripulación no oculta su menosprecio por la raza negra. Estaba anocheciendo. Había sido un hermoso atardecer sanguíneo, y empezaba a refrescar. El joven sin nombre y yo estábamos charlando junto a la barrica de grog, apurando cálidamente nuestras alimenticias raciones.

—¿Me permite hacerle una pregunta impertinente? —pregunté.

—Adelante.

—¿Qué busca un joven como usted al otro lado del mar?

—Mi nombre.

—¿Su nombre? Vaya. Puestos a ser impertinentes, daba por hecho que no tenía nombre, como me había hecho saber hace días.

—Y así es. Me refería a las raíces, Auguste. Yo no llegué a conocer a mis padres.

—Discúlpeme, he supuesto erróneamente que Victor era...

—Victor actúa como un padre, pero es más que un amigo.

—Sin embargo, habrá doscientas mil almas sólo en París con ese mismo problema, y no las empuja a cruzar el océano. Pueden vivir bien y muchos años sin saber realmente quiénes son, o, mejor dicho, de dónde vienen. Yo mismo, si me permite, le diré que tampoco conocí a mis verdaderos padres.

—¿Murieron jóvenes? —preguntó él muy sorprendido.

—Oh, nada de eso. Eran de extracción rural. Y, según parece, resultó más apremiante comer que criar al sexto vástago. Fui vendido a un par de pequeños burgueses parisinos que trataron por todos los medios de hacer de mí un filisteo. Naturalmente, fracasaron. Más o menos a la edad que usted tiene me fui de casa... o me echaron, según se mire.

—Comprendo —dijo él bajando la cabeza.

—Pues más vale que me lo explique. Yo jamás he comprendido que unos padres repudien a su hijo por sus tendencias sexuales.

—No pretendía molestarle.

—Y no lo ha hecho, amigo mío —dije jovialmente—. Y no lo ha hecho. Soy libre, soy feliz, y el mundo es una mierda. ¿Para qué quiero unos padres? Le diré más, no espero lealtad de

nadie; y menos que de nadie la espero de un consanguíneo. Pero discúlpeme, me aburre hablar de mí. Háblame de usted. ¿Qué le hace a usted diferente? Explíqueme qué le empuja a cruzar un océano entero.

—Mi madre fue deportada a Nueva Orleans.

—¡Ah, bueno! Eso lo explica todo.

—Al contrario, Auguste; decir eso es no decir casi nada. Mi madre quería que yo supiera la verdad. Espero descubrir por ella el secreto que su padre ocultó cruelmente.

—Ay, amigo mío. ¿Y cómo piensa encontrar a su madre si no ha llegado a conocerla?

Y aquí extrajo morosamente de un bolsillo de la chaqueta un pequeño medallón de plata del que colgaba una cadena. Abrió el medallón, separó una especie de billete doblado varias veces, y, por fin, en medio de un silencio casi reverente, mostró un diminuto retrato de una joven cuyos rasgos se me presentan bastante brumosos. Poco después, cuando juzgó que había estado suficientemente expuesto a la vista de un extraño, volvió a colocar el billete junto al retrato y guardó el medallón como un pequeño tesoro.

—Es mi madre —dijo.

Desafortunadamente, la charla estaba en el momento más satisfactorio cuando, de repente, nos pareció escuchar gritos en dirección a popa. Corrimos hacia allí y, bueno, antes de que yo mismo pudiera tomar una decisión adecuada a las circunstancias (bastante oscuras, debo decir), el muchacho se había arrojado al agua sin titubeos. Grité al timonel que virase. A su vez, alguien aulló:

—¡Hombre al agua!

Cuando lo subieron a bordo, el chico llevaba en los brazos al grumete. Soho estaba tiritando.

Sorprendentemente, el segundo, que fue de los primeros en llegar, se incomodó porque se hubiera detenido el barco por tan poca cosa. Dijo, sin ninguna convicción, que seguramente el grumete estaba borracho. Cuando apareció el capitán, el segundo cambió el tono del discurso ante sus preguntas, cada vez más incisivas. Entonces, en el momento más oportuno, sin duda atraído por el alboroto inusual a esas horas, compareció Victor, con su pelambrera gris al viento y su cara de permanente desconcierto. Se abrió paso hasta colocarse al lado de mi nuevo amigo.

—No está borracho —afirmó el chico, que sin duda trataba de proteger al grumete—. Sólo aterrorizado.

—Capitán —dijo Victor—, déjelo en nuestras manos hasta que se reponga. Le aseguro que en un par de días estará en perfectas condiciones. Soy médico. Y respondo de ello.

El capitán, como si hubiera leído entre líneas, consintió.

De modo que Soho, el pequeño haitiano, lleva dos noches durmiendo en el camarote, en la litera del joven sin nombre. Al final, se ha atrevido a confesarnos que lo habían arrojado por la borda.

Día...

Los vientos del oeste, como dicen los marinos, llenan las velas. Nos empujan hacia la Martinica, adonde arribaremos en pocos días.

Era previsible que la última conversación con mi joven amigo se reanudase pronto. Y eso que el grumete le sigue a todas partes, con riesgo de ser castigado por negligencia en sus obligaciones. Lo que no era previsible fue el modo en que discurrió.

—Yo propongo que nos desinteresemos un poco más del prójimo —dije por decir algo—. Que la gente piense un poco más en sí misma, en su propia dicha. Eso nos mantendría más

ocupados.

—Estoy de acuerdo, Auguste; pero ¿no le parece que somos demasiados? ¿Que el prójimo está demasiado cerca como para desinteresarnos de él?

—Interesante observación. Pronto llegaremos a los mil millones de habitantes. ¡Qué desastre! Es casi tan terrible como vivir en este barco, día tras día, encerrados en una cárcel.

—Respiramos brisa marina, Auguste —dijo sonriéndose—. Y los camarotes no son tan pequeños.

—¿Cómo dice? ¿Que los camarotes no son tan pequeños? —pregunté pensando en las dimensiones del habitáculo en el que sobrevivíamos desde hacía más de tres semanas.

—Teniendo en cuenta que éste es un buque mediano, no me parece tan pequeño.

—¿Dónde ha vivido usted? ¿En un armario?

Afirmo, sin temor a equivocarme, que formulé mi pregunta sin la menor dosis de ironía parisina.

—No. En un cuarto. En las cuadras de un prostíbulo. Junto a los caballos.

—Vaya, algo conozco de esas atmósferas —continué, lo admito, con una cierta ligereza—. Lo que me recuerda a una vieja conocida. Un alma tenebrosa, me temo. Intercambiábamos chismes hace años, cuando yo iniciaba mi carrera en París y el mundo me parecía más frívolo y hermoso.

Pero entrever el fondo de los otros es decepcionante casi siempre, amigo mío. De modo que cuando llegué a conocerla algo mejor, me fui alejando de ella. ¡Ah, la indecente madame Bastide!

Recuerdo que se levantó como un tiro. Y la voluntad no parecía haber influido en ello. Por cortesía, me levanté a mi vez, y entonces, de manera harto inesperada y desagradable, hizo presa en mi cuello.

—Es usted policía, ¿verdad? Ha venido persiguiéndome, ¿no es eso? —soltó.

Me sorprendió la fuerza del chico, que, sin embargo, no parecía haber perdido el dominio sobre sus actos. En verdad, yo estaba rodeado, acorralado por las sorpresas.

—No sé a qué se refiere. Antes de este viaje no le había visto en mi vida —murmuré con dificultad.

Él acercó su rostro al mío y, sin soltarme la garganta, me escrutó los ojos desde muy cerca.

Curioso, ¿por qué no respondí a esa violencia? Creo que era una suerte de respeto lo que me inspiraba ese joven, pues todo él emanaba orgullo, dignidad. O tal vez no fue una cuestión de elección, sino de asombro, desconcierto. Apenas moví un músculo, pese a notar cómo la sangre me afluía al rostro. Entonces, me soltó bruscamente y se quedó frente a mí con los brazos colgando y las manos entreabiertas.

—Le ruego que me disculpe —dijo—. Madame Bastide... Madame Bastide era la hermanastra de mi madre.

—Pero qué es lo que está diciendo, joven. La madame Bastide que yo conocí —repliqué torpemente, inspirando con fuerza y friccionándome el cuello— tenía un prostíbulo en la rue...

—Saint-Denis.

—Saint-Denis —dije como si me hubieran iluminado de repente—. Sí, en efecto, Saint-Denis. —El problema, a estas alturas, era que dudaba entre sentirme ofensor u ofendido.

—Mi abuelo fue quien me arrancó de los brazos de mi madre. Me dejó en el burdel, al cuidado de ella, de madame Bastide. Se me ocultó la identidad de mis padres. Aún hoy no sé quiénes fueron —dijo relajándose mientras apoyaba las dos manos en la borda. El cielo estaba salpicado de nubes y, arriba, el sol lucía a intervalos. Se quedó mirando hacia un horizonte

inescrutable—. No era mi intención enviarla al infierno, puede creerme.

—Le creo —dije estupefacto.

—Pero se lo merecía.

Día...

Seguimos rumbo norte hacia Nueva Orleans.

Ayer, escala en la Martinica. Un marinero apostado en el trinquete gritó: «¡Tierra!». Primera vez que asisto a las maniobras de atraque. El navío puso las velas al pairo para embarcar al práctico, que llegó a bordo de una goleta y dirigió enteramente la maniobra. Nos fuimos aproximando al muelle a sus órdenes. Mientras, los hombres sacaban los cabos de amarre de los pañoles y ponían las anclas en los pescantes. El barco atracó con la suavidad de un beso.

Incomparable la animación del muelle. Escala durante medio día. El capitán nos permitió bajar a tierra. Un tiempo magnífico. La luz del Caribe ilumina el rincón más sombrío. Victor, el muchacho y yo dimos un paseo por los alrededores del puerto. Comimos algo en una posada. Palometa fresca, cangrejos y fruta. Pagó Victor, para mi consuelo.

Al fin, algunos Místerios horribles se desvelan. Era verdad que, desde París, el barco transportaba en sus bodegas metales y productos textiles, pero los productos de intercambio no eran el azúcar, el tabaco o el café. La tragedia es que la trata de negros sigue siendo un próspero negocio en la Luisiana. En ciertos puertos en que hacen escala (en el caso del *Excelsior,* fue sólo en la Martinica) intercambian los productos franceses por negros que luego serán vendidos en Norteamérica.

Docenas de esclavos en las bodegas sin apenas espacio para moverse. Gemidos, un olor que se cuela por todas las rendijas del barco. Victor sostiene que son bonzales, es decir, negros recién llegados de África para ser vendidos en Nueva Orleans. Seguramente ésta es una travesía que se repite varias veces al año. Los beneficios deben de ser sustanciosos.

Los ojos del muchacho a la luz del sol parecían arder o consumirse de odio. Se recogió el pelo por detrás con una lazada.

Día...

Remontamos el Misisipí. Cada vez más próximo el final de la travesía. ¿Cómo serán las cosas en el Nuevo Mundo? ¿Podré recomenzar con tan poco? Sin embargo, aquí, la mezcla de pueblos tiene que promover el entusiasmo, una sed feroz de vivir.

(Por la tarde.) Anoche improvisamos una despedida anticipada. Victor compró dos botellas de ron (ron puro, sin mezcla alguna de agua a la vista) a Van Dick, el cocinero, y nos encerramos animadamente en el camarote. Todo el rato hablando de nosotros. Me sentí un poco vil por no revelar el verdadero motivo de mi huida. Victor habló de sus experimentos de química. Lo que explica los conocimientos que ambos tienen sobre brebajes.

Bastante imperdonable, sin duda, pero, aprovechando que el ron empezaba a surtir efecto, y agobiado como estoy por mi economía, comenté a Victor que sus trabajos le reportarían con seguridad ganancias muy sustanciales.

—Los resultados de mis investigaciones aún no pueden comercializarse, Auguste. No ha llegado el momento —dijo Victor llenándome el vaso.

—Entiendo que usted puede permitirse tener paciencia —me aventuré a decir—. El París brillante que yo he frecuentado estaba lleno de urgencias y de mentiras. Y era preciso abrirse paso a riesgo de morirse de hambre.

—En cuanto a eso —añadió Victor fijando una mirada extraña en el chico, como si se hubiera despejado por causa de una fuerza mayor—, me explicaré... Cuando era joven, yo también trabajé para gente importante. Desde entonces el dinero no ha representado un problema para mí. Pero, francamente, creo que es lo único que no ha representado un problema en mi vida, con excepción de este señor, naturalmente —añadió dirigiéndose a él, ahora con un brillo en los ojos que destilaba dulzura rociada con medio litro de ron.

—Pero me temo que su profesión ha sido bastante más honorable que la mía —dije—. Yo he sido un profesional del amor, y, como es lógico, he terminado arruinando mi carrera.

—¿Honorabilidad? Puede que la honorabilidad tenga tantas caras como la ruina, Auguste. Sea bienvenido a nuestro club —dijo con un brindis que, para mí, tuvo el efecto de un bálsamo, y me reveló un Victor inesperado.

Con todo, el hecho que tiene más interés, y del que me avergüenzo sin rodeos, sucedió cuando anochecía. Mis dos amigos, bastante achispados, todo hay que decirlo (aunque mucho menos el muchacho, a quien Victor controlaba como si en verdad fuera su padre), decidieron salir a cubierta a tomar el aire. El chico se puso el chaquetón por encima y dejó la chaqueta. Por mi lado, me quedé en el camarote con la intención de alcanzarlos más tarde.

Me avergüenzo por haberme dejado tentar.

La chaqueta del muchacho colgaba de la silla. Me senté en el borde del camastro. Cogí la botella de ron que quedaba. Entonces, vi en el bolsillo interior de su chaqueta una cadena de plata que sobresalía. El problema es que no estaba lo bastante borracho como para no recordar esa cadena.

Dudé; pero reconozco que casi enseguida dejé la botella en el suelo y, sin necesidad de levantarme, tiré con suavidad del extremo de la cadena. Al momento tenía el medallón de plata en mis manos.

No soy un fisgón, sino una mente inquieta. Mi propia desfachatez me sirvió para justificarme, supongo. Abrí, pues, sin el menor pudor el medallón de plata. Y bien, lo más enigmático no fue la miniatura de una resplandeciente dama morena, sino el billete. Lo recogí del suelo. Lo leí tantas veces que me lo aprendí de memoria.

Mi querido,

tu nombre acude siempre a mis labios, pero, por precaución, jamás lo pronuncio. Este billete es portador de buenas o de malas noticias. Y ni siquiera sé si me atreveré a enviártelo. No es cierto que ya no te ame. No es cierto que no ansíe desposarme contigo. No es cierto que ya no desee tener al niño. Estar encinta de ti es lo más maravilloso que me ha sucedido; pero temo a padre. Si tú no lo remedias, él no me permitirá ser dichosa. Haz que el águila vuele hacia mí. Corre a mi lado, y llévame contigo a donde vayas.

Tuya siempre.

Claire-Marie Lasalle

8. EL HALLAZGO DE LA TUMBA DE MADAME DUBOIS

Cuando pisaron el muelle de la Ciudad del Pecado, el sol brillaba en el cénit. Era un día radiante. El puerto bullía de animación. Las carretas sobrecargadas trataban de abrirse paso entre el gentío. Algunos marineros pasaban con hatillos al hombro; otros, recién afeitados, desembarcaban con cara expectante. Los había que se aprestaban a subir a bordo, y había quienes, para desentumecerse, buscaban camorra a discreción. Desde unos buques se lanzaban a tierra los cabos; desde otros, se soltaban amarras. Y en aquél, preparado para las maniobras de atraque, se aferraban las velas por última vez.

Los aduaneros subían a los barcos y, como espías del diablo, como embajadores de la ruina, pululaban tipos de aspecto sombrío dispuestos a engatusar a los marinos que desembarcaban. Eran los ganchos de las tabernas y casas de citas que aguardaban a pie firme a los marinos: «Buena comida, buena bebida, apetitosas camareras, te concederán crédito fácil, muchacho», les decían. Y con frecuencia se salían con la suya.

Por aquí y por allá, barriles, barricas, arcones, baúles y balas de algodón se entremezclaban con un grupo de infantería de la Continental Navy americana. De vez en cuando, un oficial hacía relumbrar su sable y su tricornio. Llegaban en carruajes los pasajeros ricos, y sus baúles eran transportados gentilmente a los camarotes. Se izaban las mercancías pesadas con una eslinga o una red, y las más ligeras eran cargadas a hombros. Más allá, los últimos fardos del cargamento de un mercante de gran tonelaje se subían a cubierta, y los que ya estaban en cubierta se bajaban por las trampas hasta las bodegas.

De vez en cuando, a una carreta cargada hasta los topes le sucedía un elegante carruaje, y a dos tipos semidesnudos, de rasgos asiáticos y una coleta en el cráneo afeitado, les sucedía un caballero que llevaba del brazo a una dama. La dama se cubría con un parasol. Su vestido barría el empedrado. De pronto, la pareja se cruzaba con otra decorosamente acomodada, y se hacían recíprocos saludos de abanico y de sombrero.

En una esquina, alguien exhibía sus pústulas en brazos y piernas, y, un poco más lejos, algunas mujeres de origen antillano vendían fruta expuesta en banastas. Más allá, un trío de mulatas tocado con turbantes y vestidos estampados de vistosos colores, con grandes aros a modo de pendientes, vendía gallos y gallinas. Se oían gritos y silbidos y ladridos y risotadas, órdenes en diversos idiomas, el estruendo del hierro y la madera, el susurro de las gavias. En el último instante, un perro pasaba corriendo por delante de una carreta en marcha.

Pero ellos continuaban con la vista fija en el navío. Como si no hubiera nadie a su alrededor.

El muchacho sintió la mano de Victor en el hombro. El pequeño Soho se colocó a su lado y Auguste permaneció un paso por detrás, con el baúl a sus pies. Miraban absortos cómo subían al barco los miembros de la comisión de sanidad, acompañados por dos intérpretes de las tribus a las que pertenecían los negros.

En voz baja, Soho empezó a informarle del procedimiento mientras los negros salían de las bodegas con grilletes en los cuellos. Según iban saliendo, se tapaban los ojos, deslumbrados. El

pequeño haitiano apenas creía en su libertad. De nada le servía conocer la historia de su país, o la revolución de los esclavos que había ensangrentado Santo Domingo desde 1791 hasta 1804, cuando se convirtió en Haití, la primera república negra independiente. Soho, que ahora era uno más entre los negros libres que llegaban a la Ciudad del Pecado, de repente, sentía una mezcla de miedo y vergüenza al ver a esos desdichados cubiertos de cadenas. Ni siquiera le aliviaba saber que había negros en Nueva Orleans que trabajaban como artesanos y regentaban sus propios negocios.

El chico pasó una mano por el cabello crespo de Soho. Habían resuelto pagar al capitán para que hiciese la vista gorda y lo dejase ir. Además, Nueva Orleans era el puerto indicado para bajarse, pues Soho conservaba en la ciudad alguna familia lejana y amigos. Por suerte, el capitán aceptó la propuesta de mirar hacia otro lado.

Salieron del muelle. De acuerdo con las sugerencias del propio Soho, tomaron por un callejón cuando, al fondo, vieron un grupo de negros. El grupo, formado por unos diez o doce, avanzaba ocupando todo el ancho de la calle. En un acto reflejo, el muchacho giró la cabeza y puso al corriente a Auguste.

—Vienen otros, por detrás —advirtió mientras el grupo seguía avanzando hacia ellos con un aire decididamente amenazante—. Soho, no te separes de mí.

Como era de esperar, el primer grupo les cerró el paso. Lo siguiente fue un visto y no visto. Las pocas palabras que se cruzaron hacían referencia a los baúles. Les pidieron, les ordenaron, que les entregasen todo.

—Y tú, hermanito, ¿qué estás haciendo con éstos? Lárgate antes de que sea demasiado tarde —dijo el cabecilla mirando a Soho.

Llegó el grupo de negros que los seguía. Por el cariz que tomaban los acontecimientos, difícilmente había escapatoria. Ni siquiera hubo opción, en realidad, para otra cosa que no fuera resistirse. La escoria del hampa de los muelles golpea duro y rápido al objeto de desplumar a los incautos sin correr muchos riesgos.

—¡Estúpidos franceses! Escuchad, muchachos, este baúl está lleno de yerbajos y semillas.

—¡Y frascos de colores!

—¡Y aparatos!

—Rápido. Dejad ese baúl, y en marcha con todo —ordenó el cabecilla—. El niño tenía las piernas veloces.

Hubo una risotada unánime. Fue lo último que escuchó el chico antes de perder el conocimiento.

Cuando se despertó no recordaba nada. Tenía encima los rizos y la cara angulosa de Auguste. Estaba pellizcándole las mejillas.

Se incorporó tambaleándose. Un agudo dolor le martilleaba las sienes, y tenía manchas de sangre seca en las manos. La chaqueta y el chaquetón habían desaparecido. Una cuadrilla de marinos que aullaba cánticos en inglés les sobrepasó sin apenas mostrar interés por ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el chico maquinalmente a Auguste mientras se abalanzaba sobre Victor, que yacía inmóvil boca abajo.

—Mi querido muchacho, nos han desvalijado. Y me han robado los trajes.

El chico tomó el pulso a Victor, que aún no había recobrado el conocimiento. A continuación, le secó el sudor de la frente.

—Tiene un golpe en la cabeza. Espero que no sea grave —dijo—. ¿Y Soho?

—Le faltó tiempo para largarse. Malditos americanos. No debimos venderles la Luisiana. Amigo mío, se lo habrán robado todo, ¿no?

—Poco importa.

—¿Y el medallón?

—En el baúl de las semillas. ¿Me ayudará a llevar a Victor a un hospedaje?

Lo trasladaron a la Dauphine, una posada que alquilaba habitaciones por noche y que, a juzgar por las palabras del borracho de la puerta, era una de las más famosas de la ciudad.

La taberna tenía el suelo enarenado, y el posadero era un tipo con aspecto de ingerir carne roja a mansalva y apreciables cantidades de bourbon. Llevaba puesto un delantal blanco, y afilaba de un modo más que alarmante un cuchillo contra otro. Llevaba el pelo cortado al rape, y tenía un mostacho negro formidable. Éste fue el hombre que dijo, con un marcado acento inglés «de las colonias», y mirando a Victor de arriba abajo, que no tenía inconveniente en alquilarles dos habitaciones siempre que fueran gente de fiar. Lo dijo sin hacer un alto en su quehacer de afilador, y con una rústica panoplia de madera a su espalda en la que parecían estar ordenados todas las dagas, puñales, cuchillos y estiletes de que hubiera tenido noticia el Nuevo Mundo hasta entonces.

Una vez arriba, Victor volvió en sí, pero se quejaba de la vista. Le dolían los ojos. Lo veía todo sumamente borroso. El chico se los vendó para que no le molestase la claridad, y no se apartó de su cama excepto para darle un poco de agua y un reconstituyente de los que guardaban en el baúl de las semillas. De vez en cuando, su maestro se despertaba bañado en sudor hasta que, alrededor de las nueve, pareció sumirse en un sueño profundo.

Durante los días siguientes, la única noticia un poco alentadora fue la paulatina recuperación de Victor, que se negaba a que llamasen a un médico por unos «vulgares mamporros». A duras penas se levantaba de la cama para dar cortos paseos por el cuarto apoyado en un bastón, pero, al menos, las molestias en la vista habían desaparecido. Era incuestionable que no estaba al corriente del atraco, y, tampoco, del estado de las finanzas, y el chico se negó en redondo a decirle nada para que su salud no se resintiese. Del pequeño Soho no llegaban noticias, y, en resumen, la situación se fue haciendo cada vez más desesperada. El propio Auguste se sentía descorazonado. Era como si la abigarrada idiosincrasia de Nueva Orleans le pudiese: nativos americanos, franceses, africanos, antillanos, españoles, alemanes, judíos, angloamericanos y criollos. Parecía sobrecogido, paralizado. Por fortuna, en términos generales, el idioma no era un obstáculo, dado que Bonaparte había vendido la Luisiana a los americanos sólo dos años antes, y las raíces francesas eran mucho más sólidas de lo que cabría suponer; sin embargo, aquello era una realidad demasiado novedosa para un parisino como Auguste.

Al poco tiempo el muchacho encontró un empleo como obrero portuario, muy mal remunerado; exactamente, como estibador.

Durante esos días, trabajó de sol a sol. El escaso tiempo libre lo aprovechaba para ir de un lado a otro preguntando por Claire-Marie Lasalle en fondas, mesones, casas de juego y establecimientos de todo tipo. Cuanto hacía era mostrar el retrato de la dama del medallón, dar el nombre y primer apellido de su madre, y referirse al año de llegada a Nueva Orleans, pero, hasta ahora, nadie le había puesto sobre la pista buena. Jamás pensó que dar con Claire-Marie en una ciudad de unos pocos miles de habitantes fuera a resultar tan intrincado.

Una mañana, Gilbert, un compañero de trabajo, le sugirió que la buscara en las listas de arribos a puerto que figuraban archivadas en el edificio del cabildo. Al chico le pareció ver la luz, pues, en efecto, allí tendría que aparecer inscrita la identidad de cada inmigrante. Lo que se guardó muy mucho de preguntarle a Gilbert fue si en ellas incluirían a las deportadas.

Al otro día le cambió el turno a Gilbert. Se pasó toda una larga mañana entre legajos, revisando listas de pasajeros con el nombre, la edad y el país de origen de cada inmigrante. Las

listas estaban ordenadas en forma cronológica por fecha de llegada y con el nombre del barco.

Durante horas examinó listados y más listados. Día a día. Como la masacre de la Salpetrière había acontecido la noche del 3 al 4 de septiembre de 1792, y, puesto que su madre había sido deportada al cabo de pocos días, se fijó una más que razonable horquilla que abarcaba desde octubre de 1792 hasta agosto de 1793.

Al principio avanzaba penosamente. A menudo los nombres estaban rectificados, o resultaban casi ilegibles; pero, de manera progresiva, empezó a ganar agilidad, y el desánimo se fue adueñando de él: el número de pasajeras eran mucho menor que el de pasajeros. Además, con una sensibilidad exquisita, el empleado responsable no dejaba de expresar sus quejas por la escasa fiabilidad de las listas.

En un primer examen, no encontró nada interesante salvo una Claire-Marie Dubois. Dio un respingo, estuvo a muy poco de levantarse, dar un salto, coger al archivero de las solapas y abrazarlo, o zarandearlo, pero casi instantáneamente volvió a la realidad. Se quedó mirando el apellido como un búho. Porque, de hecho, era un Dubois muy claro, y muy legible.

Pensó en volver a la carga y repasar íntegramente los listados. El tipo, que ya no paraba de quejarse por todo, se lamentó del polvo que estaba levantando. Entonces el chico le dijo que buscaba a una mujer y no a un hombre, y la poca fiabilidad que aún merecían los listados terminó por evaporarse.

Les dio, por si acaso, otra vuelta, sin ningún entusiasmo, y, como era de esperar, las pesquisas resultaron infructuosas. No halló ninguna Claire-Marie Lasalle. Regresó profundamente defraudado. Pero quizá eso fue su salvación: haber llegado al límite, puesto que, en circunstancias extremas, ¿quién no está dispuesto a aceptar que irrumpa lo extraordinario en su vida?

Por la noche, Victor se durmió temprano y los dos forasteros bajaron al local invitados por el dueño. Había sido un día caluroso, que, a su vez, dio paso a una noche sofocante. El calor húmedo, pastoso, inmisericorde, acaba con los temperamentos menos proclives a trasnochar.

La atmósfera de la taberna era eufórica, y las rondas marcadas en la pizarra engrosaban sus cifras exponencialmente. Flotaba un olor a tabaco, y, a decir verdad, una densa nube apenas permitía ver la puerta batiente de la entrada. La barra estaba tomada por una doble y apretada fila de marineros y camareras. Algunos de los marineros apuraban con una mano su jarra, y con la otra ceñían el talle de una señorita enfundada en un vestido de volantes que exhibía los hombros hasta media espalda.

Un violinista pelirrojo, tocado con un bombín arrugado, empezó a tocar una marcha festiva. Estaba sentado en un alto taburete de madera, con un pie apoyado en el travesaño, y la otra pierna estirada. Vestía una chaquetilla negra de corte torero y una gran franja del mismo color alrededor del talle. El bullicio era incomparable. Las mesas ocupaban el local por entero. Alrededor de cada una se apiñaban un mínimo de seis tipos concentrados en sus naipes, con las jarras, los cigarrillos a mano y varios montones de billetes de diez dólares, de esos a los que los americanos llamaban *dixies.*

Se sentaron a la barra con un par de whiskis. El afilador de cuchillos, que simpatizaba a su modo con esos dos extranjeros, los invitó a otra ronda. Al fondo de la barra, de espaldas a Auguste, estaba sentado un viejo borracho al que muy profesionalmente sobaba una camarera.

El viejo había llamado la atención del joven sin nombre porque, a pesar del evidente descuido de sus ropas y de las polainas de cuero, lucía una levita negra con trabillas de corte muy elegante que, junto con la chorrera y los puños de encaje, ponían una nota de calidad en su físico. Tenía las cejas blancas y espesas, y el cabello, como hebras de algodón, le clareaba por todas

partes. De repente, el muchacho vio cómo se aproximaba al viejo una negra corpulenta que llevaba un turbante de colores estridentes y un cigarrillo encendido en la mano. Desplazó toda su atención hacia ella. Auguste, que continuaba revisándose las uñas, ni siquiera se interesó. La negra se paró junto al viejo borracho, y ahora parecía dirigirse a él con una cierta autoridad sorprendente.

El chico percibió que no se trataba de una negra, sino de una mulata de edad indefinible. Podría estar entre los cuarenta y los sesenta años, y adornaban su cuello docenas de collares de cuentas. Más de un cliente se había dado la vuelta para observarla por la espalda con una especie de miedo y respeto reverencial. Fue entonces cuando, inesperadamente, un tercer personaje entró en escena.

Sin duda había irrumpido en el local en ese instante, pues se encaminaba muy resuelto hacia la mulata y el borracho. Como siempre, descalzo, con pantalones raídos que le llegaban hasta poco más abajo de las rodillas, y esa cadencia rítmica tan característica del chiquillo.

El chico sin nombre lo reconoció por detrás, pero, antes incluso de que le diese tiempo a decírselo a Auguste, el pequeño Soho cogió al viejo por los faldones de la levita y tiró de ellos para hacerle bajar de la banqueta. La mulata no tocó ni al viejo ni a Soho. Ni siquiera hizo el menor ademán. No obstante, cuando la señorita pareció oponer una cierta resistencia a que su dócil cliente se escabullera, la negra le dijo algo que la hizo retroceder espantada. El propio afilador de cuchillos, siempre tan expeditivo, presenció toda la escena mirando de soslayo y sin decidirse a intervenir, como quien no las tiene todas consigo. Poco tiempo habría de pasar hasta que el chico comprendiera las conductas que inspiraba esa negra, y las poderosas razones que inspiraban tales conductas.

El viejo se zafó de Soho torpemente, puso otro puñado de monedas en la mano de la camarera y enfiló la salida, seguido del chiquillo y de la mulata.

Cuando el pequeño Soho vio al chico sin nombre, ya estaba prácticamente a su altura, y éste, sentado de espaldas a la barra y con ambos codos apoyados en ella, lo miraba sin parar de sonreír. Soho, que no tardó nada en reconocerlo, en un rapto de euforia, se arrojó contra él abrazándolo. La mulata se detuvo a la vez que Soho, mientras el viejo traspasaba ya la doble puerta batiente.

—¡Amo, amo! —insistía el chiquillo—. Yo no saber dónde estar vosotros. Yo volver con ayuda. Ser difícil en esta ciudad encontrar hombres que ayuden. Pero entonces, vosotros no estar ya. ¿Dónde estar vosotros? Yo buscar por todas partes. Ser culpa mía por no avisar de las mafias del muelle. Aquí, muchos peligros —dijo el niño sin apenas coger aliento. Soho se dirigió a la mulata corpulenta y le dijo, con abrupta solemnidad—: Grand Perle, éste ser el hombre que me ayudó.

Vista de cerca, Grand Perle era la viva imagen de un mundo fantástico. Algo más que robusta, se aproximaba más plausiblemente a los sesenta años que a los cincuenta, pero su piel era tersa y brillante como la de una muchacha. Tenía gruesos labios, y los ojos, como dos piedras oscuras, era como si mandasen destellos desde las profundidades de alguna sima. Llevaba puesta una sencilla bata de colores claros que le llegaba hasta los tobillos, respecto de la cual podría decirse que era lo menos extravagante de su atuendo. La bata dejaba ver unas sandalias de cuero muy gastadas por el uso. Los collares, unos más largos que otros, tintineaban a cada gesto, y consistían en cuentas de todos los colores inventados por la imaginación humana. A tono con el turbante, en las orejas lucía dos grandes aros dorados, y las manos, que eran tan musculosas como gruesas, estaban cargadas de anillos y pulseras de cobre, y remataban en uñas muy cuidadas. Manos y antebrazos estaban visiblemente cubiertos por las manchas que el cobre deja

en la piel en contacto con el sudor.

Grand Perle se quedó observando muy fijo al chico, larga y silenciosamente. Hay ojos que penetran hasta los más recónditos secretos, y miradas que hielan pasiones y exorcizan demonios. Siempre es pronto para decir cuándo una mirada cambiará tu vida, pero nunca es demasiado pronto para reconocer su insolencia. Por cortesía, él no dijo nada, pero empezó a ponerse nervioso.

Miró a Soho y a Grand Perle. El pequeño tenía un gesto grave. Entonces, Grand Perle, que mantenía fija su mirada en el muchacho, dio una calada al cigarrillo, exhaló el humo, que se quedó flotando mansamente por encima de la cabeza del chico, y, sin dejar que se disipara, pasó con suma delicadeza la mano rozando su cabello, de delante hacia atrás, como si lo peinase con el humo.

Tan sólo una vez lo hizo, y a continuación se puso a su lado y, en un francés irreprochable, le susurró al oído:

—Ella está muerta. Búscala en el cementerio.

Durmió con pesadillas. Se levantó muy temprano. Le resultaba imposible concentrarse en otra cosa: «Ella está muerta...».

¿A quién se refería Grand Perle? ¿Cómo podía esa mujer, llamada Grand Perle, referirse a *ella?* ¿Qué maligno Místerio se escondía tras esa absurda casualidad?

Llevado por una suerte de pálpito, se acercó a la iglesia a toda prisa. La plaza de Armas de Nueva Orleans no era precisamente desconocida para él. Allí estaba ubicada la iglesia parroquial, adosada al edificio del cabildo; exactamente, entre éste y el presbiterio, a medio edificar. Se entrevistó con el párroco, el padre Buffon, un anciano tan vivaracho como parlanchín. El chico le refirió que deseaba consultar los registros parroquiales, en particular, el Libro de difuntos. Le explicó que se trataba de su madre, a la que había venido a conocer desde Europa.

—¡Francés! También yo soy francés, *mon amie*, como ha podido adivinar. ¡Ah, la vieja Europa! —dijo el cura, un anciano de pequeña estatura y cara de grajo, que parecía planear a ras de suelo mientras lo conducía a la sacristía—. ¿Sabía que quien financió la construcción de esta bendita iglesia fue también un europeo, un español, para más señas?

—Me temo que no estoy muy al tanto —replicó el chico, que tenía la mente puesta muy lejos de España.

—Don Andrés Almonaster y Rojas, que era natural de una pequeña aldea andaluza. Fue uno de los caballeros más ricos de Luisiana y de ambas Floridas. Y un generoso benefactor de la Iglesia —bajó la voz dándose media vuelta, como si se tratara de un secreto—. Dicen que el viejo coronel se gastó más de trescientos mil pesos en obras piadosas. Ah, la gente habla mucho, pero en cuestiones de vida eterna nunca se invierte demasiado, ¿no le parece? ¿Usted cree en la vida eterna?

—Es muy posible.

—Entiendo. La primitiva iglesia —prosiguió el cura abriendo la puerta de la sacristía— fue destruida por un huracán en 1722. Y la segunda, por un incendio en 1788. ¿Ve la maldición, hijo mío? Porque aquí hay una maldición. Ah, pero el Señor, en su ilimitada misericordia, velaba por nosotros y por el bolsillo de don Andrés. ¿No ve usted en ello la eterna lucha entre el bien y el mal? Esta que ahora pisa fue comenzada en 1789 y consagrada en 1794, y rogamos por que algún día se convierta en catedral. Si el demonio no se interpone, creo que eso supondría el triunfo definitivo del bien; pero quién puede estar seguro de nada en estos tiempos —concluyó, cerrando la puerta de la sacristía con estruendo—. Y, por cierto, ¿conoce la fecha en la que su madre falleció?

—Lo lamento, padre. Ni siquiera estoy seguro de si falleció.

—¡Válgame Dios! ¿Lo dice en serio? —replicó el padre Buffon, que pareció revigorizado.

Después de las primeras sorpresas, y viendo que el muchacho no estaba por la labor de satisfacer todas sus preguntas, el padre Buffon decidió colaborar en la búsqueda del modo más discreto que pudo. Durante horas le ayudó en su tarea; pero, después de repasar todas las inscripciones, desde 1792 hasta las más recientes, Claire-Marie Lasalle seguía siendo tan espectral como al principio.

—Al menos, para usted debe de ser un consuelo pensar que la búsqueda no ha terminado. ¿No es así, hijo mío?

De no ser por un pequeño detalle, él hubiese dado ahí por zanjado el asunto; sin embargo, había un matiz que por sí solo representaba un universo de inquietudes, un mundo de curiosidad. Se trataba de una incertidumbre que no quería tomar muy en serio, pero que era preciso, imprescindible desentrañar antes de irse.

—Escuche, padre; el 4 de junio de 1797 figura la inscripción de Claire-Marie Dubois, fallecida a consecuencia de un brote de fiebre amarilla. Le dieron sepultura en el cementerio de Saint-Louis. De padres desconocidos, y sin hijos conocidos. Casada con Bertrand Dubois. Y, al margen, figura un inciso que remite a la inscripción del Libro de casados del año anterior.

—Buena memoria. Siga, siga, por el amor del cielo. No comprendo adonde quiere ir a parar.

—Unos dos meses después enterraron al viudo Bertrand Dubois, también a consecuencia de la fiebre. Acabo de comprobarlo.

—Sigo sin comprender, pero me tiene en vilo.

—Que si Claire-Marie se casó con Bertrand Dubois en Nueva Orleans, un año antes de morir los dos de fiebre amarilla, y tomó, como prescribe la ley, su apellido de casada, ¿cómo es posible que en 1793, tres años antes de la boda, figure una Claire-Marie Dubois en las listas de arribos a puerto?

—¡Dios sea loado! ¿En las listas de arribos? ¿Y no me había dicho usted nada? —preguntó el padre Buffon, que se bajó las lentes y lo escudriñó por encima de ellas.

—Era la única Claire-Marie que figuraba. Y le aseguro que repasé las listas meticulosamente. ¿Coincidencia? ¿Era la misma mujer? Pero, entonces, si era la misma mujer...

El padre Buffon, que había hecho de la pesquisa algo suyo, guiñaba un ojo. Su cabeza funcionaba a marchas forzadas. Al fin, entreabrió los labios casi con avaricia, como un sabio a quien le cuesta desprenderse de sus secretos, y empezó:

—Entonces... Entonces... —se aventuró con verdadera osadía intelectual— no queda más que una solución: el apellido de la mujer que llegó a puerto... era falso.

—¡Exacto, padre! ¡Exacto!

El párroco volvió a ajustarse con fuerzas renovadas las lentes, y se arrojó sobre el Libro de casados como si fuera el mapa de un tesoro. Con manos temblorosas localizó, a tenor del inciso que figuraba al margen del Libro de difuntos, el año 1796, el mes de agosto, el día 27. El chico, con el rostro desencajado, y sin perder de vista las torpes maniobras del cura, procuraba hacer acopio de paciencia para no arrancárselo de las manos. Duró más de lo que se podría pensar, pero, cuando el padre Buffon descubrió el mes y, apretando la muñeca del chico, avanzó torpemente hasta el día 27, y, más aún, señaló con el dedo índice en la página exacta del Libro de casados, la solución del Místerio era inminente.

—¡¡Aquí, aquí está!! ¿Lo ve? Ahora se desvela todo —exclamó el padre Buffon fuera de sí.

Por supuesto, antes de que el padre Buffon desvelase nada, el chico ya había leído la inscripción que dejaba registrado el matrimonio de los contrayentes: Bertrand Dubois, natural de

París, y Claire-Marie Lasalle, natural de Francia, y localidad desconocida.

El padre Buffon se dirigió a él exaltadísimo.

—¡Dulce Señor! Ahora se entiende. Llegaron en el mismo barco a Nueva Orleans. Y él le dio un nuevo nombre. Quién era él, lo ignoramos. Pero que le dio su apellido: Dubois, cuando aún no habían contraído matrimonio, salta a la vista. Puede que se hicieran pasar por esposos para protegerla. Eso no era extraño, hijo mío. Una mujer sola no tiene los privilegios de una mujer casada, y corre muchos más peligros —dijo el padre Buffon mirándolo por encima de las lentes.

El chico se despidió del cura, para desaliento de éste. Le estrechó la mano con gratitud, y también evidente alivio, y, sin necesidad de pensarlo, como alguien a quien la corriente arrastra mar adentro, se dejó ir. Alquiló una montura, picó espuelas y se dirigió al galope al cementerio de Saint-Louis.

Atardecía, y el cielo empezaba a encapotarse cuando cruzó la cancela del camposanto y dio con uno de los sepultureros. Le facilitó un nombre compuesto, el primer apellido: Dubois, y un año: 1797. Le dijo que deseaba ver la tumba. El sepulturero se tomó un tiempo para consultar los archivos y orientarse. Al cabo, salió de su refugio y lo guió por un sendero alfombrado de hierbajos.

—Usted, señor, es francés —dijo el sepulturero con un pronunciado acento nativo.

—Eso parece —dijo él, que sentía como si por sus venas circulara lava.

—No se extrañe entonces de las sepulturas. En Nueva Orleans no podemos enterrar a los muertos bajo tierra. El nivel del agua es tan alto que los cadáveres saldrían a la superficie. Y no se asuste de las cruces con que se marcan algunas tumbas. Las hacen los creyentes del vudú. Cada cruz es un deseo que solicitan.

¿Comprender? ¿Asustarse? ¿Qué tenía que comprender él? ¿De qué tenía que asustarse? Ni siquiera veía ya a ese hombre. Bastante hacía con seguirlo por los senderos, virajes y más virajes, entre sepulturas erectas como grandes tótems de piedra, sólidas como templetes del espíritu, austeras y barrocas, dantescas y magníficas. Y luego, el calor húmedo, y la ropa adherida al cuerpo... Por un instante sintió que desfallecía, ahora, que estaba tan cerca de llegar a alguna parte, que la corriente le favorecía. Se apoyó en el enverjado que rodeaba un mausoleo. Entonces oyó la voz del tipo, que sonaba más irreal y deformada aún que antes:

—Señor, aquí la tiene, señor.

Era una pequeña y descuidada tumba de piedra gris sin el menor ornamento, de un metro de alto, aproximadamente, por dos metros de largo, sobre la que empezaban a crecer algunas hierbas, y que remataba en una pequeña cruz. Contuvo el aliento. Los ojos le ardían. El sepulturero volvió sobre sus pasos.

Sacó las ramas y las hojas que tenía por encima. La parte frontal de la lápida era de forma rectangular, más alta que ancha. Se inclinó sobre ella, y con los dedos limpió suave y cuidadosamente el polvo y la tierra que casi no permitían leer las inscripciones.

La primera estaba compuesta por dos nombres, un apellido y las fechas:

CLAIRE-MARIE DUBOIS
(1769-1797).

La segunda, quizá porque no la esperaba, lo sobrecogió infinitamente. Se trataba de un epitafio singular, pero muy simple:

Si tu hijo Julien, a quien te arrebataron, te hubiese conocido, te habría echado tanto en falta

como yo, tu amado esposo.

Cayó de rodillas. Tomó el medallón y lo abrió y miró el pequeño retrato de su madre durante mucho tiempo. Luego cogió el retrato, lo dejó apoyado contra la base de la lápida, y cerró el medallón.

Se quedó allí, de rodillas, con la cabeza oculta en sus manos, delante de una tumba descuidada en la que yacían los restos olvidados de su madre, Claire-Marie Lasalle, que había llegado a un país extranjero con un apellido falso, y prefirió ocultar el suyo para siempre. El cielo se había oscurecido cuando el sepulturero vino a avisarle de que tenían que cerrar.

En esos mismos instantes, en París, en el gabinete de Su Excelencia el ministro de la Policía, José Fouché se entrevistaba con uno de los agentes en los que depositaba más expectativas. Ambos estaban sentados frente a frente, en la mesa de trabajo de Su Excelencia. Fouché pasaba revista a una carpeta privada en la que guardaba documentos secretos.

—Apurad vuestra copa de brandy, vizconde. ¿Ya habéis terminado de leer?

—Sí, Excelencia. Sorprendente. Sorprendente —dijo el vizconde de Ménéval, que tenía una carta entre las manos—. ¿Estáis seguro de que es auténtica?

Imperturbable, Fouché continuó revisando, uno por uno, los documentos de la gruesa carpeta de la que había extraído la carta. Lo más vivo en su rostro eran los bordes rojos de sus párpados entrecerrados. Sin dirigir la mirada a su subalterno, ni conceder excesiva importancia al tema, prosiguió:

—No cabe duda: ésta es la firma del Emperador, cuando no era emperador y aún usaba el apellido italiano, por supuesto. No me gusta dejar cabos sueltos, vizconde; y, por experiencia, he aprendido a no subestimar a los bastardos.

El vizconde miró a su protector con la fascinación que siempre le inspiraba, y dijo:

—Me tenéis en ascuas, Excelencia. —Ordené que un hombre se trasladase a la Borgoña e investigara el caso —continuó Fouché haciendo un alto en su labor—. El hecho es que, al parecer, sí existió ese niño; o, al menos, la madre llegó a estar embarazada de él, pero se volvió loca y se perdió su rastro. Por si fuera poco, el padre de ella falleció en un accidente de coche. ¿Qué decís a ello?

—Lo que me contáis resulta increíble —repuso Gilles sin dejar de mirar la carta.

—Pues aún hay más. La carta fue hallada en un prostíbulo de París. La dueña del negocio fue asesinada, y mi policía, en el registro de costumbre, dio con el documento.

El vizconde cogió la copa y, más impresionado si cabe, releyó:

Me rompes el corazón, mi dulce mademoiselle Lasalle. ¿Eres tú quien habla así? Pues yo no te reconozco. Quizá es mi culpa, por haberme hecho demasiadas ilusiones; sin embargo, sería el mejor de los esposos para ti, y, para nuestro hijo, el mejor de los padres. ¿Cómo es posible que esas palabras hayan salido de tu boca? Dices que ya no me amas, y tus actos lo confirman: estás encinta de cuatro meses, y no me habías informado de nada hasta ahora. No contenta con ello, me niegas el pan y la sal. ¿Tanto mal te he causado amándote? Piensa, por el amor del cielo, en nuestro hijo. Necesitará un padre. ¿O es cierto que ni siquiera deseas tenerlo?

Volveré a Seurre cuanto antes. Debo verte. Es preciso. Espero que esta vez tu padre me permita entrar en casa.

¡Ah, Claire-Marie , Claire-Marie ! Mil besos amorosos.

N. Buonaparte

—Parece imposible, Excelencia.

—Ya, ya. Se nota que no tenéis ni esposa ni hijos, vizconde. Y, creedme, os priváis de uno de los más benditos placeres de este mundo. La fidelidad de una esposa, el amor de unos hijos... —replicó el ministro con un casi imperceptible acento de ternura en la voz—. Tal vez sean ésos los mayores logros de una vida. A su lado, la gloria terrenal y el éxito político empalidecen —terminó diciendo en un susurro. El vizconde, consciente de que, por casualidad, le había sido otorgado un honor ciertamente comprometido, renunció a esas intimidades en el acto.

—Excusadme, Excelencia. ¿Y cómo pudo llegar esta carta a un prostíbulo? Hubo una pausa.

—En realidad... aún no tengo respuesta para todo, vizconde —reaccionó el ministro. Su acento había mudado otra vez, y miraba al subalterno fijamente. ¿Eran acaso imaginaciones del vizconde, o esa voz intimidante insinuaba una cierta represalia por haber rehusado la familiaridad?—. Pero una dama de París, una cazadora de fortunas como tantas, y no una palurda de Seurre, hubiera sacado una buena tajada por ella. Y, por cierto, vizconde, vuestra madre auténtica no era de París, ¿verdad?

El vizconde de Ménéval apretó la copa con tal fuerza que la hizo estallar. El contenido se le derramó por encima y varios cristales se le incrustaron en la mano. La sangre empezó a manar en abundancia.

Fouché se apresuró a tirar de la campanilla del servicio.

—Excusadme, Excelencia. No tengo perdón —dijo el vizconde mientras se ataba un pañuelo a la mano herida.

—Cuidaos ese corte, monsieur. Las heridas mal cerradas tienden a abrirse continuamente —replicó Fouché.

Y, justo entonces, varios lacayos hicieron acto de presencia en el gabinete de Su Excelencia.

9. LOS CRÍMENES DE CARNOT PLANTATION

Galopó sin rumbo bajo la lluvia hasta que el caballo se agotó. Entonces, lo puso al trote. De vez en cuando un relámpago iluminaba el cielo. A la puerta de las casas y de las posadas, bajo los balcones de hierro forjado, los soportales de piedra y las cornisas de colores vivos había gente a cubierto.

Le hubiese gustado llorar, pero no encontraba el modo. Tenía el corazón encogido, como una planta a la que le faltara el agua y no le diera la luz. Y, sin embargo, se sentía fuerte, capaz de cualquier cosa. ¿Qué más podían quitarle ahora? Se alegraba de haber cortado amarras con todo, y sentía que nada ni nadie en este mundo, con excepción, quizá, de Victor, merecía sus desvelos. Pesaba sobre él la convicción de que no importaba a nadie, porque nadie lo iría tampoco a echar en falta. Sin embargo, eso lo hacía fuerte. Le hacía despreciar el miedo.

Las finanzas iban de mal en peor. Victor, es cierto, se reponía de manera gradual, pero más a menudo de lo deseable estaba como ido, y ni siquiera se prestaba a que un médico lo examinase en condiciones. En cuanto a Auguste, parecía tan ajeno a esta ciudad como un caballero sin medios de fortuna cuyos talentos están siendo desperdiciados.

Echó pie a tierra, ató la cabalgadura a la entrada de la Dauphine y empujó la puerta batiente empapado de pies a cabeza. Se encontró con Auguste en la barra. El violinista ya encadenaba una tonada tras otra, y el local empezaba a llenarse de juerguistas nocturnos. Pero Auguste no tenía aspecto de estar disfrutando. El chico se acomodó en un taburete junto a él.

—¿Qué tal está Victor? —preguntó Julien.

—Bienaventurados los ojos, muchacho —dijo Auguste apurando el último trago—. ¿Victor? Duerme como un leño. Dio un largo paseo con su bastón y preguntó infatigablemente por ti. Mi buen amigo, me temo que estamos sin blanca, y que esta copa irá a engrosar mi creciente e indefinida deuda alcohólica. ¿Un brandy? —Sí.

—Posadero, un brandy para mi amigo y otro para el amigo de mi amigo. Apúntelo en mi cuenta.

El afilador de cuchillos acudió en el acto con los brandis.

—¿Podemos brindar por algo que no se acabe? —preguntó Julien.

—Brindemos entonces por la grosería de todos los hombres, y por la de unas cuantas mujeres —dijo Auguste mientras se daba la vuelta en el taburete. A su espalda estaba sentado un viejo borracho al que sobaban dos damas de compañía. El viejo, a quien Julien creía conocer de algo, no dejaba de rozar al pobre Auguste—. Caballero, si no es una inconveniencia, sería muy de agradecer que gesticulara menos con los codos.

—Perdón —se excusó el viejo, que se dio la vuelta y reprimió visiblemente un eructo—. Mi nombre es Théodore Carnot, para servirle —dijo tendiendo la mano. Auguste se quedó casi en trance cuando su amigo se presentó como Julien Lasalle.

—Mi nombre es Lasalle. Julien Lasalle.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Théodore.

Algo incómodo, lo repitió como si tratara de gastarlo. Como alguien que estrena unos

zapatos.

—Julien Lasalle.

—¿Son nuevos en la ciudad?

—Somos de París —replicó Auguste con orgullo.

—Han llegado en uno de los barcos franceses, ¿no es así? —preguntó Théodore, que, sin bajarse del taburete, se aferraba al talle de la única damisela de piel cobriza y formas opulentas que no se había escabullido— El Nuevo Mundo les sorprenderá gratamente, monsieurs —prosiguió sin dejarles responder—. Y las damas... ¡Uhm! Las criollas son mujeres ardientes y... tan sudorosas...

Théodore, cuya abultada nariz tenía un tinte violáceo, aproximó la cara al pecho de la dama, sacó la lengua y con la punta recorrió el tramo de piel que mediaba entre los senos y el cuello.

—*Mon Dieu* —suspiró Auguste—, la decadencia del espíritu francés.

—Monsieur —dijo aún más pausadamente el viejo mirando a Auguste, pero sin apartar la cara del escote—, ya hace mucho que dejé de ser francés —y esto último lo afirmó con un acento inglés si cabe más pronunciado que el del tabernero.

De improviso, en una esquina del local estalló una reyerta entre dos jugadores. Uno y otro se habían levantado de la mesa y, antes de lo que se tarda en decirlo, ya estaban enzarzados. El violinista empezó a tocar con más ritmo, y Théodore, con la misma cadencia pausada, prosiguió:

—Pero los señores han venido al mejor sitio de la ciudad. Aquí estarán a salvo. Se lo garantizo.

Julien y Auguste se miraron sin articular palabra. Luego fijaron la vista en los dos hombres que se zurraban de lo lindo, y volvieron a mirar al viejo.

—Pues... si éste es el mejor sitio de Nueva Orleans, ¿cómo serán los peores, monsieur? —preguntó Auguste horrorizado.

Entonces, con la misma rapidez con la que uno de los contendientes desenfundó un cuchillo y lo blandió en la cara de su oponente, el tabernero recurrió a la panoplia de armas blancas, se apoderó de dos puñales y, como un relámpago, los arrojó a la vez con ambas manos. Los puñales traspasaron limpiamente las mangas de las chaquetas y se fueron a clavar en la pared, inmovilizando los brazos de los púgiles.

Con la misma naturalidad de antes, el violinista paró de tocar y se rascó la barbilla.

—¡A la calle a buscar bronca! ¡No quiero sangre de cerdos en mi local! —bramó el tabernero señalando la puerta.

El afilador y ahora lanzador de cuchillos volvió como si tal cosa a lo suyo mientras los dos tipos desfilaban hacia la puerta. El violinista reanudó su canción, y la taberna recobró el mismo plácido e infernal jolgorio de minutos atrás.

—Por eso, monsieur Auguste. Lo digo por eso —aclaró el borracho dirigiéndose a Auguste y cogiendo la copa mientras palpaba el trasero de la camarera—. Ah, ¡el valor! ¡Es una buena cosa! ¿Han visto al posadero? Es un hombre que se hace respetar. Si yo tu-tu-tuviera esa clase de valor, si tu-tu-tuviera el valor necesario... entonces to-to-todo cambiaría. Pero ¿qué es lo que están vi-vi-viendo ante ustedes? Nada más que un viejo bo-bo-bo-borracho adinerado, como lo fueron mis antepasados. Y eso, eso, qu-qu-qué horror, eso no basta pa-pa-pa-para hacerse respetar. ¡Hacerse rr-rr-rr-espetar por los otros!

Los ojos de Théodore eran azules y pequeños, la cara inflamada, enrojecida, el cabello blanco raleaba, y las patillas le llegaban casi hasta el cuello. Julien, que acababa de reconocer al viejo, vio que lucía la misma levita de calidad, la misma chorrera y la misma camisa con puños rizados de fino encaje de la otra vez, aunque, posiblemente, con más lamparones que la noche en

que Soho y Grand Perle le habían socorrido.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Julien, que no quería interrumpir el discurso del viejo.

—¿Por qué digo qué, joven? —preguntó Théodore, que parecía haber recuperado la fluidez de palabra.

—¿Por qué dice que hay que hacerse respetar?

—Bu-bu-bueno. Po-po-porque si no, ¿qué nos queda? Si no nos re-re-respetan y nos arr-arr-arre-arre-arrebatan lo más querido, ¿qué nos qu-qu-queda? ¿La ve-ve-venganza? Y, si somos co-co-cobardes, ¿quién nos vengará? —Y, acto seguido, arrimándose a ellos como antes lo había hecho al escote de la puta, susurró—: Si yo fu-fu-fu-fuera capaz de vengarme. Si pu-pu-pudiera quitar la vida de aquellos que causaron mi desgracia. Si tu-tu-tuviera la valentía de hacer justicia. ¡Ah, en-entonces! ¡Ah, en-entonces!

—¿Entonces? —preguntó Julien.

—Te-te-te-te-temb-tembl-temblarían...

—¿Co-co-cómo? —tartamudeó involuntariamente Julien.

—¡Recuperaría la paz de espíritu! —soltó Théodore de un tirón apretando los dientes y retorciendo un puño en el aire.

La puta de piel cobriza, que empezaba a sentirse a disgusto, trataba de zafarse del brazo del viejo. Julien dio fin a su copa y dejó el vaso en la barra.

—¿Y qué daría por recuperar esa paz que tanto anhela? —preguntó Julien.

—¡¡Daría cualquier cosa!! —dijo con el mismo impulso concluyente de antes.

—Y por qué no. Tal vez se pueda, monsieur —dijo Julien. Auguste se atragantó de tal modo que tuvo que abandonar su copa transitoriamente—. Seamos claros, ¿qué daría por vengarse de sus enemigos y, supongo, porque ni una gota de su sangre salpicara los encajes de sus ropas?

El viejo, ante la mirada atónita de Auguste, que iba de uno a otro alternativamente, despidió a la dama con un puñado de monedas. La señorita se esfumó al momento, y entonces el viejo acercó aún más la banqueta a sus nuevos camaradas.

Nunca Auguste hubiera imaginado asistir a un diálogo como ése: en Nueva Orleans, entre un viejo borracho que en el brillante París hubiera pasado por un indigente, y su nuevo amigo, un joven, sin duda, tan atractivo como inquietante, que de repente respondía al nombre de Julien Lasalle. El alcohol volvía las cosas más naturales; sin embargo, no era la naturaleza de la charla lo que sorprendía a Auguste, que, acostumbrado a frecuentar todos los ambientes de París, estaba de vuelta de ciertos asuntos. Era la velocidad a la que se desarrollaban los acontecimientos, y con la que se cerraban los tratos en el Nuevo Mundo. Como si, realmente, el tiempo fuera oro. Como si los negocios protagonizasen el primer mandamiento del Decálogo.

A Auguste le pareció que su amigo le preguntaba algo.

—¿Auguste?

—¿Sí? —dijo Auguste, que se sentía ligeramente indispuesto.

—Que si sabes cocinar...

—¿Cocinar? Eh, bien, para ser francos, los que han probado mis platos nunca han dejado de sentirse acompañados por su recuerdo.

—Me lo imaginaba —declaró Julien con una sonrisa que dedicó a Théodore.

—Me permito recordarte —aventuró Auguste un poco confuso— que debiéramos centrar nuestros esfuerzos en buscar a tu madre.

—Mi madre está muerta —dijo Julien en un hilo de voz.

Al viejo le temblaba más el pulso que la voz cuando levantó la copa para el brindis.

—La casa por el trabajo —dijo Julien.
—Sh-sh-sea —dijo Théodore.
Y Auguste hizo tintinear su copa con la de su amigo.

Carnot Plantation, la plantación de azúcar de Théodore, estaba situada a orillas del bajo Misisipí. Era una finca de unos ciento veinte acres, a sólo dos horas de Nueva Orleans en diligencia, entre robustos árboles cubiertos de musgo. A ambos lados de la vereda que conducía a la mansión, dos hileras de catorce robles sombreaban el camino. Julien los contó uno por uno mientras esperaba a que los comensales dieran fin al primer plato.

Al menos por fuera, la casa no era de un lujo esplendoroso. Según Théodore, que durante los días previos a la cita de hoy les había puesto en antecedentes y referido la historia de su vida y milagros, esa mansión había sido la primera y más modesta que se había hecho edificar cuando llegó a los Estados Unidos.

La construcción era una mezcla de casa criolla tipo plantación y estilo colonial francés, y se había levantado con una combinación de ladrillo, estuco y muros de madera. Unas vigas de ciprés soportaban los frágiles ladrillos locales, que eran protegidos con escayola. Por lo demás, era una mansión tan simple como podría serlo una casa de dos plantas y buhardilla apoyada sobre pilares de ladrillo que la elevan unos tres metros del suelo, para aprovechar las brisas y protegerse de las inundaciones. La planta baja se utilizaba como almacén o, incluso, para el servicio; el tejado era de madera a dos aguas, y constaba de una sola chimenea, flanqueada por dos mansardas, que atravesaba el centro de la vivienda. En la entrada principal tenía una magnífica veranda amueblada con sillones de mimbre, decorada con una barandilla y una columnata de madera, y en cuyo centro unos escalones daban paso a la puerta central.

Y, ahora, Julien se dedicaba a hacer tiempo antes de emprender un negocio de trascendente importancia.

Consultó el reloj de bolsillo, lo sostuvo en la mano, lo sopesó durante un instante antes de guardarlo y, lánguidamente, echó a andar hacia la puerta principal de la mansión.

Dentro de la casa, exactamente en el salón, se estaba desarrollando desde hacía un buen rato una escena de corte dramático. Claro que la apariencia no era ésa.

El salón era de una amplitud generosa, y tenía forma ovalada. Estaba enteramente pintado de blanco, a excepción de las molduras del techo, en las que el dibujo de una hiedra en relieve no paraba de enredarse a una parra interminable. En los extremos más alejados del óvalo, sendos retratos del señor y de la señora de la casa presidían el salón. A cada lado de ellos se abrían dos ventanales decorados con suntuosos cortinajes de moaré verde. Sobre la repisa de la chimenea, y bajo el retrato del dueño, estaba expuesta un arpa bañada en pan de oro. Una lámpara dorada con muchos brazos colgaba del techo y caía justo sobre una lujosa mesa rectangular. En la mesa disertaban plácidamente los comensales mientras daban fin al primer plato. Una alfombra mullida, de colores y dibujos tan vivos como exóticos, soportaba todo el peso del placer culinario.

La mesa estaba decorada con un cuidado exquisito. Había candelabros de cristal, que aún permanecían encendidos. La cubertería era de plata repujada, y la vajilla, de porcelana de Sèvres.

A la cabecera, el amo de la mansión: un hombre de unos sesenta años, de pelo escaso, barba entrecana y doble papada. Junto a él, una bellísima mujer, de cutis primoroso, que se acercaba peligrosamente a los treinta, se dejaba acariciar una mano. De natural elegancia, la dama tenía dos ojos insondables, y llevaba la melena negra recogida en un moño alto. Era la única de los seis comensales que conocía el arte de sonreír en silencio. Por último, los dos hijos varones del dueño, que bajo ninguna circunstancia podrían negar su parentesco con él. El mayor estaba

sentado en la otra cabecera, y, al lado de ambos, arrinconadas entre los treinta y los cuarenta años, sus respectivas esposas, de físico a todas luces irrelevante. Las nueras realzaban, por contraste, la belleza de la joven señora de la mansión; una belleza fría, como toda auténtica beldad.

—Oh, monsieur Auguste. El primer plato ha sido espléndido. No concibo cómo va a superar el rodaballo *à la gourmande* —declaró el hijo mayor del hacendado, cuya mata de pelo corría tras el mismo destino que la de su padre.

Éste, con legítimo orgullo paternal, insertó los pulgares en las sisas del chaleco mientras se estiraba, y dijo:

—En realidad, para unos rústicos americanos como nosotros ha sido un golpe de fortuna dar con los servicios de un chef como usted, dueño de una cocina tan refinada, tan francesa.

El amo de la casa se creía en posesión de un ingenio alerta, que concitaba las risas de toda la familia.

—Al menos, debería agradecer a los nuevos ricos que le hablemos en francés, monsieur Auguste —agregó el hijo menor, que era una copia pasada a limpio de sus mayores.

—Y lo agradezco, monsieur, no sabe en qué medida —intervino Auguste—. E incluso me permito desear que el segundo plato les sorprenda de un modo que ni siquiera alcancen a imaginar.

—A mí, los pastelillos de hojaldre rellenos de setas me han parecido exquisitos —añadió con un tono chirriante la esposa del hijo mayor, una dama seca, que al reír mostraba dos hileras de dientes diminutos, y estiraba distinguidamente el meñique para llevarse la copa a los labios.

—No eran setas, madame, sino champiñones finamente picados —dijo Auguste, que había cambiado su atuendo de chef por una levita de terciopelo rojo, peluca blanca empolvada, medias de seda, zapatos de hebilla y espada.

—Ay, *pardon* —dijo parodiando el acento francés la esposa del hijo menor, una dama regordeta y colorada, con el pelo color ceniza y cortado a la griega, mientras se tapaba la boca con los dedos.

—Y, por fin, ¿se atreve a explicarnos por qué se ha disfrazado de caballero trasnochado? —preguntó entre risas cómplices el amo de la casa.

—Es con ocasión del segundo plato, monsieur. Para trinchar al aire, la vestimenta del trinchador requiere de ciertas reglas. Y la primera es que la elegancia del traje no sea inferior a la del caballero más elegante de la mesa —contestó Auguste—. *Et voilà!* —proclamó de repente desenvainando la espada ante el horror democrático de las dos nueras, que prorrumpieron en chillidos nerviosos—: ¡Pularda *a la Brillat-Savarin!*

—¡Bravo! ¡Bravo, señor chef! Excelente parodia, excelente. ¡Y qué francesa! —dijo el amo, que se puso a aplaudir ante el regocijo irónico de sus hijos y el alivio de sus dos nueras.

Cuatro sirvientes negros irrumpieron a paso ligero. Cada uno de los tres primeros llevaba una bandeja cubierta con una campana de plata, y el último, una salsa servida en una fuente honda, de idéntico material. Una vez descubiertas las fuentes, afloraron tres hermosas pulardas asadas al horno.

Los comensales, como si se hubieran puesto de acuerdo, arrojaron sus respectivas servilletas al suelo tirándolas por encima del hombro.

—¿Ha visto, monsieur Auguste, lo bien que se nos dan las costumbres francesas? —dijo el amo. Los cuatro sirvientes se apresuraron a ofrecer servilletas limpias. A Auguste, desde luego, no se le escapaba que en Francia este gesto despreciable era exquisito. Lo que ignoraban los americanos es que, al final de cada plato, no era un gesto de buen tono, sino inmediatamente

después de haber hecho uso de ellas.

—Y ahora me permito rogar un poco de silencio —dijo Auguste—, o no podremos concentrarnos.

Y, sin perder más tiempo, cogió el trinchante con la mano izquierda, lo insertó en la primera de las aves y la mantuvo en alto, mientras con la otra, apoderándose de un cuchillo bien afilado, empezó a seccionar la pularda en el aire siguiendo las líneas anatómicas de las piernas, a continuación de las alas, y, por último, la pechuga. Tal operación la repitió dos veces más, con una agilidad diabólica, y ante los ojos poseídos de los comensales. Por último, uno de los sirvientes negros sirvió con diligencia. Sobre los trozos de pularda se vertió una delicadísima salsa mezcla de gelatina de ternera, mantequilla, rajitas de trufas, queso rallado y un poco de tomate. Como mínimo.

Cuando Auguste se retiró, los comensales empezaban a dar buena cuenta de las viandas, y el desenlace no se demoró ni siquiera lo que dura un segundo plato.

Al cabo de unos diez o quince minutos las risas empezaron a decaer y un silencio mortal se adueñó de la mesa. De pronto ya sólo se escuchaban los tintineos de la cubertería. El patriarca empezó a sudar.

—¡Monsieur Auguste! —gritó el dueño de la casa—. ¿Qué le ocurre a esta pularda? Me está sentando fatal.

—Por todos los diablos. Llevo un buen rato con retortijones —anunció el hijo mayor.

—Y yo —secundaron las dos cuñadas.

—Yo no quería decir nada, pero... —se resignó a decir el hijo menor.

—¿Y tú, querida? Estás más pálida que un muerto. ¡Monsieur Auguste! ¡Monsieur Auguste!

Fue entonces cuando entró Julien. Vestía una larga levita oscura y botas de montar. El pequeño medallón de plata le colgaba del pecho.

—Tranquilícense, señores —dijo serenamente Julien aproximándose al anfitrión—. Su mal tiene cura. De donde provengo, se da una planta venenosa llamada sardonia. Por cierto, liga espléndidamente con la salsa Brillat-Savarin y tiene una particularidad que la hace única: muestra el alma de los hombres.

Las mujeres lanzaron un grito, y los hijos recurrieron a su padre con una mirada de pavor.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo en mi casa? ¿Qué es lo que quiere? —gritó el hacendado, que empezaba a experimentar un malestar lacerante.

—Le refrescaré la memoria. Monsieur Théodore —declaró mirando a la bella dama— perdió esta plantación y a su esposa una noche de invierno de 1803, a manos de los caballeros sentados a esta mesa. Esa noche —continuó Julien paseándose alrededor de la mesa mientras sacaba un frasquito de color verde con un tapón dorado—, monsieur Théodore se dejó emborrachar por tres miserables que hicieron trampas al póquer, y que contaron con la inestimable colaboración de la esposa de monsieur Théodore, aquí presente —dijo deteniéndose tras la silla de la hermosa dama, que se retorcía de dolor.

—Deprisa, deprisa, ¿qué es lo que desea? —preguntó el hijo mayor, con los ojos febriles, mientras los quejidos de las damas eran cada vez más acuciantes.

—La sardonia no es tan implacable como ciertas almas. Aquí tengo el antídoto contra el veneno que acaban de ingerir —dijo mostrando el frasquito verde—. Si no lo toman pronto, usted y su familia morirán —continuó dirigiéndose al dueño. De repente los dos hijos, cuyos rostros, de una extrema palidez, expresaban un sufrimiento casi insoportable, hicieron el ademán de levantarse, pero, sin darles tiempo, Julien hizo el gesto inconfundible de soltar el frasquito de cristal. Luego prosiguió—: Sería una lástima que se estrellara contra el suelo. Sin embargo —y

volvió a mirar al hacendado—, si tiene la bondad de firmar el traspaso de la plantación a su legítimo dueño, monsieur Théodore, esto tendrá un final feliz. Por otra parte, le sugiero que se apresure en su decisión, monsieur —dijo mostrando en alto el frasquito verde—. Le quedan pocos minutos.

El anfitrión del banquete, haciendo un supremo esfuerzo, miró a su hermosa compañera. Los gemidos de la dama eran casi inaudibles. Luego, miró a sus hijos, arrebató el papel de las manos de Julien y lo firmó como pudo entre espasmos de dolor.

Julien examinó el documento, lo dobló en cuatro, lo guardó en el bolsillo interior de la levita y se encaminó hacia la puerta principal del salón.

—El antídoto, el antídoto —repitió sin apenas fuerzas el dueño—. Yo... he cumplido. Denos el remedio... rápido.

El hacendado, que padecía una tortura en la boca del estómago y experimentaba serias dificultades para respirar, no se había percatado aún de que sus hijos ya habían fallecido. El mayor tenía la cara sobre el plato, y el otro permanecía sentado muy rígido, con la cabeza caída hacia atrás y una mueca horrenda en la cara. Las nueras morían en ese instante en silencio, pero, en un último gesto agónico, se habían agarrado el cuello con las manos. Esos rostros desfigurados parecían traslucir los tormentos de las almas condenadas.

—Rápido, rápido —urgió el viejo alargando el brazo hacia Julien—. Me muero... El antídoto, rápido.

—¡Oh! —exclamó Julien aproximándose a él de frente—. Mire a sus hijos. Han dejado de sufrir. Y su esposa, por quien tanto ha velado, y a quien usted reservaba el segundo trago del antídoto, ya está expirando. Mírela bien —dijo sosteniendo la cabeza de la dama, que, bruscamente, con un estertor espeluznante, había dejado de sufrir—, no deje de mirarla mientras pueda. Una mujer tan hermosa... Observe el auténtico rostro de su alma.

El anfitrión contempló con angustia a la mujer que amaba, pero su rostro se había transfigurado y cubierto de líneas crueles. Era la expresión que se adivina en un alma perversa. Él no reconocía a su amante en ese rostro ajado, corrompido, con los ojos abiertos, desorbitados, la lengua fuera de la boca, hinchada, seca, caída hacia un lado, y los labios torcidos en una mueca espantosa. Parecía estar viendo el rostro de una vejez abominable que por obra de alguna magia hubiera salido prematuramente a la luz.

Los dolores empezaban a ceder. El hacendado, que no quitaba los ojos de encima a ese hombre, supo que ya no podía llevar aire a sus pulmones.

—Sepa, antes de acompañar a los suyos, que éste es un regalo de su estimado amigo, monsieur Théodore, quien, desde luego, le recordará siempre —dijo Julien.

Pero el anfitrión, como si se negara a escuchar más, se derrumbó sobre el plato con un sollozo gutural.

Auguste reapareció con sus propias ropas enfundándose tranquilamente los guantes.

Ambos se quedaron contemplando los cuerpos inertes.

—¿Hablarán los sirvientes? —preguntó Julien.

—Los caballeros cumplimos nuestra palabra: ya han dejado de ser esclavos, y lo saben. Además, eran fieles a Théodore —replicó Auguste.

—Está bien. Que se lleven los cadáveres a los pantanos —ordenó Julien. Auguste salió a cumplir sus órdenes, y él se quedó mirando el frasco verde que tenía en la mano, y entonces, mientras lo hacía, algo que no era el antídoto atrapó su atención y, durante un prolongado lapso de tiempo, se quedó mirando sus manos calmosa y profundamente sorprendido, con una extrañeza ingenua que apenas guardaba relación con lo que acababa de suceder. Las miraba

como si no fueran suyas, estudiándolas. Las exploraba como si hubieran cobrado vida propia. Esas manos fuertes, que ni siquiera habían tenido la oportunidad de estrechar a unos padres, no sólo no temblaban y permanecían serenas como las aguas profundas en medio de un temporal, sino que en ellas el pulso parecía ralentizado por virtud de una fuerza ajena a la voluntad de su dueño. Era como si hubieran nacido para eso.

Esa noche fue la primera vez que Julien fumó la pipa de madame Bastide.

Al cabo de unas semanas, como legítimo dueño de Carnot Plantation, se instaló en la casa junto a Victor y Auguste.

Coincidió con la primera noche de luna llena que pasaban en la hacienda. A la caída de la tarde, Victor se decidió a acompañar a Julien.

—Cada día que pasa le encuentro un poco mejor —mintió Julien. Victor lo cogió del brazo mientras paseaban por el camino que corría paralelo a los campos de caña.

—Sí, supongo que estamos más cómodos que en la Dauphine. He aquí un pequeño paraíso en el Nuevo Mundo —dijo Victor en un tono que no estaba exento de ironía.

—He manumitido a los esclavos —replicó Julien, que deseaba eludir ciertos temas de conversación—. Y Auguste se ha responsabilizado de dirigir la reconstrucción de las cabañas de los negros.

—¿Las cabañas?

—Levantaremos casitas de ladrillo y argamasa.

—¿Y el dinero, Julien? Aparte de la plantación, ¿también el póquer te ha proporcionado el dinero para invertir en la hacienda?

—Victor, Victor —respondió en un tono afectuosamente impaciente—. Ha conocido al antiguo hacendado, monsieur Théodore. ¿Qué culpa tengo yo de que sea tan mal jugador?

—Deberías haberme dicho que nos habían desvalijado. Hubiese mandado retirar fondos en París. El dinero nunca me ha faltado. Pero me has mantenido al margen de todo.

—No tiene por qué preocuparse. Ésta es una plantación pequeña, pero con suficientes recursos como para que los banqueros nos mimen.

—Algún día tendrás que contármelo todo. Mientras llega ese día, permíteme decir algo. Yo también fui joven, muchacho, y cometí errores. Cuando uno es un investigador ambicioso y está empezando, si quiere acceder a instrumentales modernos, hacer bien su trabajo y vivir sin estrecheces, entonces, lo normal es que uno tenga que servir a amos indeseables.

—Sí, Victor, pero...

—Déjame seguir. Yo he vivido tiempos en que los escrúpulos eran una pesada carga. No me estoy justificando, ya no. Pero los aristócratas, los mismos que compraban los servicios de los burgueses como yo, se servían de nosotros. De joven, hice cosas imperdonables. Serví a hombres sin principios, y me convertí en uno de ellos. Cuántas veces me dije que era por el bien de la ciencia; sin embargo, sé perfectamente que no tengo perdón de Dios. Tú mejor que nadie conoces que el mundo de las plantas es fascinante y venenoso.

—Victor, lo único que importa ahora es que se cure.

—Con los años, los fantasmas de los hombres que sufrieron por mi culpa han regresado, o tal vez nunca se han ido, y siempre han estado ahí. Sólo que ahora no pasa ni una noche sin que los vea. Recuerdo sus caras mudas, sus expresiones de miedo. A algunos los conocía, y se merecían quizá mil clases de muertes; otros, sin embargo, eran desconocidos para mí. Pero unos y otros tenían una vida única que les pertenecía, y que yo les arrebaté. Ahora todos han vuelto para hacerme pagar.

—Basta ya, Victor —intervino Julien tímidamente.

—Uno se hace asesino como se hace perfumista, muchacho, por oportunidad. Y es posible ser un profesional competente en cualquier campo hasta el extremo de no distinguir la diferencia entre un oficio y el otro. Pero la hay. Y la gente que tú quieres pagará muy caros tus errores. Escúchame. —Y le apretó el brazo con una fuerza sorprendente. Hacía tiempo que Julien no lo encontraba tan lúcido—. Te lo digo de todo corazón, para que no pases tú por lo mismo; para que no tengas que arrepentirte; para que no te veas obligado a hacer de tu vida una larga, inútil penitencia, como yo. Ten cuidado. Los difuntos no se levantan, por muchos enfermos a los que devuelvas la salud. —Victor sudaba como si tuviera fiebre. Julien buscó desesperadamente un pretexto para cambiar el rumbo de una conversación que estaba consumiendo a ese hombre—. Ella tenía muy buenas razones para pagar, muchacho —continuó diciendo—. Era una miserable. Pero yo nunca, nunca, debí hacerlo. ¡Ojalá los muertos nos concedieran su perdón!

Una carreta cargada con troncos de árboles se cruzó con ellos. Dos mulatos de aspecto imponente la conducían. Se descubrieron, y, con los sombreros de paja contra el pecho, saludaron a los caminantes con un temor reverencial.

—¿Los conoces? —preguntó Victor, que estaba como ido.

—Pues claro —contestó Julien con alivio—. Uno se llama Zandor y el otro, Guedé. Son dos trabajadores de la caña. Junto a otros treinta o treinta y cinco más, se responsabilizan de los trabajos más pesados: desbrozar y remover troncos de árboles o piedras, preparar la tierra, y plantar y cortar la caña.

El sol estaba poniéndose. Victor sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la cara. Aún no había llegado el verano, y el calor y la humedad ya eran sofocantes a esas horas.

—Perdóname, pero no comprendo nada de lo que está ocurriendo, querido Julien.

—Pues tendrá que ayudarnos a dirigir la propiedad. Las jornadas de trabajo de sol a sol tienen que acabarse. La dieta alimenticia de los negros debe ser tan digna como la de los blancos. ¡Ah!, y es preciso que diseñe el nuevo laboratorio.

Victor, como alguien que permanece ajeno a muchas cosas, dijo con voz neutra:

—Estoy tan cansado.

—¡Pero se está reponiendo! Y esta casa, Auguste, y yo, todos le necesitamos.

El viejo esbozó una sonrisa triste como el vuelo de un pájaro herido.

—Apenas me has hablado de lo de tu madre.

—Mi madre está muerta. Y olvidada —dijo Julien con aspereza.

—¿Olvidada? ¿Por quién?

—Por todos. Nadie se acordará nunca de ella, ni tampoco de su verdadero apellido. Yo ni siquiera llegué a conocerla.

Julien se soltó de Victor, y siguió caminando con las manos cruzadas por la espalda. Durante un rato ninguno dijo nada.

—Al menos, podrías explicarme adonde nos dirigimos tan resueltamente a estas horas —dijo Victor procurando avivar la conversación.

—Por la mañana ha muerto un hijo de una de las negras. No tenía más que cinco años. Soho me dijo que Grand Perle asistiría al velatorio.

—¿Grand Perle?

—Una hechicera vudú —dijo Julien señalando con la cabeza las antorchas—. Más vale que juzgue por sí mismo.

Se desviaron por una vereda adyacente que conducía a las cabañas de los negros, y que ya estaban a la vista. Habría unas tres o cuatro docenas de cabañas de madera con techos de paja. Lo suficientemente recias como para resguardar a una pequeña familia de las inclemencias del

tiempo, y lo bastante humildes como para clasificar a sus moradores en una especie inferior. Una parte de ellas se distribuía en dos semicírculos, muy próximos entre sí, y otras cuantas estaban diseminadas a lo largo y ancho del terreno. Julien, de común acuerdo con Auguste, ya había decidido ceder parcelas a los antiguos esclavos. La idea era que las cultivasen en su propio beneficio, y comercializasen sus productos. Todo ello, a cambio de un horario de trabajo digno en la plantación.

A la puerta de una de las cabañas más solitarias estaba la mayoría de los negros y sus mujeres. Los hombres, que no bien advirtieron la presencia del amo observaron un silencio absoluto, portaban antorchas encendidas. Habría unas cuarenta antorchas a la puerta de la cabaña.

Cuando entraron, vieron al pequeño dentro de un féretro de madera. La palidez de su cara resultaba inconfundible. Los padres del chiquillo se levantaron en cuanto vieron entrar al amo. La cabaña estaba iluminada por velas colocadas alrededor de la caja. Soho se acercó sigilosamente. Se puso a su lado. Los únicos que no se percataron de su entrada, los únicos que permanecieron sentados en el suelo de tierra, junto al cadáver, de espaldas a la puerta, fueron Grand Perle y sus ayudantes.

Grand Perle comenzó a recitar las plegarias en lengua criolla. Mientras, dos jóvenes iniciados, a uno y otro lado de ella, la acompañaban con golpes tenues y rítmicos de tambores. Un tercer joven mezclaba en un mortero de madera los ingredientes que Grand Perle le había pasado.

—¿Qué están haciendo? —susurró Julien al oído de Soho.

—Combatir maleficio —dijo el chiquillo—. Canela, clavos, anís estrellado, aceite de almendras dulces, jarabe de miel, azúcar de caña y sangre de pichón blanco.

—Pero ¡si está muerto! —dijo Julien, estupefacto.

—Amo Julien, haber muchos tipos de muerte, dice Grand Perle. En noche de luna llena, Grand Perle poder pactar con los dioses de la muerte, y volver al niño a la vida. Si no ser demasiado tarde. —Victor se retiró discretamente, y Julien dudó por un instante mientras lo veía marchar—. Grand Perle conocer Místerios que nadie conoce —prosiguió Soho. Y en sus palabras vibraba una nota de orgullo que no pasó inadvertida a Julien.

—¿A qué Místerios te refieres?

Soho negó con la cabeza y dijo:

—Al más peligroso Místerio. El más peligroso conjuro. El que condenar al amo y a la sombra, amo Julien.

—¿Y qué conjuro es ése? —preguntó Julien divertido.

—Sólo Grand Perle sabe. Y antes de morir, también hermana de Grand Perle —murmuró Soho con la impaciencia de quien sabe que ha hablado demasiado—. *El conjuro para condenar un alma.*

Así que se quedó en la choza, pensativo. Dejó que Victor regresara solo. No era fruto de una decisión. Se quedó porque algo, en lo más recóndito de sí mismo, le sugería que había una tensión en conflicto, y que esa tensión era real como la vida, y también como la muerte.

Transcurrió una hora, tal vez dos. Se quedó de pie todo el tiempo, como hechizado, abandonándose a una atmósfera ilógica. De vez en cuando entraba alguno de los negros y bajaba la cabeza, amedrentado al reconocer al amo allí, en la cabaña, asistiendo a la ceremonia, y salía precipitadamente.

Sentía las piernas dormidas. En algún momento, Grand Perle cogió el contenido del mortero, lo vertió en un pequeño recipiente de barro con forma de cilindro, y, ante la sorpresa y

el horror de Julien, tomó con suavidad la cabeza del niño y vertió muy lentamente el contenido líquido en su boca. Una pequeña parte se escurrió por sus comisuras.

Sin pérdida de tiempo, Grand Perle se irguió y dio orden a sus colaboradores de que excavasen una fosa. Al cabo de media hora ambos regresaron con la orden ejecutada. Cuando sacaron el cuerpecito de la cabaña, con Grand Perle seguida de los padres del niño, Julien rozó con una mano su rostro frío como el hielo.

Sintió que le fallaban las fuerzas, y comprendió el alcance absurdo de la escena a la que asistía. Si esa mujer no hubiera sido la misma que le había revelado la muerte de su madre, qué pronto se habría alejado de ese lugar. O ¿quizá es que la conocía? ¿Tal vez eso lo explicaba todo? ¿Grand Perle había conocido a su madre? Pero, aun así, ¿cómo sabía ella quién había sido su madre?

Durante horas permaneció allí, con ellos. Pensó muchas veces en irse, pero siempre desistió.

—Amo Julien —decía Soho en voz muy baja—, eso ser un paquet congo. Paquet congo ser talismán compuesto por tierra, especias, pólvora y cuerno de toro pulverizado.

Sí, pensaba en irse, pero en el último instante su voluntad se demostraba insuficiente. Y, bien mirado, ¿para qué? Nunca supo si alegrarse o no de haberse quedado allí toda la noche, con ellos, hasta que amaneció, escuchando el ritmo hipnótico, alucinante, de los tambores durante horas.

Antes de que Grand Perle impartiese la orden de que el niño fuese colocado en el fondo del agujero, la negra solicitó que le diesen uno de los gallos, y, sin más preámbulos, lo degolló en la boca de la fosa, inmolándolo a los dioses de la muerte. Algunos hombres con antorchas empezaron a rodear la fosa. Julien se colocó entre ellos, cuando Grand Perle ordenó a sus colaboradores que bajasen el cadáver al fondo. Entonces, los negros hicieron sitio a la hechicera, y ella se sentó al borde de la fosa y comenzó a echar tierra a puñados.

Pasaron las horas, pues la fosa era profunda, y la tierra comenzó a llenar el agujero; sin embargo, el cuerpo del chiquillo quedaba sin recubrir. La tierra resbalaba por su cuerpo y lo iba levantando muy poco a poco. Empezaba a clarear cuando la fosa se recubrió por completo, y el cuerpo del niño se quedó al nivel del suelo.

Fue ahí cuando, de forma sobrecogedora, el niño abrió los ojos, se incorporó en la caja muy lentamente, bostezó y, desperezándose como si hubiera dormido en una mala postura, dijo con voz muy débil:

—Mamá, tengo hambre... Mamá...

10. EL BAUTISMO DE LA DAMA NEGRA

Tiempo después de aquello, Julien se vio con Grand Perle. Pero la cita no tuvo lugar con la urgencia que el joven hubiera deseado.

Fue a través de Soho, que trabajaba esporádicamente en la plantación, por quien le hizo llegar un mensaje para que volviera por allí. Pero pasaron días y semanas, y Grand Perle, la antigua esclava de la plantación a quien Théodore había manumitido, no compareció. Julien vivía devorado por la impaciencia. Sabía que estaba a merced del capricho de esa dama imprevisible. ¿A qué precipitar entonces las cosas?

Una pacífica tarde, a la hora en que los grillos acudían puntualmente a su cita sinfónica con el crepúsculo y el aire empezaba a refrescar, Grand Perle llamó a la campanilla. Julien supo que era ella antes incluso de que el sirviente la anunciara.

Vestía la misma bata estampada y el mismo turbante que la noche de la Dauphine, en que pronunciara aquella sentencia irrecurrible: «Ella está muerta. Búscala en el cementerio». Y, como entonces, llevaba las manos cargadas de cobre, y una ajorca más rutilante que el oro ceñía su antebrazo.

Julien, muy excitado, solicitó de la doncella que les dejase solos, y la condujo directamente al laboratorio.

Ella bajó tras él, y, una vez allí, se puso a inspeccionar los anaqueles. El laboratorio era una réplica moderna del que Victor tenía en París. Habían habilitado una sección entera de la planta baja, y adquirido toda clase de artefactos para reanudar las investigaciones que su viejo amigo había dejado interrumpidas. Pero nada era un acicate suficiente para Victor, a quien no sólo el atraco del muelle parecía haber mermado la salud.

—¿Cómo sabías que mi madre estaba muerta? —preguntó sin preámbulos Julien. Grand Perle prosiguió con su muda inspección. La mujer paseaba su enormidad por el laboratorio con una especie de tedio inconmensurable en los ojos—. Porque la conociste, ¿verdad? —Sin suspender su tarea, ella se rió por lo bajo. Fue una risa bronca y afónica, similar a una tos. Movió la cabeza lateralmente, como resignada, como alguien a quien lo único que puede sorprender a estas alturas es la ignorancia de los hombres. De repente vio un anillo de oro sobre una repisa, y, al cogerlo, en su mirada resplandeció un atisbo de fe en la humanidad. La vieja de antes se había convertido en una niña coqueta y maravillada. Se introdujo el anillo en el dedo anular, extendió el brazo y se miró los dedos recargados de alhajas muy complacida y feliz.

—¡¡Oro!! —exclamó.

—Quédatelo. Es tuyo. Pero, por Dios, háblame de mi madre.

—Ya te he oído, hombre de poca fe. Hablo y entiendo la lengua de los blancos. También mi hermana hablaba francés —dijo paseando su mirada por el anillo—. ¿Y tú? ¿De qué entiendes? ¿Qué sabes hacer tú? Haz algo que me sorprenda —dijo clavándole unos ojos turbios.

En un impulso de rabia, Julien se acercó al terrario y, sobreponiéndose al horror que le inspiraban, cogió una de las serpientes, cerró los ojos, contuvo el aliento y le metió una muñeca en la boca. El animal hincó los dientes, Julien emitió un grito ahogado y, acto seguido, la soltó

con una mueca que sugería tanto repugnancia como dolor. Grand Perle se quedó mirándolo reconcentradamente mientras le daba vueltas a su nuevo anillo en el dedo.

Sintió un ligero vértigo. Se cogió al respaldo de una silla a pesar de que estaba fuera de peligro, inmunizado, a salvo del veneno. Esto era lo único sobre lo que su cuerpo tenía un control absoluto: el veneno de serpiente. En las próximas horas, todo lo más experimentaría los efectos pasajeros de una ligera infección.

Grand Perle se aproximó en dos zancadas, le cogió violentamente la muñeca y la observó con atención.

—¡Damballah! —dijo.

—¿Damballah? ¿Qué es Damballah? —preguntó Julien.

—El Dios serpiente. Sólo los elegidos están bajo su protección. —Había un nuevo matiz en sus palabras que denotaba receptividad. Probablemente Julien era alguien más digno de respeto que antes, alguien que se merecía ciertas consideraciones—. Tu madre estaba muerta. Como el niño que iba a ser enterrado. Grand Perle nunca conoció a tu madre viva. Como nunca conoció al niño hasta después de muerto.

—Los muertos no resucitan.

—Qué sabrás tú —dijo ella con severidad, y, tras una pausa—: Hay muchos tipos de muertes —concluyó, dirigiéndose hacia la puerta para salir.

—Enséñame tu magia, entonces —dijo él precipitadamente dando un paso hacia ella.

—Primero ahuyenta tus miedos. Cuando el mal es necesario, el miedo no aporta nada. ¿Puedes entregarte al mal sin temor? ¿Es ésa la clase de poder que tú deseas? ¿Quieres tú ese poder? ¿Lo quieres de verdad? ¿No te da miedo ese poder sobre los hombres?

—Lo necesito.

—Elige, pues, con prudencia, porque quizá luego será tarde —dijo ella tras un largo silencio —. Cuando estés preparado, Grand Perle volverá para adiestrarte —y, dando por terminada la entrevista, cerró la puerta tras ella.

Aquel verano, días y noches se sucedieron como en un sueño febril. Un sueño semejante a la pesadilla con serpientes que solía tener de pequeño (siempre la misma, siempre dolorosa, siempre húmeda, siempre asfixiante), y sus proyectos de ayudar a Auguste con la plantación se vieron truncados por circunstancias que él creía no haber elegido. Es decir, Julien se metió en negocios que le iban a reportar un nombre. Hasta el momento, creía que esos negocios eran fruto de casualidades, y no de elecciones.

Unas veces era un antiguo esclavo que venía a lamentarse de su suerte, y a quien un blanco o un capataz hacían la vida imposible. Pronto dejaron de ser negros los que acudían a él; pero tenían algo en común: o eran desventurados, o él simpatizaba con su causa, o pagaban generosamente. Al principio, ordenaba hacer indagaciones para cerciorarse de que los que recurrían a él no le mentían, de que sus problemas eran reales; pero luego decidió fiarse de sus primeras intuiciones, decidió tener fe en ellas. Una amante deshonrada, una venganza, un amor traicionado, un ajuste de cuentas, una deuda de juego, el acoso de un amo que abusa de su poder, o de un esposo que se comporta como un mal nacido... Había mil causas para que él interviniera. Y mil y un venenos para que se saliera con la suya.

¡Oh, sí! Venenos en forma de extractos, tisanas, infusiones, ungüentos, tinturas, polvos, pomadas, jarabes, emplastos o bálsamos. No siempre terminaba envenenando, como no siempre terminaba por hacer llegar el antídoto a la víctima. Pero, a través de mediadores, cobraba siempre y puntualmente sus honorarios, y las amenazas (nunca en balde), jamás hechas en su nombre, sino por alguien que hablaba en nombre de quien todos conocían, pero a quien nadie se atrevía a

nombrar, resultaban más efectivas que las muertes. Sin embargo, hasta el día en que Auguste se vio en un apuro extremo, Julien no hizo uso de su poder con verdadera satisfacción.

Baste decir que Auguste se había encaprichado de un joven adonis de tez como la leche, cabellos ensortijados color miel y maneras delicadas, que le correspondía. El problema es que el muchacho era hijo de uno de esos traficantes de negros de quien Julien tenía repugnantes referencias. Un día, el acaudalado ciudadano se presentó en la mansión después de la cena, a horas más bien intempestivas, creyendo que su hijo estaba con Auguste, cosa que, en efecto, era cierta. Pero el azar dispuso que Auguste y el joven estuvieran paseando por la hacienda cuando el padre hizo su aparición.

Muy indignadamente, el traficante hizo un relato de sus sospechas y amenazas sin pasar del umbral. Suavemente, Julien lo invitó a entrar. Un café en el salón era lo más indicado, le dijo, pero, mientras bebía sorbo a sorbo el café, el invitado ignoraba que la bebida estaba mezclada con una infusión de digital, esa planta tóxica cuya ingestión origina lentitud en el latido del corazón. Y lo estuvo ignorando, por así decir, durante toda su exposición de motivos y amenazas. A esas alturas, los dos estaban sentados frente a frente en sendos sillones de orejas, y la descortesía del visitante llevaba camino de ser insuperable. Después de las tres tazas de café cargado que el tipo ingirió en presencia de Julien, éste dio un giro inesperado a la conversación.

Qué fue lo que hablaron a partir del instante en que el café se consumió, cuáles fueron los términos en que se expresó Julien, bajo qué condiciones ofreció sus conocimientos sobre antídotos, y cómo pronosticó el final de ese corazón que a partir de entonces empezaría a bombear cada vez más débilmente, todo eso es algo que Julien no le dijo nunca al bueno de Auguste. Y puede jurarse que de la boca del traficante no salió ni una sola palabra. Como es lógico, Julien tampoco le dijo que dos veces por semana un criado negro del traficante se acercaba por la hacienda con la cara pálida de terror, y se llevaba un frasquito de un líquido incoloro que era un remedio infalible para los males cardíacos del traficante.

Y ni siquiera le dijo que el corazón de ese padre no volvió a funcionar a pleno rendimiento hasta que Auguste y su hijo, unas pocas semanas después, y por razones que concernían exclusivamente a la pareja, dejaron de verse.

Fue entonces cuando Auguste, que estaba muy al tanto de los negocios clandestinos de Julien, en general, fue atando cabos y, por casualidad, llegó a deducir, si no todo, al menos lo esencial del asunto. Le preguntó por qué lo había hecho. Y Julien, sin entrar en detalles, pero con mucha serenidad, le respondió que estaba en la obligación de cuidar de su amigo. Los ojos de Auguste brillaron como dos lágrimas y, no se sabe bien si por pudor, o porque no tenía mejor respuesta a mano, le hizo una ligerísima reverencia antes de retirarse a su aposento.

Desde esa noche, Auguste se convirtió en una especie de hermano para Julien. Y algunos de los secretos más celosamente guardados de Auguste dejaron de serlo para él.

Pasaron los meses, llegó el otoño, la estación más seca del año, y luego el invierno, y, con la entrada de la primavera, Julien volvió a pensar en Grand Perle de forma casi obsesiva. Una tarde en que Julien fumaba su pipa de opio en el dormitorio, Grand Perle llamó de nuevo a la puerta y él salió a recibirla.

—¿Has elegido ya? —preguntó Grand Perle.

El joven hizo una cortés inclinación de cabeza y observó:

—Sigo esperándote, si eso responde a tu pregunta.

Y de nuevo bajaron juntos al laboratorio. Grand Perle guardó silencio hasta que, una vez abajo, prestó atención a una balanza de cobre que había sobre una de las mesas.

—Las noticias vuelan. La gente murmura. Nueva Orleans es una ciudad llena de temores.

¿Has hecho muchos progresos tú? —preguntó Grand Perle mirando fijamente la balanza, y como Julien callara, de un golpe formidable barrió la balanza de la mesa, que fue a estrellarse estrepitosamente contra una pared desnuda—. No será con eso con lo que pretendes convertirte en un maestro de las pócimas —dijo con ferocidad.

—No es posible hacer las mediciones sin una balanza —dijo Julien procurando templar sus nervios—. Ni con el mejor pulso del mundo.

—¿Y si tus enemigos te dejaran ciego? ¿Y si te vieras obligado a hacerlo en la oscuridad? ¿Y si tu vida dependiera de tu tacto?

—En química, la ciencia de las medidas...

—¡En química!... ¡Bla, bla, bla, bla, bla!... ¡Tonterías! ¡Tú no dices más que estupideces! ¡Entérate!: esto es lo que me importan a mí tus balanzas y tus pequeños conocimientos franceses —aulló Grand Perle haciendo chasquear los dedos—. Los sentidos, los sentidos, nada más que los sentidos, eso es lo único que cuenta en realidad. El instinto es la ciencia, el instinto es lo que da la medida del poder verdadero. ¿Estás preparado para olvidar lo poco que sabes? Tú tienes que saber que no importa con ser valeroso, muchacho; hay que tener el corazón preparado para la fe. ¿Tu corazón?: un recipiente de fe, el corazón de un guerrero. Eso es lo que tiene que ser el corazón de un hombre que ve donde los otros no ven. Así que, si ni siquiera estás seguro de eso, tienes que decírmelo ahora, antes de empezar, antes de que acabe contigo. —Afectando una frialdad que estaba muy lejos de sentir, Julien se cruzó de brazos e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza—. Empezarás de cero todos los días, y a todas horas tú te imaginarás el más desgraciado de los hombres. Eso será al principio; luego, serás verdaderamente el más desgraciado de los hombres, y, al final, lo más probable es que no haya servido para nada. Pero, si me equivoco, y el niño que eres deja de compadecerse y de pensar como un niño idiota a quien la vida trata injustamente, entonces, y sólo entonces, tu corazón se convertirá en el corazón de un hombre, el corazón de un guerrero, y tu poder será ilimitado, y verás donde los otros no ven —dijo sin hacer pausa alguna.

En ese preciso instante se entreabrió la puerta y asomó tímidamente Victor, que llevaba en una mano una planta cuya vistosa flor color lila sobresalía por encima de su cabeza.

—Perdón, creí que no había nadie —dijo Victor, con el pelo alborotado.

—Victor, por favor, pase. Éste es su laboratorio —dijo Julien.

—No te preocupes, hijo. No te preocupes —dijo con la mirada ausente, y cerró la puerta.

—Quiero al viejo fuera de aquí —dijo Grand Perle con voz cortante.

—Puedo llegar a consentirte muchas cosas, menos una —dijo Julien—: Que te metas con ese hombre.

—Para lo que nos serviría... —zanjó ella. A continuación se dio la vuelta, y, con los ojos cerrados, inspiró y se dejó llenar por los efluvios del laboratorio.

Durante los meses que siguieron, Julien vivió prácticamente recluido en la mansión, entregado a una especie de convalecencia dolorosa, de renacimiento.

Ésa fue la primera parte de un aprendizaje que se convirtió en una tortura. Sus días y sus noches transcurrían como un solo día infinito, sin placeres, ni esperanzas, con los descansos que Grand Perle juzgaba imprescindibles. Procuraba no pensar, no quejarse; sobre todo, procuraba no sentir dolor. Es decir, eso fue al principio, porque al cabo de unos días ni tan siquiera ofrecía resistencia al dolor, ya que toda violencia que ejerciese para evitarlo eran energías de las que se privaba. En el fondo, había una contradicción en todo eso: dejó de sufrir porque sus esfuerzos eran fruto de una elección, y porque, de algún modo, se sentía arrastrado por un destino sobre el que no tenía ningún derecho.

Grand Perle iba todos los días a verle y pasaba largas horas con él, muy vigilante, dirigiendo sus pasos, adiestrando su cuerpo, moldeando su espíritu en un arte letal y milenario, pero nunca se quedó a dormir en la mansión. Y cada poco, Julien la estimulaba con sortijas, pendientes o collares de metales nobles. Nunca con dinero. Grand Perle le tenía una aversión profunda al dinero. Antes de irse, le repetía siempre lo mismo:

—Tú sabes que un guerrero orienta su fe y sus cinco sentidos hacia una meta. Que un guerrero depende sólo de su concentración. Que su mente domina a su cuerpo. Tú sabes que su meta es su destino. Tienes que ser digno de lo que Damballah espera de ti.

—¿Y qué es lo que Damballah espera de mí? —preguntó Julien con cierta sorna el primer día.

—Tú tienes una misión que cumplir —replicó ella con gravedad—. Todo guerrero la tiene. Damballah te enviará una señal cuando estés preparado.

Y él no volvió a hacer alusión a ello.

Pasaron muchos meses, pues era una instrucción de largo aliento, y su razón de ser estribaba en que había un margen de mejora al alcance sólo de los iniciados que se adiestraban en técnicas específicas. De modo que, tan lentamente como Grand Perle había pronosticado, el aturdimiento de Julien dio paso a un esfuerzo concentrado, y después a una concentración espontánea que empezó a dar sus frutos. Volvió del revés sus creencias, y el cálculo dio paso a la intuición, y la intuición dio paso a algo distinto.

—Tu sangre bulle como agua que hierve. Eso te perderá. Aprende de la serpiente. Tu mente domina a tu cuerpo. No hay otro modo de sobrevivir —le decía Grand Perle.

Y, sin embargo, pese al dolor y el esfuerzo, pese a que Julien progresaba a ojos vistas, aún faltaba algo esencial: un salto en el vacío que supusiera un progreso irreversible, un hoy para mañana, el límite del que no se regresa, la distancia imposible de abarcar sin un milagro, la llave que le abriera las puertas de los secretos de Grand Perle. Eso significaría el poder sobre la vida y la muerte de los otros. Eso diferenciaría a un hombre de los demás, a un ser común de un ser extraordinario. Y, para Grand Perle, ese salto era ineludible si él pretendía que le siguiera instruyendo.

Según la negra, Julien padecía «ceguera espiritual». Así que una noche ordenó a su joven aprendiz que le siguiera a los pantanos para conducirle a la luz.

Fue un viaje irrepetible. Mucho tiempo después, Julien todavía recordaba que habían cogido un bote y se habían adentrado lenta, suavemente, en la espesura. La negra iba en la proa de la embarcación, de pie. Sujetaba en alto un candil mientras Julien remaba siguiendo la ruta que abrían las aguas fangosas. A los lados, una tupida vegetación, maleza, robles cubiertos de musgo, cedros y olmos, cipreses de más de mil años.

Mucho tiempo transcurrió hasta que la dama negra dio el alto con su palma blanca, y Julien sujetó los remos a la embarcación.

Las aguas allí eran si cabe más oscuras y se abrían a un *bayou*, o brazo pantanoso del río, flanqueado por sauces llorones que parecían proteger de modo muy melancólico los Místerios del pantano.

—Aquí la profundidad es grande. ¿Ves estos sauces llorones? Nada es casual aquí. Recuérdalo. A partir de ahora, de algún modo que los dos ignoramos, hasta los sauces llorones formarán parte de tu destino. Muchos antes que tú han encontrado su muerte en estos abismos —dijo Grand Perle, que dejó el candil en el bote—. Muertos que concederían sus favores a cambio de perdón. *El pantano del perdón.* Así llamaba mi hermana a este lugar, y aquí fue donde comulgué por primera vez con ellos. Tu hora ha llegado, pero antes de convocarlos a la

superficie, escucha. No importa que creas o no en lo que vas a ver ahora. Tan sólo esto importa: la grandeza de tu corazón se mide en términos de compasión. ¿Cuánta es capaz de albergar? Y, en consecuencia, ¿eres tú merecedor de que otros te perdonen a ti? Los espíritus son la prueba del alma inmortal, esa parte de ti a la que te ciegas, embrujado como estás por la razón. Ésa es la puerta que hemos de abrir esta noche. Y comenzaremos por implorar el perdón de aquellos a los que arrancaste la vida. Prepárate. Haz, por primera vez, un ejercicio de humildad. Tú tienes que convencerles. Tal vez no te dejen volver. Muchos no han regresado. Pero has de correr esa suerte. Es preciso.

Qué difícil para él dar crédito a eso. Su rostro parecía haber madurado diez años, y un mechón de pelo negro y húmedo le cruzaba la frente.

Grand Perle cerró los párpados y levantó los brazos invocando a los dioses, recurriendo a las antiguas plegarias, apelando a los muertos para que se levantaran de sus tumbas.

—Ya vienen —dijo Grand Perle—. Ya vienen.

Julien despertó en su cuarto con la impresión de haber vivido mil vidas. Fue la sonrisa temerosa, llena de aprensión, de Victor lo primero que le recibió en este mundo. Mientras, Grand Perle caminaba de un lado a otro del dormitorio sin dejar de observarle, como esperando recibir noticias de un lugar muy lejano. Julien se incorporó y dijo:

—Les he visto a todos. Y todos me han perdonado. Pero exigieron un precio. No querían dejarme partir. Fue ella quien pagó por mí. Ella se sacrificó por mí, Grand Perle, ¿lo entiendes? La vi. Era mi madre.

Victor le explicó que se había desvanecido, que había estado trabajando demasiado, que lo recogieron en el laboratorio. Si no llega a ser por Grand Perle, dijo. Subrayó que no se había movido del dormitorio, del lecho, desde hacía horas.

—¿A qué pantano te referías? —titubeó Victor—. Auguste, por favor, te ruego que busques al médico. Este chico se ha golpeado la cabeza, y quiero que lo examinen.

Mientras Victor, cada vez más preocupado, impartía órdenes contradictorias a la servidumbre, la vieja hechicera se acercó al lecho con el rostro cómplice de quien calla una verdad suprema, y le tomó la mano.

—La lección ha concluido, mi niño —dijo acariciándole con sus manos ensortijadas.

A partir de ahí todo cambió, todo se aceleró.

Es cierto, fracasó muchas veces antes de volver a intentarlo otras muchas, pero había alcanzado un grado en que ya no es posible desesperar. Estaba más allá de todo. Y un día llegó en que su tacto era tan delicado y letal como el de una serpiente, su vista tan aguda como la vista de un águila, el oído y el olfato de un lobo no le hubieran hecho justicia, y su gusto hubiera dejado atrás al de un consumado gourmet. Y ni la oscuridad, ni el vacío, ni el aislamiento, ni la presencia o la ausencia de nada ni de nadie iban a impedir que su voluntad prevaleciera.

Y, con él, fue cambiando de forma insensible el laboratorio de Victor y su luz. De hecho, si al principio en nada se diferenciaba del laboratorio de un químico, por obra del tiempo y de las indicaciones de la negra pasó a ser el laboratorio del hombre en que Julien estaba destinado a convertirse. Baste decir que los dos grandes ventanales que daban al norte y al este, y que, hasta entonces, estaban protegidos tan sólo por ventanas enrejadas, fueron revestidos de un día para otro por grandes cortinones de color púrpura que Grand Perle tenía echados durante muchas horas al día. Junto a la gran chimenea, colgado de la pared, había un esqueleto humano, y, diseminadas por la estancia, ocupaban su espacio varias mesas con plantas, matraces, retortas, cubetas, quemadores y alambiques; un escritorio soportaba un voluminoso atril con un libro no menos voluminoso, al tiempo que otra mesa era ocupada de modo casi permanente por una tabla

de disección. Los artefactos y los ingenios que antes llenaban la vida del viejo mentor cedieron su sitio, y en las estanterías que circundaban el laboratorio fue creciendo día a día una hilera de jarras de loza y frascos de cristal con nombres de hierbas y semillas.

De las vigas del techo pendían manojos, cada vez más abundantes y variados, de hierbas secas, e incluso, en algunas ocasiones, colgado de las vigas por una simple cuerda, algún que otro reptil destinado a la inmediata disección. Por último, al pie de la escalera que daba al piso de arriba, había siempre plantas y más plantas que la negra mimaba como si fueran hijas, y que, pese a la lúgubre luz que reinaba allí durante horas, salían adelante con la misma fortaleza con que Julien resistía el tormento del aprendizaje.

Por lo demás, la sabiduría de Grand Perle era portentosa. Le enseñó los secretos del agua Toffana, uno de los más enigmáticos y poderosos venenos, y cuyo origen se remontaba a dos siglos atrás. La más admirable de sus virtudes consistía en que era un líquido transparente, inodoro e insípido como el agua; de hecho, en nada se distinguía de ésta, salvo en sus efectos. Le enseñó a componerlo con ácido arsénico al que mezclaba el zumo de la «hierba de campanario», en latín *Antirhinum cymbalaria*, una especie que crece sobre muros y rocas de lugares sombríos. Bastaban cinco o seis gotas para minar lentamente la salud de la víctima. ¿Los efectos? Falta de apetito, sed desmesurada, molestias intestinales, abatimiento y muerte.

Para castigar una ofensa o impartir una lección inolvidable, le enseñó a cultivar un hongo parásito del centeno, el cornezuelo de centeno, que daba lugar al «fuego de San Antonio» y convertía a sus víctimas en algo peor que leprosos. En general, el cornezuelo de centeno provocaba hormigueos en los dedos, en las orejas y en la punta de la nariz, náuseas, diarreas y formación de vesículas oscuras. Finalmente, las partes afectadas por las vesículas se encogían, se ennegrecían, después sobrevenía la gangrena, y, acompañado de un profundo dolor, el miembro se desprendía. Las mutilaciones o incluso la ceguera eran más o menos inevitables.

Pero lo más interesante no fue eso. El hongo tenía un punto débil: que el centeno sano funcionaba como antídoto. Pues bien, Grand Perle le enseñó a cultivar una variante del cornezuelo de centeno que no tenía antídoto conocido; es decir, conocido por nadie que no fuera ella.

Le descubrió el polvo de cantárida, que proviene de «la mosca española» o escarabajo desecado, y cuya afortunadísima propiedad es que pasa inadvertido al mezclarse con los alimentos. O los «polvos de sucesión», también denominados «polvos de herencia», y que consistían sencillamente en una mezcla de arsénico y «azúcar de Saturno», es decir, un compuesto de plomo que Grand Perle lograba con suma perfección.

Le enseñó a preparar venenos asfixiantes, sanguíneos y cutáneos, a combinar venenos de efectos rápidos con venenos de efectos lentos, a enmascarar el sabor agrio del veneno con dulce, el olor fuerte con sustancias aromáticas, y a emplear cualquier residuo para elaborar un tóxico.

Le enseñó a elaborar una pócima prodigiosa a partir de las tomainas, o sustancias que resultan de la putrefacción de la materia orgánica, mezcladas con el acónito, una planta que Grand Perle cultivaba personalmente. Los efectos de la pócima eran tales que parecía cosa de magia: unas gotas caídas sobre una flor la marchitaban; si con ellas se impregnaba un pañuelo, se podía estar seguro de que su poseedor tenía las horas contadas; si se vertían unas gotas en el líquido de una vela, envenenaba el humo que despedía, y mezclada con la comida resultaba tan cruel como útil: la víctima perdía el control sobre sus órganos internos, y sufría un dolor tan extremo que la muerte se volvía un ansiado alivio. Y, lo mejor de todo, sin que dejase ningún rastro.

La negra le reveló la posibilidad de envenenar a través de objetos punzantes, o cortantes,

pero sólo con un pequeño rasguño. Puesto que había sustancias, como la belladona, que se absorbían a través de la piel, le enseñó a impregnar y untar con perfumes y ungüentos el interior de las ropas, de los guantes (especialmente indicados para quienes tenían la inveterada costumbre de morderse las uñas), las páginas de los libros, o la hoja de los cuchillos, aunque sólo por uno de sus lados, para que no envenenase más que una de las dos porciones cortadas. Y, aun reconociendo que los contravenenos universales no existían, Grand Perle amplió hasta límites ignotos sus conocimientos sobre antídotos.

Le reveló el modo de servirse del beleño, la belladona, la mandràgora y el cólquico, el estramonio, la sardonia o la nueza negra con la sabiduría propia de los antiguos. Le enseñó a matar dulcemente, y a matar con dolor. En su paleta de alumno aventajado, el veneno se convirtió en un arte que aplicaba sobre la vida de los hombres como sobre un lienzo en blanco; y eso hasta extremos sorprendentes, desconocidos por el resto de los brujos. Como sucedió con la fórmula, no por antigua menos olvidada, para preparar un compuesto a base de la raíz de la hierba mora mezclada con el opio y el ranúnculo perverso, en proporciones de las que sólo Grand Perle guardaba recuerdo, y que proporcionaba a quien se le administrase la muerte más placentera que cupiese imaginar. La «pócima de la buena muerte», decía Grand Perle con orgullo. Fue en ese entonces, no antes, cuando los negros de su plantación le pusieron el nombre por el que se haría célebre: *Le sorcier* o «el caballero sin alma».

Y, sin embargo, con respecto al Místerio más poderoso, Grand Perle nunca habría hecho la menor alusión si un buen día Julien no la hubiese interpelado.

—¿*Cuándo me enseñarás* el conjuro para condenar un alma? —preguntó él mientras Grand Perle daba de comer a las gallinas.

—¿El conjuro? No sabes de qué hablas, niño sin nombre —dijo ella sin dejar de arrojar maíz a diestro y siniestro mientras con la otra mano sujetaba la falda que contenía varias raciones para todo el gallinero.

—El conjuro que condena al amo y a la sombra.

—Tu ignorancia es infinita. Nada, ¿oyes?, nada hay que te interese en el mayor de los Místerios. No hay nada que debas conocer.

—He oído cosas.

—¡Cosas! —repitió ella despectivamente—. Demasiado peligroso. ¿Para qué necesitas saber? Tú no sabes nada de riesgos. Sus peligros —continuó, a punto de pisar a una gallinate son tan familiares como el agua de lluvia al desierto.

—¿Quién es la sombra y quién es el amo? —preguntó Julien.

—El amo es el verdugo, el hechicero. El amo recurre al conjuro para condenar un alma —replicó la mujer arrojando con más ímpetu el resto del maíz que le quedaba—. El maleficio es el último recurso, el más poderoso de todos. El amo dice: «El alma de este hombre vagará sin reposo por toda la eternidad», y manda y ordena. Está condenando más allá de la muerte. ¿Lo entiendes ahora? Porque la muerte es dulce en comparación. La sombra es la víctima, el alma condenada al sufrimiento, a la oscuridad.

Frente al conjuro, la sombra siempre está indefensa —concluyó, y de repente se le cayó el resto del maíz sobre las gallinas.

—¿Y los peligros?

Exasperada, Grand Perle se limpió la falda con ambas manos, espantó a las gallinas y, agachándose, cogió un puñado de tierra en una mano que blandió frente a su discípulo diciendo:

—Mi hermana, la sacerdotisa más grande, se atrevió a hacer el conjuro. El poder del conjuro condena a la víctima primero, y después condena también al amo. Ése es el precio del

poder. Ahora ya lo sabes. Ése es el castigo. A partir de entonces, amo y sombra permanecerán juntos, soportarán la misma condena, vagarán inseparables por toda la eternidad. Sé un amo del conjuro y sacrificarás tu vida inmortal. Un amo del conjuro da en sacrificio su alma para condenar el alma de su enemigo. Como hizo mi hermana —terminó diciendo mientras, sin bajar el puño, lo entreabría y vertía la tierra poco a poco.

—Entonces... entonces no debes temer por mí, Grand Perle —replicó él, con una sonrisa inmensamente triste que pretendió ser irónica, y cogió la mano de Grand Perle en la que aún quedaba un pellizco de tierra. Era la primera vez que provocaba el contacto con la negra—. ¿Acaso no has oído cómo me llaman? Dicen que soy «el caballero sin alma».

Ella se soltó de un golpe. Se le quedó mirando con una expresión nueva en los ojos, como si se hubiera expuesto a una luz demasiado intensa.

—No saben de qué están hablando —masculló—. Todos los seres tienen alma. Incluso tú. Sobre todo, tú.

Y no había acabado aún de decirlo, cuando le dio bruscamente la espalda y se fue de allí sin volver ni siquiera una vez la cabeza.

11. *LE SORCIER* O «EL CABALLERO SIN ALMA»

Pasó el tiempo, y a una estación sucedió otra. Y así año tras año.

En las plantaciones de azúcar y algodón, los braceros aprendieron que trabajar resultaba menos arduo cantando. Al menos, en las plantaciones en que el trabajo era un tormento. Por eso en la hacienda de Julien los negros, que eran todos libres, cantaban poco. Por eso y por el respeto supersticioso que inspiraba el amo, a quien nunca veían. Pero, cuando cantaban, eran canciones de ritmos y melodías conmovedoras que alegraban las tardes y las noches sofocantes. Durante los primeros años, Julien no se cansó de escucharlas. Canciones de oración y súplica, de trabajo, espirituales de letras tiernas, desgarradoras, desesperadas, que cantaban acompañados de sus propios instrumentos fabricados con calabazas y huesos, ralladores o palanganas de metal. Era el continuo aprendizaje de la improvisación. Y su ignorancia musical, lejos de representar un inconveniente, constituía un bálsamo para sus atribulados corazones.

A la caída de la tarde, o algunas noches, para no ser visto, el amo de la plantación hechizada, la que inspiraba repulsa y devoción, merodeaba por las inmediaciones de las chozas de los negros. Se aseguraba de que nadie lo había visto, se sentaba a escucharlos contra el tronco de un sauce con un libro entre las manos, y se dejaba mecer por los recuerdos de su infancia. Entonces no le quedaba otro remedio que preguntarse qué hacía allí, en Nueva Orleans. Seguramente, igual que se preguntaban los negros.

La música era la vida para ellos. Para él representaba el único resquicio por el que se colaba en su vida la poesía, con excepción de los libros de ficción, sus amadas, sus queridas novelas, que leía y releía hasta obsesionarse. Aquellas músicas, qué absurdo, le recordaban al París de su infancia y a una chiquilla de cabellos como el oro y mirada extraviada en las estrellas cuyo nombre preservaba en lo más secreto del corazón.

Pero no sólo la chiquilla le traía el recuerdo de su patria. Durante todos estos años las noticias de su país, a menudo trágicas, le habían llegado por una u otra vía: la guerra contra España; luego, la invasión de Rusia y el desastre de la Grand Armée; más tarde, por fin, la derrota de Napoleón en Leipzig a manos de una coalición de ejércitos europeos, la formación de un gobierno provisional a cargo de Talleyrand, y la abdicación del Emperador y su exilio a la isla de Elba. Por no hablar de los continuos rumores que corrían sobre sus proyectos de huida del exilio.

Sin embargo, los recuerdos y las noticias de la patria, por sí solos, no alimentan una vida, y durante años, Julien, el hombre de los muchos nombres, dio nombre propio al miedo.

En efecto, durante años, *Le sorcier* encarnó en Nueva Orleans algo más malévolo que la peste, más despiadado que un brote de fiebre amarilla, más inexorable que la guerra contra Gran Bretaña y más inclemente que un levantamiento de esclavos negros. Salvo por la inteligencia, no parecía demasiado humano; pero ¿cómo podía ser malévolo algo inhumano? Para muchos era justo como la ira de Dios; para otros, no era sino el más genial envenenador de la historia, y, para todos, un criminal sin rostro que terminaría por cometer algún error de cálculo.

Su fama viajó por tierras que él jamás había pisado, y, sin saber quién era *Le sorcier,*

vinieron a buscarle de lugares remotos para confiarle misiones tan comprometidas como bien remuneradas. Pero él siempre rehusó salir de Nueva Orleans. Allí estaba enterrada su madre, y acercarse a diario hasta su tumba era lo más parecido a tener un hogar que hubiese experimentado nunca.

Lo incuestionable es que si antes del adiestramiento había sido un enemigo del orden, las enseñanzas de Grand Perle lo convirtieron en algo más temible, menos clasificable y más innombrable que antes, algo a lo que sólo los negros se habían atrevido a bautizar: *Le sorcier* o «el caballero sin alma».

Amasó una fortuna que salvó a la plantación de los préstamos usurarios de los bancos, y, además, siempre había gente que solicitaba favores. O sea, alguien que conocía a otro, que a su vez estaba en condiciones de ponerse en contacto con Auguste para pedir un favor o suplicar un pequeño negocio a cambio de un importante fajo de billetes. Y nadie, o casi nadie, después de un negocio semejante, osaba facilitar pistas a la policía sobre un crimen que no dejaría el menor rastro y cuyo autor tenía el defecto de pagar siempre sus deudas, y de no olvidar jamás a los delatores.

Dicen que el señor Clairborne, un notario de cierta edad con fama de usurero y explotador de pasantes, que ejerció en Nueva Orleans durante unos años, fue el único que tuvo oportunidad de comprobar la memoria escrupulosa de *Le sorcier.* Pero quién puede estar seguro de nada. La gente se inclina a hablar siempre demasiado, y nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó.

Los rumores apuntan a que anduvo en tratos clandestinos con *Le sorcier,* pero que un buen día le entraron los remordimientos. El señor Clairborne era un protestante que hacía un inflexible uso de la doble moral. Pues bien, se difundió el rumor de que tenía una pista con la que desenmascarar a *Le sorcier,* y que pensaba compartir esa información con la policía. ¡Pobre! El caso es que, según se dice, de la noche a la mañana el señor Clairborne empezó a deteriorarse a ojos vistas, se le cayó la hermosa mata de pelo cano, también los dientes se le fueron cayendo, empezó a adelgazar como si se hubiera puesto a dieta rigurosa, y, en pocos días, ya no pudo levantarse de la cama. Dicen, pero quién puede probarlo, o, mejor dicho, quién se atrevería a atestiguarlo, que en sus últimas horas apareció una figura alta, vestida con ropa oscura, recortándose contra el vano de la puerta del aposento, y que se quedó mirando al consumido señor Clairborne con la intención de que éste advirtiera su presencia. Cuando los presentes quisieron verle el rostro, la figura ya había desaparecido.

Sorprende cómo se difunden los rumores. Hubo quien dijo que el señor Clairborne empezó a enfermar el día después de que su anillo, que tenía por costumbre ponerse todas las mañanas al levantarse, le hiciese una herida en el dedo índice. Otros atribuyeron sus males a los efluvios de la pintura. Y es cierto que, por ese entonces, el señor Clairborne mandó pintar todas las paredes de la casa; pero, si eso fue así, ¿por qué afectó sólo al señor Clairborne y no a la servidumbre? Otros se refirieron al monóculo, que le causó un pinchazo leve que terminó infectándose. Pero poca relación tiene una herida infectada con los síntomas que llevaron al notario a la tumba. ¿O no? En fin, la mayoría de sus conciudadanos alegó que la verdad es que era un hombre de salud delicada. Y pronto dejó de hablarse del señor Clairborne, que fue sustituido por un nuevo notario.

Lo cierto es que Julien se había convertido en un hombre. Por su estatura, descollaba por encima de muchos. Tenía las manos finas y la tez muy blanca. Su nariz prevalecía armoniosamente en el conjunto, y sus ojos grises, enormes, cercados por unas prematuras ojeras, realzaban un atractivo bastante despreocupado de sí mismo. En cuanto a su cabello oscuro, lo llevaba siempre recogido en una lazada de terciopelo negro. Quienes sucumbieron a su voz áfona

decían que era reservado, que hablaba lo indispensable, que ignoraba el sentido del humor, que era poco ceremonioso y muy susceptible; y quienes le habían visto juraban que tenía por costumbre pasear a grandes zancadas con las manos debajo de los faldones, y que era adicto a fumar una extraña pipa que ponía un irresistible matiz de locura en su mirada.

Despertaba sentimientos encontrados. Los negros habían propagado el nombre por el que lo conocían, *Le sorcier* o «el caballero sin alma», el que había hecho un pacto con Damballah, y lo temían y admiraban a partes iguales y por las mismas razones, aunque sólo «sus» negros, y pocos más, se dirigían a él personalmente. Con frecuencia, sobre todo después de algún crimen que llevaba su firma, algunos de los bailes y hechizos de los negros iban destinados a *Le sorcier*, no tanto con el fin de atacarlo (lo creían invulnerable), sino de aplacar su furia, y de protegerse ellos mismos. A los blancos, sólo el nombre los aterrorizaba. Y, en realidad, sólo unos cuantos, entre quienes se contaban los prohombres de la ciudad y algunas autoridades, se planteaban si tendría algún fundamento prestar credibilidad a la superstición que rodeaba a cierto acaudalado hacendado, dueño de una pequeña pero próspera plantación de azúcar, y que apenas se dejaba ver en público.

Pero el azar quiso que el 30 de abril de 1812 Luisiana fuera admitida en la Unión, y que, tan sólo seis semanas después, Estados Unidos declarase la guerra a Gran Bretaña a causa de las restricciones comerciales que imponía el bloqueo británico.

Durante los dos años y medio que duró la guerra, cuánto lamentó Julien haber permitido que Victor le acompañase en su fuga. Porque Victor, cuya cabeza ya no era la de antes, se iba marchitando de día en día, aquí, en el extremo del mundo, en medio de una guerra cuyos contornos se volvían cada vez más difusos. Dónde estaba el hombre que él había conocido, su preceptor ecuánime, el investigador voraz y estrafalario, el descubridor de una nueva forma de hacer medicina, dónde. Ese hombre de paz, que había colocado sus investigaciones en el centro de su vida, era el mismo hombre derrotado, avejentado, recluido en sí mismo, que se ocultaba hasta de sus propios recuerdos. Ya nunca entraba en un laboratorio que no consideraba suyo. Dejaba transcurrir los días cuidando de sus plantas, que transportaba de un lado a otro de la casa con ternura paternal, mientras deploraba los efectos de la guerra sobre los pueblos.

Cada día, cada hora que se prolongaba la contienda parecía enterrar un poco más a Victor en sus silencios; por eso, cuando el 24 de diciembre de 1814, después de múltiples rumores contradictorios, se firmó el Tratado de Gante que ponía fin a la guerra, en la plantación fue un día de celebración. Y a Victor parecieron brillarle los ojos como en los mejores días.

Pero tan sólo cuarenta y ocho horas después, de modo tan sorprendente que nadie hablaría de una coincidencia, Julien recibió una visita que no olvidaría.

Sucedió una tarde inusualmente tibia de diciembre, cuando un cabriolé se detuvo frente a la puerta principal de la mansión. Del coche bajó un sujeto muy atildado con un portafolios de piel negra en la mano. Era de corta estatura, rechoncho, con un fino bigotito y el cabello escrupulosamente demarcado por una raya que desde el occipucio llegaba hasta la sien. Arrastraba una leve cojera en el pie izquierdo. Vestía una capa no demasiado larga, y una gruesa cadena de oro le colgaba por encima del bolsillo del chaleco. Llamó a la campanilla y, con un francés impecable, preguntó a la doncella mulata por el amo de la plantación. El caballero se presentó con un nombre que no tiene ninguna importancia. Dijo que se trataba de un asunto de la máxima urgencia y que así debía exponérselo a su señor. La doncella lo condujo al salón de fumar y le rogó que tuviera la bondad de aguardar al amo.

Al cabo de unos minutos, Julien compareció y el hombrecillo le presentó sus respetos. La visita, a puerta cerrada, se prolongó hasta muy entrada la noche.

Una vez terminada la entrevista, el caballero salió a la veranda acompañado por la doncella y, sin duda atraído por una mecedora en movimiento, giró la vista a un lado y no le dio tiempo más que a ver una sombra que exhalaba una fantástica bocanada de humo. Con rostro vigilante, subió de nuevo al cabriolé, que había estado esperándole durante horas, y partió muy ligero. Nunca se le volvió a ver por allí.

Con respecto a la mecedora, bueno, sólo alguien era capaz de imprimir ese diabólico movimiento al trasto. De hecho, no había nada, con excepción de las joyas de oro, que entusiasmase tanto a Grand Perle como las mecedoras. En los últimos años sólo muy ocasionalmente se acercaba por allí, y no siempre para visitar a Julien, aunque siempre sin avisar. Desde luego, cuando Julien salió a la veranda a respirar el aire aún tibio de la noche, no pareció sorprendido de verla.

—Nuevos vientos llenan las velas, y presagian cambios de rumbo —dijo Grand Perle exhalando una interminable bocanada de humo.

—Antes no solías hablar con metáforas —replicó él sin mirarla mientras apoyaba a su vez ambas manos en la barandilla.

—Antes las cosas eran distintas —repuso Grand Perle.

—Reconozco que tienes el don de la casualidad, amiga mía. Te presentas en los momentos más interesantes —afirmó Julien mirándola de reojo.

—¿Existe acaso la casualidad? Te dije que Damballah te enviaría una señal cuando estuvieras preparado.

—Basta de juegos —interrumpió Julien con firmeza mirándola de frente.

Grand Perle se levantó de un salto. Se acercó a él, cogió su mano con brusquedad y le mostró la muñeca con la señal de la mordedura de la serpiente.

—¿También esto es casualidad? Regresa a París y corre al encuentro de tu destino, niño sin nombre.

—Hace ya tiempo que ese niño se convirtió en el adulto de los muchos nombres, Grand Perle.

—Sin embargo, no descansarás hasta averiguar quién eres y cuál es el nombre de tu padre —rebatió ella soltando la mano con violencia.

—¿Qué me propones? ¿Que me vaya? ¿Que lo deje todo? En París aún podrían reconocerme.

—¿Reconocer a quién? ¿Al muchacho que fuiste? —preguntó desdeñosamente Grand Perle —. Te has convertido en alguien lleno de recursos para enfrentarte a tus enemigos. Y tienes una misión que cumplir. Niégate, pero en ese caso no hallarás reposo, y la ira de Damballah te perseguirá por las noches. Volverás a soñar con serpientes. Te arrepentirás durante toda la vida.

—Ya no me dan miedo tus malditos cuentos —levantó el tono Julien.

—Eso es buena cosa. Mis enseñanzas no fueron inútiles, entonces. Tampoco lo fueron con las serpientes —dijo ella en tono sentencioso.

—Además —añadió Julien—, Bonaparte ni siquiera se ha escapado de Elba. ¿Cómo pueden hacer planes sobre lo que no ha sucedido todavía?

—Pero sucederá —se apresuró a afirmar Grand Perle con decisión—. Es inevitable. Los espías del emisario francés están bien informados. —Él se dio media vuelta para entrar en la casa —. Julien —dijo Grand Perle, que muy raramente le llamaba por el nombre—. Tu madre y yo hemos estado hablando.

Él apretó los puños y replicó con los labios temblorosos:

—¡Calla! No tienes ningún derecho, vieja.

—Ella ansia que conozcas a tu padre. Y su espíritu no descansará hasta que no averigües quién es —dijo Grand Perle en un susurro—. Cumple con tu destino. —Él la miró sin articular palabra—. Acepta la misión que tienes ante ti, y no dudes en llevarla hasta el final. Confía en que ése es el camino correcto. Sigue adelante siempre, y Damballah terminará revelándote el sentido. —Se hizo el silencio, y, al final, Grand Perle agregó—: Hay algo más aún que te da miedo, aparte de las serpientes, ¿no es cierto? La salud del viejo te da miedo. Temes por su vida.

—Ya no. La guerra que turbaba la paz de su espíritu ha terminado. Buenas noches, Grand Perle.

—Pregúntale al viejo lo que prefiere.

—Lo sé mejor que tú —dijo Julien con brutalidad poniendo una mano en el picaporte—. Necesita paz para su vejez. —Y entreabrió la puerta.

—Entonces llévatelo de aquí. La guerra no ha terminado.

—¿Acaso no lees los periódicos?

—Los periódicos mienten —contestó ella. Julien soltó el picaporte con la cara crispada y volvió a mirarla de frente. Ella apagó el cigarrillo y se puso a examinar las alhajas de las manos —. Gran Bretaña reanudará la guerra y atacará la ciudad. Si el viejo permanece aquí, tú estarás arriesgando su vida —afirmó, y a continuación empezó a bajar las escaleras de la veranda.

—¡¡Grand Perle!! —gritó Julien—. ¿Cuándo?

—Queda muy poco tiempo —dijo la negra, y desapareció en la oscuridad.

Al día siguiente Julien abordó a Victor en uno de sus múltiples traslados de plantas, y, cuando éste se disponía a entrar en su aposento, le preguntó:

—Victor, ¿te gustaría ver París de nuevo?

Victor, que tenía la maceta agarrada con las dos manos, guardó silencio, luego levantó la cabeza, miró hacia el techo y respondió:

—Me gustaría mucho ver a Gilles, por última vez.

Los tres, junto con la servidumbre negra, embarcaron a principios de enero. Era una mañana brumosa, y París les aguardaba. Hacía mucho que Victor no estaba tan locuaz, tan vivaracho. En cuanto a Auguste, cuyo abdomen había descompuesto levemente su figura en los últimos años, se sentía rejuvenecer por horas.

El 8 de enero de 1815, tan sólo cuatro días después de que el barco de Julien se hiciera a la mar, y pese al Tratado de Gante que se había firmado en diciembre, las fuerzas británicas lanzaron un nuevo ataque sobre Nueva Orleans. Un ejército de piratas, entre los que se encontraba el famoso Jacques Lafitte, americanos de la frontera, caballeros franceses y negros libres al mando de Andrew Jackson defendieron la ciudad en una proporción de dos contra uno a favor de los ingleses. Después de una batalla cruenta, el ejército americano obligó a los británicos a retroceder, e Inglaterra se vio forzada a dar validez al tratado de paz.

12. EL BAILE DE MÁSCARAS

Empezaba a oscurecer, y una lujosa berlina recorría las calles de París. Llevaba las cortinillas recogidas. De repente el cochero, que iba ataviado con una peluca empolvada, guantes blancos, casaca verde con pasamanería de galones dorados, escarpines, calzones hasta la rodilla y medias blancas de seda, encendió los dos faroles delanteros.

—Más despacio. Más despacio, he dicho —ordenó el caballero mientras golpeaba con el pomo del bastón en el techo del carruaje—. Que nos hagan el honor de esperarnos.

—Oh, vizconde, mirad, mirad. Yo viví aquí. Todo ha cambiado mucho en diez años. Allí —dijo la dama, que señaló tímidamente con el dedo un local vacío—, allí había una barbería —indicó con la mirada extraviada—. Y yo vivía justo ahí, al otro lado de la calle —añadió mirando por la otra ventanilla—, antes del accidente, claro.

—Qué humilde todo, mi joven amiga. Prosiga. Háble me de usted.

—No hay mucho que contar. Yo era una niña —dijo ella, y, cogiendo con una mano el soporte de la máscara dorada, se la colocó por un momento, antes de continuar en un tono más serio—. Mi madre había enviudado, y mi padre sólo nos dejó deudas. Mamá se mató a trabajar en casa de míster Cobbet, un caballero inglés. Él fue quien pagó los médicos y los cuidados tras el accidente. Mi madre estaba muy agradecida, y consintió en casarse con él. ¡Ella era tan hermosa!

—No tanto como usted, mi querida mademoiselle. Y dígame, ¿a qué se dedicaba su bienhechor?

—Era agente naval.

—Oh, un espíritu mercantil, entonces.

—Me adoptó, e hizo lo que no había hecho mi padre por mí...

—Por supuesto, querida Sarah —interrumpió el vizconde—. Hay sucesos luctuosos que con el tiempo representan una bendición.

—Hasta que lo hicieron desaparecer —dijo ella, y, de pronto, sus rasgos se endurecieron.

—¿Desaparecer?

—míster Cobbet era un liberal, vizconde, y un inglés. Después de tantos años amaba a Francia como a su propio país; pero, vos, como monárquico, deberíais saber mejor que nadie lo que es vivir bajo sospecha.

—Sin embargo, ¿tiene pruebas?

—Monsieur, lo único importante es que míster Cobbet era un súbdito leal del Imperio —dijo ella con fingida dulzura.

—Comprendo, mademoiselle —repuso él—. Y, cambiando de tema, ¿qué me dice del baile? ¡Un hacendado americano! Los tiempos están rematadamente locos.

—Dicen que no es americano, sino francés —añadió la joven tratando de recomponer el gesto.

—Su nombre... era... —dijo el vizconde afilando entre sí el dedo índice y el anular.

—Julien Lasalle.

—Hum... Lasalle, sí... ¿De qué me suena ese apellido? No es un nombre muy americano,

pero la extravagancia de su dueño sí que lo es. ¡Un baile de máscaras recién llegado a París! Si lo diese Talleyrand, con ese aire pícaro que caracteriza a Su Excelencia, tendría una justificación, pero ¡un indiano!

—¡Y riquísimo!

—¡Vaya! —exclamó el vizconde—. Eso siempre es un consuelo inagotable.

—Dicen que piensa dedicarse al negocio de antigüedades, y que en el parque de su residencia tiene cedros del Líbano, de Virginia, de Luisiana, pinos de Jerusalén y árboles de Judea.

—Una propiedad arrendada, según ha llegado a mis oídos. Pero, al menos, con esa arboleda será un católico piadoso. Y dígame, ¿por dónde queda su mansión? Mi cochero lo sabe, pero yo creo haberlo olvidado.

—En la rue de Seine, muy cerca de Saint-Sulpice, yendo hacia el Louxemburg.

—Debo admitir, no obstante, que esto se pone terriblemente excitante. He oído decir, incluso, que asistirán personas de calidad.

—La Récamier y monsieur de Chateaubriand, entre otros —dijo Sarah sentidamente.

—Ah, esa coqueta enfermiza que si pudiese lo pararía todo en abril. No debe ser motivo de alarma para usted, querida. Juliette Récamier se aproxima peligrosamente a los cuarenta, y ya no es la mujer más hermosa de Francia. Mucho menos desde que París conoce la existencia de usted. En cuanto a monsieur de Chateaubriand, mejor haría invirtiendo sus fuerzas en otras guerras.

—¿Lo decís porque acaba de ser armado caballero del Santo Sepulcro con la espada de Godofredo de Bouillon? —preguntó ella con una sonrisa en los labios.

—Ese escritorzuelo... Hasta tengo mis dudas de que le haya arrebatado la virginidad a la Récamier. Francamente, donde ha fracasado su aburrido esposo, el banquero, dudo que haya triunfado ese fatuo de Chateaubriand. De cualquier modo, con Santo Sepulcro o sin él, no creo que el Rey le perdone la dedicatoria de «El Genio del Cristianismo» a Bonaparte. En cuanto sus enemigos se lo recuerden a Su Majestad, será un hombre acabado para la política, y arruinado —dijo el vizconde, y soltó una risa entre dientes.

—Oh, vizconde, el rencor no os sienta nada bien. Además, ¡asistiréis al baile sin máscara! Decidme, ¿qué tenéis contra los bailes de máscaras? —preguntó ella poniéndose juguetonamente la careta mientras él miraba por la ventanilla como prestando atención al lugar por donde circulaban.

—Ya que me lo pregunta, querida, me molesta no verle la cara a los otros. Y me recuerda a Bonaparte.

—¿A Bonaparte?

—Fue él quien en 1800 levantó la prohibición que pesaba sobre los bailes de máscaras —dijo el vizconde, que volvió a mirar fugazmente por la ventanilla—. Las lavanderías Guild utilizaron sus influencias para que se levantara la prohibición a causa del trabajo que generaban las fiestas. Puro espíritu mercantil, mademoiselle.

—No es posible.

—Como lo oye. Sin embargo, añadiré que, en usted, las máscaras parecerán siempre deliciosas —dijo cogiéndole suavemente la barbilla con dos dedos, y, sin transición alguna, golpeó en el techo por tres veces con la empuñadura de marfil—. Y ahora, querida, si tiene la bondad de disculparme, debo entregar una carta a un viejo amigo. Será tan sólo un instante. Es aquí mismo.

Era una calle estrecha y sombría, de caserones antiguos. El traqueteo cesó de repente y, no

bien se detuvo el carruaje, el vizconde abrió la portezuela. Vestía un manto de paño forrado de terciopelo adornado con borlas de oro sobre un traje de baile, y un sombrero de castor gris. Un sujeto de buen porte y mediana edad, vestido con sobriedad, aguardaba al vizconde a la puerta de un edificio de tres plantas. El vizconde cogió una mano del sujeto entre las suyas y, seguidamente, le hizo entrega de una carta lacrada. Intercambió con él unas palabras y, al poco, sacó de un bolsillo interior un diminuto espejo enmarcado en plata y se miró el perfil. En ese preciso instante, dentro del carruaje, Sarah se esforzaba por visualizar el nombre de la calle, el número del portal y la descripción del tipo que hablaba con el vizconde.

El vizconde, que no la había perdido de vista ni un segundo, guardó el espejo de mano en el bolsillo y, poco después, estaba de vuelta con una sonrisa galante. Golpeó en el techo, por tres veces, con la empuñadura de marfil del bastón.

—¿Está usted convenientemente abrigada? —preguntó el vizconde con el carruaje ya en marcha—. Aún recuerdo el invierno de 1802. Yo tenía tan sólo, veamos, dieciséis años. Usted era muy niña entonces. Sin embargo, se hizo famoso porque muchas damas sucumbieron al frío a causa de los despotismos de la moda. En París, a veces da la sensación de que damas y caballeros vamos vestidos para distintas épocas del año.

Sarah se arregló debidamente el chai de cachemir para que se pudiesen apreciar los bordados, y dijo:

—El frío es saludable para la piel, vizconde, y ¿hay algo más emocionante a lo que pueda entregarse una joven que a mantener lozana su piel?

Entretanto, la fiesta había empezado a animarse y los carruajes aparcados a la puerta de la mansión se sucedían. Cierto que la fachada estaba un poco descuidada y revelaba sólo parte de su antiguo esplendor, pero las celosías, las gárgolas y el frontón triangular, que remataba con un nicho, seguían siendo objeto de sorpresa para los espíritus cultos. Los invitados, la inmensa mayoría provista de antifaces y caretas, accedían al interior por una escalinata con columnas corintias que conducía a un vestíbulo circular. Varios lacayos se encargaban de las prendas de abrigo. El vestíbulo estaba circundado de hornacinas que exhibían estatuas antropomórficas de ébano, máscaras gigantes cuyo exotismo no dejaba indiferente al más mundano y jarrones con motivos mitológicos y egipcios: esfinges, Rómulo y Remo amamantados por la legendaria loba, y, sobre todo, Cupido, Psique y un grupo de ninfas compareciendo ante el tribunal del amor. Un reloj con carillón dio las ocho. A la izquierda del vestíbulo, una escalera de hierro forjado se perdía discretamente en el primer piso, y, frente a la puerta de entrada, dos lacayos con librea verde se entregaban sigilosamente a la tarea de abrir la puerta de doble hoja que daba al salón de baile. Cada vez que esto ocurría, la melodía llegaba hasta los carruajes que aparcaban al pie de la escalinata.

Dentro, al fondo del salón, tocaba una orquesta completa sobre un entarimado forrado de terciopelo escarlata. En una esquina, Julien y Auguste, protegidos por sus máscaras, conversaban entre sí.

—Por Dios, Auguste, ¿crees que todo esto era necesario? Te dije «una pequeña presentación», y esto parece...

—Querido amigo, esto es «una pequeña presentación». Además, no hay mejor forma de pasar inadvertido y evitar las sospechas —replicó Auguste, que lucía una máscara rojo oscuro de cresta de gallo que remataba en varias plumas de avestruz—. Tú, un próspero hacendado, con intención de hacer dinero en el negocio de las antigüedades aquí, en la capital de Europa. ¿No ves que estamos haciendo relaciones?

—La única relación que me interesa es la de nuestro contacto.

—¿V? ¿De víctima? —preguntó Auguste haciendo una exquisita reverencia a un joven embutido en unos calzones ajustados, que llevaba una máscara rosa coronada por un puñado de plumas celestes y turquesas. El joven pasó lánguidamente por delante, y Auguste se lo quedó mirando por detrás.

—¡No! —contestó Julien—. V, de víbora.

Julien fue interrumpido por otra pareja que Auguste le presentó con la apropiada ceremonia, aunque nadie se despojó de sus caretas. Nuevos invitados concurrieron, y hubo nuevas presentaciones y cumplidos. Dos damas de edades indescifrables se despojaron de sus máscaras para admirar al anfitrión de forma casi indecorosa.

—Pero ¿conocías a toda esta gente? —preguntó Julien aprovechando un descanso.

—Oh, no, no, querido. Sólo algunas voces me resultan conocidas. Y es que, en París, hay dos principios que nunca se deben subestimar. Primero: la única bolsa que importa es una bolsa llena. Y segundo: aquí el mundo envejece diez veces más rápido. Gracias a Dios, respetamos ambos principios. De no ser así, tú y yo habríamos perdido la cabeza bajo el filo de la guillotina.

El salón tenía forma semioval, y los suelos de mármol dibujaban un suntuoso tablero de ajedrez. En los candelabros gigantes, ornamentados con victorias aladas, resplandecían cientos de velas, y por todas partes había espejos con molduras de madera revestidas con pan de oro, cornucopias rebosantes de flores y frutos, estatuas de mármol, alabastro y ébano, y tapices persas colgaban de las paredes. Una docena de mayordomos, algunos negros de robusta complexión, se paseaban con bandejas ofreciendo bebidas y los más delicados manjares ante la incondicional admiración de las damas.

De forma paulatina, el murmullo casi logró sofocar los sones de la orquesta. Los chales y las faldas de tafetán chapeadas ocupaban tanto espacio como los velos, los crêpes, las muselinas y los vestidos de tisú. Las chaquetas entalladas combinaban con los pantalones ceñidos, y proliferaban los calzones anchos que iban recogidos en botas altas. Pero las máscaras desempeñaban el papel primordial. Máscaras de todas las formas y colores, hechas con los más variados materiales, y que diseñaban todas las fisonomías concebibles: desde el terror, al júbilo extremos, pasando por la más romántica nostalgia, sin olvidar, por supuesto, la inquietante máscara inexpresiva.

Al cabo de una hora, la fiesta estaba en plena ebullición.

Un grupito, en el medio, era discretamente observado por quienes estaban a su alrededor.

—Los bonapartistas están locos. De un tiempo a esta parte se hacen preguntas en clave como si fueran masones. «¿Creéis en Jesucristo?» Y el interpelado replica: «Sí, en su resurrección». Sólo el diablo sabrá cuál es la fe que profesan —dijo con altanería un individuo delgado, de corta estatura, que no llevaba máscara.

Hubo un coro de risas, y alguien se atrevió a intervenir.

—Pero, monsieur de Chateaubriand, cada vez son más frecuentes las noticias de que el Emperador piensa fugarse de Elba —dijo una dama con un tono de indisimulable angustia.

—Y se han difundido rumores de que alguien ha visto embarcar cajas de botonaduras doradas con el águila del Imperio —añadió una voz viril bajo una risueña máscara de cerámica.

—Señoras, señores, por favor, serenidad. Por si no lo recuerdan, han pasado quince años desde 1800. ¿Quién puede temer al Ogro? Toda Europa está dispuesta a adoptar el sistema de las monarquías moderadas. Además, en el peor de los casos, Su Majestad, Luis XVIII, adoptaría una actitud digna de un Borbón y resistiría. Sería una resistencia digna de su grandeza. Piensen en esto: si Francia fuera bonapartista, ¿creen que habría abandonado al Ogro como lo hizo? ¿Qué opina nuestro taciturno y amable anfitrión? —dijo Chateaubriand.

Julien, impasible, lo miró a través de su máscara desde arriba, inclinó muy levemente la cabeza, y dijo:

—Llevo demasiado tiempo fuera de Francia como para opinar sobre ella. Pero, por lo que sé, cada pueblo responde de su destino, monsieur.

—Una opinión muy prudente —intervino alguien.

—Y nada comprometedora —terció encantadoramente una belleza de piel casi translúcida y boca bien delineada—. Los gobernantes debieran hacerse amar más y mejor por sus pueblos.

—Estoy de acuerdo con madame Récamier —dijo un caballero enmascarado, ataviado con un dominó negro, que no quitaba sus ojos de ella ante la mirada furibunda de Chateaubriand.

—Admito que debió licenciarse el ejército en sus primeros días —prosiguió el escritor—. De ese modo habríamos evitado que los veteranos se alimentasen de los recuerdos y de las glorias pasadas, pero...

Una dama en apariencia exquisita, tocada con docenas de espigas de brillantes falsos, que se resguardaba tras una máscara plateada y exhibía un vestido de lamé con rebordes floreados, puso en funcionamiento el abanico y, ante el estupor de unos y de otros, exclamó con un vozarrón de hombre que ponía al descubierto sus más secretas intimidades:

—Sí, sí y sí —afirmó sin rubor y con voz tonante—. La culpa es de los veteranos. París se vuelve cada día más peligroso. Hasta en las Tullerías dejan la luz encendida por la noche.

—¡Ese hombre teñido con nuestra sangre! Es otro Atila, otro Gengis Jan, pero más terrible y odioso porque dispone de los recursos de la civilización —dijo un individuo alto, pelirrojo y cargado de hombros. Llevaba su máscara en la mano y miraba con ojos de cordero degollado a la Récamier.

—Benjamin Constant quiere decir, me atrevo a suponer —repuso Chateaubriand—, que jamás, por ninguna razón, apoyaría la causa de Bonaparte. Ni siquiera —añadió levantando un dedo— aunque el Ogro deseara contar con sus servicios...

—Yo sólo estoy al servicio de mi arte —dijo Constant, que se puso del color de su cabello.

—Pero, monsieur, disculpad mi atrevimiento —intervino un maduro caballero que se despojó de la máscara—, imaginemos que esos rumores cada vez más persistentes tuviesen fundamento, que no fueran simples deseos de los bonapartistas. Imaginemos que ocurriera. Qué ruina para la nación. La fuga de capitales sería el menor de nuestros males.

—En ese caso, si la Monarquía resiste sólo tres días, la victoria es nuestra. Y los partidarios de la imaginación —dijo Chateaubriand clavando su mirada en el maduro caballero—, imagínense al rey defendiéndose en su castillo. Causaría un entusiasmo general.

—Monsieur, permitidme una pregunta —saltó una dama tan arrebolada que suscitaba la duda de si había reprimido demasiado tiempo su pregunta o de si había abusado en exceso del arrebol—. ¿Es cierto que guardáis un frasco de agua del río Jordán colgado de un árbol en vuestro parque del Valle de los Lobos? —Hubo algún que otro carraspeo y una risa nerviosa. La dama tomó aire y se quedó muda como si hubiera perdido el don por el que era reputada de temeraria.

—En realidad —dijo Chateaubriand repuesto tras un segundo de estupor—, madame, reservo mi agua del Jordán para el bautizo del próximo Borbón. Hasta ese extremo llega mi confianza en la Monarquía.

En ese instante, Auguste se disculpó alegando que forzosamente el anfitrión debía ser presentado al resto de invitados.

—De cualquier modo, monsieur —dijo Chateaubriand dirigiéndose a Julien—, es sugestiva su idea de destino, y melancólica. Le prometo pensar en ella.

Y Julien se despidió con una nueva inclinación de cabeza, pero sin quitarse la máscara.

—¿Ves aquella hermosura morena? —dijo Auguste al oído de Julien cogiéndole del brazo —. Una de las pocas que no llevan máscara. Es Catalina Worlée, la esposa de Talleyrand. Una golfa imparable. Fue su amante hasta que el Emperador obligó a Talleyrand a desposarse con ella. ¿Y sabes por qué? Porque no podía tolerar un concubinato de su ministro. La vergüenza de Talleyrand no tuvo límites y jamás se lo perdonó.

De repente, Auguste se envaró, apretó el brazo de su amigo y se puso excitadísimo.

—¡Oh, Dioses!

—¿Qué te ocurre?

—Es Taima. El gran Taima, en persona —dijo señalando con la mano a un tipo sin máscara que reía sin cesar en el centro de un círculo femenino—. Para tener cincuenta y dos años, y llevarme sólo doce, se conserva primorosamente. ¿O es que yo me conservo tan mal, Julien?

—¿Taima? —preguntó atónito Julien.

—Ay, querido, me asustas —musitó Auguste sin apartar los ojos del hombre—. El actor más prestigioso de nuestros tiempos —suspiró—. Dicen que de su arte aprendió el Amo a desempeñar su papel de emperador. Siempre he querido conocerlo, y siempre se me ha escabullido. Tiene una verga legendaria que mide holgadamente dos palmos, y sus orgías no tienen parangón. Llama a su verga Danton. ¡Por Júpiter!

Dieron discretamente unas cuantas vueltas por las inmediaciones del círculo, pero ante la armonía que reinaba dentro y la evidencia de que no se podía abrir brecha en él, Auguste se avino a intentarlo más adelante.

—Por cierto, un personaje interesante aquel que está de espaldas, el del bastón con la empuñadura de marfil. Veamos, vizconde... vizconde... vizconde de Ménéval, eso es. Un monárquico recalcitrante. Aunque hay quien dice que sus relaciones con el poder son bastante turbias, pero qué relaciones con el poder no lo son. Además, va acompañado de una joven de hermosura inexpresable, mademoiselle Cobbet. Te los presentaré.

Ambos se aproximaron sorteando a unos y a otros. La joven, cuya estatura era la misma que la de su acompañante, tenía una abundante melena que llevaba recogida en un moño rubio. Unos cuantos mechones color ceniza le caían hasta los hombros. Lucía un vestido de satén con la cintura alta, guantes blancos hasta más arriba del codo, y llevaba una máscara del color de su cabello. Cuando Auguste se adelantó un paso, el vizconde se dio la vuelta y, al instante, Julien reconoció a Gilles.

Tan brutal fue como inesperado. No obstante, y aunque la máscara le protegía, algo más irresistible que su memoria hizo que se dominase y mantuviera la compostura. Los cuatro se quedaron frente a frente. De los dos invitados, sólo la joven supo reconocer a Julien bajo el disfraz.

Auguste efectuó las correspondientes presentaciones.

—Nos estábamos preguntando bajo qué amable careta se habría refugiado el maestro de ceremonias, ¿verdad, querida? —dijo el vizconde de Ménéval.

—Hemos estado apostando —corroboró ella afectando una ligereza que estaba muy lejos de sentir.

—De todo corazón espero no haberla arruinado —replicó Julien con naturalidad.

—Por fortuna, monsieur Lasalle, mademoiselle Cobbet no es susceptible de arruinarse ni siquiera apostando adrede al número equivocado —apostilló el vizconde entre las risas de los presentes.

—¿Tiene mademoiselle cuanto desea? —preguntó Julien hurtando los ojos a Gilles.

—Oh, sí, gracias —contestó Sarah muy impresionada.

—Magnífico. Todo indica que el baile va a dar comienzo —intervino Auguste, a quien no se le había escapado la tensión inexplicable del momento.

—Le comentaba a mademoiselle —dijo el vizconde— que su apellido me resultaba muy familiar. Sin embargo, según tengo entendido, lleva tiempo en las Américas, ¿me equivoco?

—Toda una vida, vizconde. De cualquier forma, Lasalle es un apellido bastante común —repuso Julien.

—De eso no cabe duda —opinó el vizconde.

—Oh, vizconde. Adoro el minué —dijo Sarah.

—Le ruego que me disculpe, querida. Por desgracia, no he traído los zapatos apropiados.

—Mademoiselle, sería un honor para mí que me concediera este baile —intervino Julien ofreciendo su brazo a Sarah. Ésta titubeó por un momento, bajó la mirada y, al instante siguiente, posó la mano enguantada en el antebrazo de Julien—. ¿Monsieur? —preguntó éste dirigiéndose a Gilles.

—Dancen, dancen. Vayan —replicó Gilles haciendo un gesto de impaciencia mientras se quedaba mirándolos fijamente ante la sorpresa de Auguste—. Y procuren no equivocar el paso —añadió para sí.

Durante el primer y segundo movimiento, ninguno hizo el menor comentario. No fue hasta la presentación del brazo izquierdo cuando Julien se atrevió a preguntar:

—¿Hace mucho que conoce al vizconde?

—Unos días tan sólo —respondió Sarah—. En una fiesta que dio en su palacete de la rue Saint-Honoré.

La joven, al comprobar que él no la había reconocido, comenzó a sentirse cómoda.

—Ah, ya veo. Yo trabajé no lejos de esa calle. Allí vivía una persona muy querida para mí —dijo Julien con un acento casi imperceptiblemente soñador.

—¿Un amigo de la infancia, quizá? —preguntó Sarah, para quien era imposible mirarle a los ojos tras la máscara sin ver al niño cuyo nombre jamás había llegado a conocer.

Julien miró su perfil brevemente, el color de los mechones que caían por su cuello, y, aspirando el intenso perfume a vainilla de la joven, dijo:

—Un ángel. Con un trágico final. —Y permanecieron en silencio un largo rato, hasta el paso de minué.

Luego, fue ella quien se atrevió:

—Lo lamento mucho. Debió de ser alguien a quien conoció en profundidad.

—Más que eso, mademoiselle.

—¿Más que eso?

—Alguien que me arrebató el corazón.

—Discúlpeme. Traigo a su memoria recuerdos dolorosos.

—Más bien al contrario, mademoiselle. Esos recuerdos sólo iluminan mi vida.

Y no volvieron a decirse nada hasta la conclusión del sexto movimiento. Porque ¿qué cabía decirse después de eso? Una parte de él se había ido del baile, al menos en espíritu, aunque su cuerpo siguiera danzando con los gestos precisos para no poner en evidencia a esa joven. En cuanto a ella, ¡ah!, las cosas eran realmente mucho más complejas.

Su pecho latía con una violencia desacostumbrada, similar a la noche en que su madre le había comunicado el asesinato de míster Cobbet, su padre adoptivo; y, sin embargo, las razones de su excitación eran bien distintas. Por un momento, llegó a preguntarse si no estaría equivocada, si en realidad este caballero y aquel niño eran la misma persona, si no estaría

sufriendo alucinaciones. Al fin y al cabo, lo único visible con la máscara puesta eran los ojos. Pero pronto se tomó esa duda en lo que valía, como un expediente necesario para neutralizar todas las posibilidades de equívoco, en la medida en que revelaba una seguridad que provenía del corazón. Los movimientos de ese hombre eran, salvando la distancia de los años, similares a los del niño, y, sobre todo, esos ojos que nunca había podido olvidar eran los mismos que habían velado sus sueños en la casa querida de su madre, cuando aún eran tan pobres, y ella estaba malherida, postrada en su lecho. Aún recordaba aquello, y el dolor lacerante que dificultaba la respiración, y el miedo de no volver a verlo. Porque jamás había vuelto a encontrarse con él. Y ahora, por si fuera poco, a esa conmoción en la que se veía envuelta se sumaba una certeza alarmante: esos ojos, que durante años había buscado inútilmente en los ojos de otros hombres, y que aún hoy recordaba siempre que contemplaba las estrellas en los días claros de verano, eran (esta noche, al menos, sí lo eran; definitivamente, lo eran) los ojos del anfitrión de la fiesta a la que ella había concurrido por deber y por patriotismo, más que por diversión.

Mucho antes de que mademoiselle Cobbet y Julien lo advirtiesen, el baile llegó a su fin, y ambos regresaron al mismo sitio donde habían dejado al vizconde.

—Es demasiado diestra para un mal bailarín —dijo Julien.

—Déjese de cumplidos, monsieur —replicó Sarah.

—La voluntad compensa sobradamente las carencias de nuestro anfitrión —terció Gilles.

—Mademoiselle —dijo Julien inclinando la cabeza mientras Sarah correspondía con una ligera genuflexión—. Vizconde.

—Monsieur Lasalle. Espero verle sin máscara la próxima vez. Un encuentro así, tan desigual, resulta poco civilizado.

—No lo deseo menos que vos, podéis creerme —dijo Julien, que giró sobre sus talones.

—Mademoiselle —dijo Gilles—. ¿Me acompaña? Lamento comunicarle que me retiro. Además, me equivoqué. Nada hay aquí que me pueda interesar.

—Vizconde, vuestros criterios son demasiado selectos en un mundo demasiado burgués. Os acompaño.

—Será eso, querida. Será eso —dijo Gilles ofreciéndole el brazo.

Ya en el vestíbulo, Gilles se dio la vuelta sin otro interés que refrendar el mal gusto de los nuevos ricos, cuando advirtió que alguien subía por la escalera camino del primer piso. Era un viejo que llevaba una planta en las manos. Al principio se quedó confuso, luego se negó a dar crédito, y, por último, dio unos pasos en aquella dirección. El viejo subía penosamente, mirando al suelo. El vizconde apenas distinguía más que su perfil, pero, en el último giro de la escalera, antes de perderlo de vista, reconoció sus facciones y una mezcla de sentimientos terminó de abrumarlo. Fue un atisbo de piedad lo que pareció prevalecer; sin embargo, la piedad, como un espejismo, pronto se subsumió en un mar agitado de emociones, y el gesto de Gilles se endureció.

Estaba muy viejo su padre, casi irreconocible, pero era él. No iba vestido de fiesta. ¡Y subía como alguien que residiese allí en compañía del indiano... ese enmascarado insolente!

—¿Os sucede algo, vizconde? —preguntó Sarah, a su lado, justo cuando el viejo desaparecía en el primer piso.

—Sí. Es tarde, y tengo asuntos pendientes que reclaman mi atención —contestó Gilles, que se apresuró a tomar el manto y el sombrero de manos del lacayo.

Dentro, el baile proseguía, y entre los invitados reinaba la euforia que sigue al champán servido en abundancia.

—¿Qué te ha parecido mademoiselle Cobbet? Hermosa, ¿no es cierto? —preguntó Auguste

a Julien.

—Una puta más —replicó Julien abismado en sus pensamientos—. Ninguna otra mujer se haría acompañar por ese hombre.

—Querido, te ruego que domines tus impulsos. La rancia nobleza es exageradamente soberbia, y todos hemos sido testigos del desencuentro. Pero, en fin, ¿y nuestro contacto? ¿Y V? ¿A qué espera para revelarse?

—Deseemos que no se haya arrepentido —contestó Julien—. Pero te adelanto que se ha presentado un inconveniente de última hora.

—¿De qué se trata?

—Tiempo tendremos de hablarlo —dijo Julien, que observó cómo dos damas se aproximaban a ellos.

—Amigo mío, has sido siempre un enigmático —sentenció Auguste, y se frotó las manos con fruición.

13. UNA REVELACIÓN EXTRAORDINARIA

El 5 de marzo de 1815 un correo accedió impetuosamente al palacio de las Tullerías con una noticia calamitosa. Dos días después, hacia las seis de la mañana, otro correo despertó a Metternich, ministro de Asuntos Exteriores de Austria y uno de los árbitros de la política europea. Ambos correos llevaban mensajes urgentes, y en ambos casos el mensaje era del mismo tenor: Napoleón había abandonado la isla de Elba con seiscientos cincuenta oficiales y soldados de la Vieja Guardia.

Durante las dos semanas siguientes, y a medida que Napoleón se iba aproximando a la capital, nuevos regimientos de veteranos se adherían a su causa. En el desfiladero de Laffrey, y delante de un batallón en línea enviado para detenerlo, el Amo se desnudó el pecho y señaló su corazón. Los soldados, incapaces de disparar, bajaron los fusiles, se arrojaron a sus pies y le besaron las manos. En París, el desconcierto se hacía tan ostensible como el vacío de poder.

Monsieur de Talleyrand se apresuró a decir que la Historia no había conocido nada parecido a esta nueva agresión napoleónica contra la humanidad. El dignatario, en otro tiempo próximo a Napoleón, expresaba el sentimiento de los monárquicos, los republicanos y, sospechosamente, de los ingleses.

¿Y José Fouché? Aquel revolucionario teórico, aquel enemigo de los aristócratas, aquel verdugo de los privilegios de sangre, ahora, oficialmente, duque de Otranto, y no menos oficialmente retirado de la política, fue tentado, primero, y luego amenazado por la Monarquía para que aceptase una cartera de ministro. Pero Fouché, que tan sólo unas semanas antes era despachado con desdén por su pasado napoleónico, conocía de primera mano la situación y se negó a participar en un gobierno cuyos días estaban contados. El duque de Otranto no sólo era temido, sino que conservaba intacta la red de agentes tejida por él cuando era ministro de la Policía.

Al día siguiente a su entrevista con el hermano del Rey, en la que aconsejaba a los Borbones que se pusieran a salvo, Fouché mandó llamar a su palacio de la rue Cerutti a uno de sus más eficaces y leales confidentes, el vizconde de Ménéval.

—Tomad asiento, vizconde. ¿Sabíais que cuando Napoleón capituló le escribí una carta aconsejándole que emigrase a América? Naturalmente, él no me respondió. Pero estaba previsto que no lo hiciese.

—Magnífico, Excelencia. Permitidme, no obstante, ¿no os comprometisteis demasiado?

—Envié asimismo una copia de esa carta al rey Luis XVIII, para ganarme su simpatía, por si acaso.

—Una jugada maestra, Excelencia.

—Naturalmente, tampoco me contestó.

—¿También estaba previsto?

—Reservad vuestra insolencia para vuestros propios confidentes, vizconde. Y, por cierto, sobornad con un poco más de discreción. Lo que trato de deciros es que ahora me necesitan. Ahora, en estos momentos de confusión, los Borbones necesitan a alguien con un pasado radical,

republicano, bonapartista —dijo Fouché mientras se levantaba y empezaba a pasear por el salón —. Un político hábil que los reconcilie con un pueblo al que han despreciado durante meses, como si la Revolución no hubiera existido, ni tampoco Napoleón. Sentaos, vizconde; sentaos, he dicho. Sólo hace semanas, cuando presentaba mis respetos a los dignatarios de la Corte para que contasen con mis servicios, me evitaban, pero ahora, ahora me buscan. Y ¡éste es el momento! Así pues, ¿qué hay de lo nuestro, vizconde? —preguntó mirándolo de pie.

—Teníais razón. Se prepara un atentado, Excelencia —dijo Gilles con un timbre de admiración mientras se levantaba de nuevo—. Existe un complot para asesinar al Emperador.

—Bien. ¿Quiénes son los conjurados? ¿Tenéis ya datos precisos?

—Como siempre, agentes realistas.

—Decidme algo que no sepa. Quiero los brazos ejecutores.

—Se rumorea que han contratado a un profesional para hacer la labor.

—¿Sabéis su nombre? ¿Sabéis el día, el modo?

—Aún no, Excelencia —contestó Gilles tras un levísimo titubeo.

—Entonces, ¿sabéis algo que yo no sepa? —preguntó irritado, y a continuación—: Escuchadme. La huida de Napoleón es providencial. Y su asesinato sería una inconveniencia. Lo más desafortunado que podría ocurrimos. Ese atentado debe impedirse al precio que sea. Si Napoleón muere, me coloca en una situación de debilidad, dejo de ser imprescindible. Incluso pasaría a ser sospechoso. Y conmigo, no lo dudéis ni por un momento, vos también. Sólo Napoleón, sin pretenderlo, puede darme la capacidad para maniobrar libremente. —Gilles jamás había visto a Fouché tan alterado. Él, que tan a menudo despachaba con su admirado protector, estaba sorprendido de la expresividad de Su Excelencia—. Éste es el momento. Después será tarde. Napoleón tomará el poder. Es sólo cuestión de días. Pero ¿cuánto resistirá? Toda Europa estará en su contra, y sucumbirá. Es irremediable. Ahora bien, mientras tanto nos haremos fuertes. Será preciso jugar las cartas de la Monarquía o de la República, pero, por ahora, siempre cerca del clan Bonaparte. ¿Comprendéis?

—Sin embargo, Excelencia, habéis rehusado una cartera ministerial ofrecida por el propio Rey...

—¿Con Napoleón a las puertas? ¡Estáis loco, vizconde! ¿Tan poco habéis aprendido en estos años? —exclamó, y sonrió despectivamente—. La vida política es tortuosa, y, sobre todo, corta. Lo que yo deseo son posibilidades de supervivencia, no epitafios. La Corona me tiene amenazado, sí, pero me necesita. Poco me sorprendería que tratasen de detenerme. Eso, vizconde —dijo haciendo una pausa mientras se desplazaba hacia la chimenea, cogía unos papeles de la repisa, regresaba para tomar asiento en un sillón y, con un gesto de la mano, invitaba a Gilles a imitarlo—, también está previsto —concluyó, y se puso a ojear los documentos—. En estos últimos días habéis asistido a muchas fiestas. La última, un baile de disfraces, si no estoy mal informado. ¿Algún familiar, tal vez? —preguntó levantando la vista de los documentos y fijando unos ojos entrecerrados en Gilles.

Era muy obvio que Fouché esperaba que fuese el propio Gilles quien lo pusiera al corriente.

—Sí. Hace poco he descubierto que alguien que creía muerto ha resucitado. Pero lo arreglaré.

—Bien, bien, bien. Me agrada oír eso. Estaríais en serias dificultades si alguien descubriese que el vizconde de Ménéval es un impostor. Y me temo que un familiar resucitado es una severa inquietud. Incluso yo me vería en un pequeño aprieto. A estas alturas, monsieur de Talleyrand se alegraría como un niño si diera con un buen pretexto para derribarme. Solucionadlo cuanto antes.

—Me ocuparé personalmente, Excelencia.

—Por cierto, ¿quién es el joven que acompaña a vuestro padre? Tengo entendido que es un nuevo rico.

Tratando de no revelar sorpresa alguna, Gilles se apresuró a replicar.

—Un emigrante, Excelencia.

—Vayamos al grano, entonces —dijo Fouché, que se levantó dando por concluida la entrevista—. Poneos a trabajar. Y traedme pronto noticias concretas sobre el asunto que nos incumbe. El tiempo apremia.

Entretanto, Julien permanecía recluido en su mansión sin saber a qué atenerse. V, el dichoso contacto, aún no se había descubierto. Y eso que llevaban varias semanas instalados en París. El mensajero de Nueva Orleans le había asegurado que V se entrevistaría con él cuando llegase el momento. Pero el momento tardaba en llegar, y Napoleón estaba en camino.

Por otro lado, Victor invertía su tiempo buscando a Gilles. El cochero le conducía de acá para allá en busca de pistas. Visitó al doctor Émile, a amigos y conocidos, se desplazó hasta el internado donde su hijo había cursado sus últimos estudios, pero, por ahora, lo único tangible eran los mustios recuerdos que atesoraba su mansión.

—Esperemos que no tengamos que echar de menos Nueva Orleans —dijo Julien a Auguste uno de esos días, arrellanado en su diván de fustán verde, y aspiró una bocanada de opio.

—¿Desde cuándo vacilas, amigo mío? El arrepentimiento no está en tu carácter —replicó Auguste dejando una mano en su hombro.

—Si Gilles me descubre estaré poniendo en peligro la misión.

—Pero tienes una ventaja sobre Gilles. Tú eres quien dices ser; Gilles no.

—Y una desventaja, Auguste, y una desventaja. A mí me preocupa su padre.

Un día, Julien recibió la esperada visita. Fue un 16 de marzo, el mismo día en que, por orden del Rey, la policía quiso detener al duque de Otranto, que se escabulló ante su presencia por dos veces. La primera, en plena calle, Fouché ordenó a su cochero arrancar el carruaje a toda velocidad. La segunda, eludió la orden fugándose por el jardín trasero de su casa hacia el parque vecino de la ex reina Hortensia. En efecto, un 16 de marzo, tres días antes de que el Rey, bajo una lluvia helada, huyera de París por una puerta lateral de las Tullerías camino del destierro.

Tras ser informado de la visita por uno de sus sirvientes, Julien se precipitó en la biblioteca, donde le aguardaba un sujeto de corta estatura cuyo físico había cambiado notablemente. No llevaba bigote, estaba más flaco que la última vez, y tenía el cráneo rasurado. De no haber sido por la cojera que arrastraba, no lo hubiera reconocido a primera vista.

—Supuse que no volveríamos a vernos —dijo Julien.

—Y no se contemplaba esa posibilidad —replicó el individuo levantándose del sillón en el acto. Como en Nueva Orleans, llevaba un portafolios de piel negra en la mano.

—Entonces, usted, ¿es V? Si es así, se ha hecho esperar —comentó Julien sorprendido.

—Soy tan sólo una persona de confianza. Vengo de su parte para abonarle el resto de lo que se le debe.

—Siéntese —dijo Julien, que no supo o no quiso evitar un gesto de contrariedad mientras se acomodaba en su butaca—. Curioso procedimiento, abonar un trabajo antes de darlo por terminado.

—Se ha acordado prescindir de sus servicios —repuso el sujeto abriendo el portafolios reconcentradamente.

—Confío en que se explique —dijo Julien, que, a su vez, decidió prescindir de cortesías.

—Según le consta —empezó el sujeto dando exageradas muestras de paciencia, como si estas consideraciones se derivasen de su buena disposición, y no de sus obligaciones como

intermediario—, en el curso de su carrera política, el objetivo ha sido víctima de varios atentados...

—Me consta —intervino Julien, que empezaba a impacientarse.

—Alguno de ellos, incluso, con veneno.

—Lo sé. Prosiga.

—Es más, el propio objetivo trató de envenenarse antes de capitular y ser deportado a la isla de Elba.

—En Fontainebleau —dijo Julien, que, a cada frase del otro, se encolerizaba un poco más —. No me haga perder el tiempo. ¿A qué ha venido?

—Demasiado aventurado, monsieur. Se ha desestimado su plan de acción. La misión queda abortada —repuso el emisario abriendo el portafolios.

—¿Mi plan? ¿Conoce acaso mi plan? Estoy aquí sentado, atendiendo sus explicaciones pacientemente, y usted insulta mi inteligencia. ¿Acaso V ha tenido la gentileza de presentarse para averiguarlo? —replicó Julien con frialdad ante la expresión cada vez más atemorizada del intermediario, que empezó a contar apresuradamente un fajo de billetes—. Guarde a buen recaudo su fortuna. Yo sólo cobro a trabajo hecho.

El mensajero se quedó quieto, con los billetes que sobresalían de su mano, y cuyos bordes temblaban visiblemente.

—V teme que se produzca algún error —dijo el intermediario en un tono bastante más cortés—. Y nada puede fallar ahora. Hay demasiado en juego. Ese hombre destruirá Francia.

—Yo sólo tengo una palabra. Se trata de mi trabajo.

—Pero se ha optado por otras alternativas, monsieur —musitó el mensajero con voz casi afligida mientras guardaba el fajo de billetes en el portafolios—. Si lo prefiere, recibirá por correo el resto de sus honorarios.

—No es suficiente —dijo Julien.

—Me temo que no es usted, monsieur, quien debe juzgar eso —susurró con una cadencia nerviosa.

El mensajero se levantó sudoroso, con el portafolios contra el pecho, a modo de escudo.

—Responda, pues, ¿quién es el más indicado? ¿Quién es V?

—Le recuerdo que, según nuestro trato, quedó convenido que no haría más preguntas de las imprescindibles, monsieur.

—Le recuerdo que, en nombre de V, se me encomendó una misión para la que fui elegido. No he recorrido medio mundo para nada.

—Se le compensará, monsieur —dijo el otro, que temblaba de pies a cabeza forcejeando con el picaporte—. Seguro que se le compensará.

—Por última vez, ¿quién es V? —preguntó Julien con parsimonia.

—Mis respetos, monsieur —concluyó el visitante, que, tras vencer en su forcejeo con el picaporte, bajó las escaleras trastabillándose, cruzó el vestíbulo y, abriendo él mismo la puerta principal ante la mirada atónita de la servidumbre, huyó atropelladamente de la casa.

Al cabo de un rato, Julien salió al callejón por una de las puertas laterales. Montó su caballo y partió al galope tras el carruaje. El crepúsculo se espesaba sobre París.

Cuando lo tuvo a la vista, lo siguió a cierta distancia. Al fin, el carruaje se detuvo hacia la mitad de la rue Neuve-du-Louxemburg, junto a un farol, en la puerta de una casona de cuatro pisos que tenía las ventanas de la planta baja protegidas por un forjado de hierro, y las de arriba con celosías y postigos.

Viendo que el carruaje permanecía a la puerta, Julien no descabalgó. Esperó en una

bocacalle próxima; pero, al cabo de quince minutos, el coche arrancó sin el mensajero. Cuál no sería su sorpresa cuando, poco después, se abrió la puerta y el mensajero se despidió de una mujer joven que permaneció en el umbral.

Todo fue muy rápido. El mensajero enfiló la calle hacia el lado opuesto en el que Julien aguardaba y se alejó lentamente. Los faroles de la calle ya estaban encendidos. Julien descabalgó y se quedó contemplando maravillado a la joven. Tenía una melena rubia que llevaba recogida en un moño, y, a la luz de farol, le pareció una belleza insólita, deslumbrante. Y eso no era todo. Le resultaba conocida. Por otra parte, el mensajero se alejaba, y era forzoso ir tras él. Entonces la joven protagonizó algo que a Julien se le antojó extraordinariamente familiar.

Se sentó en el último peldaño de la escalinata que daba a la calle. La puerta estaba entreabierta. Entonces, se abrazó las piernas rodeándose los tobillos y, mientras se estiraba la falda para abrigarse, se puso a mirar las estrellas. Julien palideció. La puerta se abrió de par en par. En el umbral apareció una mujer de pelo cano con un chal de abrigo que le echó con ternura por los hombros a la joven. Ésta se levantó envolviéndose en el chal, y ambas entraron en la casa cerrando la puerta tras ellas.

Se hubiera quedado allí toda la noche sin pestañear, entrecortado el aliento, mirando la casa, la puerta, la escalinata. Todo le recordaba aquella escena que había acontecido muchos años antes. Su pecho palpitaba de tal modo que la sed de su corazón no la hubiera aplacado toda la sangre de sus víctimas. Se hubiera puesto a rezar sin palabras, él, que no conocía más dios que su propio destino. Giró la cabeza, se esforzó en dominarse, poner orden en sus ideas. Vio al mensajero, que doblaba una esquina y desaparecía tras el recodo. Se abrochó la capa y apretó el paso para darle alcance.

—¡Deténgase! —dijo cuando lo tenía sólo a unos pasos.

El mensajero giró sobre sus talones y, con cara de profundo espanto, sin dejar de mirar a un lado y a otro, replicó:

—¿Qué hace aquí? Está comprometiéndome. Es muy probable que le tengan vigilado.

Julien golpeó su bota con la fusta. El mensajero se llevó el portafolios al pecho.

—V es ella, ¿verdad? —dijo Julien.

—No estoy autorizado...

—Responda, maldita sea —susurró llevando la punta de la fusta a la garganta del mensajero — o lamentará haberse cruzado en mi camino. Y le advierto que soy hombre de decisiones rápidas. —Gotas de sudor perlaban la frente del mensajero—. V, ¿es ella? —preguntó Julien de nuevo elevando un poco el tono. El mensajero asintió repetidamente con la cabeza—. ¿Por qué ha dado marcha atrás? —preguntó sin apartar la fusta de su garganta.

—Decidió prescindir de usted y responsabilizarse ella misma del atentado. Como sin duda no desconoce, es una mujer bien considerada, con excelentes relaciones, y goza de la entera confianza de ellos.

—¿Confianza? ¿De qué confianza me está hablando?

—Monsieur, no me fuerce a hablar más.

—Esta noche sí, caballero. Esta noche, hablará. Lo dirá todo —replicó Julien saboreando cada una de las palabras.

—Ellos confían en ella —dijo el mensajero entre dientes.

—¿Quiénes son ellos?

—Por Dios, monsieur. Ingleses, demócratas, revolucionarios, anarquistas, católicos, realistas, republicanos. Qué sé yo... Ella es, a ciertos niveles, un nexo de unión entre familias irreconciliables, pero con un interés común: la muerte del déspota. ¿Comprende? Circula la

noticia de que el propio *Monsieur* está detrás.

—¿El conde d'Artois, el hermano del Rey, el eterno aspirante al Trono de Francia?

—Baje la voz, por piedad. Ni siquiera ella está segura. Pero, como bien sabe, desde su exilio, *Monsieur* ha organizado toda clase de complots contra el Emperador.

—¿Por qué decidió apartarme V, entonces?

—Nadie lo ha adivinado. Le estoy diciendo la verdad. Sucedió después de la fiesta de disfraces. Ella juzgó que usted no era la persona idónea para hacerse cargo del atentado.

—¿La fiesta de disfraces? ¡Su nombre! ¡Deme su nombre!

El mensajero titubeó desconcertado, como si hubiera intuido un agujero por el que introducirse para huir. Julien apretó un poco más la fusta contra la garganta.

—Recuerde... —dijo el mensajero tragando saliva—. Conoció a mademoiselle Cobbet en la fiesta de disfraces.

—Mademoiselle Cobbet...

—Déjeme marchar —musitó el mensajero.

—¡¡Su nombre!! —insistió apretando la empuñadura de la fusta.

El mensajero suspiró. Las gotas comenzaron a escurrirse por su frente..

—Sarah Cobbet... es la hija adoptiva de míster Cobbet. Míster Cobbet era agente naval y proveedor de una importante compañía naviera. Desapareció en extrañas circunstancias. Curiosamente, cuando el duque de Wellington nos venció en Talavera, y quedó claro que España se iba a convertir en un avispero para los ejércitos imperiales. Míster Cobbet era un liberal apreciado por muchos, pero con un defecto incorregible: no se callaba demasiado. Nadie duda de que la policía de Bonaparte lo hizo desaparecer.

Julien dejó caer el brazo que sujetaba la fusta como si de repente cediese a la tensión acumulada. El mensajero inspiró, sacó un pañuelo de un bolsillo y se enjugó el sudor de la cara. En el exacto instante en que Julien se disponía a volver sobre sus pasos, el mensajero le agarró por el codo y, en un tono suplicante, dijo:

—Pero... la situación parece haber cambiado en poco tiempo. Los espías de Fouché siguen el rastro a mademoiselle. Ella misma es incapaz de negarlo, y la misión se halla seriamente comprometida. Le he rogado que reconsidere su actitud, que le permita a usted intentarlo; pero, incomprensiblemente, se niega en rotundo. —Julien se zafó, y ya le daba la espalda cuando el mensajero volvió a detenerlo—. Y, ahora, monsieur, ahora, su imprudencia al seguirme nos cierra el camino. Fouché tiene ojos y oídos por todas partes. Ahora todos corremos un serio peligro, monsieur. Ha sido una temeridad seguirme, monsieur. ¡Una temeridad! —añadió entre susurros.

El hombre parecía horrorizado. Julien acabó de soltarse, pero la última frase se le quedó grabada con la obstinación de una venganza. Irreflexivamente, algo muy adentro se iluminó en él, y se alejó de allí a grandes zancadas.

Azotó con la fusta su caballo y éste salió a galope tendido. Atrás quedaba una sombra furtiva que se deslizaba calle abajo. En la oscuridad de la noche, ni el mensajero ni Julien habían reparado en ella.

Entró en la mansión como una ráfaga. El primero en verle el rostro fue uno de los sirvientes de color. Era un rostro que anunciaba tormentas. Un rostro que sabía que algo de gravedad había sucedido, y que un acontecimiento no menos grave estaba a las puertas. El sirviente negro, que llevaba un candelabro encendido, al verle cruzar el vestíbulo a toda prisa, dijo:

—Amo, amo. ¡Una desgracia! ¡Acaba de ocurrir una desgracia! Monsieur Victor se está muriendo.

—¿Cómo? —replicó Julien menos sorprendido que consternado.

—Han... han asesinado a monsieur Victor —tartamudeó el sirviente del candelabro—. Al poco de iros, recibió una visita, amo.

—Llevaba una capa y un sombrero —dijo un segundo.

—Estuvieron hablando en el salón y luego subieron a su aposento —añadió un tercer sirviente—. Luego, oímos un ruido y un grito. Cuando subimos, la ventana estaba abierta y monsieur Victor en el suelo.

—Cómo no le preguntasteis quién era... Cómo no detuvisteis a ese hombre —dijo Julien subiendo las escaleras de dos en dos.

Todos permanecieron callados. En lo alto de la escalera, Julien volvió la vista hacia el sirviente del candelabro, que se atrevió a balbucear:

—¡Porque respondió que era su hijo, amo!

Julien empujó muy suavemente la puerta entreabierta. Varios criados estaban junto al médico. En la estancia parecía haberse desencadenado una batalla, y haberse recolocado todo en el orden equivocado. Cuando Julien apareció, el médico se dirigió hacia él.

—¿Es usted su hijo?

—No. Pero él es como un padre para mí —contestó Julien.

—Lo lamento. No hay nada que pueda hacer por él. Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Padece una hemorragia interna.

Tumbado en la cama yacía Victor. La colcha le cubría hasta el pecho, y tenía los brazos por fuera.

Julien se abalanzó, le tomó el pulso en el cuello. Los criados mostraban expresiones consternadas. Alguien entre ellos prorrumpió en lamentos de angustia. El médico echó una última ojeada y, cogiendo su maletín, se deslizó fuera del aposento. Caían los segundos como paletadas de tierra sobre un ataúd. Entonces, Victor entreabrió los ojos y susurró con voz muy débil:

—Te... estaba... esperando. —Julien quiso decir algo, pero se le puso un nudo en la garganta. Tomó las manos del anciano, que estaban heladas, y las cubrió con las suyas—. Prométeme... prométeme que no le harás ningún daño. Prométeme que nunca le harás daño —dijo Victor—. Tienes que prometérmelo, Julien... El... es mi hijo.

Julien apretó los párpados. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Pasó una eternidad. Quizá las manos de Victor ya no estaban heladas entonces, cuando Julien abrió los ojos de nuevo, y, como alguien que ha hecho más de lo humanamente posible por estar a la altura, replicó:

—Te lo prometo.

Victor comenzó a respirar agitadamente.

—Él, él... no era malo —añadió—. Sólo... estaba celoso...

Y, tras un prolongado suspiro, Victor dejó de respirar.

14. SARAH COBBET

Las paredes estaban cubiertas de colgaduras negras, y el féretro, descubierto y protegido por un vidrio, con un cirial de plata en cada esquina. Uno de los sirvientes se adelantó y encendió los cuatro cirios. En el salón, todos permanecían de pie, excepto Julien, que descansaba en un sillón de brocado. Apoyaba el codo en uno de los reposabrazos de madera y se cubría la cara con la mano, mientras Auguste, de pie, junto a él, se aferraba con la suya a la parte superior del respaldo.

La servidumbre, que vestía libreas de luto riguroso, estaba situada unos pasos por detrás. La mayoría lloraba en silencio. Se oía el tictac de un reloj de pared. De vez en cuando, alguien entraba con sigilo, se acercaba a Julien y le daba el pésame. Durante horas hubo afluencia de gente. La mayoría acudía atraída por la aureola del indiano rico, aquel que había convocado a medio París a un inolvidable baile de disfraces. Y, de pronto, alrededor de media tarde, cuando Victor llevaba casi veinticuatro horas fallecido, alguien se acercó al sillón de Julien por detrás.

Ni siquiera Auguste, que estaba atento a cualquier gesto, lo vio acercarse. Una mano con un anillo de brillante en el dedo meñique apretó suavemente el hombro de Julien, mientras una voz susurraba:

—Mis condolencias, monsieur.

Julien levantó la vista y reconoció el bastón con el puño de marfil, los mismos ojos separados y pequeños, la misma tez salpicada de pecas y el mismo pelo ordenadamente despeinado hacia delante del vizconde de Ménéval. Se levantó al instante, lo miró de frente, a no más de dos palmos de distancia. Auguste apretó con fuerza el respaldo y, en ese instante, Julien supo que esa aparición era una prueba, y que lo fácil, lo irresistible era ceder al dolor, abalanzarse y perderlo todo. De manera que se contuvo, bajó la vista y la desplazó hacia el cuerpo de Victor.

—Tal vez, por su aflicción, me atrevería a decir que era su padre —adelantó el vizconde.

—En muchos sentidos, así fue —replicó Julien sin apartar los ojos del cadáver.

—¡Ah!, entonces le quedará el incalculable legado de su recuerdo. Ningún patrimonio en este mundo puede comparársele. No existe mayor tesoro —dijo el vizconde con un timbre de soterrada ironía.

Julien volvió la cabeza y lo miró con tal ferocidad que el vizconde casi descompuso el rictus. Una lucha sorda se libraba dentro de Julien. Sabedor de que Gilles lo estaba incitando, no se le escapaba que dar rienda suelta a sus impulsos lo hubiese dejado a su merced. Auguste, sin perder detalle, estaba tenso como una soga.

—Lamento contradeciros, vizconde. Hay una posesión aún más gratificante... y es haber gozado en vida de su afecto y de su admiración. Sentimientos que, como sin duda conocéis, no se entregan a todo hijo.

El rostro de Gilles adquirió el color de los cirios que velaban el cuerpo de su padre.

—Es obvio que París no le trae buena suerte, monsieur —dijo Gilles—. Sin embargo, le deseo que sus trascendentes negocios aquí no padezcan demoras.

Julien iba a replicar cuando Rochambeau, el viejo notario, se aproximó indiscreta pero

cordialmente a Julien, y dijo con voz endeble:

—¿Monsieur Lasalle?

—Yo soy —dijo Julien mirando al vizconde.

—Lo lamento, pero cuando esté disponible hay ciertos asuntos que debemos tratar con urgencia —dijo dando palmaditas a la carpeta que llevaba bajo el brazo—. Me consta que eran los deseos del finado —añadió mirando hacia el féretro—. Si le parece, podríamos citarnos para esta semana.

Julien esbozó una sonrisa amarga y, con un gesto para que le precediera, dijo:

—Permítame que le acompañe al vestíbulo —y, antes de sobrepasar a Gilles, añadió dirigiéndose a él—: Os ruego me disculpéis, vizconde. Es preciso que atienda las últimas voluntades de mi padre.

Durante un lapso casi imperceptible, el vizconde fue incapaz de reprimir su cólera. Con los ojos inflamados agarró el bastón por los bordes, de tal modo que parecía que fuese a quebrarlo, y encarándose a Julien dijo en voz muy baja, pero con un acento en el que se concentraba todo el furor que le inspiraba el indiano:

—¡El viejo expiró con mi nombre en sus labios!

Y, apoyando el bastón en el suelo, abandonó la estancia a paso vivo.

Julien avanzó hacia él con una determinación inconfundible, pero, por fortuna, Auguste ya estaba preparado y, sujetando a su amigo por ambos brazos, lo detuvo antes de que pudiese darle alcance.

—Ahora no. Aquí no, amigo mío —susurró al oído de Julien—. Este no es el lugar, ni el momento.

El día siguiente al entierro, Julien apenas salió de su cuarto en toda la mañana. No había dejado de llover. Cogió la pipa, ejecutó las operaciones de rigor y una fragancia consoladora saturó el dormitorio. Se quedó así, fumando un largo rato, tumbado en el diván, viendo cómo las gotas de lluvia resbalaban por los cristales. De cuando en cuando el viento azotaba las ventanas.

Victor estaba muerto. Y él, que lo había sacado de Nueva Orleans para darle una vida mejor, para que no arriesgase la suya y volviera a ver a su hijo, ni siquiera había podido salvarlo. Era casi un cadáver cuando le tomó las manos heladas. Un cadáver que olía al usurpador de Ménéval. Quizá ningún otro hubiese podido detectarlo, pero él sí. Para él ese olor acre, a flores secas, era tan vivo como si el criminal en persona continuase allí, entre ellos dos, mientras Victor le hacía prometer algo inhumano.

Le hubiera gustado creer que Gilles era el único culpable; sin embargo, el opio, al que estaba habituado, dejaba una huella de lucidez en su alma que no le permitía engañarse por mucho tiempo. Y la culpa estaba ahí, acechándole. ¿Por qué trataba de mentirse? Él era el único culpable. Sólo él había permitido que Victor se alejase de América. A sus años, había consentido que cambiase una vida plácida por un futuro imprevisible en París. Y todo, por qué. ¿Por Victor? ¿Por él mismo?

Al final, se demostraba que la salud del viejo no había sido más que un subterfugio, un pretexto para perseguir su maldita idea de destino, continuar con la búsqueda de su nombre. Se acordó de Grand Perle con rabia, con infinito odio, con infinito rencor. Ahora todo sonaba a leyenda, todo le resultaba odioso, e, incluso por encima de su enemigo, se odiaba a sí mismo infinitamente más que a nadie. Entonces, le vino ella a la mente. Se incorporó en el diván, apagó la pipa, se levantó de un salto e hizo llamar al cochero.

Cuando se abrochaba la capa, Auguste salió a su encuentro en el vestíbulo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Auguste haciendo un gesto para que el criado le alcanzase la

suya.

—Debo verla ahora —contestó Julien como poseído por una obsesión.

—Voy contigo —replicó Auguste dejando que el criado le pusiera la capa por encima.

—No —dijo Julien con una mirada que no dejaba lugar a dudas—. Iré solo. —Y desapareció bajo una lluvia torrencial.

Cuando el cochero llegó a la rue Neuve-du-Louxemburg, Julien le indicó que se detuviera a la puerta de la casa y que arriase nuevamente a los caballos.

Subió la escalinata y llamó. Se demoraron en abrirle. Una criada gruesa, de pelo gris, en quien reconoció a la señora que había puesto el chai por los hombros a Sarah, abrió la puerta con una expresión desconcertada. En la segunda planta, unos visillos de muselina se agitaron levemente.

—Mademoiselle no está en casa —dijo la criada.

—La esperaré —replicó Julien dándose media vuelta.

—Llegará tarde, monsieur.

—La esperaré. —Y, cruzando de acera, se puso a dar paseos por la calle.

Seguía lloviendo, y hacía frío. Pasaron las horas, cayó la tarde. La multitud que se había congregado en las inmediaciones de las Tullerías para despedir a Luis XVIII regresaba a sus hogares. Y la noche se cernió sobre una ciudad que se disponía a asistir al penúltimo acto de la Monarquía.

Julien, empapado de arriba abajo, volvió a llamar a la puerta. La criada lo recibió con un candil en la mano, una toca de puntillas, el camisón y una bata a medio abrochar.

—Monsieur, por Dios, debe usted irse. Mademoiselle no ha regresado. Tal vez haya partido de viaje. No está... Le digo que no está —repitió muy azorada.

Él cogió el pomo como si fuera una presa y replicó:

—Dígale de mi parte que la estoy esperando. Dígale que no me moveré de aquí hasta que la vea. ¿Me ha entendido? ¡Dígaselo! —ordenó mientras la criada lograba cerrar la puerta. Luego, a paso sereno, cruzó la calle y se apostó bajo un farol encendido, justo frente a las ventanas de la mansión, y esperó.

Se dedicó a esperar sin poner un ápice de voluntad en ello, como lo haría un hombre sin opciones, alguien en cuya ausencia nadie en este mundo repararía. Estaba solo. Como siempre. Y lo sabía. Pero, por qué no, tal vez las cosas serían distintas alguna vez. Por eso y porque no encontraba otra razón para vivir, y porque hubiese muerto por esa misma razón, esperó de pie, irreflexiva, resignada, respetuosamente, sin esperanzas, durante horas, bajo la lluvia, como si los años que había vivido hasta entonces, o, al menos, su más profundo significado, dependiesen del tiempo que pudiera soportar allí, bajo el agua.

Porque la del 19 de marzo de 1815 fue una noche lluviosa y fría. La misma lluvia helada que a esas horas calaba los pies de los pajes que escoltaban a la familia real con sus antorchas en alto, esa lluvia que caía sobre una multitud arrodillada, la lluvia que repiqueteaba sobre la carroza real mientras abandonaba París, fue la lluvia que empapó a Julien durante toda la noche. En la casa de enfrente, una mujer joven, tras unos visillos de muselina, había pasado la madrugada en vela, sentada en un sillón, sin probar bocado, sin apenas levantarse. De vez en cuando atisbaba a través de los visillos.

Hora tras hora, esa joven se debatió en sus tentaciones. Anhelaba engañarse y decirse que lo hacía por el bien de la patria y por el bien de sus amigos; porque, a estas alturas, hasta le costaba diferenciar a una de los otros. Que la razón por la que no iba al encuentro de Julien consistía en que, sencillamente, un criminal que se ganaba la vida envenenando era la peor alternativa, y la

menos honorable para llevar a cabo la misión; y, sin embargo, antes de conocer su identidad, cuando le pasaron las inmejorables referencias de *Le sorcier,* había ordenado sin demora que lo contratasen. ¿Entonces? Anhelaba decirse que a míster Cobbet, su honesto padre adoptivo, no le hubiese gustado que ella se vengara del régimen negociando con un asesino. Anhelaba decirse que el hecho de liderar una amplia facción de republicanos que habían hecho causa común con parte de los enemigos del tirano la hacía responsable de cientos de vidas. Que ella era V, y que tenía un compromiso, y que confiaban en ella. Sí, anhelaba decirse todo eso; pero, en la intimidad de su alcoba, esa larga noche lo único que repicaba en su cabeza era que temía por él, que temía por su vida más de lo que había temido nunca por la vida de nadie, mucho más de lo que temía por el fracaso de la misión; y que, si alguien la hubiese persuadido de hacer lo que deseaba en lo más profundo de su alma, habría abierto esa maldita puerta, cruzado la calle, empapado sus ropas para echarse en los brazos de él y buscar la poca o la mucha protección que pudiesen compartir juntos, mientras le prodigaba sus caricias. Que Dios la perdonase, pero ¿tan malo era? ¿Tan abyecta era esa tentación? Si se hubiera dejado ir (y por cierto que estaba demostrando entereza para vencer todas las tentaciones), ni siquiera hubiese aguardado a que nadie la convenciera. Se hubiera plantado junto a él en menos de lo que costaba imaginarlo y, entre sollozos, le habría preguntado: ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué te ha ocurrido para haberte convertido en esto?

Y él seguía allí, bajo la lluvia. Ni por un instante levantó la vista en dirección a la ventana.

La criada de pelo cano, como todos los días, entró en el aposento de mademoiselle a primeras horas de la mañana y al verla en el sillón la contempló espantada. Sarah permanecía mirando hacia la calle con ojos fatigados mientras sujetaba un pañuelo bajo la barbilla.

—Mademoiselle, por el amor del cielo. ¿Acaso ha dormido algo? Debe descansar, tenderse en la cama. Yo misma se la prepararé. Y el desayuno, es preciso que tome algo —dijo profundamente alarmada. Sarah, por toda respuesta, se limitó a negar con la cabeza sin apartar los ojos de la ventana ni el pañuelo de la barbilla. La criada se acercó a ella, y, entrelazando los dedos en ademán de oración, dijo—: Entonces, mademoiselle, compadézcase de él. Lleva muchas horas de pie, bajo el frío y la lluvia.

Sarah la miró por encima del pañuelo con una mirada de tristeza muy honda, y dijo:

—Lo hago por su bien.

Una larga mañana de lunes transcurrió. Al menos, la lluvia había cesado. Y París se preparaba para recibir a Bonaparte.

Por las calles se vendían medallas de estaño con el busto del Emperador. En palacio se arrió la bandera de los Borbones y se izó la bandera tricolor. Los cortesanos del Rey dejaron paso a los antiguos dignatarios del Amo, y los lirios de la alfombra de la sala del trono fueron reemplazados por las primitivas abejas, símbolo de la Francia imperial. Según transcurrían las horas, y ante la inminente llegada de Bonaparte, que se acercaba desde Fontainebleau a marchas forzadas protegido por una formidable escolta, miles de bonapartistas, de soldados y de oficiales tomaron posiciones en las inmediaciones de palacio, en la plaza del Carrusel.

Eran las nueve de la noche, y en la rue Neuve-du-Louxemburg un hombre ataviado con una capa de piel negra permanecía de pie, junto a un farol, cabizbajo. Su estabilidad no parecía ahora tan firme como veinticuatro horas antes, y, aun así, todo sugería que únicamente se hubiese movido para desplomarse.

En ese instante, la criada de pelo cano entró en la alcoba de Sarah sin tan siquiera llamar a la puerta. Mademoiselle permanecía a oscuras sentada en el sillón, con la cabeza reclinada sobre el pecho, la melena suelta, y los ojos abiertos de par en par, como una chiquilla que aguardara

con paciencia a que el firmamento se iluminase. Al entrar la criada con el candil, guiñó los ojos.

—Mademoiselle, se lo ruego por su madre, que la estará viendo desde el cielo. Por míster Cobbet, que la quiso como a una hija. Déjelo entrar. ¿Prefiere que me arrodille yo, o que sea él quien se arrodille?

Sarah se sintió desfallecer. Hizo un esfuerzo por incorporarse y mirar a través de los visillos. Los cristales estaban empañados, salvo un pequeño trozo que estaba cerca de su cara. Él seguía abajo, bajo el farol de nuevo encendido. Entonces, sin pensarlo dos veces, se puso en pie y atravesó la alcoba a toda prisa, bajó las escaleras y abrió la puerta. Aunque hacía frío, era una noche hermosa. Las calles estaban vacías.

Simultáneamente Napoleón entraba en París escoltado por sus tropas. En las Tullerías le aguardaban más de veinte mil parisienses, pero los más exultantes eran sus veteranos militares. Cuando el carruaje llegó a palacio, los soldados abrieron las puertas de la carroza, lo tocaron, lo acariciaron, lo transportaron ante las aclamaciones de los suyos, y emprendió el ascenso de la escalinata flanqueado por sus fieles.

Sarah miraba a Julien fijamente sin decidirse a bajar la pequeña escalinata. Aún le costaba respirar cuando Julien levantó la cabeza y se atrevió a mirarla.

Julien tenía la expresión de alguien que habiendo recorrido muchas leguas lo ha perdido todo en el trayecto, pero le queda la inocencia de su ideal. Se acercó a la pequeña escalinata con paso inseguro y, muy poco después, Sarah, en lo alto de los escalones, se inclinó sobre él y, de forma instintiva, puso sus manos sobre los ojos de Julien, como había hecho muchos años antes, en otra vida muy lejos, cuando eran muy niños y ella estaba malherida. Y ahí, con los ojos cerrados, casi como entonces, Julien se arrodilló y, abrazándose a su talle, apretó su cara contra el vientre de ella, y el dolor y el cansancio y las heridas, todo desapareció.

Durante las semanas siguientes, Julien se enfrascó en los posibles planes de acción. Había elaborado cinco proyectos, pero todos le parecían demasiado arriesgados. Si algo era ostensible es que el asunto iba más lento de lo previsto, y que, como ya pronosticase Sarah, su mansión estaba todo el día sometida a vigilancia.

Con respecto a quienes espiaban los movimientos de ambos, Sarah tenía fundadas razones para desconfiar del vizconde de Ménéval. Según sus propias fuentes, o su propia experiencia (y, en uno u otro caso, se negaba a compartirlas con Julien), él era uno de los más leales confidentes de Fouché. Además, ¿no era acaso Ménéval a través de quien se había filtrado que ella era V? Y ahora, la posibilidad de que alguien les hubiera visto aquella noche, abrazados en medio de la calle, ¿no había facilitado las maniobras del enemigo?

Pero éstos eran sólo los problemas aparentes. Para Julien había otros que entorpecían la acción directa, como la falta de coordinación con los agentes a su servicio, o que el Emperador siguiera un ritmo frenético y que nunca le dijese a nadie, salvo en el último instante, adonde se dirigía o qué camino pensaba tomar. Por eso Sarah le rogó encarecidamente que renunciase, hasta que tuvo que darse por vencida.

—¿Qué interés personal tienes tú en esto? —preguntó ella.

—Es mi destino —replicó él. Y no volvió a hablarse sobre ello.

Según las informaciones que le había hecho llegar Auguste, el Emperador entraba en su estudio a las seis de la mañana, y hasta el atardecer permanecía trabajando. Y así todos los días. Ahora bien, cuando algún suceso alteraba sus rutinas, Julien se enteraba demasiado tarde, horas después. Incluso lo que en principio pareció una ventaja, el cambio de residencia de las Tullerías por un palacio más pequeño, el Elíseo (a la vista de que la vida cortesana era inexistente), no fue nada provechoso. En el fondo, todo apuntaba a que los servicios secretos de la Policía estaban

sobre aviso, y a que Julien sólo podía contar con sus propias fuerzas.

Como el día que el Emperador visitó la Malmaison, su legendaria residencia cuando él y Josefina aún estaban casados. Bonaparte salió de París a la siete de la mañana para llegar a la Malmaison a las nueve. La información, que a tiempo hubiera resultado preciosa, no la conoció Julien hasta el día siguiente.

Por lo demás, los pasos políticos que daba el Amo eran muy previsibles para todos. En el exterior, buscaba desesperadamente la paz; y, en el interior, sus gestos anunciaban una política mucho más abierta y dialogante. El hecho de invitar a Benjamin Constant, pocos días antes uno de sus más encarnizados detractores, a que redactase una nueva Constitución, lo demostraba. Constant aceptó muy complacido.

Sin embargo, Europa entera rechazaba la paz con el Usurpador. Puso en juego toda su influencia para atraerse al político que más echaba en falta: Talleyrand; pero el otrora ministro estaba en perfectas relaciones con la Monarquía, y se había convertido en un taimado enemigo cuyos pasos apenas intuían sus propios correligionarios. En cuanto a Metternich, el hombre fuerte de Austria, devolvió la carta del Amo sin tan siquiera abrirla. Por no hablar de las cartas que el Emperador se cansó de redactar a su esposa María Luisa y su hijo. Por razones irrefutablemente políticas, todas fueron interceptadas antes de llegar a su destino.

Napoleón se empleó a fondo en fortificar la ciudad y en reorganizar su ejército. Así las cosas, una guerra cruenta parecía inevitable, pues los aliados no pensaban renunciar a invadir Francia, a menos que alguien lograse evitar a tiempo la catástrofe.

Esa tarde, Julien estaba en su gabinete estudiando los últimos informes cuando llamaron a la puerta.

—Pase —dijo.

En el umbral apareció Auguste vestido de traje y chaleco, precedido por un muchacho de unos trece o catorce años no menos elegantemente trajeado. Julien dejó la pluma en el tintero, cruzó una mano sobre otra y se quedó mirando al chico con curiosidad. Tenía una expresión traviesa, la cara picada de viruelas, y se movía dentro del traje como si lo hubieran disfrazado. Llevaba unos zapatos toscos, y mal lustrados.

—Bien, aquí nos tienes —anunció Auguste con el entusiasmo de un soldado que ve llegar el reemplazo.

—Ajá —dijo Julien, que no esperaba visitas.

A condición de que el chico no hiciera ningún gesto, los dos parecían el vivo retrato de un padre y su hijo. Aunque Julien pensó que ésa era la clase de vínculo que a su amigo nunca se le hubiera pasado por la cabeza. Auguste propinó un ligero y amigable codazo al caballerete y dijo:

—Cuéntale lo mismo que me has contado antes. —El muchacho se rascó la pantorrilla, hizo una mueca de disgusto y, en un ademán de innata coquetería, se pasó la mano por el pelo—. Venga, hombre. Suéltalo —insistió Auguste con una sonrisa picara mientras le propinaba otro codazo.

El chico le devolvió esta vez el codazo, y estalló en una carcajada estrepitosa.

—No sé por qué tiene tanta importancia —empezó el chico—. Sólo lo contaba para que nos riéramos juntos.

Auguste se sacudió el polvo de la manga, y echó una mirada satisfecha al chico mientras éste le pegaba una puñada en el hombro. A Auguste, el puñetazo le pareció irresistiblemente cómico.

Julien inclinó un poco la cabeza hacia un lado y arqueó la ceja contraria. Pocas veces había asistido tan espontáneamente a los caprichos de Auguste, y estaba dispuesto a contemplar la

escena hasta el final. Auguste, que continuaba riendo, al igual que el otro, miró alternativamente a Julien y al chico, y volvió a ponerse serio.

—El muchacho carga sacos de patatas para las cocinas del Elíseo —alegó Auguste a modo de disculpa. Y luego, en un tono más bajo, dirigiéndose al chico—: Cuéntaselo.

—¿Lo del afeitado?

—Síííií —musitó Auguste.

—Pues nada, que el Emperador se afeita solo —dijo el chico mirando a Auguste, que le animó a seguir con un gesto—. No tiene ni valet para afeitarse, ni barbero. ¡Qué bueno! Sólo le ayuda Rustam, su guardaespaldas mameluco, que le sostiene el espejo. ¡El Emperador! Llegó a encargar en Inglaterra sus navajas con mango de madreperla porque decía que el acero inglés era superior al francés. ¡Fijaos! ¡Navajas inglesas! ¡El Emperador! Las cocineras de palacio, que son muy cotillas, me soplaron que es un animal de costumbres, y que prefería hacerse él mismo los cortes con acero enemigo a que ningún amigo le cortase el cuello. —El muchacho rió a carcajadas.

—¿Qué te parece? —dijo Auguste—. ¿No es interesante? —Y, como viera que Julien apoyaba los codos en la mesa juntando las yemas de los dedos, continuó diciendo—: En fin, que le he prometido al muchacho enseñarle la residencia de mi amigo, no sin antes, como es lógico, pedirle su autorización. ¿Me das tu consentimiento?

—Desde luego —dijo Julien sin cambiar la posición de las manos. Y, cuando ya se marchaban, añadió—: ¡Auguste!, un instante. —Auguste le dijo algo al muchacho, que le esperó en el corredor, y con una sonrisa cerró la puerta por dentro—. ¿De dónde eran las navajas?

—De Birmingham —replicó Auguste.

—Lástima que la guerra esté próxima. Levantaría sospechas una remesa de navajas inglesas. Habrá que hacer un pedido a una firma nuestra. Éste es un buen momento para rasurarse con acero francés, ¿no crees?

—Por supuesto. Apelaremos al patriotismo.

—Que la empresa esté radicada lo más lejos de París, por si acaso. Que no les dé tiempo a hacer averiguaciones. Quiero el mejor acero, y mango de madreperla, y las más hermosas que se hayan fabricado jamás. Que las inglesas no puedan ni compararse de lejos. Confiemos en que el resto lo haga el orgullo de Bonaparte.

—Se hará como dices.

—Debemos actuar con rapidez. Diles que el dinero no es problema. La mitad por adelantado. Que no envíen aquí el pedido. Habrá que pensar en un lugar de recepción, mejor fuera de París.

—Será más seguro.

—Auguste, lo del traje ha sido una buena ocurrencia para no llamar la atención —dijo en voz baja.

—¿Verdad que sí? Bueno, me he limitado a decirle que en una vivienda como ésta es aconsejable vestir con elegancia. Así, no creo que ningún fisgón siga su pista —dijo Auguste triunfante.

—Una pena que se te hayan pasado los zapatos. —Y, ante la cara de estupor de su amigo, precisó—: Los zapatos del chico... Eran los suyos.

Con un mohín de contrariedad, Auguste giró sobre sus talones y desapareció cerrando la puerta.

Unos días después de que tuviera lugar esa entrevista, el vizconde de Ménéval recibió en su mansión de la rue Saint-Honoré un billete. El billete contenía una cita y su objeto, y concluía con

una rúbrica y un nombre odiosos. Gilles no tuvo que meditarlo. Dio las oportunas órdenes a los esbirros que mantenía apostados en las inmediaciones de la casa de Julien, y a la mañana siguiente, al clarear el alba, su carroza se dirigió al punto de encuentro.

Hacía tantos años que esquivaba esa calle que, cuando se apeó del carruaje, sintió que bajo la gruesa capa de rencores latía una emoción impenetrable. La puerta estaba entreabierta. Se limitó a empujarla, y ésta chirrió bajo sus goznes.

Dentro, todo permanecía como diez, como quince años atrás. Cual si hubieran embalsamado la casa con todos los recuerdos sepultados. Las mismas escaleras, y el vestíbulo, las lámparas, todo estaba recubierto por el polvo de los años, y había un hedor rancio, a húmedo, que camuflaba los olores primitivos. Por un instante se sintió como un intruso y un estremecimiento lo recorrió entero. Instintivamente volvió la vista hacia la puerta, pero se recobró en el acto y apoyándose en el bastón se dirigió hacia el sótano.

Abajo había varias luces encendidas. Julien, con una casaca negra y una camisa de chorrera blanca, sobre la que colgaba un medallón de plata, estaba sentado en una silla con la mirada clavada en el hombre que descendía apoyado en su bastón.

—No te creí capaz de venir —dijo Julien sin levantarse del asiento—. El miedo siempre es una buena razón para ausentarse.

—¿Por qué habría de temer a un bastardo? Te prevengo que la mansión está rodeada —replicó Gilles con un deje de alarma en la voz, y, extrayendo un pañuelo, sacudió el polvo de una silla antes de sentarse.

—De no mediar cierta promesa que le hice a tu padre, ya habría acabado contigo.

—Mi padre... —suspiró Gilles guardándose el pañuelo—. Al menos murió como un buen padre, pronunciando el nombre de su hijo.

—Te equivocas. Entonces aún no estaba muerto, Gilles.

—Bien, no veo en qué cambia eso las cosas. Imagino que no me has citado aquí para reescribir el pasado, innombrable, ¿o debería decir monsieur Lasalle?

—¿Cómo pudiste cometer esa atrocidad?

—¿Le llamas atrocidad a hacer justicia? Los asuntos pendientes entre un padre y un hijo no son de tu incumbencia; sin embargo, voy a satisfacer tus dudas —dijo Gilles acomodándose en el asiento y estirando los puños de encaje—. Poco antes de nuestra última disputa, el viejo me reveló que la mitad de su fortuna te pertenecía. ¿Fortuna? Ésa era la primera noticia que yo tenía de que mi padre era un hombre rico. Y creo que también a mi difunta madre le hubiese cogido por sorpresa; pero parece que la inminencia de la muerte invita a la confesión, incluso a confesar a un hijo que se ha matado a su madre. En resumen, el viejo dio muy mala vida a su esposa, le mintió y, al final, acabó con ella. ¿No te parece suficiente para liquidarlo?

—He venido a esta casa, la que fue tu casa, solo, en prueba de buena voluntad. Y, en honor a la memoria de tu padre, estoy frente a ti, desarmado. —Y así diciendo, Julien dejó caer las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba. Luego, cogió un rollo atado con un cordón de seda que tenía a su lado, se lo tendió mientras se levantaba de la silla como si la presencia del otro le resultara intolerable, y se puso a pasear por el laboratorio observándolo todo—. Lee —continuó sin volverse.

Gilles examinó con voracidad su contenido. La luz se colaba por el ventanuco oblicuamente, como antaño. Julien pasó las yemas de los dedos por los mil y un ingenios recubiertos de polvo. Todo cuanto le recordaba a Victor añadía más odio al odio, y consumía cualquier indicio de piedad como si fuese gresca. Y, junto al odio, por un lapso muy breve sintió que las lágrimas pugnaban por abrirse paso y que una frágil vaharada de nostalgia lo envolvía

como una pompa de jabón. La pompa se desvaneció, y supo entonces que era preciso apelar a cualquiera de los caprichosos dioses de Grand Perle para no arrojarse al cuello de Gilles y retorcérselo en el acto.

—¡Despreciable! —dijo Gilles profundamente aturdido—. ¡Permitir que viviéramos en la indigencia con estas posesiones!

—Jamás viviste en la indigencia.

—¡Maldito mil veces! ¡Él nos lo ocultó! Mi pobre madre se casó con él creyéndole un hombre de fortuna. Y la engañó doblemente. Era, en efecto, un hombre de fortuna, el miserable. Pero ella no lo supo. Se sintió engañada y le declaró la guerra. Y yo hubiera hecho lo mismo. Si ella hubiera sabido todo lo que su esposo le ocultaba... —dijo pasando los pliegos uno a uno—. ¡Inconcebible! —masculló.

—Tú no viviste en la indigencia, Gilles. Tuviste todo lo que un niño es capaz de desear.

—Tienes razón —replicó, levantando la cara del testamento—. Éramos pequeños burgueses. Yo no me crié en un prostíbulo, rodeado de putas, no. Ni siquiera me vi en la obligación de dormir en una cuadra, o de robarle el padre a otro porque nunca tuve uno que me arropase por las noches.

Julien se armó de templanza y prosiguió diciendo mientras repasaba el contenido de los anaqueles:

—Si no quiso revelarte su fortuna fue porque siempre te temió. Él te conocía mejor que nadie.

—Nos robó lo que nos pertenecía. El dinero y cuanto compra el dinero: las comodidades y el lujo que nos merecíamos, el respeto de los demás, el poder.

—Esta discusión no tiene objeto.

—Naturalmente, quiero la herencia de mi padre. Lo quiero todo. ¡Y lo quiero ya!

—Qué poco has comprendido, Gilles —dijo Julien sin volverse—. Es a su hijo a quien deja en herencia ciertas propiedades, no al vizconde de Ménéval. Es Gilles Moulins quien debe concurrir como sucesor universal.

—Ese hombre —adujo Gilles dejando los pliegos en la mesa y apretando los puños—, ese hombre está muerto. Pero tú y yo sabemos que yo estoy vivo.

—Continúa leyendo —replicó Julien girando sobre sus talones y haciendo un gesto con la cabeza—. Tu padre tuvo la precaución de dejarlo todo bien atado. En el caso de que su hijo ausente aparezca, la mitad de sus bienes le corresponden; pero, en el supuesto de que no lo haga antes de que se le declare legalmente fallecido, entonces el patrimonio pasará a manos de Julien Lasalle. De modo que te enfrentas a un dilema: aceptar la mitad de la herencia, y con ella asumir tu nombre y tus delitos, o aferrarte al nombre de Ménéval, en cuyo caso el patrimonio entero pasará a mis manos. Te adelanto que si Gilles Moulins se declara legalmente fallecido, donaré su parte de la herencia al hospital de la Salpêtrière.

Gilles se abismó en el documento y al terminar lo arrojó sobre la mesa y rompió a reír a carcajadas. Se agarró con fuerza a los reposabrazos de madera e, irguiéndose mientras cogía el bastón, dijo:

—Te has vuelto loco de remate. Me robas el cariño de mi padre, ¿y pretendes ahora robarme mi herencia? ¿E imaginas que tengo intención de permitirlo? Por última vez, te advierto que si no me entregas lo que es mío, más tarde o más temprano yo lo tomaré. Pactemos, pues, como caballeros.

—¡No hay pacto que valga entre nosotros! —rebatió Julien alzando por vez primera la voz y acercándose a él con la mesa de por medio—. Ni yo soy un caballero, ni tengo por costumbre

pactar con hienas.

—Sea —dijo Gilles clavando en él dos pupilas ardientes como puntas de flecha incendiadas —. Ah, se me olvidaba —añadió, suspirando mientras empezaba a sonreírse—, tu amiguita es una magnífica compañera. Claro que es demasiado evidente que tú y ella estáis detrás de algo muy gordo. Así pues, hasta que llegue tu hora, sé feliz y protege a los que amas. —Y, subiendo las escaleras, se dio la vuelta de repente con una media sonrisa—: Por cierto, Lasalle ¿no será en verdad el apellido de tu padre?

—Era el apellido de mi madre.

—Ya veo, el apellido. De modo que no tenía nombre. Igual que tú.

—Se llamaba Claire-Marie —dijo Julien con voz inexpresiva.

—Hum, Claire-Marie —dijo Gilles, que reanudó la subida—. Claire-Marie Lasalle —y lo repitió varias veces para sus adentros.

Cuando salía por la puerta de la casa, Claire-Marie Lasalle siguió resonando sin tregua en sus oídos. ¿Dónde había oído antes ese nombre? De forma espontánea, se miró la palma de una mano como si viese en ella un espectro, examinó sobrecogido la cicatriz que un día le dejase una copa rota y, de pronto, recordó.

—Así pues, ¿a qué debo el inesperado placer de vuestra visita, vizconde? —dijo Fouché apurando un trago de brandy.

—Vengo a traeros buenas noticias —contestó Gilles.

—Eso espero, querido amigo. No se os oculta que la situación es delicada —replicó Fouché dejando la copa en la mesa y retrepándose en el sillón.

—Desde luego, Excelencia. Pero, al fin, todo trabajo rinde sus frutos.

—Decid.

—Los conspiradores han contratado a un asesino.

—¿Barajamos los mismos nombres?

—En efecto. Los mismos agentes ingleses, y los monárquicos.

—Bien, ¿y el profesional?

—Un agente inglés experto en venenos.

—¡Venenos! ¿Cómo se hace llamar?

—No tiene nombre.

—¿Os burláis de mí?

—Excelencia, no circula nombre alguno con el que identificarlo. Sabemos, no obstante, que sus padres eran franceses y que ha vivido en Inglaterra media vida —continuó mintiendo Gilles.

—¿Tenéis pruebas?

—Aún no, Excelencia.

—¡Bah! —susurró Fouché—. ¿Conocéis al menos la fecha del atentado?

—Tengo varias pistas fiables; pero nada definitivo, por ahora.

—¿Ya eso se reducen vuestros informes? —exclamó Fouché levantándose del sillón—. El Emperador ha descubierto mis contactos con Metternich, y vos, en el momento más comprometido, me estáis fallando.

—Pero Excelencia... —dijo Gilles levantándose de golpe.

—Me hubiese mandado arrestar si no fuera porque eso alertaría a la opinión pública de que su gobierno flaquea.

—Permitidme recordaros que vuestras relaciones secretas con el austríaco eran algo más que arriesgadas.

—¿Tenéis intención de darme lecciones de alta política, vizconde? Es importante evitar la

guerra y lograr la abdicación de Napoleón. En todo caso, si Napoleón resiste, yo gano; y, si lo derriban, tendré pruebas para demostrar que soy amigo del nuevo gobierno. Pero si a estas alturas lo liquidan en un atentado, ¿de qué me sirve?

—Confiad en mí. No permitiré que eso ocurra.

—¿Confiar en vos? Confío en vuestro sentido común, no en vos. Por eso, ahora más que nunca, no olvidéis que capturar a los conspiradores no significa hacerlos desaparecer, sino exactamente eso: apresarlos y probar su concurso en el complot. Eso me rehabilitaría a ojos del Emperador, y sería la mejor baza contra mis enemigos. Ah, y de paso, frente a toda Europa probaría mi buena disposición a negociar una salida pacífica.

—Como siempre, lo tenéis todo admirablemente estudiado.

—Incluyendo vuestras tarifas, vizconde. Sin embargo, hay algo de lo que debo advertiros...

De improviso, irrumpió en el gabinete el secretario de Su Excelencia. Asomó la cabeza con precaución, y Fouché hizo un leve gesto con la mano para que se aproximase. El secretario hizo lo que se le ordenaba, transmitió alguna información al oído de Su Excelencia y se retiró.

—Debo ausentarme unos minutos. Poneos cómodo. Hay un asunto que debemos tratar antes de iros.

Cuando Fouché salió para dirigirse a la biblioteca, cosa harto frecuente, Gilles se puso manos a la obra. Durante un rato desarrolló una actividad febril. Cogió una llave del segundo cajón del escritorio y abrió la hoja del armario en el que su jefe guardaba las carpetas de los papeles comprometedores.

Había docenas de carpetas en las baldas. El problema no era ése. Reconocerla era un juego de niños. La eligió, sin titubear, entre muchas, la cogió con una mano mientras con la otra sujetaba las que estaban por encima. Era una de las más abultadas. Las gomas contenían restos del asqueroso rapé de Su Excelencia. Tiró de las gomas con dedos temblorosos. El problema era dar con la carta. Le llevaría varios minutos. Aunque, quizá, le daría tiempo de oír los pasos de Fouché y guardar la carpeta. Confió en la suerte. Cualquier asunto que interrumpiese una de sus entrevistas con Fouché no era un asunto baladí, ni significaba menos de media hora.

De todas formas, era un trance apurado. Si bien el mismo Fouché le había mostrado muchos de esos documentos, estaba tentando la suerte. La confianza con que le distinguía Su Excelencia se habría esfumado si le cazase allí, de pie, revisando sus archivos privados a espaldas suyas. Registros ocultos, noticias en clave, confidencias por escrito, nombres de realistas extranjeros, corresponsales secretos. Todas eran revelaciones por las que muchos hubiesen pagado hasta arruinarse.

De repente, dio con ella. Estaba dentro de un pliego doblado en el que figuraba la fecha de la confiscación y los datos completos relativos al hallazgo. Cuando descubrió la calle del prostíbulo en el que se había efectuado el registro, se evaporaron sus pocas dudas.

No se oían pasos. La cogió rápido, la dobló y guardó cuidadosamente en un bolsillo interior de la casaca. Dejó el pliego dentro, ordenó la carpeta, la colocó en su sitio, cerró la puerta del armario, guardó la llave en su cajón y volvió a sentarse en la butaca.

Aún estuvo un largo rato sentado antes de que Su Excelencia regresase.

—Todo, todo muy urgente. Y nada que pueda agravar aún más las cosas —dijo Fouché, que cerró la puerta y avanzó lentamente hacia Gilles—. ¿Nos quedaba algo en el tintero? —preguntó con intención.

—Deseabais hacerme una advertencia, creo.

—Ah, sí, no tiene mucha importancia, en realidad —dijo Fouché—. Una mera cuestión de trámite. Tomaos mis palabras en lo que valen, como el consejo de un protector, y aún más, de un

amigo. Veamos, vizconde, no sois hombre que incurra en descuidos, pero, si en este trabajo cometierais algún desliz relevante, o se os pasara alguna información que me pudiera resultar de utilidad, mi desencanto sería definitivo e irrevocable, ¿me comprendéis?

—Absolutamente, Excelencia —repuso Gilles, recordando la sarta de mentiras que había encadenado.

Y, dando por terminada la entrevista, Fouché le invitó a retirarse con el más nobiliario de sus gestos.

15. LA POSADA DEL DESENCANTO

Esa mañana Boukmou, uno de los sirvientes negros de Julien, tras haber ordenado el guardarropa de su señor, pasó por delante del gabinete. Al principio no reparó en nada extraño, salvo que la puerta estaba entreabierta. Julien solía levantarse al amanecer, y se pasaba gran parte de la mañana enclaustrado en su gabinete, con la puerta cerrada. Así que Boukmou aprovechó para echar un vistazo dentro y luego siguió por el corredor; pero, en el último instante, volvió sobre sus pasos, incapaz de sustraerse a la curiosidad.

Había algo extraño en la mesa de trabajo del amo.

Era una pequeña urna de cristal. Empujó la puerta. El gabinete estaba vacío. De modo que se acercó a la mesa. El fondo de la urna parecía recubierto de arcilla, musgo y hojarasca húmedos, y dentro había una diminuta rana de color amarillo dorado que lo miraba fijamente.

Boukmou era un amante incondicional de los animales. Allá en África, de donde los negreros lo habían arrancado, al joven Boukmou se le conocía porque confraternizaba mejor con el universo animal que con los hombres de la tribu. De ahí que su aproximación a la urna la causara una llamada irresistible. Por otro lado, la ranita parecía muy sociable y no mostraba el menor indicio de temor. Así que entreabrió la urna para acariciarla con el dedo.

—Yo que tú no lo haría, Boukmou —oyó una voz tras él.

—Amo, perdón, amo —dijo Boukmou muy azorado mientras cerraba la urna—. Yo sólo querer tocarla.

Julien se puso al lado de Boukmou. Boukmou se estremeció. Aunque era muy considerado con la servidumbre, *Le sorcier* inspiraba el mismo temor reverencial de siempre.

—Son peligrosas.

—¿Tan... pequeña? —dijo Boukmou, que miraba la ranita amarilla no tanto porque lo fascinara, sino porque no se atrevía a mirar al amo.

—Miden sólo cinco centímetros, pero sus toxinas matan en pocos segundos.

—¡Vaya! —dijo Boukmou, que dio un paso atrás, como si hubiese acertado con la mejor razón para retirarse.

—Ahora parece tranquila; pero si se siente amenazada segrega una sustancia venenosa.

—¿Y poderse emplear veneno de ranita, amo? —preguntó Boukmou, que de lo nervioso que estaba no sabía ni lo que decía.

—Los indígenas, para extraerlo, las calientan al fuego sin hacerles daño. Con el calor expulsan el veneno a través de la piel. O las empalan. Entonces, una vez muertas, exudan las toxinas durante varias horas, y los guerreros rozan cuidadosamente sus armas contra su piel. Es un veneno tan poderoso que una flecha impregnada sigue siendo mortífera dos años después.

—Ser rana de muerte, amo.

—Se llama rana de flecha dorada, Boukmou. Es el animal con el veneno más letal que se conoce.

Entonces, Boukmou, intimidado como quien ha descubierto uno de los secretos mágicos de *Le sorcier,* algo por lo que en el futuro habría de ser castigado, inclinó la cabeza y se marchó de

allí sin pedir permiso.

Julien cerró la puerta, cogió un vaso de agua que había sobre la mesa, abrió la urna con cuidado y fue vertiendo en ella el contenido del recipiente.

Por la tarde salió a dar una vuelta. Porque la tensión era creciente, hora tras hora. Temía por la vida de Sarah, y con frecuencia se preguntaba cómo protegerla de los riesgos a que la joven se exponía. El plan era sencillo y audaz, el mejor de los que había concebido, y faltaba sólo que llegasen las navajas al punto de recepción. Sarah, Auguste y él habían fijado el día X en el calendario: el 1 de junio, día de la parada militar del Champ du Mai. Con lo que el Emperador debía recibir el obsequio un día antes, el 31 de mayo.

Se subió al carruaje y dio orden al cochero de conducirlo a la rue Saint-Denis. No pudo por menos de sonreírse ante la máxima de que todo asesino regresa siempre al lugar del crimen. Le dijo al cochero que se detuviese junto a la iglesia de Saint-Eustache y le mandó dar la vuelta.

Fue recorriendo la rue Rambuteau. Pasó por delante de la barbería de los Marcel, y hasta le pareció distinguir a Marcel padre. Pasó luego por delante de la casa de Sarah, y un escalofrío le recorrió el espinazo, como si reviviera el día del accidente de la chiquilla, cuando la creyó muerta, postrada en su lecho de dolor. Desembocó en Saint-Denis. Al llegar a la altura del burdel vio la casa cerrada; los cristales de los pisos altos, rotos. El edificio tenía el aspecto de estar abandonado. En el portal de al lado, una mujer barría aplicadamente hacia la calle. Julien la saludó y le preguntó por la casa, a lo que ésta repuso que en un tiempo había sido un prostíbulo, y que nadie quería vivir allí debido al horrible crimen de la Madame que lo regentaba.

—Un empleado la tiró por la ventana. La Madame reventó contra el suelo.

Julien continuó calle abajo. De repente, subida a una tapia, se puso a gritar con voz quebrada una mujerzuela. La pobre dejaba al descubierto las enaguas. Presentaba una delgadez extrema y el cabello desgreñado. Una observación más cercana le descubrió un rostro cubierto de pequeñas costras y heridas. La mujer tenía un ojo nebuloso.

—¡Que no! ¡Que te digo que no! —dijo la mujer apenas sin fuerzas.

Abajo, un sujeto tocado con un gorro frigio y aspecto de rufián la amenazaba con el puño. La tapia tendría sus buenos dos metros y medio de altura, pero era fácil de escalar excepto para un tipo de esa corpulencia. El tipo trató de cogerle el pie sin éxito y ella prorrumpió en quejidos.

—¡Mimi! ¡Baja, Mimi! ¡Que bajes, te digo! Mira que si no bajas será mucho peor. Nadie, óyeme bien, te librará de la paliza que te espera.

Julien cruzó las manos debajo de los faldones y se acercó al tipo, que no había reparado en él. Miró a la mujer desde más cerca y, de forma casi imperceptible, los rasgos de la cara de Julien se dulcificaron.

—Monsieur, le sugiero que abandone esta empresa —dijo—. A partir de ahora, mademoiselle tiene quien vele por ella. Y dejó caer unas monedas de oro que rodaron por el suelo, y que el rufián se apresuró a recoger.

—No crea que esto es suficiente. Tiene que darme mucho más. Esa perra me debe la vida, y ahora está vieja y enferma. Créame que no lo complacerá, monsieur. Ya no sirve para nada.

A Julien se le había endurecido nuevamente la expresión. Se acercó un poco más al tipo y, rozando su pechera con el índice, le habló con voz suave. No es que tratase de someterlo; en realidad, sólo intentaba dominarse. Como si estuviese en el mismo centro de una confluencia de fuerzas destructivas e hiciera visibles esfuerzos por contenerlas. Como si, además, tuviese frente a él a un tipo muy inconsciente:

—Hágame caso. Desaparezca ahora —dijo—. O deseará que la policía lo proteja de mí.

El tipo retrocedió y, ajustándose el gorro frigio, se escabulló con pasos presurosos bajo la

mirada atenta de Julien.

—Mimi, baja de ese muro. Se ha ido. Y no creo que vuelva a molestarte.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? Yo... ¿lo conozco? —dijo Mimi, que, pese a que el rufián había desaparecido, no se atrevía a bajar.

—Claro que me conoces, Mimi. Cuando era un muchacho me enseñaste a jugar al póquer. Los dos vivíamos en casa de madame Bastide. ¿Qué fue de Pierre, Mimi? ¿Qué fue de Annette, de Camille? ¿Qué fue de mi caballo zaino?

Mimi se cubrió pudorosamente las enaguas, fijó en Julien la vista de su ojo bueno y, sin querer, emitió un quejido blando, prolongado. Empezó a bajar por la tapia de espaldas a él. A Julien le pareció oír un susurro a modo de oración, algo así como: «Querido muchacho, Dios te bendiga. ¿Por qué tardaste tanto?...», y, cuando estaba cerca del suelo, Mimi se resbaló sin fuerzas y, desmayada, cayó en brazos de Julien.

Le dio el alto al primer coche que pasaba y, abriendo la portezuela, depositó cómodamente a Mimi en el interior del carruaje.

Mimi se quedó a vivir en casa de Julien. La pobre mujer apenas si daba crédito al lujo de que vivía rodeado su «pequeño amigo sin nombre». Julien se encargó de que un reputado médico tratara sus dolencias con las atenciones que se ofrecen a los pacientes predilectos. Puso especial cuidado en que sus más pequeños antojos fueran puntualmente satisfechos; pero casi podría decirse que Mimi carecía de antojos, si exceptuamos el hecho de admirar una y mil veces los vestidos de Sarah. Julien la cuidó robándole horas al sueño, y a veces se dormía escuchándola hablar de un tiempo tan lejano que le parecía mítico. En justa correspondencia, la salud de Mimi empezó a mejorar y, por vez primera desde que su abuelo el vagabundo la abandonase, supo lo que era sentirse cuidada por alguien.

Mimi le contó lo que sabía de Annette, de Camille, del viejo Pierre, que no era mucho, pues, a raíz de que la policía clausurase el burdel, cada uno siguió su propio camino y no volvieron a verse. Después de la tragedia, dijo Mimi, Annette y Camille se colocaron en buenas casas merced a la intercesión de un par de clientes agradecidos, creía. ¡Ah, sí!, el viejo Pierre había vuelto con su hermano, en el pueblo, pero ¿qué pueblo? Y hacía unos años, una de las muchachas del burdel, Agathe (¿se acordaba él de Agathe?), le dijo que Pierre había fallecido de muerte natural.

—Muerto... —susurró Julien. Y Mimi posó una mano sobre la suya.

—Allí todos te queríamos —dijo Mimi apenas rozando con las yemas la cara de Julien—. Todos nosotros te vimos crecer. Cuando pasó lo que pasó, y escapaste, rogamos a Dios para que no te capturasen. La policía entró en la casa, pusieron patas arriba el aposento de Madame, cerraron el negocio. Y nadie volvió a saber de ti.

—Mimi, querida. A partir de ahora vivirás conmigo —repuso Julien cambiando de tema. Y Mimi, la triste, la desconsolada Mimi, sintió cómo le escocían unos ojos que estaban al borde de las lágrimas.

Lo cierto es que, tan sólo unos días antes del día X, se recibió el encargo en el lugar y por la persona convenidos, y todo se precipitó.

Julien y Sarah salieron inmediatamente para Vernon, una pequeña localidad a unos ochenta kilómetros al oeste de París. Sarah se empeñó en acompañar a Julien, y como éste quería impedir a todo trance que la joven se quedara sola, partieron después de muchas precauciones para despistar a los espías.

La intención era regresar por la noche, pero a mitad de trayecto, mejor dicho, a unos treinta kilómetros de Vernon, se rompió el eje trasero del carruaje, y, aunque el cochero puso todo de su

parte para repararlo, tuvieron que hacer noche en una posada de nombre insólito: Posada del Desencanto.

El tablón del rótulo pendía de dos viejas cadenas a las que el viento arrancaba gemidos. Era lo único inquietante de una posada en la que no tenían cabida ni las urgencias ni los espejos. En la planta baja, y sorteando las dos vigas, había una docena de mesas cuadradas. A su alrededor se congregaban varios puñados de vecinos que daban buena cuenta de sus bebidas. Al fondo, una escalera conducía al piso alto. Había un olor maravilloso a tabaco de pipa, y el ambiente festivo no lo era menos por el hecho de que todo pareciera en calma. La barra estaba ocupada por parroquianos que departían tranquilamente. Un viejo que se apoyaba en un bastón de puño curvo parecía dormirse encima de su jarra, y un tipo que se movía entre el entusiasmo y el vértigo trataba de convencerle de algo.

Pero en el instante en el que la pareja irrumpió, las cosas se pararon en la Posada del Desencanto, y la feligresía, como un solo hombre, se dio la vuelta para observar a los intrusos. Julien barrió el local con la mirada, y Sarah se bajó la capucha con la desenvoltura de quien ignora la expectación que ha levantado. A continuación, todo siguió aparentemente su curso y la parroquia volvió a enfrascarse en sus quehaceres.

Detrás de la barra, dos sofocados empleados discutían acaloradamente. Tendrían unos treinta años y eran secos como brahmanes. Uno, el más bajo, tenía el cabello peinado hacia atrás con pomada y un zarcillo en el lóbulo izquierdo; el otro, el más alto, lucía una perilla y un bigote de mosquetero real. Justo encima de ellos, una pequeña panoplia con forma de escudo exhibía dos espadas relucientes sobre un fondo de terciopelo rojo. De pronto, el que tenía aspecto de mosquetero cogió la bayeta que llevaba al hombro y se la restregó por la cara al del pendiente.

—Esto ha llegado demasiado lejos, Baptiste —exclamó Jérôme, que le arrebató la bayeta tirándola al suelo como si fuera un guante—. Debemos solucionarlo como caballeros. ¡Mademoiselle Barrault! ¡Pronto, las espadas!

—¡Salgamos! —repuso Baptiste afilándose la perilla con los dedos.

Mademoiselle Barrault, la dueña de la Posada del Desencanto, estaba en la otra punta de la barra hablando con un viejo cura, sospechosamente parecido a ella, de no ser porque el cura pesaría en torno a cincuenta kilos más. El cura, sentado en una banqueta, elevó los ojos al cielo raso. Tenía una mata de pelo blanco, y protegía un recipiente espumoso de tamaño muy superior a lo común. Mademoiselle Barrault, delgada como un junco y con un moño en la cima de la cabeza, se activó como por un resorte, sacó la punta de la lengua, se remangó un brazo, luego el otro, y se dirigió a la panoplia con ligereza. La Posada del Desencanto empezó a agitarse de animación.

Los parroquianos se pusieron en pie. Empezaron a aplaudir. El asunto adquirió el aire de una romería. Hubo varios gritos de hurra, y, antes de que la dueña alcanzase la panoplia, el viejo adormilado se desperezó, se reanimó de golpe, soltó el bastón, apartó su jarra de cerveza y, con un espíritu combativo que para sí quisieran muchos jóvenes, salvó la barra y, ebrio de euforia, cogió una espada con cada mano. El borracho secundó su iniciativa y brindó por lo que quiera que fuese.

Sarah y Julien permanecían de pie observando el panorama con ojos atónitos.

Antes de lo que se piensa fueron todos desfilando hacia la calle. Primero, los duelistas, seguidos a corta distancia del viejo que portaba en alto las dos espadas como antorchas; luego la dueña, con cara de júbilo y paso muy decidido, y, sin transiciones, salió el resto de los feligreses. Se quedó sólo el cura, que, no sin dificultades, terminó bajándose de la banqueta y se dirigió hacia la pareja de intrusos.

—¿No va a impedirlo, padre? —preguntó Julien cuando pasaba por su lado.

—¿Impedirlo? Oh, no, monsieur. No hay temor. Jérôme y Baptiste Turgut son hermanos, y tienen un duelo a muerte dos o tres veces al mes. Los mantiene en forma. Son magníficos espadachines. Los mejores de la comarca. Y están exactamente al mismo nivel. Yo siempre les digo que han nacido para otra cosa, pero quien conozca los designios del Todopoderoso, que levante la mano... El duelo es un deporte para los Turgut y un acontecimiento para los demás. Al acabar, vuelven tan amigos. Les ayuda a solucionar sus problemas. Pero díganme qué desean. Son... En fin, discúlpenme, pero son un matrimonio recién casado, ¿no es así?

—Sí, deseamos una habitación. Quiero decir, no, dos habitaciones. Y no, en absoluto, mademoiselle y yo no estamos casados —repuso Julien incómodo.

—Ya, ya —replicó el cura con una sonrisa de suficiencia—. Dos habitaciones, ¿eh? Sí, por supuesto —continuó, poniéndose serio—. Pero los señores desearán cenar algo antes, ¿no? Mi hermana y yo somos los dueños de la posada; aunque, en verdad, ella es el alma de todo esto —dijo abarcando con los brazos el local entero—. Es soltera —y aquí bajó la voz—; lo reconozco. Ahora bien, puedo asegurarles que tiene los mejores capones en veinte leguas a la redonda. Tomen asiento, por el amor de Dios. Elijan la mesa que deseen. Ella acaba de salir con los duelistas.

Afuera, el silencio se rompía ocasionalmente por un «¡huy!» que llegaba como salido de una gruta.

Sarah escogió la mesa que estaba más cerca.

—¡Oh, no, no! —dijo el cura haciendo un patente esfuerzo de contención que era casi contrario a su naturaleza—. Ejem, si me permiten, los señores estarán mucho más cómodos y tranquilos en la mesita del rincón, junto a la ventana —dijo señalando la mesita—. ¿No les parece?

Los jóvenes se miraron desconcertados, y Sarah movió la cabeza en señal de aprobación.

—Si me disculpan —dijo el cura—, yo no estoy muy puesto en los menús de la casa. Tengan, por favor, la bondad de ser pacientes mientras se van ambientando. En cuanto termine el duelo, se les atenderá como merecen.

—Extravagante esta taberna, ¿no? —dijo Julien a Sarah.

Sarah afirmó con los ojos mientras se sacaba los guantes y veía cómo el cura, discretamente, se colocaba detrás de la barra, hincaba los codos en ella y, apoyando la cara en las manos, se les quedaba mirando con gesto embelesado.

Llevaban un rato sentados a la mesa cuando los parroquianos volvieron a desfilar, esta vez hacia dentro. Paulatinamente iban entrando todos. Regresaban con las cabezas gachas, con cara de pocos amigos, abatidísimos a la vista del resultado del duelo. El viejo, que se había dejado el bastón en la taberna, precedía al borracho, que, en el colmo de la lucidez, avanzaba cabizbajo y con un pie delante del otro. La propia mademoiselle Barrault, que traía las dos espadas en una mano, lucía una cara de desengaño que hablaba por sí misma.

Sólo al final aparecieron los duelistas. Entraban abrazados y felices, y, a diferencia del resto, parecían revigorizados y muy en armonía con el universo.

—Lo dices como un cumplido —dijo Baptiste afilándose la perilla.

—En absoluto, hermano, en absoluto —replicó Jérôme pasándose con suavidad una mano por el pelo para comprobar la resistencia de la pomada—. Tus fintas son las mejores. Y tus molinetes, los más rápidos. Eres un maestro de la esgrima. El segundo maestro de Europa, después de mí.

—Para perfección, tu juego de pies, hermano —rebatió Baptiste—. Imposible de superar

por nadie que no sea Baptiste Turgut. Me siento muy orgulloso de ti.

—Pero... ¡Rápido! ¡Vamos, vamos! Tenemos clientes esperando —intervino el cura batiendo palmas mientras miraba a los duelistas. Jérôme y Baptiste se pusieron los delantales como si nada hubiera ocurrido.

En el rincón más apartado del local, junto a una ventana decorada con unos visillos de puntillas, tan humildes como pulcros, se diría que Julien y Sarah estaban cada vez más ausentes.

—Cuando supe que eras tú, apenas podía creerlo —dijo Sarah, que apoyó un codo en la mesa y dejó descansar la mejilla en la mano—. Demasiada casualidad.

—Yo no creo en las casualidades. Creo en el destino.

—En el destino... —dijo ella soñadora.

—Un animal que nos persigue hasta darnos caza. Una solución a la que ninguno debemos renunciar.

—Ya. Y si renuncias, ¿qué ocurre? —preguntó Sarah.

—Vagas por el mundo desorientado.

—Sin estrella —dijo Sarah.

—Sin estrella —dijo Julien.

—En ese caso, supongo que hace falta ser valiente para aceptar un destino difícil. ¿Tú nunca has sentido miedo?

—Muchas veces. Pero si llega un día en que ya no tienes nada que perder, Sarah, ¿qué importa el miedo? Ya no puede amenazarte. No te puede quitar nada. Te conviertes en un tipo sin opciones. Dejas de ser valiente.

El cura apareció de improviso y, con una sonrisa imborrable, se puso a extender sigilosamente un mantel de cuadros rojos sobre fondo blanco, y desapareció.

—También yo he sido presa del miedo a menudo; pero, a diferencia de ti, a mí aún me sigue acechando. —Sarah fijó en él una mirada más elocuente que las palabras; y, a continuación, como un pez cogido en el anzuelo que para huir da un coletazo que le provoca un dolor aún mayor, prosiguió—: Pero, si pienso en el miedo, me acuerdo de la noche en que murió mi padre adoptivo.

—¿Hace mucho? —preguntó él con toda la naturalidad de que fue capaz.

—No tanto como para que lo haya olvidado. Fue unos meses antes de que el señor Fouché —dijo con una nota de desprecio— fuese nombrado duque de Otranto.

Las adolescentes son criaturas de gran memoria, ¿no te parece?

—Estoy convencido —dijo él, y, sin la menor voluntad por su parte, se quedó contemplando los labios de ella como si se remontase en el tiempo. Sarah se colocó un mechón dorado por detrás de la oreja, estiró los dedos de una mano y, jugando con su anillo mientras lo miraba, continuó diciendo:

—William Cobbet era un liberal y un republicano. Había pasado toda su vida adulta en Francia, y aprendió a amarla como a una joven díscola; bueno, como una hija díscola a la que él mismo hubiera contribuido a educar. Aquí creció, se hizo un hombre, se casó, enviudó e hizo fortuna y relaciones. Se forjó, como se dice, una posición envidiable. A los sesenta años, cuando se desposó en segundas nupcias con mi madre, estaba en la plenitud de su vida. Y, de no ser por la debilidad de su corazón, se podría pensar que era un hombre más joven. Al principio, como muchos, creyó en Bonaparte; y, aunque se le partía el alma al ver el pulso que mantenía con su país, y luego con el resto de Europa, quiso creer que era algo transitorio. Pero eso fue sólo al principio. Luego empezó a detestarlo. Procuró mantenerse neutral en una época complicada; sin embargo, jamás negó que era un demócrata y un republicano convencido. Y a veces lo afirmó

demasiado alto para un hombre de sus influencias que, después de todo, había nacido en Londres...

La joven se pasó el dedo índice por la punta de la nariz.

—No es necesario que continúes —dijo Julien.

Ella afirmó una sola vez con la cabeza, y siguió diciendo:

—En invierno, todas las noches entraba en mi cuarto justo antes de que me fuese a dormir. Sufría ya entonces para subir las escaleras, y llegaba arriba muy fatigado. Cuando yo entraba en el cuarto para acostarme, él aún respiraba ruidosamente y andaba arrastrando los pies. «Hola, mi niña», me decía. Me preparaba el brasero y lo metía en mi cama muy caliente. Parece increíble que sea ése el recuerdo más imborrable que guardo de él, pero así es.

»Una noche de frío intenso me fui a acostar y él no estaba allí. El brasero, frío, permanecía junto a la chimenea, arrinconado. Ni siquiera la chimenea estaba encendida. Las brasas no ardían. El cuarto estaba helado. Me pareció extrañísimo, pero, al fin, esa criatura extraña que es una adolescente se durmió tan pronto se metió bajo las sábanas. No sé cuánto tiempo llevaría dormida cuando mi madre me despertó llorando. Su marido estaba muerto. Estaba sentado en uno de los sillones del salón, con la cabeza caída hacia delante. Lo habían estrangulado con una corbata de seda.

—¿Se supo quién fue?

—Mi madre terminó diciéndome que su esposo llevaba meses amenazado por los esbirros de Fouché. —Julien se puso tenso de repente. Apretó una mano contra la otra.

—¿Ménéval?

—Imposible saberlo. Y, menos aún, probarlo —dijo Sarah con una mueca de connivencia —. Las dos sabíamos que, aunque procuraba ser más discreto que nunca, la guerra de España lo había puesto fuera de sí. De todas formas, creo que lo habían condenado hacía tiempo. Los asesinos no hicieron más que buscar la mejor oportunidad.

—¿De ahí viene V?

—Eso fue muy poco a poco. En ese entonces yo sólo tenía dieciséis años. V es más reciente de lo que imaginas. Pero ésa es una larga historia que, en efecto, arranca ahí, de las relaciones de mi padre adoptivo. Digamos que llega un momento en que tienes que hacer frente a los tiranos, y que, por volver al principio de la conversación, siempre habrá amantes de la libertad dispuestos a vencer sus miedos, ¿no?

—Sí. Estoy de acuerdo —convino, y ambos hicieron una larga pausa, que Julien se obligó a interrumpir en un tono voluntariamente distinto—: Cuando te conocí, lo que más miedo me daba eran las serpientes.

—¡Serpientes! Brrrrrr —dijo Sarah abrazándose con fuerza en un gesto que a Julien no pudo por menos que parecerle delicioso—. ¿Y lo superaste?

—Verás, tuvieron que pasar años. Sucedió gracias a una... amiga. En América.

—Le debes eterno agradecimiento, me estoy temiendo —replicó ella sin dejar de abrazarse y con una sonrisa a medio camino entre la repugnancia y la picardía.

—En cierto modo. Me obligó a meterme en una trampa con docenas de serpientes dentro — explicó Julien arqueando una ceja.

—¡No me digas más! Por favor, no me digas más. —Y comenzó a frotarse como si se estuviera congelando—. ¡Ay, Señor! ¿Y dices que era una amiga?

—Visto así, empiezo a convencerme de que una maestra no puede ser una buena amiga — repuso Julien sonriéndose—. Pero bueno, ¿y tú? ¿Cómo superabas tú el miedo?

Antes de responder, Sarah hizo un alto para recuperarse de la conmoción, se abanicó con

una mano, inspiró y espiró varias veces seguidas, ambos rompieron a reír, y una vez se hubo serenado replicó.

—¿Yo? —preguntó apoyando la barbilla en ambas manos—. No sé... En esa época, cuando éramos niños, me gustaba mirar el cielo estrellado más que nada en el mundo. Mi madre estaba todo el día trabajando y llegaba a casa muy cansada. Las estrellas me quitaban el miedo. Me parecía que siempre me acompañaban. Por eso temía las noches oscuras.

El padre Barrault, haciendo malabarismos, regresó con los platos, los vasos, los servicios y dos velas. Con las prisas se le escurrió un vaso, Julien lo cogió en el airey el padre Barrault, muy abochornado y tartamudeando, se deshizo en disculpas. Volvió a acelerarse. Lo fue colocando todo en su sitio, encendió las velas con mano temblorosa y suspiró tímidamente, antes de volver a marcharse.

—Estuvimos a punto de escaparnos, ¿lo recuerdas? —dijo Julien.

—Aterrorizamos a mi madre. Creyó que me querías raptar.

—Sí. Y te hubiera raptado sólo para protegerte —dijo él repentinamente muy serio.

—Yo lo sabía. No me preguntes por qué, pero lo sabía. De otro modo, jamás me hubiese escapado contigo.

—Aún podríamos hacerlo ahora.

—¿El qué? ¿Protegerme, o escaparnos? —preguntó Sarah con un brillo singular en los ojos.

—Las dos cosas —respondió Julien sin apartar de ella la vista.

Sarah, un rato después, dijo con voz insinuante:

—Aquélla era una noche estrellada, no como ésta. —Y se quedó mirando el cielo por la ventana.

Entonces Julien se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, y luego en los bolsillos del pantalón. Se puso nervioso, empezó a sudar. «¿Dónde estaban? A ver si consigo sacarlos», dijo para sí, y, cuando ya empezaba a desesperar ante la sonrisa deslumbrada de Sarah, su corazón comenzó a sosegarse. «Ya. ¡Por fin!», se dijo, pasándose el dorso de una mano por la frente. Y, sin más, abrió el puño a la altura de la boca y, con una ligera inclinación de la mano hacia arriba, inspiró hondo, sopló suave y prolongadamente, las llamas de las velas se estremecieron, y un extraño polvillo se esparció por el aire alrededor de los dos.

A la luz de las velas, el efecto del polvillo en suspensión era espectacular. Brillaba con un tono plateado, como si de repente cientos de estrellas se hubieran encendido para ellos.

—Nadie podrá decir que ésta es una noche oscura —dijo Julien.

Los dos se quedaron mirándose fijamente durante un tiempo imposible de precisar.

Fue de repente, y a la vez, como cayeron en la cuenta de que el silencio era de un espesor insólito, que la luz del local era más tenue, y, sobre todo, que el cura, los duelistas, el viejo del bastón, mademoiselle Barrault, los huéspedes, la posada entera los contemplaba absorta, ensimismada, con una mirada beatífica, que estaba muy cerca de la satisfacción absoluta.

Hubo un segundo en que, al sentirse observados, el pudor encogió los corazones de los feligreses. Inmediatamente se oyó un ruido de toses y sillas y bancos que se mueven, y, sin perder más tiempo, cada cual regresó a sus asuntos. El bullicio volvió a ser tan plácido y festivo como unos minutos antes, e incluso el olor a pipa se hizo más intenso. Se reanudaron las conversaciones, y, por casualidad, Julien y Sarah repararon en que nadie les había preguntado qué deseaban para cenar.

—Os aseguro que casaré a esta pareja —dijo el cura a Jérôme y Baptiste Turgut—, o no permitiré que nadie me vuelva a llamar *padre* en lo que me queda de vida. Están tan enamorados... Nada más entrar por esa puerta, en cuanto les eché la vista encima, lo supe. Yo

tengo un don para estas cosas. El don de la clarividencia. Por eso me hice sacerdote.

Mademoiselle Barrault, que miraba a su hermano con el rabillo del ojo mientras secaba una jarra, echó una ojeada al cielo raso moviendo la cabeza arriba y abajo, y suspiró.

Ocurrió unas horas después. En la Posada del Desencanto todo el mundo dormía. O casi todo el mundo. Alrededor de las cinco y media de la madrugada el padre Barrault se despertó sobresaltado. Alguien llamaba a su puerta.

Al principio pensó que eran los efectos del sueño. Se restregó los ojos. Aguzó el oído. Por dos veces se oyeron golpecitos reiterados, en series de tres o cuatro. Al padre Barrault la imaginación le jugaba malas pasadas. Temblando, encendió una vela, cogió la palmatoria y, así como estaba, con el camisón y el gorro de dormir, se fue hacia la puerta y la abrió con muchas precauciones.

Frente a él, con otra palmatoria en la mano, estaba Julien, tan apresuradamente vestido que tenía deshecho el lazo de la corbata, y sus extremos colgaban por encima de la chaqueta.

—Padre Barrault, tiene usted que casarnos inmediatamente.

—¡Bendito sea el Todopoderoso! —exclamó el cura juntando las manos en actitud de oración.

—Cuanto antes mejor, padre —insistió Julien, deduciendo, muy razonablemente, que las plegarias del cura habían gozado de la atención del Altísimo—. Partimos por la mañana.

—¡Ay, hijo mío! ¡Un romance huracanado! ¡Ése es el camino más seguro! —dijo el cura. Y, ya por completo despejado, levantó los brazos al cielo—: ¡Lo sabía! —Y, dejándolo en el vano de la puerta con la palabra en la boca, prosiguió mientras corría de un lado para otro del cuarto a la búsqueda de los hábitos—. Cuarenta años llevo casando, y reconozco a las parejas enamoradas sólo con verlas. A mi hermana se lo dije siempre: Charlotte, querida, cásate sólo si estás muy enamorada, ¿por qué diablos habrías de casarte si no? ¿Acaso no vives a gusto conmigo? ¡Ah, pero ustedes!... —dijo abrazando la Biblia y una estola malva—. ¡Lo sabía! ¡Fue algo que ya vi venir desde la puerta!

Con discreción, para no despertar a nadie, habilitaron un espacio en la taberna, en una esquina, justo enfrente de la ventana donde Sarah y Julien habían estado cenando. El padre Barrault llevaba una sobrepelliz por encima de la sotana, y su estola malva por los hombros, un crucifijo de plata le colgaba del pecho, y, en la mano, un rosario y un misal.

Los novios escuchaban las palabras del padre Barrault a dos pasos. Y, un paso por detrás de los novios, Jérôme y Baptiste, que actuaban de testigos, sostenían cada uno un cirio de tamaño descomunal.

La cosa fue tan precipitada, hubo que improvisar a tal velocidad y los preparativos fueron tan escasos que Jérôme, a quien nadie había visto nunca sin su pomada para el pelo y su pendiente, tardó en ser reconocido por el padre Barrault, que lo confundió con un intruso que dormía de incógnito en la posada. En cuanto a Baptiste, con toda su presencia de mosquetero, el camisón de dormir le sobresalía por debajo de la chaqueta, y los puños no hacían más que rebelarse contra su voluntad.

El padre Barrault vio llegado el momento crítico, y con él, su aplomo empezó a vacilar.

—Así pues, estamos aquí reunidos, y felices, para unir a esta pareja en santo matrimonio —dijo el cura, que, haciendo un alto, miró con cara de arrobo a los novios. Jérôme y Baptiste, que se mantenían igual de tiesos e inexpresivos que sus cirios, estaban a punto de ceder a los estímulos del sueño; ahora bien, como la cera rebosaba, algunas gotas empezaron a escurrirse cirio abajo—. Nuestros amigos, Sarah y Julien, que se han dado cita en la Posada del Desencanto, ante los ojos de Dios, por propia voluntad... —Y otra vez hizo el cura un alto en el

camino. Por lo demás, Jérôme y Baptiste, que apenas parpadeaban, se despertaron como heridos por un rayo. Los dos hermanos sufrían en silencio los efectos de la cera que les salpicaba en las manos. Ambos testigos, con gran presencia de ánimo, continuaron inconmovibles, con los ojos llenos de lágrimas—. Querida Sarah, ¿quiere a su amado Julien por esposo, y promete ante Dios Nuestro Señor serle fiel, amarlo y respetarlo, en la salud y la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, y promete no dejar marchitar su amor y hacerlo crecer día tras día, y así, hasta que la muerte, de forma temporal, les separe?

—Sí, quiero —dijo Sarah, con una sonrisa que la iluminaba entera.

A estas alturas, Jérôme y Baptiste, que únicamente apelando a su espíritu de lucha resistían la quemazón de la cera, dejaron escapar unos lagrimones de dolor que se les escurrieron por las mejillas. El padre Barrault, muy atento a los detalles, al ver la reacción de los testigos, dio por sentado que la emoción desbordaba sus cauces naturales, y entonces comenzó a sufrir él mismo para contenerse. Se sacó un pañuelo del bolsillo de la sotana, se sonó con estrépito.

—Querido Julien —prosiguió una vez guardado el pañuelo—, ¿quiere a su amada Sarah por esposa, y promete ante Dios Nuestro Señor serle fiel, amarla y respetarla, en la salud y la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, en la adversidad y en la fortuna, y así por los siglos de los siglos, durante el resto de su vida?

—Sí, quiero —dijo Julien.

El padre Barrault volvió a sacar el pañuelo, hizo uso de él y, a renglón seguido, proclamó, dando la bendición con la mano libre:

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe hombre alguno. —Y, tras guardarse definitivamente el pañuelo, con la emoción a flor de piel, declaró—: Hijo, puede besar a la novia.

Por toda respuesta, Julien cogió a su esposa en brazos y giró sobre los talones para enfilar el tramo que lo separaba de la escalera. Si le dio tiempo o no a ver a los huéspedes de la Posada del Desencanto que abarrotaban las escaleras, justo antes de producirse la desbandada general, quién puede decirlo.

Allí estaban todos, incluida la dueña, mademoiselle Barrault. La mayoría en bata, en camisón o en camisa de dormir. Unos con gorro de borla, y otros con pañuelos anudados para sujetar los cabellos; unos se acodaban contra la barandilla, y otros, los más dormidos, sentados en los peldaños, apoyaban la cabeza contra los balaústres de la escalera; unos llorando en silencio, y otros con los ojos enrojecidos; pero todos, sin excepción, tan pronto como Julien se dio la vuelta con su esposa en brazos, huyeron con estrépito escaleras arriba.

El padre Barrault, que, sensible como nunca, vio la cara arrasada por las lágrimas de los testigos, exclamó suspirando:

—¡Ha sido mi mejor boda! —Y, cerrando el misal, lo apretó contra el pecho como si fuera un devocionario.

Poco después, los recién casados partieron para Vernon, donde una cita inaplazable les aguardaba.

Por desgracia, había otra realidad urgente que se imponía.

Esa mañana, en Gante, donde se había exiliado Luis XVIII, cierto cardenal italiano y cierto ex ministro francés departían mientras paseaban por los jardines de no importa qué palacio. El día era gris, y uno de ellos se apoyaba en un bastón para compensar su cojera.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el ex ministro, que se detuvo apoyándose en el báculo.

—Todo cuanto ayude a devolver a Francia el orden y la tradición será bien recibido por las potencias europeas. La Iglesia, como es bien sabido, no siente devoción alguna por Napoleón. Así pues, la restauración de los Borbones es imprescindible, pero... no hemos estado acertados,

monsieur.

—¿Por qué lo decís, Eminencia? Aun ahora los destinos de Francia y el de la Casa Real son inciertos. Además, hasta los oficiales del Rey son de la opinión de que Napoleón es imbatible en el campo de batalla. Hay que acabar con el hombre.

El cardenal reanudó la caminata.

—Sin embargo, toda Europa está en su contra. Y en el Vaticano se rumorea que la victoria de Napoleón es imposible. Su tiempo ha concluido. ¿Conocéis los planes de Wellington? —preguntó el cardenal.

—Piensa dirigir sus propias tropas junto con las prusianas, el ejército austríaco y el bávaro a la frontera belga. Luego llegarán los rusos desde el este. Aunque quizá cambie el plan sobre la marcha, el proyecto es caer sobre Francia por la parte oriental.

—Conociendo al corso, dudo que éste no ataque antes —repuso el cardenal.

—No si el atentado tiene éxito, y para entonces Napoleón es sólo un mal recuerdo.

—Ya —dijo meditabundo el cardenal—. ¿Estáis al corriente de los preparativos?

—Un envenenador. Por medio de una de las navajas de afeitar del corso.

—¡Vaya! Ingenioso. Y ¿cuándo pensaban hacerlo?

—El 1 de junio. Día de la ceremonia del Champ de Mai. ¿Habéis dicho «pensaban»?

—¡El 1 de junio! Os referís a la gran parada militar, supongo. Faltan pocos días. De modo que buscaban la máxima y más inmediata repercusión... —prosiguió el cardenal.

—Si tienen éxito, habrá que desenmascarar a los conspiradores y presentarlos como traidores a la patria. Si no lo consiguen, mucho me temo que el Emperador dará buena cuenta de ellos. De uno u otro modo, los héroes jamás sobreviven. La política les viene grande.

—Habréis tomado precauciones para no veros mezclado, monsieur de Talleyrand.

—Hay tantas posibilidades de que alguien me involucre, como de que se pruebe vuestra participación; pero, insisto, ¿por qué habláis en pasado, Eminencia?

—Mi querido monsieur, soy el último que quisiera ver el linaje de Bonaparte sentado en el Trono. Un cambio de dinastía sería un acto revolucionario. Sin embargo, hay un pequeño y definitivo cambio de planes. Por ahora, no habrá atentado. No correremos el riesgo de hacer de ese hombre un héroe para el pueblo. Si Dios quiere, Wellington se encargará del asesino del duque de Enghien. En el Vaticano todos confían en una victoria de las potencias. Y, si no fuera así, siempre habría tiempo de atentar contra su vida.

—Pero, Eminencia. La trama está muy avanzada.

—Aun así. Imaginaos en lo que se verían envueltos los Borbones en cuanto la noticia de su asesinato cruzase el país. Con toda seguridad, los veteranos de Bonaparte encabezarían una rebelión popular que pondría fin para siempre a su reinado.

—No estoy muy seguro de que *Monsieur* participe de esta opinión.

—Antes no —dijo el cardenal esbozando una sonrisa política—. Pero todos sabemos que *Monsieur* es un impaciente. Y, como legítimo heredero al Trono, le conviene, si no más sensatez, al menos un poco más de paciencia.

—Entiendo que el Vaticano se adelanta a los acontecimientos. Sin embargo, Eminencia, mi tiempo es oro, para mí.

—Hacedme caso, Talleyrand. Vuestro tiempo se os compensará igualmente, como merecéis. Y siempre podremos volver sobre estos pasos.

—¿Qué proponéis? —preguntó Talleyrand.

—Un conspirador es siempre un conspirador, un descontento, un insatisfecho. ¿De quiénes estamos hablando, al fin y al cabo? ¿Revolucionarios, republicanos, anarquistas, liberales? En

todo caso, no es un desacierto librarse de esa gente. El hecho de que sus intereses y los nuestros confluyan de manera accidental no significa que sean nuestros amigos. Antes lo habéis dicho vos: «Los héroes nunca sobreviven». Actuad rápido. Filtrad la noticia del atentado y los nombres para que todo llegue a oídos del señor Fouché, y sólo de él. No os fiéis de agentes o intermediarios. Poned sobre aviso a ese hombre. Él, personalmente, sabrá bien cómo actuar.

—¿Fouché? Tengo que ver antes a *Monsieur,* Eminencia.

—Por supuesto, hacedlo, amigo mío. Ah, y otra cosa, ¿no os parecía un poco caro el negocio? —preguntó el cardenal parándose en seco.

—Eminencia —dijo Talleyrand, que se detuvo al mismo tiempo—, con atentado o sin él, si algo distinguirá al nuevo gobierno del Rey, será la gratitud con sus amigos. Y continuaron paseando en silencio.

16. EL ATENTADO DE LOS CIEN DÍAS

El 1 de junio amaneció sin nubes, como todas las celebraciones en la vida del Emperador de Francia, excepto la fiesta que se celebró en vísperas de la campaña rusa.

Fue despertado por su valet a las seis y cinco, se puso una bata y sus chinelas de cuero marroquí, luego bebió una taza de agua aromatizada con azahar, y abrió las cartas, que ojeó por encima. Después, se sumergió en un baño caliente y su valet comenzó a leerle los diarios.

Permaneció en el baño una hora, más o menos, abriendo continuamente el grifo de agua caliente y llenando la estancia de vapor. Al salir, se puso una camiseta de franela, pantalones y bata, se enjabonó la cara con jabón perfumado con hierbas y, mientras su guardaespaldas mameluco le sostenía el espejo, abrió la navaja de afeitar.

—Sire —dijo el mameluco—, no he visto nunca navajas iguales. Ni siquiera las que Vuestra Majestad tenía por costumbre usar parecían mejores. Son dignas de un emperador.

La navaja era suntuosa y tenía un contorno exquisito; sin embargo, un detalle le había llegado al alma al Emperador: conservaba el mango de madreperla, como las inglesas que tanto había usado en otro tiempo, aunque con incrustaciones de plata y lapislázuli.

—El acero está templado en Francia —dijo Bonaparte sopesándola en la mano—. Esta remesa es un regalo de nuestro pueblo, y así lo recibo. Como el mejor de los augurios, mi fiel Rustam.

Cogió la navaja, la levantó en el aire y con la otra mano se estiró la piel de la mejilla.

Se detuvo un instante a contemplar el filo. Lo acercó a la cara. Dos ojos grises y ligeramente rasgados, de una expresividad un poco melancólica, lo escrutaban como si no fueran suyos, o no pudieran dar crédito a lo que estaban viendo.

Continuó mirándolos, o, más bien, los ojos grises, ligeramente rasgados, no dejaron de observarle hasta que el vapor del agua borró su mirada del filo. Echó un vistazo al espejo, también empañado, lo limpió con el dorso de la mano y se acercó un poco más. Con pulso seguro y la voluntad de no permitirse distracciones, sumergió la navaja en el agua, estiró la piel y se pasó el filo por la mejilla con un movimiento descendente. Casi al momento sintió un leve escozor a la altura del pómulo.

Eran las siete y quince minutos de la mañana.

Se puso un dedo en el corte y lo retiró al momento. El dedo estaba manchado de sangre.

—¿Crees que estará afeitándose? —preguntó Auguste, que ya estaba acicalado, desde el umbral de la puerta.

—A estas horas, puede que no le haya dado tiempo a acabar —dijo Julien lavándose la herida.

—¿Y si no se corta?

—¿Cuántas veces te has afeitado sin cortarte? Un corte ligerísimo. No como éste —dijo Julien secándose el rasguño con el extremo de un paño—. Aunque no fuera visible, sería más que suficiente.

—Estás seguro, ¿no?

—Tranquilízate. No se trata de un veneno normal. Y, según cierto joven de tu entera confianza, el Emperador se apura meticulosamente.

—Estoy demasiado nervioso —declaró Auguste, y se dio media vuelta.

A las nueve, los dos paseaban por las calles haciendo tiempo. Definitivamente, era un día claro, sin una sola nube. Las avenidas estaban abarrotadas de gente. Todo el mundo se dirigía a la gran parada en el Champ de Mars, junto a la Escuela Militar. Para nadie era un secreto que, con la ceremonia, el Emperador pretendía que el pueblo se involucrase en las cosas de la guerra. Bonaparte deseaba emocionar a los ciudadanos; más aún, deseaba embriagarlos. Porque la guerra ya no concernía sólo al ejército, concernía también a la nación. Al pueblo estaban dedicados los cañonazos de las cinco baterías que abrirían fuego desde el puente de Iéna, los Inválidos, las colinas de Montmartre, el castillo de Vincennes y el mismo Champ de Mars. Un estruendo histórico para levantar los corazones. Así estaba programado.

Luego, para acabar de impresionar a la plebe, llegarían los lanceros con sus casacas escarlatas, los guardias montados, los heraldos con sus túnicas malvas con bordados de águilas doradas, las carrozas oficiales tiradas por caballos con penachos de plumas que conducirían a los príncipes y a los dignatarios de la corte; y, por último, llegaría el Emperador, escoltado por sus mariscales a caballo, palafreneros y pajes, y, entonces, el público prorrumpiría en aplausos y vítores. Y la guerra sería el mejor y más clamoroso símbolo de un porvenir en paz con Europa.

En la explanada del Champ de Mars se había levantado una gran estructura con gradas para los dignatarios de la corte, varias tarimas y un trono. Pero, a las diez menos cinco, como los miembros del gobierno empezaran a ocupar sus sitios, la gente que estaba congregada en el Champ de Mars sucumbió a la sospecha de que el Emperador se estaba demorando.

Las diez y cuarto, y algunos cardenales, obispos y arzobispos, que lucían sus más engalanados hábitos, se removieron impacientemente en sus asientos. Ondeaban las banderas, y, entretanto, cincuenta mil soldados esperaban a pie firme bajo un sol que resplandecía sin piedad. Y la gente continuaba afluyendo.

Por su parte, Julien y Auguste decidieron esperar acontecimientos en las cercanías del puente de Iéna, mezclados con un público acostumbrado a las demoras, reapariciones y exilios de sus soberanos. ¿A quién podía extrañar que Napoleón se retrasara?

Por allí, por el puente de Iéna, debería cruzar la comitiva en el supuesto de que Napoleón saliera ileso. Algo que Julien juzgaba imposible. Su pronóstico era que habrían de anunciar la tragedia y cancelar la ceremonia. Sin embargo, a la luz de lo que estaba en juego, y conforme transcurrían los minutos, comenzó a admitir una segunda y hasta una tercera posibilidad: que la ceremonia se iniciara sin la presencia de Napoleón. Podría presidirla algún alto cargo, que salvaría las apariencias pretextando que el Emperador se hallaba indispuesto, pero ¿tenía algún sentido prolongar la agonía del régimen? Porque si de algo estaba seguro Julien era de los efectos del veneno. Nada de sorpresas. Nada de agonías. Nada de esperanzas. Nada de prórrogas. La hora de la verdad había llegado.

Fueran cuales fuesen las consecuencias, hubiese o no entrado en contacto con su piel la navaja, a esas horas el destino ya había pronunciado su última palabra. Eran las diez y cuarto. Y Bonaparte era un militar de costumbres que se afeitaba con el alba.

Julien fijó la vista en la otra orilla del Sena. Por ahora, todo hacía suponer que el cortejo no había salido de las Tullerías. ¿No era un poco tarde ya? ¿No se estaba retrasando en exceso? Auguste miró a Julien de reojo, como buscando explicaciones, pero Julien se mantuvo impávido y no dejó traslucir su estado de ánimo. Un poco más, media hora tal vez, y podrían estar seguros

de haber ganado. En el más falso de los escenarios posibles, el régimen podría ganar tiempo con las salvas de los cañones, pero levantar la moral de los franceses y devolver la vida a su Emperador eran dos cosas muy distintas.

No obstante, en su fuero interno, Julien admitía una tercera posibilidad, aunque no la habría reconocido abiertamente: que alguien hubiera frustrado el envenenamiento. Pero cómo, si era un plan diseñado con precisión milimétrica... Se aseguraron de que la remesa fuera recibida en palacio un día antes, con las formalidades que identificaban a la empresa fabricante; e incluso, a través de un agente infiltrado en palacio, se cercioraron de que llegase directamente a manos de Marchand, el valet de Bonaparte.

Julien se aferró al medallón. Todo había salido según lo previsto. Y el fracaso no figuraba en sus planes.

—Mis más sinceras felicitaciones, monsieur —dijo una voz muy familiar casi al oído de Julien. Éste se dio la vuelta para toparse cara a cara con Gilles, apoyado en su bastón. Llevaba una chaqueta con encaje blanco en sus bordes, y debajo un chaleco de ante. De uno de los bolsillos del chaleco colgaba una cinta con una llave dorada a su extremo. Lo escoltaban tres sujetos robustos. Auguste empezaba a hacerse cargo de la escena—. Son pocos los que tienen la fortuna de desposar una dama tan hermosa.

—¿Qué hacéis aquí, vizconde? —inquirió Julien sobreponiéndose a la primera impresión—. No sois nunca bienvenido. Al menos, todavía.

—Siempre tan arrogante, monsieur. Aun así, hay algo urgente que debo mostrarle, a solas. Y éste es el día apropiado. Si mal no recuerdo, la última vez que nos vimos le sugerí que protegiera a los que amaba. —Y aquí Gilles levantó un solo dedo, y los guardaespaldas se dispersaron entre la multitud. Muy turbado, Julien miró a Auguste y le rogó que se dirigiera a la mansión a toda prisa y se asegurase de que Sarah estaba a salvo.

—Esto es entre él y yo —concluyó diciendo a Auguste—. Pase lo que pase, no quiero que intervengas.

Cuando se quedaron solos, Julien dijo:

—Si le rozas uno solo de sus cabellos a mi esposa, acabaré contigo antes de tiempo. No te salvará ni la promesa que le hice a tu padre.

—¿Tocarla? ¿A ella? Eso sería lo último que haría —dijo Gilles poniéndose a su altura, y mirando hacia las Tullerías como un espectador más que aguarda la llegada del cortejo—. Pero me sorprendes. Hablas como si te creyeras mejor que yo. —Sin mirar a Julien, sacó un papel doblado de un bolsillo de la chaqueta—. Vengo a darte dos noticias. La buena: estás esperando en vano. Tu plan ha tenido éxito.

—No sé a qué te refieres —repuso Julien, a quien cada vez le costaba más contenerse.

—Sí, reconozco que era hábil. Las navajas, el veneno... ¿En serio pensabas que no lo descubriría?

—No comprendo ni una sola palabra de lo que dices —repuso Julien sin mover un solo músculo.

—Despreocúpate. No te voy a delatar. Nunca he tenido esa intención. Esa sigue siendo la buena noticia. ¿La mala? —añadió alargándole el papel—. Lee —dijo con un brillo irracional en los ojos.

Julien, ávido de respuestas, devoró las palabras de la carta. Llegó al final consternado, y regresó al principio. La leyó nuevamente y miró a Gilles, cuya débil sonrisa mostraba dos pequeños hoyuelos. De pronto, sintió como si le hubieran puesto un velo negro delante de los ojos. No comprendía. Le flaquearon las piernas. Experimentó un ligero vértigo al releer el

nombre de su madre en el encabezamiento de la carta, y, sobre todo...

—¿Reconoces la firma? —volvió a la carga Gilles—. Hace de eso veintiséis años. Entonces era un simple teniente de artillería que utilizaba el apellido italiano.

—¿De dónde has sacado esta carta? —preguntó Julien con un leve temblor en los labios.

Haciendo caso omiso, Gilles repuso:

—¿Qué nos diferencia ahora a los dos? —Y, arrancándole la carta de las manos, añadió—: Acabas de matar a tu propio padre.

Gilles lo invitó a que lo acompañara. No tuvo necesidad de amenazarle. El impacto era de tal envergadura que Julien había agotado su capacidad de reacción, y con ella, todas sus reservas de esperanza. Los guardaespaldas no daban señales de vida, y él se dejó conducir con un manso orgullo al carruaje. No permitió que le tocase. Sólo para eso tuvo fuerzas, y para mantenerse en pie, y luego tomar asiento en el coche y cerrar los ojos. Por lo demás, algo dentro de él había muerto, o desaparecido para siempre.

Ninguno pronunció una sola palabra desde que subieron al carruaje hasta que se apearon.

—Oh, madame, son preciosos. No sabría cuál ponerme —dijo Mimi, que, ante la fausta visión de los vestidos que yacían esplendorosamente expuestos fue superando el apuro que le entraba.

—Pruébatelos todos. Y, por favor, Mimi, cuántas veces debo decirte que me llames por mi nombre —replicó Sarah, que seguía mirando a través de los visillos mientras se acariciaba el pendiente de manera compulsiva.

—Oh, madame —dijo Mimi con voz estrangulada—. Monsieur Julien aún se acordaba de los sueños de Mimi, la triste. ¡Ay! ¡Los vestidos elegantes! Ese muchacho tiene un corazón de oro...

Sarah había preferido quedarse en la mansión. No hubiera soportado la angustia de la incertidumbre. Quiso persuadir a Julien para que no saliese, pero eso era tan absurdo que desistió. De un tiempo a esta parte, presentía el peligro como nunca. El peligro acechaba sus vidas y amenazaba las ilusiones que empezaban a arraigar. No uno, sino mil peligros; y lo peor, lo más angustioso es que Julien era su más preciado blanco.

—Perdona, Mimi. ¿Qué decías? —preguntó Sarah.

Entonces, a las once en punto de la mañana comenzaron a rugir las baterías. Sarah dio un respingo. Una larga comitiva pasó por los jardines de las Tullerías e inició el desfile ante las aclamaciones del público. Los cuatro mariscales que cabalgaban junto a la carroza principal iban excepcionalmente serios. Cabalgaban con el ánimo abatido de quienes saben que, pese a las apariencias y el brillo, esa mañana se han torcido irremisiblemente los destinos de Francia. Uno de ellos era Michel Ney, príncipe del Moscowa, que un día decidió seguir al Emperador en su carrera hacia la nada, y ahora pensaba que más le hubiese valido emigrar. Las salvas, los redobles de tambores y las voces de mando llenaban las calles.

En París, mientras el cortejo se dirigía hacia la Escuela Militar, más de uno se preguntaba cómo estaría realmente el Emperador.

En otra parte de la ciudad, justo en las cercanías del palacete del vizconde de Ménéval, en el 145 de la rue Saint-Honoré, Auguste escuchaba el fragor de los cañones con el alma en vilo. Cualquier cosa podía haber pasado. Desde que suplantaran al Emperador por unas horas, hasta que hicieran circular entre la muchedumbre el rumor de que estaba enfermo, pasando por que el veneno hubiera sido un fiasco. En estas condiciones, era imposible estar seguro de lo que realmente sucedía.

Auguste había hecho oídos sordos a las palabras de Julien. A juzgar por lo ocurrido, tal vez

se equivocó.

No fue directamente a la mansión. Estaba seguro de que el peligro no rondaba a Sarah. Por si acaso, siguió de lejos a los guardaespaldas y, en cuanto vio que deambulaban por los alrededores sin prisas ni aparente propósito, se desentendió de ellos y optó por no alejarse demasiado de Julien. Ése fue su error. Le faltó perspectiva para comprender cabalmente lo que estaba a punto de ocurrir. Más tarde, vio que su amigo y Gilles subían juntos a un coche. En ese instante, entre la algarabía y el ambiente cada vez más multitudinario, ya había perdido definitivamente de vista a los matones. Se montó a su vez en el primer coche que pasaba, y dio orden al cochero para que siguiera al otro a distancia. Así había llegado hasta el palacete, donde montaba guardia y se consumía de impaciencia.

Pasaban cinco minutos de las doce. El cortejo llegaba entonces a la Escuela Militar, y las miradas se concentraron en la carroza que acababa de detenerse.

Al mismo tiempo, en los bajos del palacete de la rue Saint-Honoré, en un sótano húmedo, cerrado a cal y canto por una puerta de hierro cuya cerradura se abría sólo merced a una llave dorada, el vizconde de Ménéval ordenaba que sentasen al prisionero en la silla y le atasen al respaldo.

Los tres matones, que habían estado esperando la llegada de su jefe desde hacía un buen rato, cumplieron satisfactoriamente su cometido. Primero lo arrastraron al sótano por la fuerza y, una vez que terminaron de atarlo, cedieron el protagonismo al vizconde de Ménéval. El rostro de Julien ya mostraba un fuerte hematoma en el pómulo izquierdo. Entonces, sin mediar palabra, el puño de Gilles salió proyectado contra su cara y Julien empezó a sangrar por la nariz. Gilles sacó un pañuelo de puntillas de una de sus mangas y se lo aplicó en la nariz rota.

—Puedes gritar cuanto quieras. Nadie te oirá. Los muros tienen el doble de grosor que en la superficie —dijo Gilles.

—No eres más que un miserable cobarde —replicó Julien con dificultad—. Lo fuiste siempre.

—Así que estás resuelto a no firmar —dijo Gilles tamborileando con los dedos en el papel que había sobre una mesa de caballete—. Hum, es un documento sin fecha, lo reconozco, pero cuando entres en posesión de los bienes de mi padre como titular, podemos añadirla. Habrás leído, supongo, que un notario dará fe con todas las formalidades necesarias. Y, en fin —dijo retirando el pañuelo. La nariz sangraba de modo aparatoso. Algunas gotas cayeron sobre el medallón de plata y Gilles, atraído por él, se lo arrebató de un golpe—, como verás, me he tomado mi tiempo para hacer una investigación exhaustiva. Aquí aparece una relación de los bienes del donante, entre nosotros, un miserable asesino a sueldo que atiende al nombre de Julien Lasalle. En ella se incluye, claro está, la productiva plantación de azúcar de Nueva Orleans. Me la cedes, como todo lo demás, a título de donación —dijo contemplando detenidamente el medallón—. Es justo, ¿no te parece? Tú me quitaste lo mío, y yo te quitaré lo tuyo.

—Devuélveme ese medallón —dijo Julien haciendo un último esfuerzo por hacerse entender.

—Ya no fanfarroneas tanto, ¿eh, gallito? —repuso Gilles lanzando al aire el medallón como si lo sopesara en la mano una y otra vez—. Esto no es lo más grave que te puede ocurrir si no firmas. —Y, antes de que al matón le diese tiempo de colgar la chaqueta de la que se había despojado, un segundo guardaespaldas le descargó un puñetazo a Julien en la boca del estómago, y, luego, dos más en el rostro. Con gesto mecánico, Julien intentó doblarse sobre sí mismo, pero era tan inútil como llevar una bocanada de aire a los pulmones.

—¡Ese chiquillo!... —suspiró Mimi probándose el tercero de los vestidos—. Ese chiquillo

se merece lo mejor del mundo, madame. Acordarse de esta pobre vieja —dijo sujetándose la cara con las manos mientras admiraba el vestido de crêpe en el espejo—. Eso basta para llenar una triste vida, madame.

—¡Mimi! —exclamó Sarah, que de repente palideció sin desviar la vista de la ventana. Abajo, de un carruaje policial que se había detenido, bajó un puñado de agentes armados que se desplegó frente a la puerta de entrada—. Acaba de pasar algo horrible.

Entretanto, Auguste esperaba. ¿Cuánto llevaría apostado allí, en las inmediaciones del palacete? No sabría decirlo. ¿Dos horas, quizá tres? Por de pronto, había cesado el estruendo de los cañones, y no estaba muy seguro de qué hacer. Si hubiese sabido de cuánto tiempo disponía habría reclutado un ejército, pero moverse quedaba descartado. Julien podría salir en cualquier momento, no había ni rastro de los matones y nada aconsejaba entrar en el palacio; primero, porque su amigo le había pedido que no interviniese, y segundo, porque si le impedían pasar, o negaban que Julien estuviese dentro, no le quedaría sino el recurso de la fuerza, y ¿con qué consecuencias para Julien? Pero tampoco había más alternativas. Se echó la mano a la espalda. La pistola seguía ahí, en la cintura. Supo que estaba listo para llamar y abrirse paso por la fuerza cuando, para su asombro, vio que un grupo de policías cercaba sigilosamente el palacete. Las cosas parecían marchar rumbo al desastre.

—No... conseguirás... nada de mí —balbuceó Julien, a quien hablar le resultaba cada vez más insufrible. Se resistía a perder la conciencia, y, cuanto más brutal era el castigo, más aún se resistía—. Devuélveme el medallón. —Todo él estaba empapado de agua y sangre, y casi no podía abrir los ojos de la hinchazón.

—¿Qué te importa un vulgar medallón cuando estás tan cerca de perderlo todo? —dijo Gilles, que continuaba jugando con el colgante—. Escúchame bien. Te quedan únicamente dos opciones. Si firmas, tan sólo me cedes tus bienes. Si te niegas, tomaré por la fuerza todo lo tuyo. ¿Entiendes lo que te digo? —gritó Gilles, que daba muestras de estar agotando la paciencia—. ¿Firmarás? —preguntó—. ¿¿Firmarás?? —gritó a la cara de su enemigo. Julien tenía la cabeza vencida contra el pecho. Cualquiera hubiese afirmado que estaba inconsciente de no ser porque movía un poco los brazos, procurando desasirse de las ligaduras, o buscando alguna clase de alivio.

Ante la mirada de su jefe, uno de los subordinados, el más temible, un bretón imponente de cara rubicunda, que había sido policía hasta que lo expulsaron del cuerpo por la contundencia de sus métodos, dio un paso adelante. Gilles le cedió el sitio. El sujeto se colocó delante de Julien y, como si éste lo intuyera, levantó la cabeza, lo miró de frente y, justo cuando trataba de enfocar la imagen del verdugo, sintió un impacto salvaje en la cabeza y, al instante, el dolor desapareció.

—Desatadle, y comprobad si está muerto —dijo Gilles.

La silla, con el prisionero atado al respaldo, había perdido el equilibrio. Lo desataron tal y como estaba. El cuerpo inerte se desplomó en el suelo encharcado. La nueva brecha sangraba copiosamente. Entonces sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gilles sin girar la llave dorada en la cerradura.

—Dos agentes de la policía desean hablar con monsieur —repuso una voz vacilante desde el otro lado.

—Di que ahora voy —dijo lanzando una vez más al aire el medallón, que se le cayó al suelo, y volviéndose hacia los otros preguntó—: Rápido, ¿cómo está?

—Más muerto que vivo, monsieur —dijo el bretón.

—Si no vuelvo en media hora, lleváoslo de aquí. Ya sabéis lo que tenéis que hacer con él. —Iba a salir cuando vio que el medallón de plata se había abierto al caerse. Intrigado, lo cogió y,

con él, un billete doblado que se deslizó fuera del medallón. Desdobló el billete, leyó por encima su contenido y, sin que una sola línea de su rostro delatara la menor sorpresa, volvió a doblarlo cuidadosamente y se lo metió en el bolsillo opuesto al del medallón.

En pocos segundos, Gilles repasó las posibilidades. A la vista del más que probable éxito del atentado (aunque así se lo había hecho creer a Julien, aún no tenía ninguna certeza al respecto), lo lógico era que Fouché lo llamase a su presencia, que la policía fuera una escolta. Aun así, estaba tan excitado que se le pasó por la cabeza fugarse; pero eso era tanto como ponerse en evidencia y, en el peor de los casos, convertirse en un evadido, renunciar a sus proyectos personales. Por el amor de Dios, ¿qué podía temer? Su confianza era inmensa, su futuro despejado, y su fortuna privada, aunque no fuera a través de los bienes de su padre, iba a incrementarse de todos modos. Ya encontraría la manera.

Por si fuera poco, gozaba de la protección del hombre más poderoso de Francia, ahora que Napoleón había muerto; y, en cuanto a la carta robada, o a los secretos profesionales que se había reservado, nada debía temer. Era cierto que había permitido la muerte de Napoleón después de haber averiguado toda la trama. Hasta ayer mismo, cuando la remesa de navajas llegó a manos de su valet, había seguido la pista buena. Pero su venganza estaba muy por encima de su adhesión a Fouché, su venganza consistía en hacer justicia a su modo. Además, Fouché no sabía más que lo que él, su mejor hombre, su investigador más capaz, le había dicho. Y, aunque el ministro hubiese recabado información por otras fuentes, tenía más que callar que nadie. ¿O es que él no conocía más secretos de Fouché que todos los dignatarios de la corte juntos?

De modo que, muy seguro de sí, recibió a los agentes en el salón de invitados. Sólo cuando, después de los saludos corteses, le extendieron una orden de detención, sólo cuando se puso a examinar la orden y vio que estaba firmada por Su Excelencia el ministro de la Policía, sus facciones se desencajaron.

—Por su bien, espero que no hayan cometido un error —declaró sólo por quedarse con la última palabra, y, mientras se levantaba, sacó el medallón del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Mimi, que se echaba a temblar como una hoja ante la simple mención de la palabra «policía», se apresuró a tomar la iniciativa. Fuese cual fuese el lío en el que sus amigos se viesen involucrados, no era de su incumbencia, pero sí que lo era tratar de salvarles el cuello.

—¡Abran a la policía!

Se aclaró la voz, sacó fuerzas de donde nunca tuvo fuerzas, y abrió la puerta. Frente a ella había varios agentes de uniforme y armados hasta los dientes.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo sin invitarles a entrar.

—Venimos a arrestar a mademoiselle Cobbet en nombre de Su Excelencia el ministro de la Policía. La casa está rodeada. Depongan cualquier resistencia.

Ella se responsabilizó de todo. Les hizo pasar al saloncito. Estuvo locuaz en el justo término, ni poco ni demasiado, argumentó algo, les dijo que mademoiselle no estaba convenientemente vestida. Ocultó los dedos para que no viesen que temblaba, se sobrepuso y dejó abierta la puerta al objeto de que no desconfiasen.

Presa de los nervios, corrió a su cuarto. Cogió los andrajos que por alguna razón sentimental aún no había tirado, se disculpó mil veces por atreverse a vestir a Sarah con alguno de ellos, le cortó la melena a tijeretazos, la despeinó, le tiznó la cara con una astilla requemada y, cuando pensaba acompañarla hasta la puerta de atrás, Sarah se quedó mirándola con una sonrisa.

—Ahora es tu turno, querida Mimi.

—Pero... alguien tiene que quedarse, madame.

Y, sin dar lugar a réplicas, Sarah se puso a desvestir a Mimi, y a continuación la ayudó a

vestirse con los harapos restantes. Antes de salir por una de las puertas traseras, Sarah le dijo a uno de sus sirvientes de confianza:

—No permitas que se acerque. No permitas que lo capturen. Y dile que estaré esperándole. ¿Te acordarás del nombre de la posada? Dile que le esperaré todo el tiempo que sea necesario —dijo Sarah.

—Se lo prometo, madame.

Sarah y Mimi salieron como una pareja de pordioseras, con varios mendrugos de pan en las manos. Nadie las reconoció.

Cuando Gilles subió al coche policial acompañado de dos agentes, Auguste se quedó paralizado. ¿Y Julien? Inmediatamente, pensó en entrar como fuese. Pensó en los matones y, por vez primera, se preguntó si no se habría equivocado, si no estarían dentro del palacete, si no habrían estado allí todo el tiempo. Y la simple idea de que fuera cierto hizo que se le encogiese el estómago. Esperó un rato más y, como viera que nada se movía, echó a andar hacia la puerta.

Entonces apareció el carro por el callejón lateral. Instintivamente, Auguste se pegó a la pared, se quedó quieto. En apariencia, era un simple carro de heno cubierto por un pedazo de lona. Estaría a unos veinte metros de él. Lo suficiente como para distinguir a los tres matones. Dos iban en el pescante, y el tercero iba sentado en la parte de atrás, entre los varales. Sin embargo, Auguste estaba cegado por una sola idea: arrojarse sobre la puerta del palacete, entrar aunque fuese lo último que hiciera en su vida. Y ahí habría perdido la pequeña oportunidad que le quedaba, de no haber sido porque entonces sucedió algo, un detalle que primero le heló la sangre, y al instante hizo que fluyese por sus venas con un vigor renovado.

El carro iba a doblar a la derecha para dejar atrás la fachada del palacete cuando, a consecuencia del giro, se desprendieron unas briznas de heno y sorpresivamente un brazo inerte sobresalió por entre los travesaños. Fue muy fugaz. El tercer guardaespaldas, el que iba sentado en la parte de atrás, se precipitó a ocultarlo, al tiempo que miraba con disimulo alrededor. Pero Auguste ya buscaba desesperadamente un coche de punto, y se palpaba de nuevo la pistola.

Tres días después, el 4 de junio, fue declarado festividad pública. En los Campos Elíseos, treinta y seis fuentes manaban vino sin interrupción, y había manjares, funciones de teatro y orquestas al aire libre. Aquel día, víspera de algo glorioso, era todo gratuito. Por la noche, después del concierto frente al palacio de las Tullerías y de los fuegos artificiales en la plaza de la Concordia, la gente empezó a retirarse. Sin embargo, alguien, contraviniendo sus hábitos nocturnos, llegaba de incógnito a la prisión de La Conciergerie.

Lo condujeron a una pequeña celda y, una vez allí, él mismo cogió el candil y ordenó a los carceleros que le dejaran con el cautivo. Sostuvo el candil en alto y se descubrió el rostro.

—Me has decepcionado, amigo mío. Y te previne contra mis decepciones —dijo suavemente.

—Excelencia —dijo Gilles, que vestía las mismas ropas con las que había sido arrestado tres días antes, aunque sensiblemente más sucias. El suelo era de tierra apelmazada. Se incorporó descalzo en el jergón y se aproximó a los barrotes—. Todo esto no es más que una lamentable equivocación. No sé qué os habrán dicho ni quién os lo habrá dicho, pero os juro por Dios que no pude evitar su muerte.

—¿Qué muerte?

—La muerte del Emperador.

—El Emperador, majadero, está más vivo que tú y que yo. Y dispuesto a hacer la guerra a toda Europa. Pero no creo que aún estés interesado en la alta política.

—¿Vivo? ¿El Emperador? —preguntó Gilles, cuyo asombro era inconmensurable.

—Y más ambicioso que nunca. Esa mañana, la mañana en que interrumpí su afeitado... Seamos exactos, la mañana en que evité que diera uso a la navaja envenenada, tuvimos una breve charla. Es notoria la sangre fría del Emperador. El atentado nos llevó al trono y el trono a la abdicación. Le aconsejé que abdicase. La ceremonia del Champ de Mars era idónea y, si lo hubiese hecho, su hijo reinaría y no habría guerra.

—Pero ¿cómo, cómo os enterasteis del atentado?

—Ah, joven Gilles. Digamos que fui alertado a tiempo. Y digamos que llegué a tiempo sólo por un pelo, nunca mejor dicho. Es superfluo añadir que los responsables que no están encarcelados... están muertos. ¡Ah, qué desperdicio las vidas de los conspiradores supervivientes! Pero es demasiado tarde para emplearlas provechosamente en favor del Ministerio. Con respecto a ti, en fin, quien no existe no puede ser responsable de nada, ¿no? Verás, tu pequeño robo en mis archivos privados es la menor de las razones por las que se te encierra de por vida. La más importante es que no puedo fiarme de ti. Las traiciones tienen un límite, y un precio.

—Pero Excelencia, Excelencia —rogó Gilles haciendo presa en los barrotes con ambas manos. Fouché retrocedió un paso—. Después de estos años de servicios... yo no me lo merezco, Excelencia.

—Son malos tiempos para los traidores, y la carrera del vizconde de Ménéval, amigo mío, toca a su fin. Nadie, ni ahora, ni mañana, créeme, se acordará de él. En cuanto a ti, pobre preso anónimo, se te despoja de todo. No tienes pasado, no tienes futuro, no tienes bienes espirituales, ni bienes materiales tampoco. Tu verdadero nombre se pudrirá entre estos muros húmedos.

—Os lo ruego, Excelencia —gimoteó Gilles arrodillándose contra los barrotes—. No me hagáis esto. Yo sé mucho más de lo que imagináis. Aún podría seros útil. Podéis utilizarme a vuestra conveniencia. En caso contrario... yo sé de gente que pagaría lo indecible por conocer muchos de vuestros secretos.

Fouché emitió una risa apagada, volvió a cubrirse con la capucha y de nuevo elevó el candil. La luz iluminó sus dientes.

—Sólo me queda una duda, joven Gilles, ¿para qué diablos querías esa carta? ¿Tenía tanto valor para ti? —Gilles, aferrado aún a los barrotes, se había ido deslizando insensiblemente, y ahora gemía aovillado en la tierra, con la cara pegada a los hierros—. ¡Carcelero! —llamó el encapuchado, y se fue por el corredor sin decir más.

Ahora estaba solo en la oscuridad, sin moverse. Continuaba gimiendo en la misma postura. Tanteó nerviosamente sus bolsillos, sollozando, lamentándose, y, como si de repente recordara, se puso a gatear por la celda. Se arrastró hasta el rincón del fondo y, hurgando en una grieta de la pared, sacó una carta y un billete con evidentes signos de deterioro. Los cogió entre las manos sucias con avaricia, como dos joyas preciosas, y, de rodillas, en el rincón, se quedó murmurando:

—Valor. Ahora sí que tiene valor. Ahora sí.

—Sarah —dijo el padre Barrault acercándose a ella—, tienes que comer. Llevas todo el día sin despegarte de la cama. Mi hermana te ha preparado algo caliente.

—Gracias, padre. No tengo hambre —dijo Sarah, que cogió del brazo a Auguste.

El padre Barrault se puso detrás de ellos, junto a Jérôme y Baptiste Turgut, y volvió a juntar las manos en ademán de oración. El padre Barrault, y su hermana, mademoiselle Barrault, no sólo tenían un sincero afecto por Sarah, sino una deuda de gratitud para con ella. Estaban al borde de la ruina y, sin la ayuda económica que Sarah les había prestado, habrían tenido que deshacerse de la Posada del Desencanto. Incluso Jérôme y Baptiste, sobre todo Jérôme y

Baptiste, que después de toda una vida trabajando para los Barrault ya se veían en la calle, les estaban impagablemente agradecidos, y no sabían cómo demostrar su gratitud en esa hora dramática.

El doctor estuvo un largo rato examinando al enfermo. Como ayer y anteayer. Luego le abrió los ojos e hizo girar su cabeza con brusquedad a un lado y a otro de la almohada. Sarah estaba al pie de la cama. Llevaba los restos de su melena recogidos en una pequeña coleta. Con una mano apretaba el brazo de Auguste, y con la otra tenía un pañuelo cogido y pegado a la boca. Auguste estaba pálido, y una incipiente barba no enmascaraba el tajo reciente que le cruzaba la mejilla.

—¿Continúa inconsciente, doctor? —dijo Sarah, con un tono de voz que denotaba un cansancio extremo.

—Mucho me temo que sí —dijo el doctor, que, tras arropar a Julien, se levantó de la cama.

—¿Cómo es posible, después de cuarenta y ocho horas? —preguntó Auguste.

—Mantiene el reflejo de deglución. Y tampoco tiene afectada la función respiratoria ni la cardíaca. Duerme como si se encontrase en un sueño profundo —dijo el doctor con un tono de evidente impotencia. Echó una fugaz mirada al suelo, como si buscase inspiración, y continuó diciendo—: En ciertos casos, después de un traumatismo cerebral, se puede entrar en un estado vegetativo. Se tienen patrones relativamente normales de vigilia y sueño, se puede respirar e incluso deglutir espontáneamente, pero no se piensa ni actúa espontáneamente. Sólo algunos movimientos espasmódicos de las extremidades. Julien está en esa situación.

—*¿Y* cuánto tiempo puede permanecer así? —preguntó Sarah.

—Días, semanas, años... —replicó el doctor, que cogió el maletín de la butaca—. Nadie lo sabe.

—¡Pobre joven! ¡Pobre joven! —murmuró el padre Barrault.

—Si creen en algo más allá de esta vida —añadió el médico—, confíen y recen por su recuperación. Hasta donde yo sé, no podemos hacer otra cosa que esperar —dijo cerrando el maletín y cogiéndolo por el asa—. Volveré mañana, querida. No desespere. —Y pellizcó muy suavemente la barbilla de Sarah.

—Yo le acompaño, doctor —dijo el padre Barrault, cerrando la puerta del aposento.

—La culpa es mía. No tenía que haberlo salvado. No tenía que haberlo salvado —dijo Auguste, que se soltó del brazo de Sarah y se acercó a su amigo. El rostro de Julien, aún tumefacto, conservaba las señales del castigo— Hubiera sido mejor que nos matasen a los dos.

—No debes decir eso. Él se despertará. Es necesario que se despierte —dijo Sarah, con toda la serenidad de que fue capaz antes de enterrar la cara en el pañuelo.

17. EL IMPOSTOR

Después de Waterloo nada volvió a ser lo mismo. Menos aún para Bonaparte, quien, arrinconado por sus propios excesos, firmó en París su segunda abdicación. Aún no había cumplido cuarenta y seis años cuando se entregaba a los ingleses en demanda de asilo. Fue la última mano de un jugador profesional. Al abordar el *Bellerophon,* ante el aturdimiento del capitán del buque británico, probaba fortuna por última vez. El mensaje para el príncipe regente de Inglaterra decía:

«Perseguido por las facciones que dividen mi país y por la hostilidad de las potencias de Europa, he acabado mi carrera política y, como Temístocles, vengo a sentarme ante el hogar del pueblo británico. Me coloco bajo la protección de las leyes que reclamo a Vuestra Alteza Real en vuestra condición del más poderoso, leal y generoso de mis enemigos».

Su leyenda era, sin embargo, demasiado gloriosa, demasiado perturbadora, y los ingleses optaron por deportarlo al fin del mundo. Santa Elena estaba nada menos que a dos mil ochocientos quince kilómetros de Ciudad de El Cabo, en Sudáfrica, y era una escala perfecta para los barcos que hacían la ruta de Oriente. Pero esa roca azotada por los vientos, las lluvias, los golpes de mar, y donde las estaciones estaban invertidas, ¿era un digno exilio para el único monarca de Europa votado en referéndum?

Lo cierto es que la cabeza de Bonaparte estaba intacta; al contrario que su corazón, que habían tratado de volar en pedazos. No veía a su esposa María Luisa y a su hijo de cuatro años, el rey de Roma, desde antes de su primer destierro. Y lo peor es que las potencias europeas estaban decididas a impedir un reencuentro. Él, que amaba a su hijito con la devoción de cualquier padre, él, que cuando el pequeño aprendía a caminar, por si acaso había mandado acolchar las habitaciones hasta una altura de noventa centímetros, jamás volvería a ver al rey de Roma.

En cuanto a Maria Walewska, y a Alexandre, el hijo que ésta le había dado, no permitió que le acompañasen al exilio. Quién sabe cuánto hubo de arrepentirse en los volcánicos e inhóspitos parajes de Santa Elena. Ni uno solo de los miembros del clan Bonaparte se ofreció a seguirle.

Mientras, en París se procuraba dar una imagen de normalidad. Los Borbones regresaron del exilio, y, con ellos, la cárcel, el destierro y la muerte para unos, y la excarcelación para otros. Bajo la complaciente mirada del Rey, el viejo y enfermo Luis XVIII, Fouché, una vez más ministro de la Policía durante unos meses, firmó alrededor de mil sentencias de muerte y de destierro. Se trataba de una lista de enemigos del régimen con nombre y apellidos. Así que, para evitar esa lista de proscripción, lo mejor que podía pasarle a uno era no tener pasado.

Sin embargo, el poder no residía sólo en las Tullerías. Con Luis XVIII regresó su hermano menor, el conde d'Artois, más conocido por *Monsieur,* que se instaló en el Pavillon de Marsan. Y *Monsieur,* el absolutista, no estaba dispuesto a aplaudir las concesiones que su hermano hacía a los partidarios de la Revolución.

Monsieur y los suyos, conocidos como los Ultras, se fueron constituyendo en un poder en la sombra equivalente a una red de espías, confidentes y provocadores que se infiltraba en todos los organismos de gobierno. Es más, siempre a la búsqueda de complots bonapartistas, y siempre alarmado por los informes que recibía de sus agentes, *Monsieur* alentó la creación de un ejército

privado de matones (los Verdets, así llamados porque vestían la librea verde de *Monsieur)* que buscó, persiguió y aterrorizó a cualquier sospechoso de bonapartismo.

¿Y Fouché? Después de aferrarse al poder durante los meses que siguieron a la caída del Emperador, «el señor Fouché», servidor de muchos amos, fue desterrado de Francia de por vida. En septiembre de 1818, el achacoso Fouché, el devoto esposo y padre amantísimo, que había hecho de la paternidad y el matrimonio una obra de arte, vive en Austria, en la oscuridad de una ciudad de provincias, Linz. Primero viudo, y luego olvidado para el mundo y el poder, ve cómo todo pasa mientras su segunda y bellísima esposa de veintiséis años, una aristócrata de sangre, lo humilla poniéndole los cuernos sin pudor.

—¡Eh, treinta y uno! ¡Treinta y uno! —aulló en voz baja un preso pegado a la puerta de su celda—. ¡Acércate a la puerta, vamos! ¡Tengo noticias!

—Di qué quieres de una vez —replicó una voz hastiada desde la celda contigua.

—¿Sabes lo último que se cuenta del corso?

—Seguro que no me interesa, Prosper.

—Cómo no te va a interesar, treinta y uno. Al fin y al cabo te encerraron por conspirar contra él. ¡Escucha! —dijo pegando la boca a los barrotes de la puerta—. Se dice que todo el mundo le deja solo en Santa Elena. ¿Me oyes? Que le abandonan, al gran hombre. Y no sólo eso. Que no le llevan ni a la mujer ni al hijo. Ni siquiera permiten que los vea. ¿Sabes lo que significa eso? Que se va a morir como un perro, solo. Deberías alegrarte, ¿no? El carnicero se lo tiene bien merecido, treinta y uno.

—Es probable —repuso el otro por lo bajo mientras se daba la vuelta y, titubeando, se dirigía a un rincón de la celda y se ponía a hurgar en una grieta de la pared.

—¿Me oyes, treinta y uno? Él está peor que nosotros. ¡Ni siquiera le queda la esperanza!

Claro que Gilles ya no prestaba oídos a Prosper. Se sentó en el borde del camastro, se mesó la barba, miró largamente los dos papeles que tenía entre las manos. Hacía meses que no se acordaba de las cartas, y empezó a limpiarlas silenciosamente con un dedo.

Pero, como si eso hubiera sido un presagio, al cabo de unos días sucedió lo que Gilles se había cansado de reclamar, antes de darse por vencido. Lo llevaron a presencia del jefe de Guardia. Se quedó de pie, frente a él, vigilado atentamente, dispuesto a aprovechar la ocasión que le brindaban.

El jefe de Guardia, que actuaba como una especie de gobernador de La Conciergerie, era un tipo grueso y hosco, de bastos modales. Varios surcos verticales le dibujaban un ceño permanente. Echó una mirada rápida al preso por encima de las gafas y, sin articular una sílaba, mojó la pluma en el tintero y escribió algo en una hoja de a folio. Gilles no había desmejorado visiblemente, y, de no ser por la barba selvática y el pelo que empezaba a caérsele, hubiera sido fácil reconocerle.

Estuvieron así un largo espacio de tiempo, y, al cabo, el jefe de Guardia levantó la mirada. A Gilles le pareció que los ayudantes se envaraban un poco más.

—Treinta y uno. ¿No es así?

—Sí, señor —repuso Gilles.

—¿Cuál es tu nombre?

—Gilles, señor.

—¿Apellidos?

—No tengo, señor.

—¿Sabes cuánto llevas aquí? —preguntó el jefe de Guardia.

—Más de tres años, señor.

—Exactamente... —Y cogiendo otro escrito que tenía sobre la mesa, dijo—: tres años y ciento seis días.

—Exactamente, señor. Quisiera decir...

—Habla cuando se te pregunte —intervino uno de los guardias, que lo agarró por la nuca y lo obligó casi a arrodillarse.

—Un caso curioso —comentó el jefe de Guardia sin prestar atención al incidente—. Y no por el hecho de ser uno de tantos que se inscriben sin nombre, sino porque se haya traspapelado tu inscripción. No deberías estar aún entre rejas. ¿Recuerdas por qué fuiste encarcelado, treinta y uno?

—Sí, señor —dijo resueltamente Gilles, cuyo corazón le batía en el pecho tan fuerte que temía que no se oyesen sus palabras—. Por conspirar contra el Usurpador.

El jefe de Guardia cogió de nuevo el papel y leyó: «Sospechoso de conspiración».

—E ingresaste el 1 de junio del año 15. Cuando Bonaparte aún estaba en el poder. ¿Qué hiciste para que te encerrasen, treinta y uno?

—Traté de matarlo, señor.

—Un hombre íntegro, treinta y uno —ordenó mientras firmaba—. Que recoja sus efectos personales. Quien haya conspirado contra el Usurpador —añadió con una sonrisa enigmática— es amigo de Su Majestad. —Y, mientras los ayudantes se reían, él hizo un gesto brusco con la mano para que todos se retirasen.

Por entonces, el peñón de Santa Elena contaba con una población de cuatro mil habitantes, incluyendo una guarnición de más de dos mil soldados. De los civiles, los europeos no llegaban a ochocientos. El resto eran chinos, soldados, marineros indios, y negros, de los cuales una gran parte eran esclavos. Los nativos vivían del comercio marítimo que favorecía el emplazamiento de la isla.

De todo eso no tardó en enterarse Gilles. Y decidió que enrolarse en Inglaterra con destino al islote tenía varias ventajas. Primero, porque desde allí los barcos que hacían la ruta del Atlántico sur eran relativamente frecuentes, y segundo, porque un mercante inglés atracando en el islote levantaría menos sospechas que un barco francés. Además, en Inglaterra se tendía a enrolar una tripulación cosmopolita, e incluso para un francés como Gilles, ahora que ambos países no estaban en guerra, era sencillo encontrar colocación en un buque británico. Por otro lado, los marineros ingleses no tenían cartilla marítima, y era fácil que un mercader de hombres vendiese a un vagabundo como «gaviero de primera maniobra».

Una vez en Santa Elena, lo tenía todo pensado. Los barcos solían repostar agua y pasar unos días en puerto. Su plan era desertar en el último instante, de forma que, tras una espera infructuosa, el capitán se vería obligado a recurrir a los mercaderes de hombres para cubrir su puesto. Por su lado, nada cabía temer, pues todos ganaban: el desertor, el armador del buque y los mercaderes de hombres, ya que al sustituto le pagaban siempre menos de lo que debían al desertor. En cuanto a la estricta vigilancia de Santa Elena, ¿en qué podía afectarle al hijo del Ogro a quien todos abandonaban? Bastaría con que se presentase ante el gobernador, le expusiera su caso y le mostrase las cartas para que le permitieran visitarle.

Así que, después de resistir durante una más o menos larga temporada, invirtió lo poco que había logrado reunir y se embarcó para Plymouth. Allí, durante días vagó por los muelles, y malvivió a base de empleos de mala muerte a la espera de su oportunidad.

La suerte llegó, como había supuesto, a través de un intermediario. Gilles firmó su enrolamiento y recibió un adelanto equivalente a un mes, lo que bastaba para lanzarse a la aventura. Hacía años que no veía tanto dinero junto, y jamás había despilfarrado menos.

El 15 de abril de 1819 amaneció con dos cañonazos que disparó la guarnición británica de Santa Elena. Uno para anunciar el amanecer, y otro, la llegada al puerto de Jamestown del mercante *Highland.*

Cuando el registro efectuado el mismo día informó de la llegada a puerto del *Highland*, procedente de Plymouth, ¿quién podía abrigar la sospecha de que en él viajaba un hijo del Emperador depuesto?

A las diez menos cuarto de esa mañana, la casa de campo de Longwood, situada en una meseta a la que se accedía por un sinuoso camino de cinco millas (según las medidas inglesas) desde la aldea de Jamestown, recibió una visita extraña; aunque, de hecho, cualquier visita empezaba a resultar extraña en Longwood. Atrás quedaba, a una media milla de la mansión, una casita en la que un oficial de guardia permitió el paso al visitante. El oficial de guardia, con mueca adusta, dio el visto bueno a la orden firmada de su puño y letra por el gobernador.

Ante la ausencia del conde de Montholon, fue el primer ayuda de cámara, Louis Marchand, un joven de unos treinta años que gozaba de la absoluta confianza de su amo, quien se vio en el apuro de anunciar al visitante.

Si bien no llovía, Gilles estaba calado. El otoño no pasaba inadvertido. ¡Y en abril! ¿Era concebible un clima más húmedo que éste?, pensó Gilles, que había temido que el protocolo de solicitar audiencia fuese rigurosamente formal. De camino a Longwood, al ver a los casacas rojas apostados a lo largo del muro de piedra que rodeaba las inmediaciones de la casa, se preparó para que el gran hombre no le recibiese, o para que la servidumbre le entregara un pase por escrito. Para lo que no estaba preparado fue para lo que sucedió.

Gilles pensaba atenerse a dos reglas de oro: mostrarse respetuoso y directo en sus réplicas, y mirarle directamente a los ojos, pues estaba persuadido de que a un hombre mil veces venerado y mil veces traicionado, debían de importarle más las acciones de los otros que sus pensamientos.

Louis Marchand le condujo a una antecámara, que más parecía una sala de billar, y con un tono desabrido le hizo saber que el Emperador no recibía a extraños que no se hubiesen anunciado previamente.

—Puedo esperar en la isla todo el tiempo que Su Majestad estime necesario. Pero, mientras, ¿me haría usted el honor de hacerle entrega de estas dos cartas? —replicó Gilles.

Al cabo de unos minutos, Louis Marchand le dijo que Su Majestad lo recibiría en sus dependencias privadas. Gilles inspiró hondo. Vestía con pulcritud, como un hacendado sin pretensiones, como un pequeño propietario rural, y nada en él hubiera evocado al antiguo vizconde de Ménéval.

Sólo al descubrirse y entrar en el dormitorio en penumbra, iluminado por el fuego del hogar, advirtió que, como pasa sólo algunas veces, había acertado. Que estaba allí en el lugar y en el momento justo, y que nadie, ningún otro hubiese podido reemplazarlo en la tarea que pensaba llevar a término.

Al principio distinguió una sombra, pero conforme Louis Marchand fue trayendo velas lo vio claramente tumbado sobre la cama, o, por mejor decir, semiincorporado en un catre de campaña de hierro, vestido con unas zapatillas rojas de tafilete, bata oscura sobre una camisa blanca, pantalón de cachemira del mismo color, medias de seda y un pañuelo de colores alrededor de la cabeza. Tenía una barba de tres o cuatro días. Y su físico distaba mucho del físico que los lienzos harían pasar a la historia, con excepción de los ojos. El Emperador había engordado visiblemente, pero sus ojos miraban con la misma inteligencia febril de los retratos.

—¿Cómo se llama?

—Gilles Moulins, mi señor.

Aquel hombre, casi un dios hasta hacía bien pocos años, el que fuera dueño del mundo y concentrara en su corona más poder que ningún monarca, el último héroe mítico de una época heroica donde las hubiese, ni siquiera le recibía de pie. Encerrado en un cuartucho que no tendría más de cuatro metros de lado, con las persianas echadas en pleno día, rodeado de muebles de simple caoba y una alfombra deteriorada, quizá dejaba pasar los días, los meses postrado. Unos cuantos leños ardían en la chimenea. Louis Marchand cerró la puerta tras él.

—¿Cuál es su edad?

—Treinta y tres, mi señor.

—Treinta y tres... una edad mítica, la edad de El Salvador... Y ¿a qué se dedica?

—Tengo una pequeña plantación en Nueva Orleans, mi señor.

—¡Nueva Orleans! ¿Una plantación de algodón?

—De azúcar.

—Viaje de negocios, entonces.

—He venido expresamente a ver a Vuestra Majestad y a quedarme en la isla.

Se produjo un silencio expresivo en el cuarto. El Emperador se sentó al borde de la cama, con los pies en el suelo. Sobre la colcha, Gilles vio la carta y el billete.

—Es usted intrépido. ¿Cómo ha podido burlar los controles? —preguntó mirándole con incredulidad.

—Tengo mis propios recursos, Majestad.

Bonaparte sonrió. Le agradaba la audacia de ese joven.

—¿Desde Nueva Orleans, ha dicho?

—No, mi señor. Desde Inglaterra. He venido en un buque mercante.

—¿Y por qué ha dejado el cuidado de su propiedad para venir aquí con esa idea descabellada? Le aseguro que hará mejores negocios en América.

No era un timbre de voz agudo, ni grave. Y hablaba pausadamente. Gilles bajó la cabeza, sujetó el sombrero con las dos manos y, jugándose el futuro a una sola carta, dijo:

—He venido sólo con la esperanza de que se me concediera el honor de conocer a Vuestra Majestad, y de serviros de cualquier modo.

El Emperador se levantó apoyando las manos en los muslos y, andando con ciertas dificultades, se acercó a la chimenea. Se quedó mirando los retratos de espaldas a Gilles.

—Tengo entendido que en la Luisiana viven muchos partidarios míos. ¿Es eso cierto? ¿Cree que debería viajar allí cuando salga de este cautiverio? Al fin y al cabo, fui yo quien se la regaló a los americanos por quince millones de dólares.

—Todos conocen allí a Vuestra Majestad.

—Sí —continuó diciendo el Emperador sin volverse—. Cómo me gustaría viajar a América. Primero, me pasaría seis meses recorriendo el país. Ver quinientas leguas de territorio me llevaría cierto tiempo. Y luego visitaría la Luisiana y Nueva Orleans. Podría quedarme a vivir allí, ¿qué piensa usted?

—Vuestra Majestad pronto tendría a su alrededor cientos de familias francesas, y miles de hombres dispuestos a entregarle su corazón.

—¡Sueños, sueños, sueños! No soy más que un prisionero de esta isla deprimente y de su gobernador. Hudson Lowe es la mayor rata que hay en esta ratonera —dijo paseándose por el cuarto con las manos por la espalda—. Porque le aseguro que aquí abundan las ratas, corretean por todas partes. Raro es el día en que los criados no atrapan una docena de ellas, ¿comprende? En los primeros tiempos se les ocurrió envenenarlas con arsénico, pero renunciaron. Imagínese el olor si murieran dentro de las paredes. Pero la mayor rata es ese Hudson Lowe —concluyó

volviéndose hacia Gilles—. ¿Por qué cree que tengo todo cerrado? Porque en esta isla los ingleses han renunciado al honor. Como ese pusilánime de Lowe teme tanto mi fuga como por mi salud, dice que me concederá más libertad si me dejo ver dos veces al día. Y eso es algo que yo no pienso consentir. ¿Dejarme ver por sus centinelas? ¡No! —dijo, y dirigiéndose al camastro cogió un catalejo de debajo de la almohada y lo blandió ante los ojos de Gilles—. Observe, entonces... ¡Yo les vigilo a ellos! ¡Y no ellos a mí! Mi catalejo de campaña de Austerlitz aún me resulta útil.

—Sí, mi señor —convino Gilles muy serio.

—Y ahora, dígame, ¿piensa que estoy en disposición de fugarme de esta isla? No responda —ordenó guardando celosamente el catalejo en su sitio—. Le haré otra pregunta: ¿no cree que ésta es una vida humillante?

—Muchos franceses darían con gusto la suya por compartir unas horas con Vuestra Majestad.

—Pues aquí todo el mundo piensa en marcharse y abandonar. Ni un solo miembro de mi familia se ha dignado acompañarme, y sepa que a todos los cubrí de honores. Esta casa está cada vez más vacía. Y no sé qué más podría prometerles.

—Comprendo, mi señor —dijo Gilles bajando respetuosamente la cabeza.

—Se ha ido Las Cases, se ha ido Gourgaud, se ha ido la esposa de Montholon con sus tres hijos. Mi fiel Cipriani, muerto, y los Balcombe... ¿comprende?

—Sí, mi señor —aseguró Gilles.

—Los Balcombe —se explicó el Emperador reanudando un renqueante paseo alrededor del cuarto como un felino exhausto y enjaulado— eran amigos. Eran ingleses honorables. ¡Ah, la pequeña Betsy Balcombe! ¡Qué muchacha! ¡Cuánta vida había en ella! Vivían abajo, en los Briars, en un pequeño vergel rodeados de granados y arrayanes. No volveré a verlos.

—¿Los echa de menos Vuestra Majestad?

—La culpa fue, como siempre, del gobernador. William Balcombe, el padre de Betsy, era el proveedor de alimentos de esta casa. Lowe creía que Balcombe era quien pasaba clandestinamente mis cartas por mediación de algún marinero —dijo el Emperador riéndose por lo bajo.

—El futuro es un viento que sopla a favor de Vuestra Majestad.

Napoleón se detuvo, lo miró a los ojos como si no hubiera comprendido y continuó:

—La única esperanza que me quedaba... la única era Aquisgrán —declaró volviendo a la chimenea, en cuya repisa apoyó una mano. Acto seguido, pasó muy suavemente un dedo por la moldura de uno de los retratos de su hijo.

—¿Se refiere Vuestra Majestad al Congreso de Aix-la-Chapelle? —Y, una vez dicho, se mordió la lengua. ¡Maldita sea! No estaba ante un pedazo de historia viva, sino ante su padre, un padre a quien había suspirado toda la vida por conocer. ¿Cómo podía ser tan torpe?

—No me hago ilusiones. Esos monarcas tradicionalistas han votado todos a favor de que permanezca en el destierro, bajo custodia británica, durante el resto de mi vida —dijo, y, volviéndose hacia Gilles, añadió—: Más me hubiera valido quedarme en Egipto y ser Emperador de Oriente. —En ese punto se dirigió renqueando hacia su cama, cogió las dos cartas que había sobre la colcha y, releyendo una de ellas, dijo:

—Ella... ¿aún está viva... Claire-Marie ?

—Murió cuando yo era muy niño.

—¿Cómo llegaron hasta usted?

—Por mi abuelo.

—No hay día que pase sin que me acuerde de ella. Nuestra última entrevista fue amarga. Dijo que no quería tener el niño. Que ya no me amaba. Fue cruel; pero esta misiva lo aclara todo.

—Jamás se olvidó de Vuestra Majestad.

—Volví a Seurre no una, sino varias veces. Pero su padre, que ni siquiera quiso conocerme, siempre me impidió verla pretextando que su hija no me amaba, y que yo no era bienvenido en esa casa. La última vez, supe que él había muerto y que ella había desaparecido.

—Huyó de casa, mi señor. Dio a luz en París.

—¿Cómo murió?

—Mi madre no tenía demasiadas razones para vivir —repuso Gilles cariacontecido.

—Ya —dijo Bonaparte—. El padre de Claire-Marie no andaba equivocado. Ah, si yo hubiese tenido conocimiento de esta carta; si hubiera sabido lo que realmente sucedía... Tenga por seguro que me la hubiese llevado conmigo, y él no hubiese vuelto a ponerle los ojos encima. Sí; qué ciego estuve todo ese tiempo. Sólo estaba pendiente de mi carrera. —Gilles tuvo la tentación de decir algo, pero le pareció más ventajoso cerrar la boca—. Quizá —continuó el Emperador guardando las cartas detrás del retrato de su esposa—, si es cierto que piensa quedarse un tiempo en esta isla, podríamos charlar de vez en cuando.

—Nada me agradaría más que ser útil a Vuestra Majestad.

—Venga. Hay algo que quiero mostrarle antes de que se vaya.

Gilles siguió al Emperador, que caminaba penosamente. El gabinete de trabajo era una estancia tan pequeña como el dormitorio. Luego atravesaron el comedor, cuya única luz era la que se filtraba por la vidriera de la puerta y, seguidamente, entraron en el salón, la estancia más amplia y menos sombría, iluminada por dos ventanas que daban al oeste. Su mobiliario era, no obstante, de una humildad sobrecogedora. En una esquina había una mesa con un tablero de ajedrez, y las piezas ordenadas para jugar.

El Emperador se acercó a la chimenea, que estaba apagada, y cogió de la repisa el busto de mármol de un niño.

—Es mi pequeño, el rey de Roma. Hace más de cinco años que me lo han arrebatado. No tengo noticias de él desde entonces. Mi niño, el único que no me traicionó. Cuando la Emperatriz lo cogió para llevárselo a Austria con ella, ¿sabe qué fue lo que gritó el pequeño? Pues gritó, nada más y nada menos: ¡yo no quiero irme! Ah, sí, es un digno hijo de su padre. Y ahora son mis enemigos quienes se encargan de educarlo —dijo sujetando el busto con infinitas precauciones—. En esta casa, todos, incluida la servidumbre, creen que no tengo oídos. Pero se equivocan. Dicen que este busto es una falsificación. Que no está hecho a partir del modelo real. Pero yo no lo creo. ¿Se imagina usted que un padre se dejaría engañar de un modo tan burdo? ¿Que no sabría identificar a su propio hijo? Pero yo conozco a mi hijo. Yo aún sé quién es él —afirmó dejando el busto en la repisa.

Y, de repente, tuvo una reacción insólita, imprevisible en alguien que raramente estrechaba la mano de nadie. Se acercó a Gilles. Le puso las manos en los hombros firme y a la vez delicadamente. Era la viva imagen del desvalimiento. Parecía un descreído que, al pie de la tumba, deseara creer a toda costa en los milagros.

—Quizá podamos llegar a conocernos... ¿Comprende? Quizá podamos llegar a ser buenos amigos... Buenos amigos... —Y, con un movimiento de cabeza, dejando caer los brazos, el Emperador dio a entender que la visita había concluido.

Gilles se alojó en una de las posadas de Jamestown.

Por la noche se tumbó en la cama y abrió por la primera página el único libro que había traído con él. Pasaron horas antes de que apagase las velas y cerrase el volumen sobre la

marquesa de Brinvilliers, la envenenadora más sofisticada de la historia de Francia.

Hasta finales de otoño, Gilles estuvo alojado en la misma posada, pero cada vez más asiduamente el Emperador le hacía subir a Longwood. Éste disfrutaba con las atenciones de Gilles tanto como de su conversación inspiradora. Disfrutaba incluso más que con cualquiera de los mediocres miembros de su séquito. Porque Gilles no sólo era un hombre de mundo, sino un hombre cultivado, un espíritu curioso cuyo padre adoptivo había sido investigador y se había arruinado en el ejercicio de su carrera. O eso decía Gilles, el amante de las artes, el pianista sensible que, a instancias del Emperador y sólo para él, tocaba el mismo piano que Albine de Montholon había aporreado antes de abandonar la isla; y, por si fuera poco, Gilles era...

Bueno, algunas veces, como Gilles tenía una letra excelente, el Emperador se animaba a dictarle algunas reflexiones, ahora que el conde de Las Cases se había marchado. Y, como la confianza fue poco a poco en aumento, empezó a dictarle cartas que luego Saint-Denis o Noverraz, los otros ayudantes de cámara, se encargaban de bajar a Jamestown para hacerlas llegar a Europa de contrabando.

El único problema en esa época fue el dinero. Gilles creyó que el adelanto que había cobrado por enrolarse en el *Highland* le bastaría para mantenerse mientras se ganaba la confianza del gran hombre. Muy pronto, no obstante, se hizo evidente que vivir allí resultaba muy costoso, pues en la isla casi todo había que importarlo. Y eso sin contar que su plan avanzaba de manera firme, pero lenta. Así que, como ya había hecho antes, se afanó en sobrevivir a base de trabajos temporales en el puerto hasta que el futuro le sonriera.

Y vaya si le sonrió. Bonaparte, una mañana de invierno, le invitó a que se trasladase a Longwood.

Era un día especialmente desapacible en una vivienda que era todo menos confortable. Al carecer de sótanos, Longwood estaba húmeda la mayor parte del año, y el moho se adhería a las paredes y a los techos. Mientras el Emperador se daba su baño de media mañana en un cajón revestido de hojalata que hacía las veces de bañera, y Marchand acarreaba agua caliente desde la cocina, le sugirió que se mudase. Le dijo que, aparte de soledad y mal ambiente, sobraban habitaciones en la casa. Le dijo que a él (¡al Emperador!) le haría feliz que se trasladase, y que Hudson Lowe se vería obligado a permitirlo.

Dicho y hecho. Esa misma noche Gilles durmió en Longwood. Y para el Emperador, cuya salud empezaba a resentirse del clima y la prolongada inactividad, largas noches de largos inviernos quizá no lo fueron tanto en su compañía.

De este modo, cuando llegó la primavera hacía ya tiempo que Gilles, junto con el conde de Montholon, estaba a cargo del vino que consumía Bonaparte, una atribución que revelaba una confianza extrema. Y es que, a la vista del tiempo que pasaban juntos, Bonaparte quiso que Gilles tuviera la segunda llave del armario donde se guardaba su provisión personal. La otra llave la tenía en su poder el conde de Montholon.

El vino siempre había sido un tema delicado y controvertido en Longwood. Y el propio Napoleón estaba al tanto de que envenenar los vinos era una práctica común entre los criminales. De modo que, fuese por principio o por desconfianza hacia los suyos, nunca solía compartir el vino reservado para su uso personal. Lástima que ya no quedaran existencias del constance, el caldo de los viñedos de Constantin, que era muy apreciado por él, pese a llegar a puerto en un estado deplorable después de la travesía desde Sudáfrica. La última remesa se la había enviado Las Cases antes de zarpar hacia Europa. Así que tenía que conformarse con el burdeos.

Constance o burdeos, tanto daba, Gilles se planteó cómo y dónde verter el arsénico que se había utilizado para matar ratas, y que ya obraba en su poder. El arsénico no olía, no presentaba

ningún sabor y era incoloro. Por lo demás, su idea consistía en administrar reiteradamente dosis pequeñas, con el fin de que los efectos fueran lentos, pero letales. Para no ser descubierto, estaba decidido a seguir la técnica de la marquesa de Brinvilliers minuciosamente. Lo que Gilles buscaba era un envenenamiento crónico, un procedimiento (bien lo sabía la Brinvilliers) cuyos síntomas escapaban a la comprensión de los médicos de la época.

Primero pensó en los toneles; pero era Montholon quien se encargaba de ellos y supervisaba el embotellamiento. En consecuencia, lo más seguro fue concentrarse en las botellas. Es más, a la vista de que Montholon, acusado por unos y por otros de derrochador, instauró la costumbre de poner los corchos a las botellas medio vacías para consumirlas al día siguiente, Gilles aprovechó la costumbre para verter una pizca de arsénico en cada botella que llegaba a su poder.

Era una práctica que no estaba exenta de riesgos. Más aún sabiendo que Bonaparte tenía el hábito de aguar siempre el vino, lo que amortiguaba el efecto del arsénico y hacía que fuera un proceso muy paulatino; pero ¿es que Gilles tenía algo mejor que hacer que velar por su propio futuro? Por no hablar de que le interesaba que los avances fueran pausados. El tiempo era una variable que corría a su favor, si quería ganarse la confianza ciega de Bonaparte, y, con ella, la recompensa que perseguía.

Sólo una vez tuvo la posibilidad de verter el arsénico en algunos toneles de la bodega, y, aunque no la desperdició, el hecho estuvo a punto de acarrear consecuencias tan nefastas que no pensó en volver a intentarlo. Por pura casualidad, el conde de Montholon, esa especie de intrigante, no lo sorprendió abriendo uno de los toneles. Y pasaron días antes de que Gilles se recobrase del sobresalto.

—Gilles, deja eso ya y ayúdame a sentarme —dijo el Emperador, que caminaba apoyándose en un taco de billar—. Cada vez me pesan más las piernas. Y son las once. Hora de almorzar. ¡Ali, Ali! ¡Marchand! ¿Estáis dormidos, tunantes? —Desde que Gilles le había convencido para entregarse a una actividad tan saludable como la jardinería, vestía el invariable uniforme compuesto por las sempiternas zapatillas rojas de tafilete, la bata y el sombrero de ala ancha—. Tendrás apetito, ¿no? Madrugas más que yo, amigo mío.

—En América no me quedaba otro remedio, Sire.

—¡Ah, la joven y prometedora América! Una tierra donde los hombres se hacen a sí mismos. No como esta vieja Europa. ¿No crees que en Nueva Orleans este sombrero me confundiría con un plantador?

—Creo que, aunque quisierais, no podríais pasar desapercibido —dijo Gilles, que agradeció poder sentarse después de una mañana ejerciendo de labriego. Gilles era el único en la casa que a las cinco y media, cuando se levantaba el Emperador, ya estaba faenando en el par de acres del jardín. Preparaba los fertilizantes para *él*, cavaba los hoyos para que luego *él* plantase los frutales y los robles. Hasta seleccionaba las plantas que debían ser trasplantadas, y, desde luego, vigilaba amorosamente *su* rosaleda.

—Y los estanques... ¿qué me dices? ¿Eh, eh? —preguntó muy ufano Bonaparte, abarcando con el brazo dos estanques decorativos de reciente ejecución, uno de ellos construido con una antigua bañera.

—Una obra de ingeniería, Sire.

—¿Te burlas?

—Nada más lejos, Sire. Estoy orgulloso de haber colaborado. Utilizar cañerías para traer agua a este yermo ha sido una idea lo que se dice brillante —añadió Gilles con voz zumbona.

—Está bien. Reconozco que la idea de las cañerías y del grifo para los surtidores fue tuya; pero ¡diablos!... el diseño general...

Y ambos prorrumpieron en risas.

El calor empezaba a apretar; sin embargo, Bonaparte se echó una manta por las piernas.

—¿Por qué siempre tengo frío en las piernas, Gilles? ¿Me lo quieres decir? Esos matasanos están acabando conmigo lentamente. Siempre desconfié de la medicina, pero ahora desconfío también de los médicos.

—Es natural, Sire. Qué sabrán ellos de nuestros síntomas. He padecido a los médicos desde chico. Todos los amigos de mi padre lo eran.

—¿Sabes lo que pienso de mis médicos? Que le hacen el juego al gobierno británico. Ah, cómo lamento la marcha de O'Meara. Aunque inglés, O'Meara era un médico profesional. Por eso el gobernador lo expulsó de Santa Elena. ¡Maldita rata! ¿Y ese nuevo, Antommarchi? ¿No es un poco presuntuoso? —Gilles lo miró con disimulo. El gran hombre parecía agotado. Su rostro estaba amarillento, las mejillas más flácidas que nunca, los tobillos hinchados.

—Pero tiene la mejor disposición, Sire.

—¿Y eso qué importa? Supongo que también la tienen los dos sacerdotes que me han enviado. Pero ¿cómo es posible aprender algo de teología de esos dos zoquetes? —Gilles tuvo que ponerse una mano delante de la boca para reprimir la risotada. Al verlo reír, Napoleón se puso a observarlo con detenimiento, y ladeó un poco la cabeza—. Dime, Gilles. ¿En serio no recuerdas nada de tu madre?

En ese momento, Saint-Denis, también llamado Ali, acudió apresuradamente, dispuesto a poner la mesa. Le precedía Marchand.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó Bonaparte.

—Sopa a la reina, ala de pollo y pierna de carnero, Majestad —informó Marchand.

—Tráeme sopa. Hirviendo. Nada más.

—¿Sopa a la reina, Sire? —preguntó Gilles.

—Leche, yema de huevo y azúcar. Es la única medicina que admito.

—Voy a por el vino, Sire —dijo Gilles.

—Espera, amigo mío, espera. Aún se demorarán en traer la sopa. Los conozco bien, ¿verdad, Ali? —dijo Bonaparte, que tiró cariñosamente de la oreja a Saint-Denis—. Respóndeme. Algo te habrán contado de Claire-Marie , ¿no? —se obstinó frotándose las piernas.

—Apenas, Sire. Era muy niño cuando mi abuelo me dejó a cargo de mi padre adoptivo.

—Yo diría que no le guardas gratitud a tu padre, el investigador. Y eso no está bien, Gilles. No me parece muy propio de ti —dijo con voz fatigada.

—Yo lo quise, Sire, pero él me ocultó muchas verdades que hubiera deseado conocer. Al fin y al cabo, él no era mi verdadero padre. No teníamos la misma sangre.

—Al menos conoció a tu abuelo. ¿Qué te contó de él?

—Muy poco, Sire. Siempre se refirió a él ambiguamente, pasando de puntillas —dijo, y de repente recordó que, según Bonaparte, el viejo no había deseado conocerlo— Sé que era un hombre de poca talla. Eso sí.

—¿De poca talla? —preguntó con cierta ansiedad Bonaparte, que lo miraba fingiendo despreocupación.

—En efecto, Sire. Mi abuelo no era alto. Era más bien un hombre bajo —respondió Gilles con desenvoltura.

—Un hombre bajo —repitió Napoleón—. Ya. —Y una imperceptible mueca de angustia ensombreció su cara y fue a confundirse con una sonrisa.

—Permitidme que os traiga el vino antes de que nos sirvan.

—Ya no estoy seguro de que hoy me apetezca tomar vino, Gilles —dijo con suavidad

Bonaparte, que parecía aquejado de una súbita tristeza.

—Claro que sí —repuso Gilles, remetiéndole la mantita— Veréis cuando os escancie el primer vaso. No hay buen almuerzo sin un buen vino que llevarse a la boca, Sire. Y después de lo que nos ha rendido el trabajo esta mañana, bien podríais permitiros tomarlo sin agua —dijo Gilles.

—Y por qué no —dijo Napoleón, sobreponiéndose como pudo, y volviendo en sí—. Ve, pues, a por mi vino. —Gilles se cruzó con Ali y Marchand, que regresaban con la sopa—. ¡Apresúrate, amigo mío! ¡Antes de que se enfríe el primer plato! —gritó el Emperador.

A mediados de diciembre, en París, en uno de sus gabinetes privados del Pavillon de Marsan, un ala del Louvre, alguien cuyo poder e influencia cedían tan sólo (y no siempre) ante el poder y la influencia del Rey Borbón, acariciaba una carta sin remitente ni destinatario. La carta acababa de llegar. Estaba sellada con un pequeño lacre de color púrpura.

Finalmente, tomó asiento en la butaca del escritorio, de espaldas a una de las puertas.

Si en ese instante alguien hubiera entrado por esa puerta, y toda vez que el respaldo era alto, sin duda ese alguien no lo habría reconocido; pero si se hubiera ido aproximando a él precisamente ahora, en el momento en que abría la carta y echaba su cuerpo hacia delante, entonces y sólo entonces habría identificado la inconfundible y temida librea verde de *Monsieur*.

La carta estaba fechada tres meses antes.

Hizo deslizar el candelabro por la mesa, y se dispuso a leer vorazmente.

Todo sale mejor de lo previsto. Ni siquiera vos podríais imaginar una circunstancia más favorable a nuestros intereses. Él es un hombre derrotado.

Para empezar, no desconfía de mis orígenes aristocráticos. Lo que, como sabéis, constituía mi mayor temor. El hecho de que apenas me conociese, o de que no figurase en su séquito hasta después de 'la última batalla', tampoco le inspira recelo. Mi drama, nada voy a ocultaros, es haberme visto obligado a soportar que mi esposa se metiera en su dormitorio.

Lo más sorprendente es que el sujeto de quien os hablé en la última carta es un bastardo suyo. N, en persona, tan perspicaz como siempre, nos ha ordenado que no hagamos alusión a su existencia en nuestros diarios y memorias, que no le nombremos, pues le parecería una indiscreción imperdonable. Aunque no se digne reconocerlo, desde su perspectiva, alguien que ha abdicado en favor de su hijo legítimo dos veces, perdería credibilidad o respetabilidad si trascendiera esto. Teme que se le vea como el aventurero, el enemigo de la Iglesia, el inmoral, el Usurpador que un día se adueñó de lo que no le pertenecía.

Bastardo o no, ese canalla es la mano de la providencia. Desconozco aún sus razones, pero el otro día le sorprendí en la bodega vertiendo algo en los toneles de la provisión de vino de N. Me hice el desentendido para que no desconfíe de mí. Luego, por si me cabía alguna duda, revisé las existencias del polvo y, en efecto, habían disminuido. Y, lo más importante, N empieza a experimentar un montón de dolencias sospechosas.

Es un milagro, es la prueba de que Dios está con nosotros. Podéis dormir tranquilo. El canalla está haciendo bien mi trabajo.

Charles-Tristan de Montholon

Faltaban poco minutos para media noche, y el barco navegaba con viento favorable.

Era una noche de luna. Las olas rompían contra el casco. En el castillo de proa una mujer grande, vieja y negra, tocada con un turbante, y a quien los pasajeros evitaban, se erguía soberbia, solitaria, oteando el horizonte fijamente. El joven que la acompañaba en la travesía, también negro, se aproximó a ella por detrás. Era un hombre alto y robusto, de unos veintipocos años. Apoyó en la baranda las manos con los brazos estirados. Miró a la negra, y miró a lo lejos, en la misma dirección que lo hacía la mujer. Y luego volvió a mirarla con cara de profundo desaliento.

—¿Grand Perle estar segura de que él la necesita? Grand Perle volvió la cabeza hacia Soho y lo observó con suficiencia y una pizca de desdén. Como se haría con alguien que ha puesto en tela de juicio un principio incontestable. Y su sonrisa fue como una bofetada y una lección.

Soho bajó la cabeza avergonzado y Grand Perle volvió a concentrarse en el horizonte.

Hubo una larga pausa y un largo silencio. Se oía sólo el ruido de las gavias, y la brisa, y la proa hendiendo el agua que abría un surco de espuma. Entonces Grand Perle dijo:

—Sus enemigos son poderosos. Julien está luchando. Pero no desea despertar de su sueño. Un sueño maldito que le mantiene atrapado entre dos mundos. Y es una cadena muy poderosa la que le sujeta allí.

—¿Qué cadena? ¿Qué querer decir los dos mundos? ¿A qué se refiere Grand Perle?

—A la tristeza, muchacho... A la tristeza.

—Ya —dijo Soho, que no lograba comprender; e hizo un último y baldío esfuerzo, y de nuevo clavó sus ojos en Grand Perle.

Se quedó mirando hacia el mismo lado en que miraba la negra, acompañándola.

—La costa de Francia nos espera —terminó diciendo Grand Perle.

Y estuvieron así un buen rato los dos, mientras el barco mantenía el rumbo en el silencio de la noche.

18. LA CEREMONIA DE INVOCACIÓN

Por edad, Auguste se había convertido en un padre para Sarah, pero casi podría decirse que era justo lo contrario. Durante los meses que siguieron a la abdicación de Bonaparte, permanecieron de incógnito en la posada de los Barrault; y, al cabo de ocho o nueve meses, a la vista de que Luis XVIII parecía instalado en el trono, empezaron a moverse discretamente.

Al principio, Auguste viajaba a América una vez al año para supervisar los negocios. La última vez, poco antes de comprar la casa de Nemours, incluso vio al pequeño Soho. Pero el pequeño Soho ya no lo era tanto y había crecido hasta convertirse en un hombre. Soho esperaba ver al amo Julien, y Auguste, aunque lo intentó, no fue capaz de mentirle: su amigo llevaba años sin recuperar la conciencia.

Al final, Sarah y él se habían convencido de que controlar el negocio a distancia era una quimera, así que, por iniciativa de Sarah, terminaron vendiendo la plantación y compraron una casa de campo a las afueras de Nemours.

Cuando Mimi hizo pasar al vestíbulo a la extraña pareja; mejor dicho, cuando Auguste los vio en el vestíbulo como escapados de un sueño, no dio crédito a lo que tenía delante. Fue tal su desconcierto que no supo si alegrarse, entristecerse, horrorizarse o llamar sencillamente a la señora de la casa.

—¿Piensa tenernos en el vestíbulo toda la tarde? —preguntó Grand Perle muy ofendida.

—¿Cómo... Cómo sabía dónde encontrarnos? —se le ocurrió decir a Auguste.

Grand Perle frunció el ceño y, con la gravedad de un oráculo, dijo:

—Usted perderá algún día la cabeza. —Y, sin más, le extendió un billete con las señas completas de la casa de Nemours, y el nombre y los apellidos del antiguo propietario—. En su último viaje, se lo dejó olvidado en la plantación. Supongo que ya por ese entonces tenía intención de comprarla.

Para Sarah fue una prueba difícil de admitir. Lo fue hasta el final. ¿Por qué debía acceder a que se celebrase la ceremonia? Lo dudó hasta el último instante, cuando, tras guiar a Grand Perle al aposento donde reposaba su esposo con una expresión de serenidad imperturbable, la negra se acercó a él muy suavemente y susurró como un eco:

—¡Le sorcier!... ¡Le sorcier!

Pero el argumento de Auguste fue del todo irrefutable.

—Ha venido directamente desde Nueva Orleans, querida. Permítele intentarlo. Luego, se irá como ha venido.

La ceremonia se demoró tres días porque convocaron al padre Barrault, a su hermana, y a Jérôme y Baptiste Turgut. Grand Perle expresó con firmeza su deseo de que... bueno, *ordenó* que asistieran quienes sentían afecto por Julien. Y Sarah volvió a mostrar ciertas prevenciones. ¿Es que no le parecía demasiado a Auguste invitar a un cura a una ceremonia pagana?

—El padre Barrault no es un cura cualquiera. Estoy seguro de que él diría que Dios está en todas partes —repuso Auguste un poco por decir. Con todo, Auguste temía tanto a esa negra

como, en cierto sentido, confiaba en sus artes, y, aunque lo último que deseaba era que Sarah abrigase vanas ilusiones, el corazón le decía que si alguien podía hacer algo por su amigo era Grand Perle.

Fuese como fuese, llegó el día, y durante toda la tarde Soho llenó el dormitorio de flores y velas que fue colocando exactamente donde le ordenaba Grand Perle. La mayoría en un altar de honor, frente a la cama de Julien, junto con la cruz de Vevé de «Guedé», espíritu de la muerte. En otro lado del aposento, Soho había preparado una mesa propia de un banquete.

Cuando cayó la noche, Grand Perle dispuso que Soho encendiera las velas y que los demás fueran entrando. Sarah, el padre Barrault, su hermana, Mimi, Jérôme y Baptiste Turgut, y, cerrando el grupo, Auguste, todos ellos vestían sólo prendas negras, de acuerdo con las instrucciones de Grand Perle. Auguste prefirió no mirar la cara de espanto de Mimi, y, en especial, la del padre Barrault, que en cuanto echó la vista sobre la cruz de Vevé de «Guedé» entrelazó los dedos y se puso a recitar oraciones. Para terminar de arreglarlo, Grand Perle llevaba puesto un sombrero de paja y gafas oscuras.

Les ordenó que tomaran asiento a la mesa. Les dijo que comieran y bebieran en honor de Julien. Ella misma cogió una botella por el gollete y bebió un largo trago. En apariencia, eso fue lo único que hizo que el padre Barrault se volviera desafiante con sus propias creencias, e interrumpiese las oraciones empeñado en ensanchar su espíritu. Por lo demás, la secuencia era tan extraña como pueda imaginarse. Sólo Grand Perle y Soho permanecían de pie.

Soho cogió la pipa de Julien, que ya tenía preparada, y se la pasó a Grand Perle. Esta inhaló una bocanada de humo, se fue hacia el altar de Vevé de «Guedé», y lo exhaló alrededor de la cruz. Hizo una pausa, y volvió a repetir la operación. Luego le devolvió la pipa a Soho, que estaba a su espalda, en actitud de respetuoso recogimiento. El olor a opio se metía por todas partes.

Entonces Grand Perle comenzó la invocación a los loa de la muerte.

—¡Barón Cimitière!... ¡Maman Brigitte!... ¡Guedé Nimbo!... ¡¡Barón Samedi!!... ¡¡¡Damballah!!!

La invocación fue repetida una vez; y luego otra, y otra más, y otra más, hasta que los testigos perdieron la cuenta de las veces. En lengua criolla, Grand Perle introducía variantes nuevas en cada nueva invocación, pero siempre en todas y cada una recurría a los mismos loa: Barón Cimitière, Maman Brigitte, Guedé Nimbo, Barón Samedi, el príncipe y señor, el amo de los placeres y guardián de los entresijos de la muerte, y, por encima de todos ellos, Damballah, el Dios serpiente, bajo cuya protección estaba Julien. Era una especie de mecánica reiteración que tenía más de pavoroso que de humano, más de odioso que de conmovedor.

Sarah miró a Auguste con viva inquietud, y éste, en respuesta, posó una mano en su antebrazo.

Después, Grand Perle se quitó el sombrero y las gafas, se arrodilló ante la cruz de Vevé de «Guedé», dobló el torso hacia el suelo con los brazos extendidos y la cabeza gacha, y volvió a la carga desde el principio. Cada vez que erguía el torso, como si fuera una posición de partida, descansaba empapada en sudor, e, inmediatamente, reanudaba las invocaciones con la cara contra el suelo.

Las velas caldeaban el ambiente del dormitorio. Sarah paseó la mirada entre su marido y Auguste, como avisando a éste de que pensaba detener semejante despropósito. Auguste apretó con fuerza su muñeca, tragó saliva, asintió con la cabeza. Había en esa aquiescencia comprensión y un ruego desesperado. Auguste quiso decirle que la comprendía, pero que no se rindiese y confiara en él si no podía confiar en la negra.

En un momento en que Grand Perle parecía muy concentrada, casi en trance, Soho se aproximó a la mesa y les instó a que comieran y bebieran, puesto que era esencial que los loa de la muerte tuvieran la certeza de que no estaban tristes. Entonces, Jérôme y Baptiste Turgut se constituyeron en protagonistas.

Primero, desplegaron las servilletas con una desenvoltura que, como mínimo, dejó perplejo y muy atrás al resto de convidados. Seguidamente, se las remetieron por el cuello y, a continuación, sin la menor prisa, pero sin la menor pausa, se afanaron en disipar las dudas de los loa de la muerte. Empezaron por un plato; pero, no contentos con ello, prosiguieron por aquí y por allá, picando, escogiendo, triturando con paciencia y una voracidad tan saludables que se erigieron en objeto de todas las miradas. Que se sepa, no pronunciaron ni una sílaba. Fueron discretos, metódicos, concienzudos, y engulleron, como estaba mandado, sin despistarse más que para atender a los movimientos de la negra. El padre Barrault, que tenía una buena perspectiva de ambos hermanos, sentados a uno y otro lado de la mesa, paseaba la mirada de Jérôme a Baptiste, y de Baptiste a Jérôme, con las manos sujetando la frente y los codos apoyados en la mesa. «¡Jesús!», pensó el padre Barrault mirando ora a uno, ora a otro. Ahí, Jérôme soltó un muslo de pollo en el plato, y, cambiando una mirada con Baptiste, juntó el dedo índice y el pulgar de una mano, los llevó a los labios y, con los demás dedos estirados, los besó con arrobo. Algo a lo que Baptiste, a dos carrillos, replicó asintiendo mientras elevaba las cejas con gestos muy expresivos. Bajo esa luz, la confianza del padre Barrault en su conocimiento del alma humana empezó a resquebrajarse. Y baste decir que eso fue sólo el principio.

Habían transcurrido tres o cuatro horas desde que el ritual diera comienzo, y, para todos, incluyendo al padre Barrault, parecían haber transcurrido sólo unos pocos minutos. Sin embargo, ahora Grand Perle se desplazaba muy despacio, casi tambaleándose de puro agotamiento, hasta la cama. Se sentó junto a Julien, extendió un brazo para que Soho le alcanzase la pipa, succionó una nueva bocanada y, acto seguido, expulsó todo el humo lenta e interminablemente en la cara de Julien. Mademoiselle Barrault se tapó la boca con las manos. Su hermano ni siquiera fue capaz de concluir las oraciones. Auguste bajó la cabeza, avergonzado. Sarah escondió el rostro en el pañuelo.

—Lo va a matar —murmuró Sarah.

Auguste puso una mano sobre las suyas con firmeza, y con el otro brazo la rodeó diciendo:

—Ten confianza, te lo suplico.

Grand Perle volvió a expulsar otra vaharada de humo en la cara de Julien y Soho tomó la pipa. La negra le pasó las manos al enfermo por ambos lados del rostro, acariciándoselo con el humo mientras decía:

—Julien... Julien... Regresa... Sigue a Damballah. ¿Me escuchas? Tú no mataste a tu padre. Tu padre no ha muerto... Él está vivo, Julien. Escúchame, Julien... —exclamó pasando repetidamente las manos por la cara—. Él te necesita... Tu padre te necesita.

Pasó un tiempo. Sarah rompió a llorar en silencio. Grand Perle llamaba una y otra vez a Julien con una autoridad en la que había un poso de dulzura. Una dulzura a la que no parecía fácil sustraerse viniendo de la vieja sacerdotisa.

Y entonces, súbitamente, por primera vez en casi seis años, y ante el estupor de quienes, de pronto, se habían levantado, Julien abrió los ojos por voluntad propia y, con voz casi inaudible, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—Has regresado, mi niño. Damballah te ha traído de vuelta con nosotros —dijo Grand Perle.

Durante largos días luchó contra su propia debilidad. Su mente y su corazón mandaban, y su cuerpo obedecía, aunque lenta, perezosa, dolorosamente. Hablaba muy poco con Sarah. Y ella sufría por él. A todas horas lo veía ejercitarse con una perseverancia que iba mucho más allá del tesón. Era una atormentada carrera contra el tiempo, contra sí mismo. Y ella estaba en tinieblas. No sabía a qué atribuir semejante actitud. ¿Por qué se expresaba tan poco con ella? Ahora que por fin se lo habían devuelto, ¿qué era lo que los separaba? ¿Tenía la culpa Grand Perle?

En cuanto a Grand Perle, Sarah le estaba agradecida; agradecida no era la palabra, le hubiese pagado con su alma si se la hubiese exigido. Lo que, naturalmente, la hacía a sus ojos mucho más inquietante que antes. Además, la negra apremiaba a su esposo. En ocasiones, Sarah los espiaba sin querer. No podía evitarlo. Luego se avergonzaba. Y un día escuchó cómo Grand Perle le decía a Julien:

—Sí, lo están matando poco a poco. Pero tú aún estás débil.

—Tengo que irme. Debo partir ya —dijo Julien apretándose alternativamente las manos, para que recuperasen un poco de sensibilidad.

—Ten paciencia. Antes debes restablecerte.

—Sólo dime quién. Quién lo está matando, y por qué.

—Alguien que no quiere que cumplas tu misión. Alguien que busca tu infelicidad.

—¿Gilles? ¿Es Gilles?

—Cómo va a saber eso Grand Perle. Todo el mundo cree que Grand Perle lo sabe todo. Pero nadie puede saber cosas como ésa —dijo no tanto irritada con Julien como consigo misma.

A menudo Sarah lo veía levantarse por la noche calmosamente y dirigirse hacia una estancia contigua. Como lo atribuía al insomnio, durante los primeros días no dijo nada; pero una noche, la misma en que Julien iba a revelarle el nombre de su padre, Sarah se levantó y fue tras él.

Estaba sentado a la mesa del gabinete, frente a una vela encendida y varios rollos atados con cintas.

Tal era la distancia que separaba a Julien del mundo real, y de Sarah, que hasta esa noche no se lo contó todo. Al menos, lo esencial. Había pasado una semana desde que recobrase la conciencia.

Y el hecho es que él apenas recordaba lo que había sucedido aquella tarde, seis años atrás; pero eso sí. Lo importante sí: las palabras de Gilles y la carta, la identidad de su padre, la conmoción, la sensación de flojedad en la sangre, la evidente certeza de que todo era absurdo, un juego cruel, y el deseo ferviente de no querer formar parte ya de ese juego. Era como si un hierro al rojo le hubiera marcado en su conciencia todo lo ocurrido. Lo curioso es que al despertar aún pesaba sobre su alma; aún le dolía; en rigor, más que antes. La diferencia entre aquel Julien y éste es que había recuperado parte de sus fuerzas, y el odio le hacía más fuerte de hora en hora.

Pasaron unos minutos antes de que Sarah reaccionase:

—¿Me estás diciendo que el hombre que planeábamos asesinar era tu padre? —preguntó brutalmente. ¿Es que había otro modo de preguntarlo? Desde luego, ahora las cosas se explicaban por sí mismas. Lo peor fue que entonces supo lo que iba a suceder—. Me odias por eso. ¿Verdad? Me odiarás siempre —dijo ella angustiada.

—¿Odiarte? —preguntó Julien con franca sorpresa.

—Por haber intentado matar a tu padre.

—¿Odiarte? —repitió consternado. Parecía haberse despertado definitivamente del coma. Parecía el mismo Julien de antes—. ¿A ti? ¿Acaso podría odiarse a un ángel? Ni siquiera yo podría. Hiciste dos apariciones en mi vida, y no viviré lo bastante para agradecerte cada una de ellas. De odiar a alguien, me odiaría a mí mismo, por separarme de ti. Merecería ser castigado

por eso.

—Entonces no te vayas. No tienes por qué irte, ¿comprendes? —Él la cogió de las manos y asintió con la cabeza, con gesto culpable—. Y yo no lo permitiré —continuó ella, apretándole las manos, que a duras penas empezaban a recuperar algo de sensibilidad. Julien la atrajo hacia sí, y la rodeó con los brazos tierna y apasionadamente, como seis años antes—. No lo haré. No lo pienso permitir.

—Debes hacerlo. Es preciso.

—Entonces, déjame acompañarte. Ya no tengo miedo. A nada. ¿Recuerdas aquella conversación en la Posada del Desencanto acerca de los miedos? Tú has disipado todos mis miedos —dijo Sarah.

—Ah, entonces, amor, ya no necesitas ser valiente. Y te envidio. Ahora me toca serlo a mí por los dos. Confía en tu esposo. Será un viaje rápido, de ida y vuelta.

—Júramelo por tu vida.

—Lo juro por ti.

—Por mí, preferiría que hicieras algo distinto —dijo ella soltándose bruscamente de su abrazo—. Que olvidases que el vizconde de Ménéval era Gilles. ¿Lo harías por mí? —Él se quedó absorto, mirándola. Hubiese matado por no dejarle una última imagen borrosa, triste, desencantada.

—¿Por qué me pides eso?

—Necesito saber quién te arrebata de mi lado. ¿Es Gilles o Bonaparte?

—Oh, qué importa ahora, vida mía. Nos queda muy poco tiempo.

—Importa mucho —dijo ella con voz quebrada—. Si es el odio el que te aleja, quizá no volveré a verte. Pero si es el amor, para el amor siempre queda una última esperanza.

Él titubeó. Hubiera sido lo último que habría deseado en ese instante, pero lo hizo, titubeó, antes de replicar:

—Voy en busca de mi padre, Sarah.

Ella bajó la cabeza y, tratando de recobrarse, lo miró con ojos inflamados de ternura, diciendo:

—Entonces, déjame oír sólo el final. Dime que volveremos a estar juntos de nuevo. Dime que regresarás a mi lado, y que nada volverá a separarnos nunca. Dímelo, y no volveré a tener miedo —dijo ella, que temblaba estremecida.

—Volveré a tu lado. No tengo elección. No tengo otra vida lejos de ti.

Y Julien la estrechó contra su pecho como si nunca antes la hubiera abrazado.

A finales de febrero los preparativos habían concluido. Julien lo tenía todo arreglado. Contrató los servicios de Jérôme y Baptiste, dos profesionales de la espada como no había muchos, y que actuaban con él como amigos. Les pagó, no obstante, una parte muy sustancial como anticipo. Hizo buscar un navío bien armado, muy marinero y con las condiciones idóneas para afrontar con garantías el viaje y salir bien librado de cualquier persecución. Se preguntó si el *Excelsior,* aquel velero que le había trasladado al Nuevo Mundo, aún estaba a flote, y su sorpresa fue inmensa cuando sus hombres le dijeron que lo habían localizado.

El buque, con destino a Oriente, se haría a la mar desde Saint-Malo. El capitán del *Excelsior,* un viejo bribón que no supo reconocer en Julien al muchacho que un día embarcó rumbo a las Américas, tenía un precio prohibitivo; pero, una vez efectuado el desembolso, el buscavidas se puso a disposición de la empresa. Cuatro hombres debían desembarcar clandestinamente en Santa Elena, y cualquier ayuda, si era profesional, sería bienvenida.

Julien adoptó, también, las disposiciones de rigor por si no regresaba. No sólo era

consciente de que se trataba de un viaje temerario. En su fuero interno, sabía que estaba cara a cara con el viaje definitivo. Tanto era así que Auguste, el día antes de partir, hizo un último y desesperado intento por convencer a su amigo.

—¿Qué podría decirte para detenerte?

—Tendrías que matarme, Auguste.

—Pues a donde vas, querido, habrá docenas de hombres felices de intentarlo. Esa isla está más vigilada que el infierno. Y el hombre, más que un preso, es un condenado. Imposible salir de allí con vida. Hay vigilancia por tierra, mar... y aire. Las alturas están vigiladas, los barcos patrullan las aguas y los soldados acechan por toda la isla. Los ingleses no pueden permitirse que se escape por segunda vez. Y tú pretendes entrar y salir de Santa Elena como si fuera tu casa de campo.

—Tengo un plan —replicó Julien.

—¿Un plan, dices? ¿Un plan? Pero si ni siquiera hablas inglés.

—No tienes por qué venir, Auguste. Es preferible que te quedes.

—¡Cabezota! ¡Eres un endiablado cabezota!

—Cuida de Sarah —dijo Julien dándose la vuelta y cogiendo el picaporte.

—Ni lo sueñes. Puedes apostar a que yo también iré. ¡Y no serás tú quien me lo impida! —exclamó Auguste muy exaltado—. Ni todos los Borbones juntos podrían impedir que fuese. No me perdería por nada del mundo ese maldito plan tuyo.

Julien cerró la puerta y salió del cuarto con una sonrisa.

La mañana de la partida era fría y ventosa. Empezó a nevar. Jérôme y Baptiste Turgut ya estaban sentados en el pescante. Soho y Grand Perle harían el viaje con el resto hasta Saint-Malo, y desde allí embarcarían rumbo a Nueva Orleans. Auguste se acomodó en el carruaje, mientras Julien se despedía en la puerta principal de una abatidísima Mimi.

—Que Dios te acompañe —dijo ella con un pañuelo en las manos.

—No creo que yo sea una buena compañía para él, querida Mimi.

—¡Ah, cómo te equivocas en eso! Él siempre estuvo a tu lado. Y te acompañará siempre, hijo. —Y, diciendo eso, para no derrumbarse, lo dejó en la puerta y se fue corriendo escaleras arriba.

Por si acaso, Julien se quedó un rato aguardando a Sarah, hasta que juzgó que la salida no podía demorarse más.

Fue un intervalo durante el que ella ocupó el centro absoluto de sus pensamientos. Volvió a ver su nombre escrito, como tantos años atrás, en un trozo humilde de madera colgado encima del cabezal de su cama: «Sarah». Le parecía haber vivido una larga vida al lado de ese nombre, y sentía hacia él eterna gratitud por haberle descubierto un amor del que se creía indigno. «Sarah», se dijo para sí antes de encaminarse hacia el coche. Ese nombre insinuaba la nostalgia y también la felicidad. Era una fuente de promesas. Todo lo contenía; y, aún más, el solo hecho de pronunciarlo en un susurro lo reconciliaba con el mundo de los hombres. Fueron instantes en que supo que aún había para él una oportunidad, y quiso aferrarse a ella. ¡Ah, cómo gozó entonces de que nadie le oyera susurrar: «Sarah», «Sarah»! Habría sido incapaz de compartir su nombre, y, por primera vez en años, descubrió que el adiestramiento de Grand Perle no había desplegado todos sus efectos porque volvía a sentir miedo, más incluso del que había sentido antes de convertirse en *Le sorcier*. Miedo a perderla. Miedo a hacerle daño, y a hacerla sufrir si no regresaba a su lado. Supo, pues, que si quería actuar sin arrepentirse, no le quedaba sino apelar a su valor más decididamente que antes para poder seguir adelante.

Se dirigió al carruaje, pero, con el pie en el estribo, miró hacia arriba y la vio con la cara

pegada a los cristales.

Ella se apresuró a limpiar el vidrio empañado y, bajo los primeros copos de nieve que caían ese año sobre Nemours, sopló un beso frágil a su esposo, y afirmó con la cabeza. Ve a por él, parecía decirle Sarah; si hay alguien que pueda conseguirlo, si existe alguien sobre la faz de la tierra capaz de lograrlo, eres tú. Y el coche partió al encuentro del barco que los llevaría a los confines del mundo.

Esa noche, en el dormitorio de Sarah se escribió el último capítulo de una despedida. Seguía nevando cuando Sarah decidió acostarse, desfallecida, aunque sin sueño. Subió las escaleras, abrió la puerta y vio como la vieja Thérèse, una de sus más queridas sirvientas, se situaba a los pies de su cama, alzaba la colcha y, como si fuera un ritual sagrado, metía morosamente el brasero caliente sin decir ni una palabra.

—¿Y esto? —preguntó Sarah con una mueca desolada.

—El señor me pidió que, en su ausencia, todas las noches frías me encargase yo —dijo. La voz de la vieja Thérèse sonó como una orden.

Y si hubo algo (y lo hubo) que maravilló a Sarah más que ese gesto, fue que cuanto le había dicho Julien acerca de los miedos iba más allá de la retórica de los amantes; era todo cierto. Era la única verdad. Ya no sentía miedo de perder a Julien porque, de algún modo que no estaba segura de poder explicar, los dos, pasara lo que pasase, estarían juntos para siempre. Que el miedo ya no podía amenazarlos porque, por mucho que lo intentase, ya nada podía arrebatarles.

19. UN PLAN METICULOSO

Por esas fechas, Gilles administraba las últimas dosis de arsénico a su víctima. Eran dosis mayores que otras veces, y Napoleón sufrió una recaída con los síntomas clásicos: tos seca, náuseas dolorosas, vómitos, escalofríos, sensibilidad a la luz, sensación de ardor en el estómago, piel amarillenta, debilidad, frío gélido en las piernas, sed abrasadora... Al cabo de unos días, como estaba previsto, interrumpió la fase de intoxicación crónica, o sea, la administración de arsénico prolongada, y aguardó con ansiedad a que el médico, Antommarchi, prescribiese lo que siempre recetaban los galenos ante síntomas parecidos, cuando el diagnóstico era de una vaguedad descorazonadora. Y es que los síntomas, vistos por separado, se parecían a los de muchas enfermedades; pero, en conjunto, no eran concluyentes. La somnolencia alternaba con el insomnio. A ciclos de pérdida de apetito seguían etapas en que Napoleón estaba incomparablemente hambriento. ¿Adónde conducían? ¿De qué mal estaba aquejado el Emperador, que lo consumía poco a poco? ¿Una úlcera gástrica, una enfermedad hepática? Antommarchi, el médico corso, no podía estar más perplejo.

Sin embargo, Antommarchi no se dio por vencido. Apremió al Emperador para que le permitiese consultar con un colega y fue autorizado para que eligiera de entre los profesionales de la isla el que le pareciese más competente. Antommarchi habló con el doctor Arnott, cirujano del 2. ° Regimiento. Le describió los síntomas y su proceder. El inglés opinó que debía aplicarse un vejigatorio grande en la región abdominal, un purgante y vinagre en la frente regularmente.

La reacción negativa del Emperador a los consejos del médico inglés zanjó el debate.

Por su lado, Gilles, viendo que Antommarchi se demoraba en recetar lo que prescribía la costumbre, empezó a desconfiar del médico. Le resultaba indigno de confianza. A lo que se añadía el hecho de que fuera corso, como Bonaparte, y de que no estuviera al servicio de nadie. Todo ello garantizaba una independencia y una cautela excesivas. Gilles trató de convencer al Emperador para que Antommarchi fuera sustituido por un médico francés. Tan fuera de sí estaba esos días que perdió la cabeza. Llegó a decirle a Montholon que, ante los escasos avances, el Emperador vería con buenos ojos que el nuevo médico fuera elegido por el monarca Borbón y sus ministros. Algo que era una media verdad, pues el enfermo nunca se había pronunciado con esa firmeza.

Es seguro que Gilles se habría puesto en evidencia si le hubiera dicho eso a alguien que no fuera Montholon, o si la esperada reacción de Antommarchi hubiese tardado un poco más en llegar. Pero Antommarchi reaccionó, Gilles dejó de preocuparse por los miramientos del corso y Montholon no filtró a nadie ni una sola palabra de los turbios comentarios de Gilles. Así dio comienzo la segunda parte del envenenamiento.

Gilles sabía que en casos de desarreglos estomacales prolongados, los médicos recetaban siempre un vomitivo, un emético que consistía en un tartárico de potasio y de antimonio. Era el procedimiento corriente, incluso en la época de la marquesa de Brinvilliers. En realidad, no había tratamiento alternativo. Su desagradable sabor hacía que pronto se desencadenasen los vómitos a fin de que el organismo se liberase de lo que le perjudicaba. De modo que Gilles contaba con un aliado involuntario en el doctor.

¿Qué buscaba con ello? Dos efectos: que los vómitos eliminasen todo rastro de arsénico en el estómago, ya que el veneno bien podría descubrirse en la autopsia; y, por último, una consecuencia inevitable y contraproducente del vomitivo. El tártaro emético, al actuar en un organismo que ya estuviera debilitado, acabaría por inhibir el reflejo normal del vómito con que el estómago se protege a sí mismo. Sin esa protección, el organismo quedaba más expuesto que nunca.

Bonaparte, en efecto, ingirió las primeras dosis de emético en dos tomas espaciadas, y los resultados fueron los previsibles. Todo marchaba según Gilles había calculado. El Emperador se mostraba con él tan confiado como siempre; o, sencillamente, estaba dispuesto a llegar hasta el final de un camino lleno de sombras. Comoquiera que fuese, lo más importante es que por fin empezó a aludir con frecuencia a la redacción del testamento. Por eso Gilles vio llegada la hora de agilizar el proceso. Tenía el éxito al alcance de la mano, y, a estas alturas, sólo una cosa le preocupaba: que alguien sospechase la verdad.

La duda se infiltró en él, se instaló y fue creciendo día tras día, como el mal en el organismo de su víctima. ¿Quién podía estar al tanto de un proceso tan meticuloso? ¿Marchand? ¿Bertrand? ¿Montholon? La complacencia de Montholon, que era quien más tiempo pasaba junto al lecho de Napoleón, exceptuándole a él, había que tenerla presente. Hasta recordó aquel día en la bodega, cuando a punto estuvo de descubrirle vertiendo el arsénico en los toneles. ¿O le había descubierto? Siempre le habría quedado la duda si el propio Montholon no se la hubiera esclarecido. Pero para llegar a este extremo, antes habrá que hacer referencia al siguiente paso en la fase del envenenamiento. Aconteció unos días más tarde.

El Emperador, que a menudo se quejaba de una sed abrasadora, se había aficionado a la horchata o sirope de almendras. Era una bebida con sabor a naranja, hecha con almendras dulces y agua de azahar. No obstante, Gilles tenía pensado añadir algunas almendras amargas, condimento habitual en la preparación del sirope, pero, eso sí, en la combinación adecuada, también al estilo de la Brinvilliers. Sin embargo, en Santa Elena eran difíciles de encontrar. Entonces Gilles recordó que se podían reemplazar por huesos de melocotón. Los huesos de melocotón, al entrar en la composición del sirope, producían el mismo efecto que el aceite de almendras amargas.

La tarde en que salió para recoger melocotones, el conde de Montholon lo abordó.

—¿Se dedica ahora a la recolecta de fruta, Gilles?

Gilles se dio media vuelta mientras depositaba otro melocotón en el cesto.

—Son necesarios para la composición del sirope, monsieur. En lugar de almendras amargas.

—¿En lugar de almendras amargas? Qué curioso.

—En Jamestown no las tienen a la venta, y los huesos de melocotón pueden sustituirlas.

—Entiendo. Pero ¿cómo es posible que no me lo haya comentado antes? Hoy mismo solicitaré al gobernador que se nos provea de almendras amargas.

—Os lo agradezco, monsieur.

—No tiene por qué. Aunque estoy aquí única y exclusivamente al servicio del Emperador, en atención a su familiaridad con él, cualquier necesidad suya haré lo posible por satisfacerla, ¿me explico?

—Perfectamente, monsieur.

—Sepa que su entrega devota a Su Majestad, que su interés por su estado no me pasan inadvertidos. Es más, esté seguro de que nadie, a excepción de mí, es capaz de valorar sus esfuerzos en la medida justa.

—Es un honor. Y, ahora, si me disculpáis, Su Majestad me está aguardando.

—Claro, Gilles. Y, en lo sucesivo, permita que un trabajo como éste lo lleve a cabo la servidumbre. Seguro que tendrá cometidos más importantes.

Gilles efectuó una breve inclinación de cabeza, le dio la espalda y caminó deprisa hacia la mansión.

Con ser valiosas, había algo aún más valioso que las palabras de Montholon: el tono en que fueron dichas, y la expresión del conde. No hacía falta ser un observador sagaz para detectar que Montholon estaba al tanto de su empresa, y que pretendía que Gilles supiera que él lo sabía. Sobre eso Gilles no abrigaba la menor duda. Tal vez, sin querer, ocupaba el papel que Montholon tenía reservado para sí en este macabro teatro ubicado en el fin del mundo. Tal vez se trataba de un nuevo complot para acabar con la vida de Bonaparte.

Durante horas elucubró sobre los motivos (personales y políticos), y sobre la gente que podía estar involucrada en el asunto. Pensó en abandonarlo todo y salir de allí con vida, ahora que aún estaba a tiempo. Pero con la noche llegó la calma, lo pensó mejor, lo reflexionó maduramente sin dejarse llevar por las pasiones. Si no lo habían detenido antes, ¿cómo iban a detenerlo cuando ya sólo quedaba el golpe de gracia? Si era cierto que Montholon lo sabía, no era menos cierto que no pensaba delatarlo. Y ello sin contar con que Bonaparte acababa de redactar el testamento, y que, por los indicios, él sería uno de los beneficiarios. Tres paquetes atados con cintas y lacrados con el escudo de armas del Emperador contenían la respuesta. Gilles había tenido la oportunidad de verlos, pero habían desaparecido de su vista, por ahora.

Unos días más tarde el gobernador envió a Longwood House una caja de almendras amargas. ¿Estaría en el secreto también Hudson Lowe?

Pero la tranquilidad de Gilles duró poco. Al día siguiente llegó a sus oídos cierta información por una fuente inesperada: el general Bertrand, el oficial más leal al Emperador, y también el más desdichado en Santa Elena.

Henri Bertrand había dirigido el palacio de las Tullerías con el rango de gran mariscal, y había acompañado al Emperador en el destierro de Elba. Y no sólo eso. Estaba a su servicio desde la campaña de Egipto. Rondaba la edad de Napoleón, y era un hombre muy detallista, hosco, reservado y sin mucha agudeza psicológica para juzgar a sus semejantes. Si bien iba todos los días a Longwood House, vivía apartado, con su esposa Fanny y sus cuatro hijos. Esa distancia fue insalvable y enfrió sus relaciones con Bonaparte en beneficio de Montholon, que vivía en la casa, entregado al Emperador desde que su familia partiera de la isla. Bertrand nunca superó que el lugar de privilegio lo ocupase un aristócrata con el pasado ambiguo de Montholon, y con su catadura moral.

Pues bien, Bertrand, sin duda en un momento de debilidad (estaba casi tan deseoso de marcharse de la isla como su esposa Fanny), le dijo a Gilles que el Emperador había perdido el juicio. Dijo que con sus facultades tan mermadas era imposible pensar que él había hecho el testamento, sino que el conde de Montholon se lo había dictado. ¡Y eso lo decía uno de los tres albaceas testamentarios, junto con el propio Montholon y el primer ayuda de cámara, Louis Marchand!

Gilles se sintió autorizado a temer por su parte de la herencia. Ya en su momento soportó como pudo que Napoleón no lo designase albacea a él (su hijo), pero esto de ahora incidía en sus más ocultos temores. A pesar de haberse consagrado durante meses a Bonaparte, si su futuro económico estaba en manos del conde de Montholon, ya podía irse despidiendo de heredar una suma cuantiosa.

Desde luego, el estado del Emperador se agravaba con el paso de las horas. Ya apenas salía de la cama. Lo cual no sorprendía a Gilles. Y casi no comía, excepto sopa, algún huevo, alguna

galleta; pero eso sí, ingería cucharadas de vino y también generosas dosis de sirope con almendras amargas, que Gilles le daba continuamente para calmar la sed.

Napoleón demostraba una docilidad que estremecía a cualquiera que lo hubiese conocido en la plenitud de sus facultades. Y, en ocasiones, detenido al borde de la lucidez, se pasaba un buen rato preguntando cualquier cosa, obsesionado con una idea, como si hubiera perdido la memoria. A la vista de las circunstancias, Gilles decidió precipitar el fin. Era la madrugada del 1 al 2 de mayo de 1821.

Esa misma noche, a la misma hora en que Gilles empezaba a actuar, Julien Lasalle, heredero de la casta de Napoleón, permanecía de pie en la toldilla de un navio con las velas a todo trapo. Las piernas separadas; y las manos, que cruzaba bajo los faldones del abrigo, aún no habían recuperado buena parte de la sensibilidad. Auguste se puso a su lado.

—El capitán afirma que con viento favorable estaremos en la isla en cuatro o cinco días, como mucho —dijo Auguste.

—Habrá recompensa si lo hace en tres días. Díselo de mi parte —replicó Julien sin dedicarle una mirada. Auguste se volvió sobre sus pasos, y Julien hundió los ojos en la lejanía.

Alrededor de las tres de la madrugada Gilles ejecutó la última parte del plan. Tras asegurarse de que se había quedado solo con Bonaparte en el salón, adonde se le había trasladado para comodidad de todos, abrió la persiana y su correspondiente ventanal, destapó al enfermo y lo expuso a la corriente. Lo suficiente para que, por la mañana, Antommarchi se mostrase muy intranquilo por la fiebre del Emperador.

Como era de esperar, Antommarchi no se conformó con sus propias observaciones. Consultó con el doctor Arnott y con dos médicos ingleses (los doctores Shortt y Mitchell). Todos, por cierto, bajo el mando y la tutela de Hudson Lowe, estuvieron de acuerdo en prescribir un purgante de diez granos de calomel diluido en agua azucarada. La dosis normal para curar un constipado era de un cuarto de grano: cuarenta veces menor. Antommarchi se opuso a semejante dosis brutal, pero los ingleses arguyeron que un caso desesperado requería una dosis desesperada. El calomel era aconsejable para el estreñimiento crónico de Bonaparte, y también para el constipado que amenazaba su delicada salud.

Gilles respiraba con alivio. Si algo quedaba claro era que Montholon no sólo conocía sus planes, sino el secreto de los envenenadores profesionales de la época, la combinación perfecta que Gilles había estado buscando desde el principio: primero arsénico, prudente y paulatinamente administrado; segundo, un emético para debilitar el estómago, y, tercero, sirope de almendras amargas más calomel. Sólo eso explicaba la reacción de Montholon cuando los médicos solicitaron su aprobación a la dosis exagerada de diez granos.

El calomel era un medicamento recurrente y considerado casi milagroso. Se prescribía para curar las enfermedades que nadie sabía tratar de otra forma, y, en particular, los constipados y el estreñimiento. Lo que, por experiencia, sabían los envenenadores profesionales (y los médicos ignoraban) es que el calomel, bastante inocuo de por sí, mezclado con el sirope de almendras amargas se convierte en un veneno mortal que corroe la pared del estómago y provoca parálisis en los músculos. Pero el conocimiento de los discípulos de la marquesa de Brinvilliers iba más lejos.

La combinación de almendras amargas y calomel la habría rechazado un estómago sano que se protege mediante la acción normal del vómito. Ahora bien, ¿y si se le hubiese administrado previamente tártaro emético, que, en dosis suficientes, inhibe los reflejos del vómito? En ese caso, el estómago no podría expulsar el tóxico, y éste produciría todos sus efectos.

Se solicitó la aprobación de Montholon, y también la de Gilles (a quien todos, de un modo u

otro, conocían como el hijo de Napoleón). Ambos fueron partidarios de administrar los diez granos de calomel, y Louis Marchand, primer ayuda de cámara del Emperador, fue el encargado de dárselo a beber.

Pero Marchand se mostró remiso, y objetó que el Emperador le había dicho expresamente que no quería bebida ni poción alguna que no hubiese aprobado antes. El general Bertrand, resignado o convencido, dio muestras de nuevo de su poca perspicacia, y, avanzando un paso, como haciéndose responsable, replicó:

—Sí, sin duda, pero se trata de un último recurso. No debe pesar en nuestras conciencias el no haber hecho todo lo humanamente posible por salvarle.

El fiel Louis Marchand, que si veía a alguien con buenos ojos era al general Bertrand, no necesitó más para disolver el polvo en agua con azúcar. Cuando el Emperador se quejó de sed, Marchand se lo hizo ingerir suavemente. Al terminar, con un tono entre afectuoso y pícaro, Bonaparte le preguntó:

—¿También tú me engañas?

Marchand no olvidó nunca esas palabras. Era el 3 de mayo de 1821.

Veinticuatro horas después, el mercante *Excelsior,* con destino a las Indias, fondeaba en el embarcadero de Jamestown para repostar.

20. FRENTE A FRENTE

Al tratarse de un navío con destino a las Indias, al *Excelsior* le estaba permitido echar el ancla en Jamestown, privilegio sólo al alcance de los navíos de guerra del Rey. Y eso que las medidas de seguridad se habían atenuado desde que la salud de Bonaparte empeorase.

Julien lo sabía. Ignoraba pocas cosas de la rutina de Santa Elena. Durante semanas había tenido tiempo de reunir mucha información, y de estudiarla. Habló con marineros, escuchó los testimonios de gente que vivía exclusivamente del comercio marítimo y conocía la isla como su propia casa. Durante largas noches en vela sobre mapas extendidos en el escritorio del gabinete, memorizó el islote palmo a palmo: el pequeño puerto de Jamestown, con sus casas pintadas en tonos claros que se levantaban entre dos colinas erizadas de piezas de artillería; la distribución de las dependencias de Longwood House (un edificio de estuco amarillo con forma de T, de unos setenta años, veintitrés habitaciones, techos de pizarra, y que había sufrido serias remodelaciones para acoger al prisionero); los caminos sinuosos y accidentados, el toque de retreta de la guarnición en esta época del año; visualizó el cordón de centinelas, el número de soldados, sus posiciones, los relevos, los vigías y las cumbres de los alrededores donde se instalaban, las banderas de señales para comunicarse y transmitirse las novedades, los quince postes de telégrafo óptico emplazados en las alturas, las dos divisiones de navíos cruceros que se relevaban para el servicio de observación constante del océano. No pasó por alto nada que pudiese resultar de utilidad. Y ahora tenía plena conciencia del mapa, las cruces y las rutas, los peligros y el modo de sortear cada peligro. Estaba todo en su cabeza, detallado.

Alrededor de las seis, la noche de los trópicos cayó de repente sobre la isla. No sólo la estación otoñal favorecía la operación; también el tiempo era aliado de Julien. Llovía sin tregua. Llovía como si el cielo quisiera apagar todas las luces que alumbraban el destierro de su padre. Esperaron, no obstante, unas cuantas horas para reducir al máximo los riesgos.

Justo cuando se disponía a zambullirse, Julien notó la mano del capitán en su hombro.

—Recuerde. Dispone de doce horas. Levaré anclas por la mañana. Con usted, o sin usted.

—Cuento con ello —dijo Julien, que inclinó la cabeza hacia delante y se recogió el pelo en una lazada negra.

—Dos marineros de confianza montarán guardia durante toda la noche. Y tendré el bote preparado, por si acaso —dijo el capitán dulcificando la voz. Y luego, en un tono más íntimo y casi anhelante—: ¿Piensa en serio que podrá conseguirlo, que podrá subirlo a bordo? —A fin de cuentas, por muchos negocios sucios que se trajese entre manos, el capitán se sentía más francés y patriota que muchos.

—Hace usted demasiadas conjeturas —zanjó Julien—. Mis hombres estarán aquí a la hora prevista. Es cuanto puedo decirle.

—Disculpe una última pregunta, monsieur. ¿Usted y yo nos hemos conocido antes?

—En otra vida, tal vez, capitán —dijo Julien, que se descolgó sigilosamente por la borda detrás de Auguste.

—Buena suerte —dijo para sí el buscavidas.

Los dos amigos, junto a Jérôme y Baptiste, nadaron silenciosamente hasta ganar el muelle.

Llevaban ropas oscuras. Se deslizaron en la noche como sombras en la niebla. Cruzaron el pequeño pueblo de Jamestown, y, con Julien sirviendo de guía, enfilaron el camino que llevaba al interior, a la meseta donde estaba Longwood House, a más de quinientos metros de altura.

Por delante tenían ocho kilómetros de camino tortuoso y estrecho, con poca vegetación y barrancos y precipicios por todas partes. Algunos árboles se combaban por la fuerza del viento. La lluvia arreciaba. El tiempo era espantoso, pero también providencial. Los cuatro se habían vuelto casi invisibles. Si con una noche clara hubiera sido más difícil eludir a los piquetes apostados a lo largo de la ruta, el mal tiempo hacía que los centinelas se resguardasen en los refugios y bajasen la guardia. Con todo, a veces Julien ordenaba que se detuvieran, y, escondidos entre la maleza, sólo reanudaban la marcha cuando se sentían seguros.

Hubo un instante en que Julien, que había desplegado y superpuesto su mapa mental sobre el terreno brumoso, vislumbró una luz en una cumbre volcánica. Jérôme y Baptiste, tensos como el cable de un ancla, desenvainaron sus espadas. Julien tuvo que echar mano de todos sus recursos para convencerles de que allí no había un peligro inminente. Era Alarm House, desde donde los británicos disparaban el cañón de aviso.

Durante la subida, el único instante de verdadero peligro lo vivieron antes de llegar al último puesto de vigilancia. Y no lo protagonizaron los ingleses, sino Jérôme Turgut. Sencillamente, se petrificó en medio del camino, bajo la lluvia. Su hermano Baptiste, que se dio la vuelta, lo vio allí, como un poste. Lo único que se le movía era el zarcillo del lóbulo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Julien muy cerca de Jérôme. Súbitamente, algo pasó corriendo entre sus pies.

—Monsieur Julien —empezó Baptiste, atando cabos— Aquí hay ratas. Y a mi hermano le aterrorizan las ratas. Cuando ve una rata le entra una parálisis temporal. Es algo superior a sus fuerzas.

—Por Apolo —dijo Auguste haciendo aspavientos con las manos—. Haz que tu hermano suba como sea. No importa lo que hagas.

Por fortuna, Baptiste era más alto y fuerte que Jérôme, y, con mucha decisión, lo cogió en brazos y lo subió duran te un tramo.

—¿Tú crees que éste era el momento oportuno? iba diciendo Baptiste, sabedor de que sus palabras eran mi bálsamo para el sistema nervioso de Jérôme—. Al menos, podías haber esperado un poco hasta llegar arriba.

Poco después, con Jérôme casi recuperado, llegó la crisis de que todos fueron testigos. Una rata del tamaño de un gato atravesó el camino a una velocidad satánica. Jérôme abrió la boca para gritar. Julien supo que todo estaba perdido, y Baptiste, con una velocidad de reflejos envidiable, introdujo casi el puño entero en la boca de su hermano. Jérôme, ante una reacción tan irreflexiva, mordió instintivamente el puño, y Baptiste, que se retorció en muecas de dolor, si no lanzó el temible alarido fue por un milagro del cielo. Hubo que esperar otro poco a que ambos hermanos se repusieran de la crisis.

Y tanto se repusieron que, en el último puesto de vigilancia, ellos solos entraron en acción con la sorpresa como aliada. No les hubiera hecho falta. Desenvainaron sus aceros y, los más diestros espadachines que Julien había conocido, demostraron, con la misma serenidad como si toda la vida se hubieran estado preparando para ello, con qué objeto habían venido a los confines del mundo.

—¡Atízale! ¡Atízale! —alcanzaron a oír Julien y Auguste antes de entrar por la puerta.

Y, al instante, los Turgut ya habían reducido a los tres centinelas. Entre los cuatro, los ataron y amordazaron, y luego Auguste, Jérôme y Baptiste se vistieron con sus uniformes,

cogieron los fusiles (prescindieron de calar las bayonetas para que no les delatase un posible destello) y se echaron por encima los impermeables militares. Cuando llegaron a la planicie, eran las dos y diez de la madrugada.

Vieron parte del muro de piedra que abarcaba Longwood y sus inmediaciones. Se extendía a lo largo de seis kilómetros y medio. Era imposible percibir la disposición de los soldados a simple vista; sin embargo, Julien albergaba la esperanza (así se lo habían confirmado sus fuentes) de que el muro estuviese mucho menos protegido que hacía meses. Era verosímil, incluso muy probable, que ni siquiera hubiese centinelas emboscados ahí. De hecho, lo único cierto es que los centinelas nocturnos rodeaban Longwood House, y que estaban apostados en las esquinas de la mansión, exactamente en los límites del jardín, a veinticuatro metros de la casa.

La lluvia y el viento los azotaban sin cuartel. Siguieron la línea del muro por fuera, y se dirigieron a la casa del oficial de guardia a la búsqueda de un cuarto uniforme.

Auguste, Jérôme y Baptiste tomaron posiciones y llamaron a la puerta. Un militar adormilado, con el capote rojo del ejército británico, abrió la puerta y sonrió al ver a sus colegas. Un golpe de Auguste en el sitio exacto, y se desvaneció la mueca. Lo arrastraron y, mientras Julien se cambiaba, registraron el refugio. Desde un ventanuco Julien intuyó la planicie que conocía de memoria. Al fondo, la meseta terminaba en un peñón suspendido a una altura vertiginosa sobre el mar, y, del otro lado de la casa, a más de un kilómetro del peñón, por un lado había un barranco impracticable, y por el otro, una montaña inaccesible. A su derecha, a kilómetro y medio, aproximadamente, el campamento de Deadwood, con los soldados del 53 Regimiento.

Al salir de la casa fueron a refugiarse detrás de unos riscos a esperar el siguiente relevo. Al menos para Julien, fue lo peor de la noche. Esperar allí, pacientemente, bajo el agua, encogidos, provocaba la impresión de estar perdiendo un tiempo precioso, pero les garantizaba un turno entero, con la tranquilidad que eso infundía para maniobrar sin verse interrumpidos por un nuevo relevo.

Después de una hora, más o menos, llegó el relevo de los cuatro centinelas. Julien contuvo a sus hombres. Les exhortó a esperar hasta que los relevados se esfumasen camino del campamento. Cuando el temporal arreciaba con más intensidad, Julien hizo una seña. Era preciso coordinarse, recordar la secuencia de gestos, mirar al compañero de soslayo, hacerlo todo simultáneamente.

Jérôme y Baptiste, cuya misión era de estricta vigilancia, camuflarían los cuerpos de sus dos centinelas entre los arbustos, y ocuparían sus lugares respectivos en el límite del jardín. Por su parte, Julien y Auguste, después de encargarse de los otros dos, los amarrarían a los árboles más próximos, en consideración a cualquier anteojo indiscreto. De este modo, la casa tendría el aspecto de seguir vigilada por centinelas en los cuatro puntos cardinales.

Cada uno se dirigió hacia su hombre con aplomo, serenidad, sin prisas. Julien se había adjudicado el centinela que estaba más cercano a las ventanas del salón, en la planta baja que daba al oeste. Según avanzaba, le sorprendió ver que sólo había luz en un ventanal, y que el otro estaba a oscuras. ¿Qué podía significar eso si, de acuerdo con sus informes, las dos ventanas pertenecían al salón? Continuó avanzando al encuentro del soldado. Al ver a Julien, el soldado dijo algo en inglés. Era un tono jocoso, o interrogante. Julien blandió el fusil en alto, a la manera de un trofeo. El otro se echó a reír. Cuando lo tuvo a su alcance, le bastó un golpe seco de culata y el centinela se desplomó como un saco. Luego lo levantó y lo ató al árbol más cercano.

Miró hacia los dos centinelas que abarcaba con la vista. Auguste casi había terminado con el suyo, y Baptiste había hecho bien su trabajo; pero desde su posición no podía ver al cuarto

hombre. Por un instante, se preguntó qué pasaría si Jérôme tropezase con otra rata.

Al cabo de unos segundos de incertidumbre (hasta el extremo de que Julien creyó escuchar un «¡atízale!» sofocado, sin duda producto de la tensión), Baptiste, que sí tenía a Jérôme en su campo visual, hizo una seña inconfundible con la mano. Y entonces, Julien y Auguste se abalanzaron hacia la casa.

Se agazaparon bajo la ventana por la que se filtraba una luz tenue. La respuesta a la duda de Julien estaba a la vista: uno de los dos ventanales del salón tenía cerrada la persiana; el otro no, y, encima, estaba entreabierto... Miró a través de las cortinas que el viento agitaba. Era un salón de dimensiones casi reducidas. Frente a él, había una cama con el mosquitero alzado por el otro lado. El presentimiento de quién reposaba en ella lo indignó, lo enfureció, hizo que se olvidara de quién era, de dónde estaba, de por qué había arrastrado a sus amigos hasta aquí. ¿Qué inconsciente o qué loco se dejaba la ventana abierta en un día como éste, y con un enfermo en la estancia?

—No tienes mucho tiempo —susurró Auguste.

En una silla, a los pies del lecho, dormitaba un hombre en una posición forzada. La cabeza reclinada sobre el brazo, que a su vez reposaba en la parte de arriba del respaldo.

Ambos se colaron dentro. Ante la cara de alarma de su amigo, Julien atrancó las hojas, cerró la persiana. A continuación, rodearon el catre por la cabecera, y se acercaron al tipo por detrás. La puerta del salón estaba abierta. Reinaba un silencio absoluto en la casa.

Julien indicó a Auguste que vigilase la entrada. Mientras, él desenvainó su cuchillo y rozó con la punta la garganta del que dormía en la silla. Las cosas sucedieron como siguen: el escalofrío de Julien, la cara de pánico del tipo, el horror en sus ojos, la incredulidad de Auguste desde la puerta. Julien sintió que sus manos recuperaban parte de la sensibilidad que les faltaba. El tipo se restregó los ojos y la huella del horror pareció disiparse, como un mal sueño.

—Sabía que eras tú —dijo Julien—. Estaba seguro. Hasta el último suspiro, la hiena rastrea su carroña.

—¿¡Tú!? ¿¡Aquí!? ¡Cómo es posible! ¡Estás muerto! ¡Tú...Tú estás muerto! —musitó Gilles.

—Puede que tengas razón. No soy más que un fantasma del pasado. —Y, acercándose al oído de Gilles, susurró—: Y la más real de tus pesadillas. —Al ver el manojo de llaves que colgaba de su cintura, dijo empujando un poco más el cuchillo—: Y ahora dame la llave de la bodega.

Auguste se acercó. Miró a Gilles con una indisimulable expresión de asco.

—¡Has estado vivo todo este tiempo! —exclamó Gilles.

—Digamos que he estado en deuda. Hoy he venido a pagar.

—Llegas tarde —dijo Gilles, dándole la llave—. Muy pronto esto se llenará de gente. Y yo sonreiré.

—Llévate a la bodega a esta hiena —dijo Julien entregando la llave a Auguste, y, no bien salieron por la puerta, se dirigió a la cama, cogió una silla y tomó asiento a la diestra de su padre.

Napoleón respiraba con dificultad. A intervalos, emitía suaves gemidos. Por fin lo tenía junto a él. Aquel hombre que reposaba semiincorporado, con almohadones a la espalda, grueso, irreconocible, desmejorado, era el hombre que había estado buscando toda la vida sin saberlo. Esperaba encontrar a un hombre descarnado (¿acaso no se rumoreaba que padecía una enfermedad de estómago?), y ante sí tenía un hombre enfermo, sí, pero exagerada, sospechosamente grueso y con la tez amarillenta. Y eso no era todo. Allí donde nadie percibiría un olor sospechoso, percibía Julien el sutil olor a arsénico que emanaba del cuerpo, y que

constituía una prueba que no podía pasarle inadvertida.

De súbito, el enfermo entreabrió los ojos y le sobrevino una arcada. Julien cogió una jofaina de plata que había a los pies del camastro, le ayudó a incorporarse, pero Napoleón fue incapaz de vomitar. Dejó la jofaina en la alfombra. Con un pañuelo secó sus ojos, su boca, le enjugó el sudor del rostro.

—¿Desde cuándo... Desde cuándo los soldados ingleses se preocupan por mi salud? —farfulló Napoleón con los ojos clavados en su uniforme.

—No soy un soldado inglés, monsieur —dijo Julien tirando el sombrero al suelo. A continuación, se levantó y, dirigiéndose a la mesita auxiliar, examinó el contenido de los recipientes. Olió y mojó los labios en los dos primeros. Uno contenía una simple limonada; el otro, grosella. Por último, escanció un vaso de horchata de almendras, mojó los labios, bebió un sorbo. Su cara adquirió la palidez del mármol.

—Escuchadme atentamente, monsieur. ¿Qué medicina os han administrado?

—Mi fiel Marchand cree que no me he dado cuenta —dijo Napoleón con voz muy débil—. Pero yo lo sé todo. Les dije que no quería medicinas... pero al final... —dijo contrayéndose de dolor—. Calomel... Tenían que darme el calomel.

—Calomel —repitió Julien pasándose una mano por la frente—,Y ¿os han hecho beber alguna bebida emética antes?

—Un hombre curioso... usted. Un matasanos disfrazado de casaca roja... que exige, que exige respuestas a un moribundo.

—Os lo ruego. Por vuestra vida, tratad de recordar. ¿Os han hecho beber algún emético?

—Naturalmente que sí... ¿Un emético?... Sí y sí. Les dije que no quería eméticos... que odio las medicinas. Pero todos me engañan. ¿Quién ha dicho que hace falta valor para morir? El valor sólo es necesario para sufrir la ignorancia de los hombres.

Julien se dejó caer en el asiento. Ahora todo el cansancio se le venía encima, le aplastaba un sentimiento de pérdida irremediable. Bajó la cabeza, abatido. Tocó fondo. Fue tan breve como eso. Porque ¿cómo se podía permitir una tregua cuando su padre estaba sufriendo? Napoleón reanudó los gemidos. Julien le secó la frente. Le vio contraer la boca, los ojos cerrados, como si por virtud del dolor se conservase tirante el hilo que le mantenía con vida.

Entonces se levantó por fin. Escanció un poco de limonada y volvió a la silla. Se desabotonó la guerrera y un botón de la blusa. Introdujo la mano en el pecho. Sacó un pequeño cilindro dorado que colgaba de un cordón que rodeaba su cuello y donde guardaba el veneno más compasivo que conocía. Desenroscó el cilindro y, sin que le temblase el pulso, vertió el polvo en la limonada para elaborar la «pócima de la buena muerte». Luego removió la pócima de Grand Perle con una cucharita y se la ofreció a su padre.

—Tomaos esto. Os sentiréis mucho mejor —dijo con una serenidad en la que no había asomo de astucia. Le ayudó a incorporarse. Su padre obedeció. Apuró el bebedizo. Julien lo ayudó a recostarse, lo arropó suavemente y depositó el vaso en la mesita.

Napoleón ya había cerrado los ojos cuando Julien volvió a sentarse. Poco a poco los labios del enfermo se relajaron, sus facciones comenzaron a distenderse y dejó de sudar. Cuando unos minutos más tarde abrió los ojos, su mirada recordaba el brillo de la época en la que era inmortal, un tiempo en el que sus hermanos de armas aún no le habían traicionado y él aún confiaba en el coraje de los hombres de honor. Hasta el timbre de su voz parecía distinto, aunque revelase un cansancio nuevo, algo que iba más allá de lo puramente físico. Era un hombre acabado, y lo sabía. Pero ahora, al menos, podía mirar a la muerte cara a cara, como a un enemigo noble. Las hienas ya no le despedazaban las entrañas.

—Es usted un amigo. De eso no hay duda. ¿Qué me ha dado? ¿Un elixir mágico? No siento ningún dolor.

—Ya habéis sufrido bastante.

—Cualquier hombre ha sufrido bastante. Al final, hágame caso, da igual si a uno lo mata el vino o la medicina. El único, el verdugo auténtico es la pasión de los hombres. Ah, la pasión. Cuánta sangre me ha robado, cuánta he tomado yo por ella.

Julien se levantó y dio un corto paseo hasta la chimenea. Se quedó observando con detenimiento los retratos del rey de Roma.

—Estaban en mi aposento. Prefiero tenerlos a la vista —dijo Napoleón.

—¿Vuestro hijo?

—Sí. Debe de ser muy grande ya. El mayor triunfo de una vida son los hijos. ¿Tiene usted hijos?

—No tengo esa suerte.

—Persígala, entonces. La merece —dijo Napoleón—. Acérquese. —Julien se dio media vuelta y regresó al lecho—. ¿Con quién estoy hablando?

—Vos lo habéis dicho. Un amigo.

—Que, en efecto, actúa en presencia de un emperador con la serenidad y la buena fe de un amigo. Sólo que un emperador no tiene amigos. Déjeme contemplarle más de cerca. Es usted alto, muy alto. Siéntese aquí, en la cama. Antes... he visto algo en sus ojos que...

Le cogió la cara entre las manos. La escrutó con una suerte de curiosidad voraz en la que había un rastro de ternura y de inquietud, como si aún tuviera deudas que satisfacer. Recorrió la cara de su hijo con las yemas de los pulgares. Se diría un ciego ávido de tacto, convencido de que sus ojos están a punto de cerrarse para siempre. Le acarició el nacimiento del pelo, las cejas, siguió la línea de la nariz, los pómulos, bajó hasta los labios, repasó las líneas de la mandíbula... los surcos y las arrugas de expresión, algunas de ellas tan familiares; otras vagamente recordadas. Los ojos de Napoleón se llenaron de lágrimas calientes.

Dio una palmadita a Julien en la mejilla y, extenuado, dejó caer los brazos diciendo:

—Allí, en la chimenea, detrás del retrato de mi esposa, la Emperatriz, hay una carta y un billete escondidos. Hágame el favor de cogerlos.

Julien se acercó al retrato de María Luisa. Estaba junto al primer retrato del rey de Roma. Lo separó un poco de la pared, metió la mano, cogió dos papeles sucios, deteriorados, volvió a sentarse en el borde de la cama e hizo el gesto de entregárselos.

—No, no. Léalos —dijo Napoleón.

Desdobló el billete, pero, sin necesidad de hacerlo, ya había reconocido la carta de su madre dirigida al hombre que ahora tenía enfrente. El mismo billete que la hermana Geneviève había guardado durante años para el hijo de Claire-Marie ; el mismo que él guardaba en el medallón que Gilles le había robado seis años atrás. Luego desdobló la otra carta y, recordando, leyó:

Me rompes el corazón, mi dulce mademoiselle Lasalle. ¿Eres tú quien habla así? Pues yo no te reconozco. Quizá es mi culpa, por haberme hecho demasiadas ilusiones; sin embargo, sería el mejor de los esposos para ti, y, para nuestro hijo, el mejor de los padres. ¿Cómo es posible que esas palabras hayan salido de tu boca? Dices que ya no me amas, y tus actos lo confirman: estás encinta de cuatro meses, y no me habías informado de nada hasta ahora. No contenta con ello, me niegas el pan y la sal. ¿Tanto mal te he causado amándote? Piensa, por el amor del cielo, en nuestro hijo. Necesitará un padre. ¿O es cierto que ni siquiera deseas tenerlo?

Volveré a Seurre cuanto antes. Debo verte. Es preciso. Espero que esta vez tu padre me

permita entrar en casa.

¡Ah, Claire-Marie , Claire-Marie ! Mil besos amorosos.

N. Buonaparte

Julien notó una opresión en la garganta. En vano contenía la emoción. No podía levantar la vista del papel y mirar directamente a ese hombre.

—Querido —dijo Bonaparte con una mirada complacida—, hay cosas, como tu cara en este momento, que no pueden disimularse, y que jamás impostor alguno sabrá imitar. Por suerte, heredaste sólo la altura de tu abuelo, y no su dureza de corazón.

Julien sintió que una oleada cálida se apoderaba de él y vencía sus defensas. No hizo ademán alguno por secarse las lágrimas. No había vergüenza ni orgullo, redención o pecado, triunfo o derrota en sus lágrimas. Era todo tan simple como estar asistiendo al instante perfecto e irrepetible. Una conjunción imaginaria. Un producto de la voluntad, el carácter, la memoria, el azar. ¿A eso llamaban los hombres destino?

—¿Cómo se llama mi hijo? —preguntó Napoleón.

—Julien.

—¡Julien!... —Napoleón respiraba con la boca abierta, como si todo el aire de la isla no le bastase—. Julien... Julien era un hermano pequeño de tu madre. El único hermano que tuvo. El muchacho murió desdichadamente muy joven. Ella le adoraba. —Las cartas parecían estremecerse en las manos de Julien—. Me siento tan bien. El dolor ha cedido por completo. ¿Cuánto durará?

—Hasta el final —dijo Julien, que apenas podía despegar los labios.

—Comprendo. Me reservas una muerte plácida. Y ¿cuándo será eso?

—Mañana. Será el final más dulce que podáis imaginaros.

—La maquinaria se había forzado demasiado... pero no era sólo eso, ¿verdad?

Julien vaciló, sobresaltado, y, cuando logró serenarse, dijo:

—Hace meses que han empezado a mataros. Y hace días ya que lo consiguieron. No hago más que adelantarme a vuestro sufrimiento.

—No llores entonces. De algún modo, siempre he sabido que estaba rodeado. Mi testamento es la prueba. Ningún impostor, ningún traidor, ningún miserable heredará nada mío. Y ahora, escúchame —dijo haciendo una pausa—. He llevado a la muerte a muchas personas en mi vida. Mis motivos eran reales; pero, ahora, dudo mucho que fueran humanos. Mis intenciones fueron puras unas veces, y otras... Los tiempos eran difíciles. Al final, sólo cuentan los hechos. Y el hecho es que ayudar a que un moribundo deje de sufrir es un acto de nobleza; en especial —continuó, cogiéndole una mano—, cuando se trata de un padre. No siempre quitar la vida es una iniquidad; y tu valor al venir aquí, arriesgando la tuya, lo demuestra. Muy pronto la habitación se llenará de buitres —concluyó, mirando hacia las ventanas cerradas por entre el mosquitero. Había cesado de llover.

—Ha dejado de llover, de repente. Como en Nueva Orleans —dijo Julien.

—¿Conoces Nueva Orleans?

—He vivido allí. Tenía una plantación muy cerca del Misisipí.

—Ya comprendo. Alguien me engañó —suspiró como un niño pequeño—. Dijo que me acompañaría. Pero no debí creerle. Quizá, podríamos ir juntos, tú y yo.

—Es una gran tierra sin pasado. Pero allí cabe todo un porvenir.

—¿Sí? Háblame de ella.

—Os enseñaré los algodonales y los campos de azúcar, los brazos del río, y los caimanes

deslizándose por las aguas pantanosas. Probaréis los cangrejos del sur, la sopa de tortuga. Beberemos el ron y el bourbon de la tierra. Pasearemos por calles recién nacidas iluminadas con lámparas de gas. Oiremos las sirenas de los barcos de vapor que remontan el Misisipí, y veréis espesuras como jamás habréis contemplado en Europa, y los ocasos más teatrales que hombre alguno haya tenido ocasión de presenciar. Y, entonces, al caer la tarde, escucharemos cantar a los negros canciones rebosantes de sensualidad y de misterio, músicas de esas que hechizan a los hombres y seducen a todas las mujeres.

Empezaron a oírse algunos ruidos de gente bajando y subiendo escaleras. Julien se levantó, alarmado, con la mano de su padre cogida.

—Aspirar a la esperanza... Sí. Me parece estar viéndolo. Son hermosos sueños. Los más hermosos que nadie me ha regalado en años.

—Descansad, padre. El tiempo de sufrir ya pasó —musitó Julien, que soltó su mano con la delicadeza de quien procura no despertar a un sonámbulo, y aproximó los labios a su frente para depositar en ella el único y último beso que le daría.

—Julien... —dijo inmediatamente Napoleón—. Toda mi vida he perseguido la gloria de mi nombre. La posteridad. He matado por ello. No permití que nada se interpusiera entre la línea de mi destino y yo. Y para eso yo mismo tuve que hacerme un corte profundo en la mano. Primero sangra; luego, se convierte en cicatriz. Tan sólo quería que mi nombre me sobreviviese. Deseaba ganarme con mi propio esfuerzo la oportunidad que a otros les habían concedido desde la cuna. ¡Me parecía tan injusto!... —Hizo una pausa y respiró profundamente antes de proseguir—. Tú eres un Bonaparte. Y aunque el mundo entero lo ignore, la verdad queda entre tú y tu corazón. Recuerda, pues, que un nombre no te define; que sólo tus actos lo hacen. Y hoy, aquí, tú has hecho suficiente honor a él. Que, en adelante, tu nombre sea digno de ti, hijo mío.

Sin apenas voluntad, muy cerca de desplomarse en el trayecto, Julien se dirigió penosamente hacia la salida. Una vez allí se volvió a mirarlo, una figura borrosa, tenía los ojos empañados, los cerró apretando el índice y el pulgar contra los párpados y, haciendo del coraje su último recurso, tras echar una última mirada a su padre, desapareció del salón.

Después de cruzar corredores y esconderse en los recodos que halló a su paso, dio con la puerta. Nadie le había salido al encuentro. Llamó. Auguste entreabrió cautelosamente.

Era un espacio amplio, sucio, con la atmósfera enrarecida y olor a vino. Ese almacén (no era una bodega propiamente dicha, pues la mansión carecía de sótanos) recordaba los primeros servicios que había prestado la casa como establo y granero. Unas cuantas vigas de madera apuntalaban el techado, y el suelo era de tierra. Arrimados a las paredes había sacos de esparto, y toneles por doquier. Un pasillo iba desde la puerta hasta la ventana del fondo. Contra una pared había una mezcla de utensilios de labranza y armas abandonadas. Colgados de la pared, machetes y cuchillos de diversos tamaños y una doladera. Las contraventanas estaban atrancadas. Dos candiles, sobre un tonel, iluminaban el recinto.

Gilles estaba de pie, junto a una viga, con expresión de pánico. Auguste le apuntaba con el fusil. Julien, al fondo, abrió las contraventanas y regresó.

—Amanece —dijo Auguste con aprensión—. Aún estamos a tiempo, Julien. Tenemos que irnos.

Como ratificando las palabras de Auguste, el cañón disparado desde Alarm House sacudió el islote, y, por un instante, un solo instante, Julien recordó las palabras de Sarah antes de partir hacia el fin del mundo. «Necesito saber quién te arrebata de mi lado. ¿Es Gilles o Bonaparte?... Si es el odio el que te aleja, quizá no volveré a verte. Pero si es el amor, para el amor siempre queda una última esperanza»; y cómo él, contra sus propios deseos, había titubeado antes de

darle la única respuesta posible y rodearla con sus brazos como si quisiera apoderarse de ella, guardarla para sí, llevarse con él su inolvidable olor a vainilla.

La imagen se desvaneció, y el recuerdo duró sólo lo que duran los sueños.

—Enseguida, Auguste. Enseguida —repuso Julien, que, situado delante de Gilles, a dos o tres metros, sacó el cuchillo y, agachándose, comenzó a dibujar en la tierra una extraña figura romboidal, al tiempo que murmuraba una especie de invocación o de plegaria.

—No saldrás de aquí con vida —dijo Gilles con voz temblorosa. Auguste continuaba apuntándole. Julien, que parecía ajeno a cuanto no fuera su tarea, terminó el dibujo de otra figura idéntica—. ¿Ya has visto a papá? Llegas tarde, ¿no crees? ¿Te ha dicho él quién soy yo? ¿Quién le ha cuidado y protegido durante los últimos tiempos? ¿Quién es el único de su familia que no le abandonará en su agonía? ¡Qué estás rezando, maldito! —dijo cada vez más exasperado. Al fondo, los primeros rayos de sol se colaban en la pieza proyectando la sombra de Gilles contra la pared de enfrente. Julien volvió la cabeza hacia la sombra, como si estuviera avisado, y dio fin a la tercera figura sin interrumpir sus plegarias—. ¿Se puede saber a qué has venido? En poco aprecio tienes tu vida, innombrable. ¿Qué diablos estás haciendo?

Julien se levantó despacio. Su cara revelaba un aplomo que rayaba en el desdén por la vida. Miró los dibujos. Superficialmente, era una pueril mezcla de símbolos; sin embargo, una observación más cuidadosa mostraba su carácter telúrico, primordial. Las figuras escondían algo así como un impulso, como una pulsión malévola capaz de estremecer de espanto al soldado más valeroso. Después, se dirigió hasta la pared en la que se proyectaba la sombra y con el cuchillo esbozó, sobre el tramo que ocupaba ésta, una figura romboidal idéntica a las anteriores. A continuación, se acercó a la pared en la que estaban las armas arrumbadas. Cogió una lanza oxidada, con la otra mano se hizo con un puñado de la tierra que tenía a sus pies y volvió a situarse frente a Gilles.

—Ya no es necesario que le apuntes, Auguste. Descarga el fusil, cala la bayoneta y dásela —dijo con una frialdad inhumana. Auguste miró sin dar crédito el puño en que Julien guardaba la tierra y, con voz desfalleciente, replicó a su amigo:

—El conjuro para condenar un alma... Al final, ella te lo enseñó...

—Haz lo que te digo —ordenó Julien.

Ahora estaban frente a frente. A tres o cuatro metros de distancia. Julien tenía los brazos semiflexionados. En una mano, un puñado de tierra; en la otra, una lanza. Bajó la cabeza. Siguió mirando a su oponente desde arriba, fijamente. Auguste hizo entrega del fusil a Gilles, que seguía junto a la viga, encogido sobre sí mismo.

—¿A qué he venido? —dijo Julien acariciando las palabras—. A cumplir un juramento y a romper una promesa. Un día prometí a tu padre que nunca te haría daño. Años después, me juré a mí mismo que te mataría como a un perro. Por desgracia, promesa y juramento son incompatibles.

—¿Qué pretendes hacer? —inquirió Gilles blandiendo el fusil con las dos manos—. Espera... Te propongo un trato. Podemos compartir las ganancias... ¿Te parece justo?

—No es suficiente.

—Entonces, puedo decirle... No... Le diré que tú eres su hijo, que yo no soy más que un farsante. Te cederé mi parte de la herencia. Entonces, las cosas quedarán como estaban.

—El arsénico era sólo para matar ratas, Gilles, como tú. Y no padres indefensos.

—Dime, entonces, ¿qué es lo que quieres?... Dímelo. Dímelo —murmuró implorante.

Julien inspiró hondo y replicó:

—¿Puedes devolverle la salud a mi padre? ¿Puedes devolverle la vida al tuyo?

—¿A tu padre? —preguntó Gilles desconcertado—. Lo intentaré. Sí, te lo prometo. Déjame intentarlo. Él está convencido de que yo soy su hijo.

—Te equivocas, Gilles. Él sabe quién eres. No has logrado engañarle.

Gilles se quedó inmóvil, sin palabras. Con las manos crispadas sobre el fusil.

—¡Bastardo! Siempre has estado en mi contra. ¿Qué méritos has hecho tú para ganarte nada? —dijo con labios temblorosos—. ¿Acaso has estado aquí, como yo, hora tras hora, llenando sus odiosos días de destierro, soportando su olor a podrido y sus anécdotas en los campos de batalla? ¿Dónde estabas cuando yo vivía todo eso que tú no has conocido?

En respuesta, Julien asió con fuerza su lanza, se llevó el otro puño a los labios, lo besó, lo abrió lentamente y, a media altura, con la mirada fija en Gilles, vertió la tierra muy despacio mientras murmuraba unas palabras como una letanía. Una vez hecho, empuñó con ambas manos el arma. Entonces, presa de un arrebato de furia, Gilles cargó contra él.

Julien paró la acometida, desvió el fusil y éste salió despedido. Frenado en su ímpetu, desarmado, Gilles procuró intuitivamente aferrarse a su rival. Puso en ello toda la rabia de su desesperación, todo el rencor que abrigaba hacia alguien que había nacido sólo para atormentarlo, pero Julien lo agarró por el cuello con una mano y le hizo retroceder hasta la viga.

—Aún no. Espera —dijo Gilles tratando de liberarse—. No merezco un final así.

—¿Quién ha venido aquí para hacer justicia? —dijo Julien. Y, sin más, lo atravesó con la lanza y ensartó a Gilles contra la viga.

Sólo un débil quejido. Un hilo de sangre brotó de su boca. Gilles trató de decir algo.

—Sin saberlo... me has hecho un último favor... —balbuceó Gilles mientras se desangraba a ojos vistas—. Por fin... me reuniré con mi madre.

—No, Gilles —dijo Julien, que respiraba agitadamente, pero conservaba la mirada dura, imperturbable—. No te reunirás con nadie. Y tampoco nadie te buscará. Te estará vedado cruzar la raya que delimita los dos mundos. Estarás muerto, pero no hallarás reposo ni el perdón para tus crímenes. Tu alma vagará sin rumbo como una sombra doliente atormentada por sus culpas, se arrastrará como un perro malherido, aullará como una alimaña hambrienta, y nunca, jamás, descansará.

—Quién puede estar seguro... bastardo.

—Yo sí. Porque ambos estaremos juntos en el infierno —dijo Julien con voz extrañamente apagada.

Auguste apoyó la espalda en un tonel, con los brazos atrás y el rostro demudado.

—Nadie recordará tu nombre... —dijo Gilles entre convulsiones. Estiró el brazo, crispó los dedos como si aún quisiera atrapar a su enemigo—. Ni siquiera... tus malas artes pueden cambiar eso.

De súbito, el brazo cayó inerte y la cabeza se inclinó sobre el pecho. La lanza, hundida profundamente en la madera, impidió que el cuerpo se desplomase. Frente a él, la sombra de la viga dejaba entrever la silueta de Gilles. Inscrita en el centro de la sombra había una extrañísima figura romboidal.

Casi de inmediato, se oyeron golpes en la puerta.

—¿Quién hay? ¡Salgan ahora mismo, con los brazos en alto!

—Rápido, por la ventana —dijo Auguste—. Dudo mucho que se atrevan a llamar la atención de los ingleses.

—Demasiado tarde —dijo Julien, que parecía un hombre en paz consigo mismo—. Sal tú, mientras te cubro —dijo empuñando su cuchillo.

Los golpes amenazaban con echar la puerta abajo.

—Amigo mío —replicó Auguste, a quien la inminente amenaza parecía haber devuelto a la realidad—, o los dos, o ninguno.

—Sea —dijo Julien poco antes de que la puerta cediese bajo las embestidas.

De la nube de polvo surgió un grupo de hombres. Al frente, Noverraz, el ayuda de cámara a quien Napoleón llamaba «mi oso suizo», el general Bertrand y el conde de Montholon, los dos últimos uniformados. Por detrás, Marchand, Saint-Denis y un número indeterminado de criados.

Bertrand y Montholon dieron un paso al frente. Apuntaron con sus pistolas. Al ver el baño de sangre y el cuerpo de Gilles traspasado, Montholon se quedó sin habla.

—¿Quiénes son? —preguntó el general Bertrand.

—Franceses —dijo Julien, que, impulsivamente, dejó caer el cuchillo. Auguste bajó su fusil.

Alertado por los golpes, Napoleón hizo que los trajeran a su presencia. Ordenó que los soltasen. Montholon puso en su conocimiento la muerte de Gilles, y, por toda respuesta, el Emperador dijo sin apartar los ojos de Julien:

—Están ante patriotas leales a su Emperador. Deseen buena suerte a estos dos hombres. Es lo más sensato que podemos hacer por ellos.

Cuando Julien, exhausto, salía por la puerta principal, inmediatamente antes de reunirse con Jérôme y Baptiste, el conde de Montholon lo agarró por la manga.

—¡Soldado! —dijo con una sonrisa cínica mientras le hacía entrega del sombrero de la milicia británica que había dejado en el saloncito—. Le hará falta si quiere llegar hasta el embarcadero sin llamar la atención.

Julien miró de arriba abajo a ese tipo insignificante, y salió de allí a toda prisa.

La vuelta, gracias a los uniformes, y a pesar de la luz diurna, fue menos comprometida de lo que esperaban. Los cuatro bajaron el camino zigzagueante como si fueran un piquete de relevo. Julien, que de minuto en minuto parecía perder fuerzas, era auxiliado por los Turgut, y sólo una o dos veces fue preciso que Auguste pusiera a prueba airosamente su inglés.

Mientras, en Longwood House, los criados se dispusieron a desprender el cadáver de Gilles. Uno de ellos, un tipo rechoncho que acababa de llegar y cuyo semblante era la encarnación del miedo, al ver el cadáver, la lanza, los dibujos y la sombra en la pared, lanzó un grito y se santiguó.

—¿Te impresiona, Dupin? —preguntó el que dirigía la operación de retirar el cadáver.

—Eso... —dijo señalando la tierra con un dedo—. ¡Y eso! —Apuntó al cuerpo traspasado —. ¡Y eso! —Se volvió hacia la sombra de la pared—. ¡Vudú! ¡Es vudú! —Y, santiguándose, se escabulló de la bodega, despavorido.

—Se nota que no ha entrado en combate, el infeliz de Dupin —replicó el cabecilla, que, meneando la cabeza a un lado y a otro, continuó impartiendo instrucciones para extraer la lanza. Estaba hundida más profundamente en la madera de lo que había supuesto.

A las siete cincuenta, cuando Julien y sus amigos llegaron al embarcadero, por fortuna, ya habían bajado el puente. Auguste, que llevaba uniforme de oficial, cruzó algunas palabras con un soldado, y el piquete subió a bordo del *Excelsior*. El pretexto era transportar el piquete a bordo de un navío crucero que patrullaba alrededor de la isla.

A las ocho y diez de la mañana el mercante *Excelsior* partió de Jamestown rumbo a las costas francesas.

Poco después, los relevos de los centinelas dieron la voz de alarma. A Plantation House, residencia del gobernador, llegó pronto la noticia del inexplicable ataque nocturno.

—¿Y Bonaparte? —preguntó Hudson Lowe.

—En su lecho de muerte, Excelencia. Ha sido oportunamente verificado.

La noticia de que Bonaparte agonizaba cruzó la isla. Hudson Lowe creyó conveniente esperar un poco antes de ordenar la preceptiva investigación de los hechos.

Los diarios y la correspondencia de quienes asistieron a las últimas horas del Emperador hablan de que, en un momento indeterminado, durante la madrugada del 4 al 5 de mayo, Napoleón se serenó y dejó de sufrir.

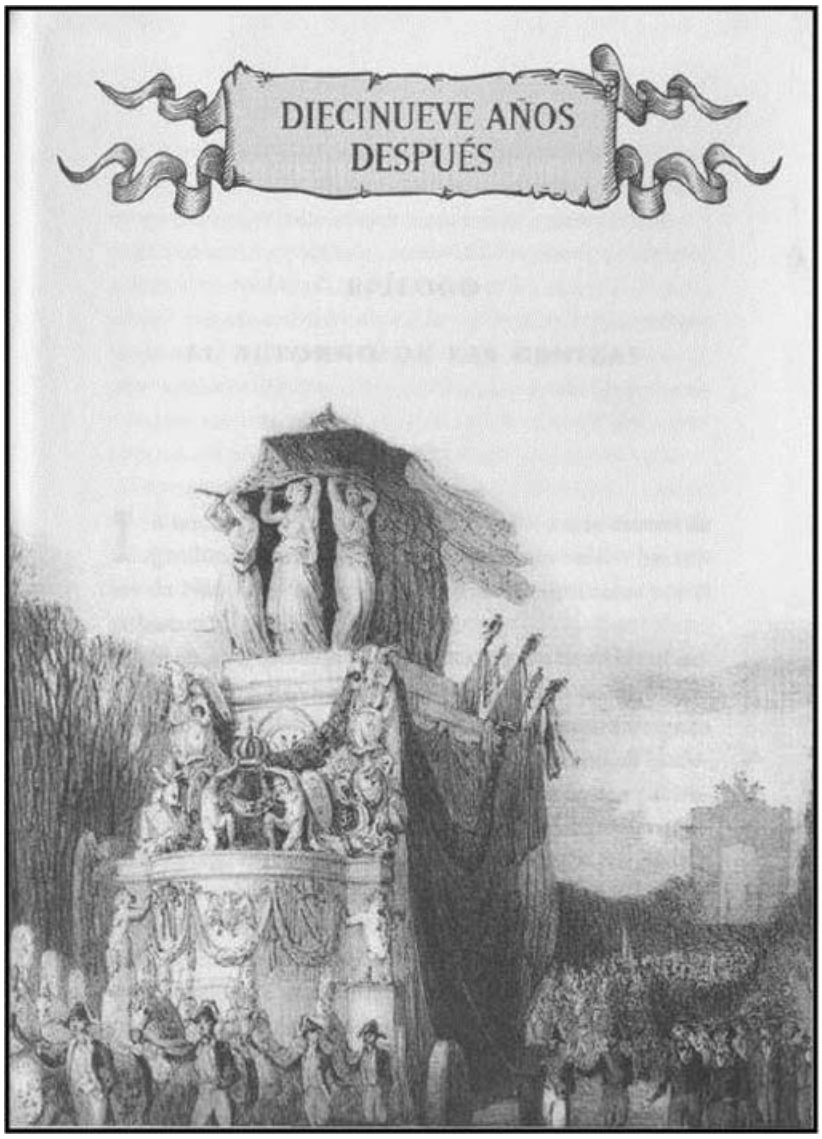
En el transcurso de las horas siguientes no hubo gesto alguno que revelase molestias o dolores. Faltaban once minutos para las seis de la tarde, y Napoleón Bonaparte expiró dulcemente. Era el 5 de mayo de 1821.

Su cuerpo, ataviado con su uniforme de los cazadores de la Guardia, se veló hasta el día 9. Luego, se transportó hasta el valle del Geranio. Allí, según sus propios deseos, fue enterrado, junto a un pequeño manantial y bajo tres sauces llorones, el árbol que, de acuerdo con las profecías de Grand Perle en *el pantano del perdón*, tendría un significado en el destino de Julien.

Como el gobernador de la isla no aceptó que se grabara en la tumba la palabra «Napoleón», los restos fueron inhumados bajo una lápida sin nombre.

Alrededor de la tumba sin nombre se levantó una humilde cerca de madera.

DIECINUEVE AÑOS DESPUÉS



EPÍLOGO

EL RETORNO DE LAS CENIZAS

La noche del 14 de diciembre de 1840, a una decena de grados bajo cero, un ejército taciturno velaba los restos de Napoleón Bonaparte, finalmente restituidos por el gobierno británico.

El féretro, rodeado de hachones, reposaba en la cubierta del barco *La Dorade*, fondeado junto al desembarcadero de Courbevoie. En el muelle, los antiguos hermanos de armas de Napoleón montaban guardia, rendían honores a su «pequeño cabo», aguardaban tiritando con paciencia. ¿Qué significaba una noche más si llevaban diecinueve años aguardando? Eran lisiados, enfermos, viejos que en otro tiempo habían formado parte del ejército más temible de la historia. Algunos se protegían del frío en las columnas del único edificio que se levantaba en el muelle, una construcción de madera rematada en un frontón, y donde se guardaba la carroza imperial; otros se calentaban en los vivaques, alrededor de las fogatas, o, abrigados, se paseaban para entrar en calor.

A las nueve, después de una salva de artillería, repicaron las campanas y el féretro franqueó la pasarela que separaba *La Dorade* del desembarcadero. Se colocó en la carroza fúnebre. De repente, miles de estudiantes del Barrio Latino empezaron a entonar la *Marsellesa.* La muchedumbre siguió a los estudiantes, y la comitiva inició el trayecto que iba desde el puente de Neuilly a los Inválidos.

La carroza, con una altura y una longitud de diez metros, cinco de ancho y trece toneladas de peso, era monumental. Estaba recubierta de una gran gasa violeta bordada de abejas. Dieciséis caballos engalanados de terciopelo y oro tiraban de ella.

Empezó a nevar sobre París.

La gendarmería del Sena iba a la cabeza del cortejo; detrás, la guardia municipal de París y los lanceros. Seguían repicando las campanas de las iglesias, los cañones retumbaban.

A lo largo del trayecto el silencio estremecía; era indescriptible. Pero sólo cuando la multitud distinguió la escolta de los antiguos fieles de Napoleón, los viejos de la Vieja Guardia, los granaderos, los cazadores, los dragones de la Emperatriz, los húsares de la muerte, los lanceros rojos, todos ellos retirados, con sus uniformes descoloridos, apolillados, las charreteras deslucidas, muchos cojeando, algunos con bastones; sólo cuando el público los tuvo a la vista y adivinó que, *por piedad,* se les había permitido marchar en cola, detrás de una delegación de autoridades civiles de menor rango, sólo entonces se guardó el silencio más grave y emotivo. Y una voz quebrada, a la que siguió otra, y otra, y muchas más, gritó: ¡Viva el Emperador! ¡Viva Napoleón!

El cortejo pasó bajo el Arco de Triunfo y luego, flanqueado por estatuas blancas, inició el descenso de los Campos Elíseos. Algunos se arrodillaban a su paso; muchos, incapaces de

contener la emoción, sollozaban, algún privilegiado llegó incluso a besar el crespón de la carroza.

Cuando, por fin, salió el sol, en medio de la muchedumbre, una mujer alta y vestida de luto se levantó el velo, que posó en el tocado. A una discreta distancia, un viejo corpulento, de una elegancia amanerada y con una cicatriz en la mejilla, estaba pendiente de ella. La carroza se acercaba, y la mujer introdujo entonces la mano en el cuello del vestido y sacó un colgante con forma de pequeño cilindro dorado. Cogió el colgante y lo encerró con devoción entre los dedos de una mano y su pecho. Lo mantuvo así, cogido, hasta que la carroza hubo pasado.

Algunas miradas varoniles se desviaron para observarla. Su rostro era de una palidez deslumbrante, y más que descubrir ocultaba su auténtica edad. Se diría que era una joven viuda, y, por lo demás, ninguno de los presentes hubiera supuesto que el esposo de madame Lasalle había fallecido dieciocho años antes, víctima de una misteriosa enfermedad.

Cuando la comitiva acabó de desfilar, el viejo, a fin de pasar inadvertido a los ojos de la dama, bajó la cabeza y se miró las uñas de una mano. La dama se cubrió con el velo y se dio media vuelta. Nadie conocía su nombre, ni la pena que colmaba su corazón solitario y hacía palidecer su rostro; pero aquella mujer vestida de negro y con cara de niña había vivido su propia historia.

La gente, instintiva o respetuosamente, le abrió paso, y ella desapareció entre la muchedumbre.

Fin